ANTOLOGIA DE LA NOVELA CORTA UNIVERSAL

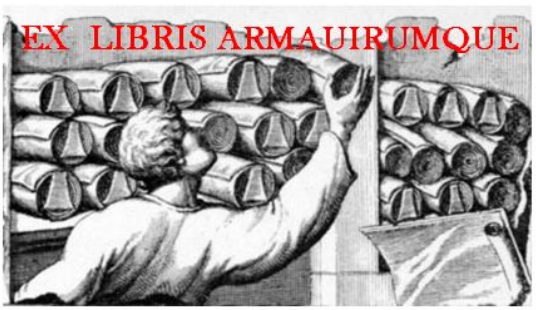
2

Selecciones del Reader's Digest

ANTOLOGIA DE LA NOVELA CORTA UNIVERSAL

VOLUMEN II

EX LIBRIS ARMAUIRUMQUE



SELECCIONES DEL READER'S DIGEST

Marca Registrada

MADRID • MEXICO • SANTIAGO DE CHILE • BUENOS AIRES • BOGOTA • NUEVA YORK

© 1973 SELECCIONES DEL READER'S DIGEST (IBERIA), S. A.
D. R. © 1973 READER'S DIGEST MEXICO, S. A. de C. V.
INSURGENTES NORTE 1090, MEXICO 15, D. F.

Derechos reservados en todos los países miembros de la Convención de Buenos Aires de 1910, de la Convención Interamericana y de la Convención Universal sobre Derechos de Autor.

Prohibida la reproducción total o parcial.

Editado en México por Reader's Digest México, S. A. de C. V.

Esta segunda edición se terminó de imprimir el día 23 de junio de 1977 en los talleres de Impresora y Editora Mexicana, S. A. de C. V., San Mateo Tecoloapan, Estado de México. Se tiraron 30 000 ejemplares.

Impreso en México
Printed in Mexico

Los reconocimientos correspondientes a las distintas novelas figuran en la página 365

Las ilustraciones que encabezan las novelas son obra de MIGUEL ACQUARONI

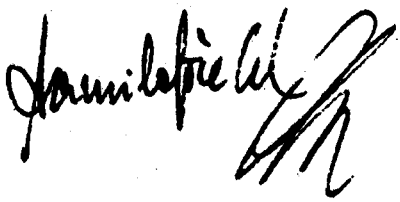
Las novelas de este volumen se publican en su versión íntegra excepto *Un cura en la familia* y *La Bestia*, que han sido condensadas.

CONTENIDO

7 EL BONITO CRIMEN DEL CARABINERO/Camilo José Cela
20 LAS NIEVES DEL KILIMANJARO/Ernest Hemingway
45 EL HUESPED/Albert Camus
59 LA SIMA/Pío Baroja
66 UNA ROSA PARA EMILY/William Faulkner
77 EL RUBI/Corrado Alvaro
83 VIDA NUEVA/Ana María Matute
89 EL JEFE/John Steinbeck
107 UN CURA EN LA FAMILIA/Leo Kennedy
117 ¡DILES QUE NO ME MATEN!/Juan Rulfo
124 LA APUESTA/Antón Chejov
132 MI SEÑOR EL BEBE/Rabindranath Tagore
141 ESPUMA Y NADA MAS/Hernando Téllez
146 EL VIEJO DEMONIO/Pearl S. Buck
160 LA DESCONOCIDA/Bernardo Kordon
167 DOS METROS DE TIERRA/Nadine Gordimer
181 NOCHE DE BODAS/Vicente Blasco Ibáñez
200 BUTCH CUIDA DEL NIÑO/Damon Runyon
214 UNA CARTA A DIOS/Gregorio López y Fuentes
218 LA BESTIA/Joseph Conrad
237 LA LANCHA/Max Aub
242 EL PUESTO REMOTO/W. Somerset Maugham
275 PASEO/José Donoso
295 SOLITARIO/Nigel Balchin
316 SEGUIR DE POBRES/Ignacio Aldecoa
325 EL CABALLO DE MADERA/D. H. Lawrence
342 PEQUEÑOS PROPIETARIOS/Roberto Arlt
350 EL HOMBRE QUE ATRAVESABA LOS MUROS/Marcel Aymé
361 NOTAS BIOGRAFICAS
365 RECONOCIMIENTOS

EL BONITO CRIMEN DEL CARABINERO

CAMILO JOSE CELA/ESPAÑA



CUANDO Serafín Ortiz ingresó en el seminario de Tuy, tenía diecisiete años y era más bien alto, un poco pálido, moreno de pelo y escurrido de carnes.

Su padre se llamaba Serafín también, y en el pueblo no tenía fama de ser demasiado buena persona; había estado guerreando en Cuba, en tiempos del general Weyler, y cuando regresó a la Península venía tan amarillo y tan ruin dentro de su traje de rayadillo, que daba verdadera pena verlo. Como en Cuba había alcanzado el grado de sargento y como a su llegada a España tuvo la suerte de caerle en gracia, ¡Dios sabrá por qué!, a don Baldomero Seoane, entonces Director General de Aduanas, el hombre no anduvo demasiado tiempo tirado, porque un buen día don Baldomero, que era hombre de influencias en la provincia y aun en Madrid, le arregló las cosas de forma que pudo ingresar en el Cuerpo de Carabineros.

En Tuy prestaba servicio en el Puente Internacional y tal odio llegó a cogerle a los perros, que invariablemente le ladraban, y a los portugueses, con quienes tenía a diario que tratar, que a buen seguro que sólo con el cuento de sus dos odios tendríamos tema sobrado para un libro y gordo. Dejemos esto, sin embargo, y pasemos a contar las cuatro cosas que necesitamos.

Cuando Serafín, padre, llegó a Tuy, algo más repuesto ya, con el bigote engomado y vestido de verde, jamás nadie se hubiera acordado del repatriado palúdico y enclenque de seis meses atrás. Tenía

buena facha, algo chulapa, no demasiados años, y unos andares de picador a los que las personas de alcurnia con quienes hablé me aseguraron no encontrarles nada de marcial, ni siquiera de bonitos, pero que entre las criadas hacían verdaderos estragos.

Aguantó dos primaveras soltero, pero a la tercera (como ya dice el refrán, a la tercera va la vencida) casó con la criada de doña Basilisa, que se llamaba Eduvigis; doña Basilisa, que en su ya largo celibato gozaba en casar a los que la rodeaban, acogió la boda con simpatía, los apadrinó, con don Mariano Acebo, subteniente de carabineros y comandante de uno de los puestos; les regaló la colcha y les ofreció, solemnemente, dejar un legado para que estudiase la carrera de cura uno de sus hijos, cuando los tuviese. Así era doña Basilisa.

Al año corto de casados vino al mundo el primer hijo, Serafín, que no es este del que vamos a hablar, sino otro que duró cuatro meses escasos, y al otro año nació el verdadero Serafín, que, aunque por la pinta que trajo parecía que no habría de durar mucho más que el otro, fue poco a poco creciendo y prosperando hasta llegar a convertirse en un mocito. Tuvieron después otro hijo, Pío, y dos hijas gemelas, Isaura y Rosa, y después se mancó el matrimonio porque Eduvigis murió de unas fiebres de Malta.

Como Serafín, hijo, entró de dependiente en «El Paraíso», el comercio de don Eloy «el Satanás», donde tenía fijo un buen porvenir, el padre pensó que lo mejor habría de ser aplicar el legado de doña Basilisa, cuando llegase, a su segundo hijo, que aún no se sabía qué habría de ser de él y a quien parecía notársele cierta afición a las cosas de iglesia.

Pío parecía satisfecho con su suerte y ya desde pequeño se fue haciendo a la idea de la sotana y la teja para cuando fuese mayor; Serafín, en cambio, parecía cada hora más feliz en su mostrador despachando cobertores, enaguas y toquillas a las señoras, o tachuelas, piedras de afilar y puntas de París a los paisanos que bajaban de las aldeas, y jamás pudo sospechar lo que el destino le tenía guardado para cuando el tiempo pasase.

Había conseguido ya Serafín ganarse la confianza del amo y un aumento de quince reales en el sueldo, cuando doña Basilisa, que era ya muy vieja, se quedó un buen día en la cama con un res-

friado que acabó por enterrarla. Se le dio sepultura, se rezaron las misas, se abrió el testamento, pasó a poder de los curas el legado para la carrera de Pío, y este entró en el Seminario.

Serafín, padre, estaba encantado con la muerte de doña Basilisa, porque pensaba, y no sin razón, que había llegado como agua de mayo a arreglar el porvenir de sus hijos, lo único que le preocupaba, según él, aunque los demás no se lo creyeran demasiado.

Con Serafín en la tienda, Pío estudiando para cura, y las hijas, a pesar de su corta edad, de criadas de servir, las dos en casa de don Espíritu Santo Casáis, el cónsul portugués, Serafín, padre, quedaba en el mejor de los mundos y podía dedicar su tiempo, ya con entera libertad, al vino del Ribero, que no le desagradaba nada, por cierto, y a Manolita, que le desagradaba aún menos todavía y con quien acabó viviendo.

Pero ocurre que cuando el hombre más feliz se cree, se tuercen las cosas a lo mejor con tanta rapidez que, cuando uno se llama a aviso para enderezarlas, o es ya tarde del todo, como en este caso, o falta ya tan poco que viene a ser lo mismo. Lo digo porque con la muerte del seminarista empezó la cosa a ir de mal en peor, para acabar como el verdadero rosario de la aurora; sin embargo, como de cada vida nacen media docena de vidas diferentes y de cada desgracia lo mismo pueden salir seis nuevas desgracias como seis bienaventuranzas de los ángeles, y como de cierto ya es sabido que no hay mal que cien años dure, si bien podemos dar como seguro que el carabinero esté tostándose a estas fechas en poder de Belcebú, como justo pago a sus muchos pecados cometidos, nadie podrá asegurar por la gloria de sus muertos que las dos hijas y el hijo que le quedaron no hayan tenido un momento de claridad a última hora que les haya evitado ir a hacer compañía al padre en la caldera.

El pobre Pío agarró una sarna en el Seminario que más que estudiante de cura llegó a parecer gato sin dueño, de pelado y carcomido como le iba dejando; el médico le recetó que se diese un buen baño, y efectivamente se acercó hasta el Miño para ver de purificarse aunque, sabe Dios si por falta de costumbre o por qué, lo cierto es que tan puro y tan espiritual llegó a quedar que no se le volvió a ver de vivo; el cadáver lo fue a encontrar la Guardia

Civil al cabo de mucho tiempo flotando, como una oveja muerta, cerca ya de La Guardia.

Cuando Serafín se enteró de la muerte del hijo, montó en cólera y salió como una flecha a casa de las hermanas de doña Basilisa, de doña Digna y doña Perfecta.

Cuando llegó habían salido a la novena, y en la casa no había nadie más que la criada, una portuguesa medio mulata que se llamaba Dolorosa y que lo recibió hecha un basilisco y no le dejó pasar de la escalera; Serafín se sentó en el primer peldaño esperando a que llegasen las señoritas, pero poco antes de que esto sucediera, tuvo que salir hasta el portal porque Dolorosa le echó una palangana de agua, según dijo a gritos y después de echársela, porque le estaba llenando la casa de humo.

En el portal poco tiempo tuvo que aguardar, porque doña Digna y doña Perfecta llegaron en seguida; él les salió al paso y nunca enhorabuena lo hubiera hecho, porque las viejas, que en su pudibundez en conserva estaban más recelosas que conejo fuera de veda, en cuanto que olieron el olor a tabaco, empezaron a persignarse y en cuanto que adivinaron un hombre saliéndoles al encuentro, echaron a correr pegando tales gritos que mismamente parecieron que las estaban despedazando.

En vano fue que el carabinero tratase de apaciguarlas, porque cada vez que se le ocurría alguna palabra redoblaban ellas los aullidos.

—¡Pero doña Digna, por los clavos del Señor, que soy yo, que soy Serafín! ¡Pero doña Perfecta!

Lo cierto fue que como las viejas, cada vez más espantadas, habían llegado ya a la Corredera y parecían no dar mayores señales de cordura, Serafín prefirió dejarlas que siguiesen escandalizando y marchar a su casa a decidir él solo qué se debiera hacer.

Doña Digna y doña Perfecta aseguraban a las visitas que era el mismísimo diablo quien las estaba esperando en el portal (que rociaron a la mañana siguiente con agua bendita), mientras Serafín, por otra parte, decía a quien quisiera oírle que las dos viejas estaban embrujadas.

Serafín, en su casa, pensó que todo sería mejor antes que renunciar al legado de doña Basilisa, y a tal efecto mandó llamar a su

ya único hijo para enterarle de lo que había decidido: que fuese el sucesor del hermano. En un principio, Serafín, hijo, se mostró algo reacio a la idea, que no le ilusionaba demasiado, y recurrió a darle a su padre las soluciones más peregrinas, desde que fuese él quien entrase en el Seminario hasta llegar a un arreglo con los curas para repartirse el legado. El padre, aunque la primera solución la rechazó de plano, pensó durante algunos días en la segunda, que si no llegó a ponerse en práctica fue probablemente por no estar ya por entonces en Tuy don Joaquín, quien se hubiera encargado de arreglar la cosa.

El hijo resistió todavía unos días más; pero, como era débil de carácter y como veía que si no cedía no iba a sacar en limpio más que puñetazos del padre, un buen día, cuando este veía ya el legado convertido en misas, dijo que sí, que bueno, que sería él quien se sacrificaría si hacía falta, y entró. Tenía por entonces, como ya dijimos, diecisiete años.

Se vistió con la ropa del hermano, que le estaba algo escasa, y por encargo expreso de su padre, fue a hacer una visita a doña Perfecta y doña Digna, quienes se mostraron muy afables y quienes le soltaron un sermoncete hablándole de las verdaderas vocaciones y de lo muy necesarias que eran, sobre todo para luchar contra el Enemigo Malo, que acechaba todas las ocasiones para perdernos y que, sin ir más lejos, el otro día las estaba a ellas esperando en el portal.

El mocete se reía por dentro (y trabajo le costó no hacerlo por fuera también), porque ya había oído relatar al padre la aventura, pero disimuló, que era lo prudente, aguantó un ratito a las dos hermanas, les besó la mano después y se marchó radiante de gozo con la peseta que le metieron en el bolsillo para premiar su hermoso gesto, según le dijeron. Cuando Dolorosa le abrió la puerta aparecía compungida, quién sabe si por la ducha que le propinara pocos días atrás al padre de tan ejemplar joven.

Los primeros tiempos de Seminario no fueron los más duros y momento llegó a haber incluso en que se creyó con vocación. Lo malo vino más tarde, cuando empezó a encontrar vacías las largas horas de su día y a echar de menos sus chácharas tramposas con las compradoras y hasta los gritos de «el Satanás». Empezó a estar

triste, a perder la color, a desmejorar, a encontrar faltos de interés el Latín y la Teología...

Miraba correr las horas, desmadejado, arrastrando los pies por los pasillos o dormitando en las aulas o en la capilla, y a partir de entonces cualquier cosa hubiera dado a cambio de su libertad, de esa libertad que tres años más tarde había de recuperar.

El padre se seguía dando cada vez más al vino y tenía ya una de esas borracheras crónicas que le llenan a uno el cuello de granos, la nariz de colorado y la imaginación de pensamientos siniestros. Fue también a visitar a las hermanas de doña Basilisa, sacaron ellas su conversación favorita —la del demonio del portal—, y aunque Dolorosa podía echarlo el día menos pensado todo a perder contando lo que sabía, se las fue él arreglando de forma de sacarles los dineros, a cambio de su protección y gracias a los demonios que hacía aparecer para luego espantar, y tan atemorizaditas llegó a tenerlas que acabó resultándole más fácil hurgarles en la bolsa que echar una firma delante del comisario a fin de mes.

Pasó el tiempo, seguían las cosas tan iguales las unas a las otras que ya ni merecía la pena hacerles caso, doña Perfecta y doña Digna eran más viejas todavía...

Serafín, padre, iba ya todas las tardes a casa de las viejas, donde le daban siempre de merendar una taza de café con leche y un pedazo de rosca, y allí se quedaba hasta las ocho o las ocho y media, hora en que las hermanas se iban a cenar un huevito pasado y él se marchaba, después de haberse desprendido de sus consejos contra el demonio, a la taberna de Pinto, donde esperaba que le diera la hora de cenar.

En el figón de Pinto se hizo amigo de un chófer portugués que se llamaba Madureira y que llevaba un solitario en un dedo del tamaño de un garbanzo y tan falso como él. Madureira era un hombre de unos cuarenta y cinco años, moreno reluciente, con los colmillos de oro y con toda la traza de no tener muchos escrúpulos de conciencia ni pararse demasiado en barras. Vivía emigrado de su país —según decía, por ser amigo de Paiva Couceiro—, y como el hombre no se resignaba a vivir como un cartujo, sino que le gustaba tener siempre un duro en el bolsillo, se buscaba la vida como mejor Dios, o probablemente el diablo, le diera a entender.

Serafín le veía con frecuencia en casa de Pinto, hablando siempre a gritos ante un corro de jenízaros que le miraban embobados, y aunque al principio no sentía por él ninguna atracción, ni siquiera curiosidad, por eso quizá de ser portugués, al final, como siempre ocurre, empezó a saludarlo, primero una vez en Puente Caldelas, donde coincidieron una tarde, después, en Tuy, por la calle, y por último en el figón, donde se encontraban todas las noches.

Al Madureira le llamaban por mal nombre «Caga n'a tenda», porque, según los deslenguados, le habían echado de la botica de don Tomás Vallejo, donde en otro tiempo prestara sus servicios, por haberle cazado el dueño haciendo sus necesidades debajo del mostrador, y tan mal le parecía el mote y tan fuera de sus cabales se ponía al oírlo que en una ocasión y a un pobre viajante catalán, que no sabía lo que quería decir y debió creerse que era el nombre, le arreó tal navajazo en los vacíos y en medio de una partida de tute que de no haber querido Dios que el catalán tuviese buena encarnadura y curase en los días de ley, a estas horas seguiría «Caga n'a tenda» encerrado en una mazmorra y más aburrido y más harto que una mona.

El Madureira y Serafín acabaron siendo amigos, porque en el fondo estaban hechos tal para cual, y la amistad, que fue subiendo de tono poco a poco y desde la noche en que los dos se sorprendieron, al mismo tiempo, haciendo trampas en el juego y se miraron con la misma mirada de cómplices, quedó sellada definitivamente con el más duradero de los sellos: el miedo de cada uno a la palabra del otro.

Desde aquel día, y sin que mediase palabra alguna de acuerdo, se consideraron ya como socios y empezaron a hablar de sus turbios manejos con la mayor confianza del mundo.

El Madureira enteró a Serafín de sus dos inmediatos proyectos, y como a este le parecieron bien, dieron ya el golpe juntos. El cartero Telmo Varela se quedó sin las sesenta pesetas que llevaba para pagar un giro, y al cobrador de la línea de autobuses le arrearon una paliza tremenda por no querer atender a razones y entregarles las ciento diez pesetas que llevaba camino de la Administración.

A Serafín le encantó la disposición del Madureira y su buena mano para elegir la víctima, y como ni el cartero ni el cobrador pu-

dieron reconocer a los que les llevaron los dineros, se frotaba las manos con gozo pensando en los tiempos de bonanza que le aguardaban con los cuartos de los demás.

Se repartieron las ganancias con igualdad, diecisiete duros cada uno, porque el Madureira en esto presumía de cabal, y siguieron planeando y dando pequeños golpes afortunados que les iban dejando libres algunas pesetas.

El Madureira, sin embargo, ansioso siempre de volar más alto y de ampliar el negocio, acosaba constantemente a Serafín para animarlo a dar el golpe gordo que había de enriquecerlos: el atraco a doña Perfecta y doña Digna, quienes, según era fama en el pueblo, guardaban en su casa un verdadero capital en joyas antiguas y peluconas.

A Serafín le repugnaba robar a las viejas, a quienes visitaba todas las tardes y quienes encontraban en él un valedor contra el demonio, porque en el fondo todavía le quedaba una llamita de conciencia; pero como «Caga n'a tenda» era más hábil que un rayo, y como acabó metiéndole miedo con no sé qué maniobra infalible que tenía en su mano para ponerlo, sin que pudiera ni rechistar, en manos de la Guardia Civil, acabó por ceder y por resignarse a planear el asunto, aunque desde el primer momento puso como condición no tocar ni un pelo de la ropa a las viejas, pasase lo que pasase.

Efectivamente, tomaron sus medidas, hicieron sus cálculos, echaron sus cuentas, dejaron que pasase el tiempo que sobraba, y un buen día, el día de San Luis, rey de Francia, dieron el golpe: el golpe gordo, según decía Madureira.

La cosa estaba bien pensada; Serafín iría como todas las tardes, tomaría su taza de café con leche y les hablaría del demonio, y Madureira llamaría a la puerta preguntando por él; subiría —con la cara tapada— y amenazaría a las dos viejas con matarlas si gritaban; Serafín haría como que las defendía, y entre los dos, se las arreglarían para encerrarlas en un armario ropero que estaba en el pasillo y de donde las sacaría Serafín, muy compungido, al final de todo.

Sólo quedaban dos problemas por resolver: la mulata Dolorosa y el interrogatorio que le harían a Serafín. A la primera acordaron

ponerle una carta dos días antes desde Valença do Miño, diciéndole que fuese corriendo, que su hermana Ermelinda se estaba muriendo de lepra, que era lo que le daba más miedo, y en cuanto al segundo decidieron, después de mucho pensarlo, que lo mejor sería dejarlo atado y amordazado, y que dijese al juez, cuando le preguntase, que los ladrones eran dos; las viejas tendrían que resignarse a quedar encerradas en el armario, pero no se iban a morir por eso.

Tal como lo pensaron lo hicieron.

Cuando doña Digna le abrió la puerta a Serafín, tirando de la cadenita que iba todo a lo largo de la escalera, creyó oportuno disculparse:

—¡Como Dolorosa no está! ¿Sabe?

—¡Ah! ¿No?

—¡No! ¡Como tuvo que ir a Valença a la muerte de su hermana!

—¿Ah, sí?

—¡Sí! Que la pobre está a la muerte con la dichosa lepra, ¿no lo sabía?

—¡Ni una palabra, doña Digna!

—Es que no somos nada, Ortiz, ¡nada! ¡Sólo aquellos que se preparan para el servicio del Señor!...

A Serafín le dio un vuelco el corazón en el pecho al oír aquellas palabras, porque le vino a la imaginación la figura del hijo. Era extraño, él no era un sentimental, precisamente, pero en aquel instante poco le faltó para salir escapando. Estaba como azorado cuando se sentó enfrente de las viejas, como todas las tardes, y delante de su taza de café con leche; una taza sin asa, honda y hermosa como la imagen de la abundancia.

Doña Digna continuó:

—Ya ve usted, Ortiz. ¡Quién había de pensar en lo de la pobre Ermelinda!

—¡Ya, ya!

—¡Pobre!...

Serafín no sabía qué hacer ni qué decir. Se azaró, se quemó con el café con leche, que no había dejado enfriar, tosió un poco por hacer algo...

Doña Digna seguía:

—Ya ve usted, ¡no puede una estar tranquila!

Doña Perfecta, que hacía media debajo de la bombilla, se pasaba la tarde dando profundos suspiros, como siempre.

—¡Ay!

Doña Digna volvía a coger por los pelos el hilito de la conversación.

—Y como una ya no es ninguna niña... Créame usted, Ortiz; algunas veces me da por pensar que Dios Nuestro Señor es demasiado misericordioso con nosotras... Que nos va a llamar, de un momento a otro, al lado de nuestra pobre Basilisa...

Serafín tenía miedo, un miedo extraño e invencible, como no había tenido nunca... Pensaba, para darse valor:

—¡Mira tú que un carabinero con miedo! —pero no conseguía ahuyentarlo. Serafín iba perdiendo aplomo, confianza en sí mismo... ¡Como Madureira no tuviese mayor presencia de ánimo!

Doña Digna no callaba.

—Y después el demonio, con sus tentaciones... ¡En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, amén Jesús! Dicen que también los grandes santos sufrieron de tentaciones del Enemigo, ¿no cree usted?

Serafín parecía como despertar de un sueño profundo.

—¡Ya lo creo! ¡Y qué tentaciones; da horror sólo pensarlo!

Doña Digna empezaba a sentirse feliz. Ortiz, ¡sabía tantas cosas del demonio!

—¿Y recuerda usted alguna, Ortiz? ¡Usted siempre se acordará de alguna!

Serafín tenía que hacer un gran esfuerzo para hablar.

—¡La de San Pedro!

—¿San Pedro también?

—¡Huy, el que más!

—¿Y qué San Pedro era? San Pedro Apóstol, San Pedro Nolasco...

—¡Qué preguntas! ¡Qué San Pedro va a ser! Pues... ¡San Pedro!

—¡Claro! Es que una es tan ignorante...

Doña Perfecta, debajo de la bombilla, volvía a suspirar.

Doña Digna seguía acosando a preguntas sobre el demonio a Serafín. Y Serafín hablaba, hablaba, sin saber lo que decir, arrastrando las palabras, que a veces parecían como no querer pasar de

la garganta, sin atreverse a mirarla, hosco, indeciso... Pensó despedirse y no volver a aparecer por allí; un secreto temor a «Caga n'a tenda», un secreto temor que sin embargo no quería confesarse, le obligaba a permanecer pegado a la silla. Tuvo una lucha interna atroz; su vida, toda su vida, desde antes aún de marcharse a Cuba, se le aparecía de la manera más absurda y caprichosa, sin que él la llamase, sin que hiciera nada por recordarla, como si estuviese en sus últimos momentos...

Se acordó del general Weyler, pequeñito, valiente como un león, voluntarioso, cuando decía aquellas palabras tan hermosas de la voluntad.

Pensó ser valiente, tener voluntad.

—¡Bueno, doña Digna! ¡Usted me perdonará!

Sentía vergüenza de permanecer allí ni un solo instante más.

—Hoy tengo que hacer en el Puente. ¡Mañana será otro día!

—¡Pero, hombre, Ortiz! ¡Ahora que me estaba usted instruyendo con su charla!

—¡Qué quiere usted, doña Digna! El deber...

—Pero bueno, unos minutos más... Espere un momento; le voy a dar una copita de jerez. ¿O es que no le gusta el jerez?

—No se moleste, doña Digna.

—No es molestia, ya sabe usted que no es molestia, que se le aprecia...

Doña Digna fue hacia el aparador; andaba buscando una copita cuando sonó la campanilla, ¡tilín, tilín! Doña Digna se incorporó.

—¡Qué extraño! ¿Quién será a estas horas?

Doña Perfecta volvió a suspirar:

—¡Ay!

Después dijo:

—¡Quién sabe si serán las del registrador! ¡Mira que no estar Dolorosa!...

Serafín estaba mudo de terror. Se sobrepuso un poco, lo poco que pudo, y dijo con menos voz que un agonizante:

—No se moleste, doña Digna; yo abriré.

Sus pasos resonaban sobre la caja de la escalera como sobre un

tambor: bajó lentamente, casi solemnemente, apoyándose en el pasamanos. Doña Digna oyó los pasos y le gritó:

—¡Ortiz, puede usted usar el tirador! ¡Está ahí mismo!

Serafín no contestó. Estaba ya ante la puerta sin saber qué hacer; hubiera sido capaz de entregar su alma al demonio por ahorrarse aquellos segundos de tortura. Arrimó la cara a la puerta y preguntó, todavía con una leve esperanza:

—¡Quién!

—¡Abre! ¡Ya sabes de sobra quién soy!

—¡No abro! ¡No me da la gana de abrir!

—¡Abre, te digo! ¡Ya sabes, si no abres!

Serafín no sabía nada, absolutamente nada; pero aquella amenaza le quebró la resistencia; aquella resistencia fácil de quebrar porque estaba más en las manos que en el corazón. «Caga n'a tenda» le tenía dominado como a un niño, ahora se daba cuenta...

Abrió. «Caga n'a tenda», contra lo convenido, no traía la cara tapada; se le quedó mirando fijamente y le dijo, muy quedo, con una voz que parecía cascada por el odio:

—¡Hijo de la grandísima!... ¡Ni eres hombre, ni eres nada! ¡Tira para arriba!

Serafín subió; iba en silencio, al lado del portugués, y los pasos de ambos sonaban como martillazos en sus sienes. Doña Digna preguntó:

—¿Quién era?

Nadie le contestó. Se miraron los dos hombres; no hizo falta más. «Caga n'a tenda» miraba como debieron mirar los navegantes de la época de los descubrimientos; en el fondo era un caballero. Serafín Ortiz...

«Caga n'a tenda» llevaba un martillo en la mano; Serafín cogió un paraguas al pasar por el recibidor.

Doña Digna volvió a preguntar:

—¿Quién era?

«Caga n'a tenda» entró en el comedor y empezó un discurso que parecía que iba a ser largo, muy largo.

—Soy yo, señora; no se mueva, que no le quiero hacer daño; no grite. Yo sólo quiero las peluconas...

Doña Digna y doña Perfecta rompieron a gritar como conde-

nadas. «Caga n'a tenda» le arreó un martillazo a doña Digna y la tiró al suelo; después le dio cinco o seis martillazos más. Cuando se levantó le relucían sus colmillos de oro en una sonrisa siniestra; tenía la camisa salpicada de sangre...

Serafín mató a doña Perfecta; más por vergüenza que por cosa alguna. La mató a paraguazos, pegándole palos en la cabeza, pinchándole con el regatón en la barriga... Perdió los estribos y se ensañó: siempre le parecía que estaba viva todavía. La pobrecita no dijo ni esta boca es mía...

Saquearon, no todo lo que esperaban, y salieron escapando.

Serafín fue a aparecer en el Monte Aloya, con la cabeza machacada a martillazos. De «Caga n'a tenda» no volvió a saberse ni una palabra.

El revuelo que en el pueblo se armó con el doble asesinato de las señoritas de Moreno Ardá no es para descrito.

LAS NIEVES DEL KILIMANJARO

ERNEST HEMINGWAY/ESTADOS UNIDOS

El Kilimanjaro es una montaña cubierta de nieve, de 5.963 metros de altura, considerada la más elevada de Africa. Al lado de su cumbre que mira a poniente los masai le llaman "Ngàje Ngài", esto es, la Casa de Dios. Muy cerca de la cima occidental se encuentra el esqueleto seco y congelado de un leopardo. Nadie ha explicado qué buscaba el leopardo en esa altitud.

Lo ASOMBROSO es que no duele —dijo el hombre—. Así es como sabe uno cuándo empieza.

—¿De veras?

—No falla. Lo qué más lamento, sin embargo, es el olor. Debe molestarte mucho.

—¡No! No digas eso, por favor.

—Míralos —continuó—. ¿Será la vista o será el olor lo que los atrae de esa manera?

La camilla donde yacía el hombre hallábase a la espaciada sombra de una mimosa arbórea, y al fijar la vista en el fulgor del llano, donde acababa la umbría, observó tres de aquellas grandes aves ya posadas, con traza impúdica, mientras en el cielo planeaba una docena más, proyectando veloces sombras en el suelo.

—Están ahí desde el día en que se estropeó el camión —afirmó el hombre—. Hoy, por vez primera, algunos han decidido posarse en tierra. He observado con la mayor atención su manera de planear, por si alguna vez tuviera que describirlo en un relato. Tiene gracia, pensar en eso ahora.

—No quiero que digas esas cosas —protestó ella.

—Era hablar por hablar —repuso el hombre—. Me alivia mucho el hablar. Pero no quiero molestarte.

—Ya sabes que no me molesta —dijo ella—. Lo que más nerviosa me pone es no poder hacer nada. Creo que debemos tomarlo con la mayor calma posible hasta que llegue el avión.

—O hasta que no llegue.

—Por favor, dime lo que puedo hacer. Debe haber algo que yo pueda hacer.

—Puedes cortarme la pierna, y acaso todo se detenga, aunque lo dudo. O puedes pegarme un tiro. Ahora eres una buena tiradora. Te enseñé yo a tirar, ¿no recuerdas?

—Haz el favor de no hablar de ese modo. ¿Quieres que te lea un poco?

—¿Qué vas a leer?

—Cualquier libro de la maleta que no hayamos leído todavía.

—No tengo ánimos para escuchar —dijo él—. Hablar es lo más cómodo. Reñimos, y así se pasa el tiempo.

—Yo no riño. Nunca quiero reñir. No vamos a reñir más. Por nerviosos que nos pongamos. Quizá vuelvan hoy con otro camión. Acaso sea el avión el que venga.

—Yo no quiero moverme —dijo el hombre—. No tiene sentido el moverme ahora, como no sea para hacértelo a ti más fácil.

—Eso es cobardía.

—¿Quieres dejar a un hombre morir a gusto sin insultarle encima? ¿De qué sirve el regañarme?

—No te vas a morir.

—No seas tonta, me estoy muriendo ya. Pregúntaselo a esos pajarracos asquerosos. —Volvió la vista hacia donde estaban posadas las aves, grandes y siniestras, con sus cabezas calvas hundidas en las plumas hirsutas. Una más, y ya eran cuatro, se posó también en el suelo, dio una carrerita y se fue para sus congéneres con lento contoneo.

—Rondan todos los campamentos. Lo que pasa es que no se fija uno. El que no se da por vencido no puede morir.

—¿Dónde has leído eso? Eres una insensata.

—Podrías pensar en los demás.

—Por los clavos de Cristo —dijo él—; es lo que he hecho toda mi vida.

Luego se estiró en la camilla y estuvo inmóvil unos momentos, clavados los ojos en el borde del matorral, a través del cálido resplandor de la llanura. Andaban unos cervatillos ramoneando, diminutos y blancos sobre el fondo amarillo, y más allá vio una manada de cebras, blancas entre el verdor de los arbustos. Era un campamento muy grato, bajo frondosos árboles, al pie de una loma, con buen agua, y muy cerca una charca medio seca a la que acudían ortegas por las mañanas.

—¿Te gustaría que te leyese algo? —preguntó ella. Estaba sentada en una silla de lona junto a la camilla—. Parece que viene un poco de brisa.

—No, gracias.

—Seguramente vendrá el camión.

—Me importa un bledo el camión.

—Pues a mí sí me importa.

—Te importan tantas cosas que a mí me tienen sin cuidado...

—No tantas, Harry.

—¿Y si bebiésemos algo?

—Ya sabes que no te conviene. Dice el manual de Primeros Auxilios que en ese estado es malo el alcohol. No debes beber.

—¡*Molo*! —gritó él.

—Sí, bwana.

—Trae whisky con soda.

—Sí, bwana.

—No debes beber —insistió ella—. A eso me refiero cuando hablo de darse uno por vencido. Dice el libro que es malo para ti. Y yo sé que lo es.

—No —aseguró él—. Es bueno.

Todo había terminado, pensó. No tendría ya oportunidad de concluir su obra. Así era como acababa todo, armando gresca por una copa. Desde que se le presentó la gangrena en la pierna derecha ya no le dolía, y con el dolor había desaparecido el miedo. Todo cuanto ahora experimentaba era un inmenso cansancio, una inmensa cólera por haber llegado al final. Mas por lo que se avecinaba sentía muy poca curiosidad. Durante muchos años le había

obsesionado la idea, pero ahora no tenía ningún significado para él. Era extraño hasta qué punto un gran cansancio podía facilitarlo todo.

Ya nunca escribiría aquellas cosas que se reservaba hasta conocerlas bien a fondo para exponerlas con propiedad. Bueno, por lo menos no fracasaría en el intento. Tal vez fueran cosas imposibles de describir, y esa era la razón de que las fuese dejando y se resistiese a poner manos a la obra. En fin, era algo que ya no sabría nunca.

—En qué mala hora se nos ocurrió venir —dijo la mujer. Le miraba con el vaso en la mano, mordiéndose los labios—. En París nunca te hubiera pasado una cosa así. Siempre dijiste que te gustaba París. Podíamos haber permanecido allí o haber marchado a cualquier sitio. Yo hubiera ido a cualquier parte. Dije que iría adonde tú quisieras. Si querías cazar, podíamos haber cazado en Hungría, cómodamente.

—Tu maldito dinero —murmuró él.

—No es justo que digas eso —reprochó ella—. Siempre ha sido tan tuyo como mío. Yo lo dejé todo y fui donde tú quisiste y he hecho cuanto se te antojó que hiciera. Pero en mala hora se nos ocurrió venir aquí.

—Dijiste que te gustaba.

—Lo dije por complacerte; pero ahora lo odio. No me explico por qué te tuvo que pasar eso en la pierna. ¿Qué hemos hecho para que nos haya sucedido esto a nosotros?

—Lo que yo hice, supongo, es que se me olvidó darme yodo en la herida cuando me arañé. Entonces no puse cuidado porque siempre he sido inmune a las infecciones. Después, al empeorar, fue probablemente por usar aquella débil solución de ácido fénico, cuando nos quedamos sin antisépticos, por lo que se paralizaron los vasos capilares y se declaró la gangrena. —Miró a la mujer—. ¿Qué otra cosa ha podido ser?

—No es eso lo que quiero decir.

—Si hubiéramos contratado un buen mecánico en lugar de un conductor kikuyu inexperto, hubiese mirado el aceite y no se hubiera quemado ese cojinete del camión.

—Tampoco es eso lo que quiero decir.

—Y si tú no hubieras dejado a los tuyos, toda esa maldita ralea de Old Westbury, Saratoga, Palm Beach, para venirte conmigo...

—No, yo te quería. No tienes razón. Y te sigo queriendo. Te querré siempre. ¿Me quieres tú?

—No —dijo el hombre—. Creo que no. Nunca te he querido.

—Harry, ¿qué dices? Has perdido la cabeza.

—No. No tengo cabeza que perder.

—No bebas eso —dijo ella—. Por favor, amor mío, no te lo bebas. Hemos de hacer cuanto podamos.

—Hazlo tú —dijo él—. Yo estoy cansado.

Entonces le vino el recuerdo de una estación de ferrocarril en Karagatch; él estaba de pie en el andén, con su equipaje, y se acercaba el faro de la locomotora del Simplon-Orient, perforando la oscuridad, y él se marchaba de Tracia, después de la retirada. Era una de las cosas que no había llegado a escribir. Por la mañana, a la hora del desayuno, miraba por la ventana y contemplaba la nieve en las montañas de Bulgaria, y la secretaria de Nansen preguntaba al viejo si aquello era nieve, y el viejo miraba y decía: no, no es nieve, es demasiado pronto para que nieve. Y la secretaria, dirigiéndose a las otras muchachas, repetía: ya lo habéis oído, no es nieve, y entonces decían todas que aquello no era nieve, que estaban confundidas. Pero era nieve sin duda alguna, y él tuvo que mandarlas a la nieve cuando se encargó del intercambio de poblaciones. Y nieve fue lo que pisaron hasta que murieron aquel invierno.

También era nieve lo que cayó en el Gauertal la semana de Navidad de aquel año, el año que vivieron en la casa del leñador, con la estufa grande y cuadrada de porcelana que llenaba la mitad del cuarto donde dormían en jergones de hojas de haya, cuando llegó el desertor con los pies ensangrentados, caminando por la nieve, y dijo que la policía venía tras él, y ellos le dieron calcetines de lana y entretuvieron con su charla a los gendarmes, para dar tiempo a que se borrase la pista.

En Schrunz, el día de Navidad, la nieve brillaba tanto que hacía daño en los ojos cuando la miraba uno desde la taberna y veía a todo el mundo que volvía para casa a la salida de la iglesia. Fue allí donde subían por el camino amarillo, del color de la orina; el camino alisado por los trineos, que bordeaba el río, con sus escarpados cerros poblados de pinos, el peso de los esquís en los hombros, y donde se dieron aquella carrera tremenda, bajando por el glaciar que dominaba la Madlener-Haus, con una nieve de aspecto tan

suave como escarchado de repostería, y sutil como polvo, y recordaba el silencioso ímpetu de la velocidad al dejarse caer igual que un pájaro.

Estuvieron en la Madlener-Haus una semana, bloqueados por la nieve, con aquella ventisca, jugando a las cartas envueltos en humo a la luz del quinqué, y cuanto más perdía Herr Lent, más y más subían los envites. Al final lo perdió todo. Absolutamente todo, los fondos de la escuela de esquí, todas las ganancias de la temporada y por último su propio capital. Aún le parecía verlo con su narizota, cogiendo las cartas y abriendo juego sin mirarlas.

No se hacía otra cosa más que jugar entonces. Cuando no había nieve, se jugaba, y cuando había mucha, también. Pensó en todas las horas de su vida que había pasado jugando.

Pero jamás escribió una línea sobre ello, ni sobre aquel día de Navidad frío y resplandeciente; descollaban las montañas allende la llanura que Barker había sobrevolado, pasadas las líneas, para bombardear el tren en que se iban de permiso los oficiales austríacos, ametrallándolos mientras se dispersaban y corrían. Se acordó de Barker cuando entró luego en el comedor y se puso a contarlo. Y del silencio que reinó de pronto, y entonces dijo no sé quién: "Eres un canalla y un vil asesino".

Los austríacos que mataron entonces eran los mismos con quienes esquió más tarde. No, no eran los mismos. Hans, en cuya compañía esquió todo aquel año, había estado en los Kaiser-Jäger, y cuando fueron a cazar liebres al vallecillo que dominaba el aserradero, charlaron sobre la batalla de Pasubio y sobre el ataque de Pertica y Asalone, y jamás escribió una sola palabra de todo aquello. Ni de Monte Corno, ni de Siete Commun, ni de Arsiedo.

¿Cuántos inviernos pasó en el Vorarlberg y en el Arlberg? Fueron cuatro, y entonces recordó el hombre que vendía el zorro cuando hicieron la excursión a Bludenz, para comprar regalos esta vez, y el sabor a huesos de cereza del buen kirsch, el rápido y silencioso deslizarse de la nieve en polvo sobre la corteza helada, cantando aquello de "¡Ji, jo, dijo Rolly!", al precipitarse por el último tramo de la escarpada pendiente, tomándola en línea recta, y pasar después el huerto en tres giros, y saltar la zanja para salir al camino helado de detrás de la fonda. Soltarse los esquís y dejarlos recostados en la pared de madera de la fonda; la luz del quinqué salía por la ventana, mientras que dentro, en el cálido local que olía a humo y a vino nuevo, tocaban el acordeón.

—¿Dónde nos hospedábamos en París? —preguntó a la mujer sentada a su lado en una silla de lona, en Africa.

—En el Crillon. Ya lo sabes.

—¿Por qué he de saberlo?

—Allí era donde nos alojábamos siempre.

—No, siempre no.

—Allí y en el Pavillion Henri-Quatre, en St. Germain. Decías que le tenías mucho cariño.

—Valiente porquería de cariño —dijo Harry—. Y soy yo el gallo que se pone a cantar encima.

—Si tienes que irte —dijo ella—, ¿es absolutamente necesario que mates cuanto dejas atrás? ¿Tienes por fuerza que acabar con todo? ¿Matar tu caballo, a tu mujer, y quemar tu silla y tu armadura?

—Sí —afirmó él—. Tu maldito dinero era mi armadura. Mi Corcel y mi Armadura.

—Basta.

—Perfectamente. Me callaré. No quiero mortificarte.

—A buenas horas...

—Muy bien, pues seguiré mortificándote, entonces. Es más divertido. Lo único que de verdad me gustaría hacer contigo no puedo hacerlo ahora.

—No, eso no es cierto. Te gustaba hacer muchas cosas y yo me presté a cuanto tú quisiste.

—Oh, por amor de Dios, déjate ya de cacareos, ¿quieres?

La miró y vio que estaba llorando.

—Escucha —dijo—. ¿Crees que es divertido hacer esto? No sé ni por qué lo hago. Supongo que es como matar para mantenerse vivo. Me encontraba perfectamente cuando nos pusimos a hablar. No quería empezar, y ahora estoy como desatentado, mostrándome contigo todo lo cruel que puedo. Pero no me hagas caso, amor mío. Te quiero de verdad. Tú sabes que te quiero. Nunca he querido a nadie como a ti.

Había vuelto a caer en la mentira habitual, que era como su alimento cotidiano.

—Eres un portento de cariño.

—Y tú, una perdida —dijo él—. Mujer perdida, tuya es la vida. Eso es poesía. Ahora estoy lleno de poesía. Podredumbre y poesía. Poesía podrida.

—Basta ya. ¿Por qué tienes que ponerte tan odioso, Harry?

—No quiero abandonar nada —dijo el hombre—. No quiero dejar nada detrás.

Cuando despertó, anochecía. El sol había desaparecido tras la loma, y una gran sombra se tendía sobre el llano. A esa hora muchos animalillos pacían cerca del campamento; observó cómo se mantenían apartados de los matorrales, moviendo la cola nerviosos y bajando la cabeza con movimientos vivos. Las grandes aves no esperaban ya posadas en tierra. Estaban todas encaramadas en las ramas de un árbol, que se vencían con su peso. Había muchas más. Su criado estaba sentado junto a la cama.

—La memsahib se ha ido a cazar —dijo el muchacho—. ¿Quiere algo, bwana?

—Nada.

La mujer había ido a cazar alguna pieza para la cocina, y sabiendo cuánto le gustaba a él observar los animales, se había marchado bastante lejos, fuera del pequeño espacio de llanura que abarcaba él con la vista. Siempre estaba en todo, pensó. En todo lo que supiera, o hubiese leído, o hubiera escuchado alguna vez.

No era culpa de ella que cuando la conoció estuviese ya él acabado. ¿Cómo puede saber una mujer que todo lo que uno dice es de boquilla, que habla sólo por costumbre y porque le resulta cómodo? Desde que no sentía lo que decía, sus mentiras tenían más éxito con las mujeres que cuando les decía la verdad.

Después de todo no era tanto lo que mentía, puesto que no había ninguna verdad que decir. Había vivido su vida, y aquello terminó ya; luego volvió a vivir con gentes distintas y con más dinero; con lo más selecto de los mismos sitios, y de algunos nuevos.

Procuraba uno no pensar y era todo maravilloso. Dotado de buena naturaleza, no le fallaba la salud, como a la mayoría, y adoptaba una actitud de indiferencia hacia cuanto había hecho en esta vida, y más ahora que ya no podía hacer nada. Pero por dentro se decía que escribiría sobre aquellas gentes; sobre los muy ricos; porque uno en realidad no era de ellos, sino un espía en campo enemigo; que lo dejaría todo y escribiría sobre aquel mundo, y que por una vez lo haría alguien con conocimiento de causa. Pero no, nunca lo haría, porque cada día sin escribir, cada día de molicie,

de ser como aquellos a quienes despreciaba, embotaba su capacidad y reblandecía su voluntad de trabajo, de modo que al final no trabajó en absoluto. Las personas con quienes ahora se relacionaba sentíanse mucho más a gusto cuando él estaba ocioso. Africa era el lugar donde había sido más feliz en la buena época de su vida, y por eso había vuelto, para empezar de nuevo. Había emprendido aquel safari con un mínimo de comodidades. Sin privaciones, pero también sin lujos, y pensaba que de ese modo podría recuperar la voluntad de esfuerzo. Que de alguna forma lograría reducir las grasas de su espíritu lo mismo que un luchador va a la montaña a trabajar y a entrenarse para hacerlas desaparecer de sus músculos.

A ella le gustó. Dijo que le entusiasmaba. Le entusiasmaba todo lo incitante, todo cuanto entrañara un cambio de panorama, donde hubiese gentes nuevas y donde todo fuese agradable. Y él había alimentado la ilusión de recuperar la fuerza de voluntad para el trabajo. Ahora, si todo terminaba así, y sabía que en efecto era el final, no iba a volverse como una serpiente que se muerde a sí misma porque le han partido el espinazo. No era culpa de aquella mujer. De no ser ella, hubiera sido otra. Si había vivido en una mentira, debía procurar morir por esa mentira. Oyó un disparo hacia la vertiente opuesta del cerro.

Tiraba muy bien, aquella perdida, aquella hembra de lujo, amorosa y solícita y destructora de su talento. ¡Qué estupidez! Su talento lo había destruido él mismo. ¿Por qué acusar a esa mujer por atenderle? Había destruido su talento de no usarlo; de traicionarse a sí mismo y a todo aquello en que creía; de beber tanto que embotó el filo de sus percepciones; lo había destruido por indolencia, por desidia, y también por su presunción, por su orgullo y sus prejuicios, por las buenas y por las malas. Pero ¿qué era lo que había destruido? ¿Un catálogo de libros viejos? ¿Qué era después de todo su talento? Era talento, sí, pero en vez de usarlo había comerciado con él. No contó nunca lo que había hecho, sino lo que hubiera podido hacer. Y había preferido ganarse la vida con cualquier cosa antes que con una pluma o un lápiz. ¿No era chocante, por lo demás, que cada vez que se enamoraba de una mujer tuviera siempre más dinero que la anterior? Pero cuando ya no estaba enamorado, cuando se limitaba a simular, como con aquella de ahora, que era

la que más dinero tenía de todas, que tenía todo el dinero habido y por haber, que había tenido esposo e hijos, que había tenido amantes y se había sentido insatisfecha de ellos, y que le amaba tiernamente a él como escritor, como hombre, como compañero y como un trofeo del que enorgullecerse; era extraño que cuando no la quería en absoluto y mentía, fuera capaz de darle más por su dinero que cuando sentía verdadero amor.

Todos debemos de estar cortados a la medida de lo que hacemos, pensó. Cada cual se gana la vida con arreglo a sus facultades. El había vendido vitalidad, en una forma u otra, durante toda su existencia, y cuando los afectos no están demasiado comprometidos, da uno mucho más de lo que recibe. Eso había descubierto, pero tampoco lo escribiría nunca, ahora. No, no lo escribiría, aunque valía la pena, sin duda alguna.

Entonces divisó a la mujer, que volvía al campamento cruzando el llano. Vestía pantalones de montar y traía su rifle. Los dos criados, caminando tras ella, transportaban un pequeño antílope colgado por las patas. Todavía era una mujer de buen ver, pensó, y tenía un cuerpo atractivo. Poseía gran aptitud y sensibilidad para el amor; no era hermosa, pero a él le gustaba su cara; leía incansablemente; le gustaba cazar y montar a caballo, y desde luego bebía con exceso. Su marido murió siendo ella relativamente joven, y por un tiempo se consagró a sus dos hijos, ya crecidos, que no la necesitaban, y a quienes cohibía su presencia; se dedicó también a su cuadra de caballos, a los libros y a la bebida. Le gustaba leer por las tardes antes de cenar, y tomaba whisky con soda mientras leía. Para la cena ya estaba bastante cargada, y con la botella de vino que despachaba en la mesa quedaba lo bastante ebria para dormirse.

Todo esto era antes de los amantes. Después ya no bebía tanto, pues no necesitaba estar borracha para dormir. Pero los amantes eran unos latosos. Se había casado con un hombre que jamás le resultó pesado, y aquella gente le cargaba lo indecible.

Después, uno de los dos hijos se mató en un accidente de aviación, y a raíz de esta desgracia no quiso más amantes y la bebida dejó de ser la anestesia que precisaba para vivir otra vida. De pronto sintió un miedo tremento de estar sola. Deseaba tener a alguien a quien respetar.

Todo empezó de una manera muy sencilla. A ella le gustaba lo que Harry escribía y siempre había envidiado la vida que llevaba. Le parecía que el escritor hacía exactamente lo que deseaba. Los pasos que dio para conquistarle y el modo en que al fin se enamoró de él fueron partes de una progresión sistemática durante la cual se construía ella una nueva vida y liquidaba él, a trueque, los restos de la suya anterior.

Lo hizo así por su seguridad, y también por su comodidad, era innegable, ¿y por qué más? No lo sabía. La dama le habría comprado lo que él hubiera querido. Le constaba. Era además una mujer encantadora. Le gustaba hacer el amor con ella tanto o más que con cualquier otra; más, tal vez, porque esta era más rica, porque era muy agradable y sensible y porque jamás le hacía escenas. Y esa vida que ella había reconstruido acercábase ahora a su final. Todo por no haberse puesto yodo dos semanas antes, cuando se arañó la rodilla con una espina. Avanzaban con propósito de fotografiar un rebaño de antílopes que se erguían vigilantes, en alto las cabezas, mientras su sensible nariz venteaba el aire, tendidas las orejas para captar el primer ruido que les haría salir disparados a ocultarse entre la maleza. También en esta ocasión desaparecieron antes de darle tiempo a tomar la foto.

Ya llegaba, y volvió la cabeza para mirarla.

—Hola —saludó.

—He cazado un pequeño antílope —dijo ella—. Saldrá un buen caldo para ti, y mandaré que hagan puré de patatas. ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor.

—¿Lo ves? Si lo sabía yo, que te ibas a encontrar mejor. Te dejé durmiendo.

—He dormido estupendamente. ¿Has ido muy lejos?

—No. Detrás del cerro nada más. El antílope se me puso muy bien a tiro.

—Tú tiras admirablemente, ya lo sabes.

—Me gusta. Me ha gustado Africa. De verdad. Si es cierto que te encuentras mejor, esta es la temporada más maravillosa que he pasado en mi vida. No puedes figurarte lo ameno que resulta cazar contigo. Me gusta esta tierra.

—A mí también me gusta.

—Amor mío, no sabes lo estupendo que es ver que te encuentras mejor. No podía soportar verte tan enfermo. No me vuelvas a hablar nunca como antes, por favor. ¿Me lo prometes?

—No —respondió él—. Ya no me acuerdo de lo que he dicho.

—No debes destrozarme así, ¿comprendes? Sólo soy una mujer madura que te quiere y desea hacer todo lo que se te antoje. Ya me han destrozado dos o tres veces. No querrás tú destrozarme de nuevo, ¿verdad?

—Me gustaría destrozarte unas cuantas veces en la cama —dijo él.

—Sí. Esa es la destrucción buena. Así nos gusta que nos destruyan. El avión vendrá mañana sin falta.

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy segura. Debía haber venido ya. Los muchachos tienen la leña preparada, y la hierba, para las hogueras. He estado allí otra vez a revisarlo. Hay espacio de sobra para aterrizar, y tendremos las humaredas preparadas a ambos lados de la pista.

—¿Qué te hace suponer que vendrá mañana?

—Estoy segura. Ya ha pasado mucho tiempo. En la ciudad te arreglarán la pierna y podrás volver a hacer conmigo un buen destrozo. No esa cháchara horrible.

—¿Y si tomáramos una copa? Ya se ha puesto el sol.

—¿Crees que debes beber?

—Pienso tomarme una.

—Bien, la tomaremos juntos. ¡Molo, *letti dui whisky-soda!* —ordenó ella.

—Ya puedes ponerte las botas contra los mosquitos —aconsejó él.

—Luego, cuando me bañe...

Bebieron mientras oscurecía, y poco antes de cerrar la noche, cuando ya no había luz suficiente para disparar, una hiena cruzó el campo abierto camino del cerro.

—Esa maldita cruza por ahí todas las noches —dijo el hombre—. Todas las noches desde hace dos semanas.

—Es la que hace ruido por las noches. A mí no me preocupa. Me parece un bicho asqueroso.

Bebiendo en compañía, sin más molestias ahora que la incomo-

didad de permanecer tendido en la misma postura, mientras los criados encendían una hoguera que proyectaba sombras oscilantes sobre las tiendas, sintió Harry el retorno de la sumisión a aquella vida de placentera renuncia. Y la mujer era muy buena con él, que había sido cruel e injusto con ella esa misma tarde. Una mujer excelente, lo que se dice maravillosa. Y de pronto le entró el convencimiento de que iba a morir.

Fue como un embate; no un embate de agua o de viento, sino una fétida sensación de vacío, y lo extraño del caso era que la hiena se deslizaba con ligereza al borde mismo del presentimiento.

—¿Qué te sucede, Harry? —preguntó ella.

—Nada —contestó—. Mejor sería que te pusieras en otro sitio. A favor del viento.

—¿Te ha cambiado Molo el vendaje?

—Sí. Ahora empleo precisamente el ácido bórico.

—¿Cómo te encuentras?

—Un poco mareado.

—Voy a bañarme —dijo ella—. Salgo en seguida. Cenaré contigo y después pasaremos la camilla dentro.

Había hecho bien en dejar la disputa, se dijo. Nunca había discutido mucho con esta mujer, cuando con todas las demás peleó tanto que con la corrosión de la disputa terminaron por matar siempre cuanto les unía. Había amado con exceso, exigido en demasía hasta acabar con todo.

Se vio a solas en Constantinopla en aquella ocasión tras haber peleado en París antes de marcharse. Anduvo de ramera en ramera, y al final, cuando todo acabó y ya no era capaz de matar su soledad, y sólo conseguía hacerla más insoportable, le escribió a ella, a la primera, a la que le abandonó, una carta contándole cómo le había sido imposible matar su amor por ella... Y la vez aquella que le pareció verla a la puerta del Regence, y le trastornó por completo, y sintió que todos sus recursos se desvanecían... Y cuando siguió por el Boulevard a una mujer que se le parecía en cierto modo, temeroso de ver que no era ella, y resistiéndose a perder el sentimiento que le había inspirado. Y el modo en que todas aquellas con quienes se había acostado sólo consiguieron recordársela todavía más. Cómo pudo dar ninguna importancia a lo que ella hizo, puesto que sabía que nunca dejaría de amarla. Escribió

aquella carta en el Club, completamente sereno, y la expidió a Nueva York, rogándole que le escribiese a la oficina de París. Así parecía más seguro. Y aquella misma noche la echó tanto de menos, sintió un vacío tan hondo en el corazón, que fue anda que te anda hasta más allá de Taxim's, ligó con una chica y la llevó a cenar. Después fueron a un sitio a bailar; ella lo hacía fatal, y la dejó por una golfa armenia, todo fuego, que meneaba el vientre contra el suyo hasta casi escaldárselo. Se la quitó a un teniente inglés de artillería tras una buena reyerta. El artillero le retó a salir fuera y lucharon en la calle, sobre el empedrado, en la oscuridad. Le pegó fuerte dos veces en la mandíbula, y al ver que el militar no caía comprendió que le esperaba una pelea de verdad. El artillero le golpeó en el cuerpo, y después en un ojo. Volvió a atacar con la izquierda, y le acertó de lleno; el artillero entonces se le echó encima, le agarró por la americana, le arrancó una manga, y él le sacudió dos veces tras de la oreja y le largó un derechazo demoledor que lo mandó dando traspiés. Cuando el artillero cayó al suelo, dio contra los adoquines de cabeza, y él salió corriendo con la chica al oír que llegaba la policía militar. Se metieron en un taxi y enfilaron para Rimmily Hissa, por el Bósforo y alrededores, regresando en la noche fría para irse a la cama. Encontró a la mujer más que madura, pero jugosa y tierna, rosada, de vientre suave y pechos generosos, y no necesitaba de almohada bajo las ancas; la abandonó antes de que se despertase, con su aspecto desaliñado bajo las primeras luces de la mañana, y volvió al Pera Palace con un ojo morado, y con la americana en la mano, pues le faltaba una manga.

Esa misma noche salió para Anatolia, y recordaba haber cruzado campos y campos durante el viaje; campos de adormideras, que cultivaban para extraer el opio, y lo extraño que aquello le hacía sentirse; al final todas las distancias parecían trastocadas, y habían llegado al punto donde lanzaron el ataque, con unos oficiales recién llegados de Constantinopla que no sabían maldita la cosa, y la artillería disparó contra las tropas, y el observador británico lloró como un crío.

Fue la primera vez que vio muertos con falditas blancas de ballet y zapatos de punta remangada con borlas. Habían llegado los turcos en tropel, como de costumbre, y vieron a los de las faldas correr, y a los oficiales a tiros con ellos y corriendo también, y él y el observador británico hubieron de correr lo mismo hasta dolerles las piernas y sentir en la boca un sabor a herrumbre, por lo que hubieron de parar tras unas rocas mientras los turcos se aproximaban tan en bloque como siempre. Después vio cosas que jamás hubiera imagi-

nado, aunque más tarde fueron todavía peor. Así que cuando regresó a París no se sentía capaz de hablar de todo aquello, ni soportaba que se lo mencionasen. Y allí, en el café, cuando él pasaba, estaba siempre aquel poeta norteamericano frente a un montón de platillos, con un gesto cretino en su cara de patata, hablando sobre el dadaísmo con un rumano que decía llamarse Tristan Tzara, que llevaba siempre monóculo y le dolía la cabeza, y de vuelta en el apartamento con su esposa, a quien ahora quería de nuevo, terminadas las peleas, terminada la locura, y encantado de volver a estar en casa, le mandaban el correo que había llegado a la oficina. De modo que la carta de respuesta a la que él escribiera llegó cierta mañana en una bandeja, y cuando vio la letra se quedó helado y trató de ocultar la carta debajo de otra. Pero su mujer le dijo: "¿De quién es esa carta?" Y fue el principio del fin.

Recordaba los buenos tiempos con todas ellas, y las peleas. Siempre escogían los lugares más apropiados para pelearse. ¿Y por qué habían tenido que reñir siempre cuando mejor se encontraban? Nunca llegó a escribir nada de esto, primero porque no deseaba herir a nadie, y segundo porque le parecía que ya había demasiadas cosas de qué escribir sin necesidad de recurrir a eso. Pero siempre había pensado que terminaría por escribirlo. Había tanto que escribir. Había visto cambiar al mundo; y no sólo en cuanto a los acontecimientos históricos, aunque él había asistido a muchos de ellos y había observado a los hombres, sino porque había podido advertir un cambio más sutil y recordaba perfectamente el comportamiento de los seres humanos en diferentes épocas. El había participado en ello, lo había presenciado, y su misión era dar testimonio; pero ya no lo haría.

—¿Cómo te encuentras? —dijo ella. Acababa de salir de la tienda después de bañarse.

—Perfectamente.

—¿Quieres comer algo?

Vio a Molo detrás de ella, con la mesa plegable, y al otro criado con los platos.

—Quiero escribir —dijo él.

—Tienes que tomar algo de sopa para reponerte.

—Voy a morir esta noche —afirmó suavemente—. No me hace falta reponerme.

—No seas melodramático, Harry, por favor —pidió ella.

—¿Es que no hueles? Ya estoy podrido de medio muslo para

abajo. ¿Por qué demonios voy a engañarme con el caldo? Molo, trae whisky con soda.

—Haz el favor de tomar el caldo —insistió ella amablemente.

—Está bien.

El caldo estaba demasiado caliente. Tuvo que dejarlo enfriar en la taza, y al tragarlo casi le dieron náuseas.

—Eres una buena mujer —dijo—. No me hagas caso.

Le miró ella con su rostro tan conocido, tan amado, como salido de las páginas de *Spur* y de *Town and Country,* sólo un poco estropeado por la bebida, sólo un poco estropeado por la cama, pero en *Town and Country* no se habían visto nunca unos pechos tan extraordinarios, unos muslos tan eficaces, ni aquellas manos, menudas, ligeras, acariciadoras, y mientras la miraba, observando su placentera sonrisa, tan familiar, sintió que la muerte se acercaba de nuevo. Esta vez no se trataba de una embestida. Era como un soplo, como el hálito que hace fluctuar una vela y adelgaza la llama.

—Luego pueden sacar mi mosquitero, y colgarlo del árbol, y encender el fuego. No voy a pasar a la tienda esta noche. No merece la pena moverse. Hace una noche clara. No lloverá.

Conque así se moría uno, entre susurros inaudibles. Bueno, ya no habría más peleas. Podía prometerlo. No iba a echar a perder ahora la única experiencia inédita de su vida. O quizá sí. Uno lo echa a perder todo. Pero tal vez no.

—Tú no sabes escribir al dictado, ¿verdad?

—Nunca he sabido —repuso ella.

—No importa.

Ya no había tiempo, desde luego, por más que le tentara la ilusión de condensarlo, de modo que todo pudiera escribirse en un párrafo, si acertaba a encontrarlo.

Era una casa de troncos en aquel otero que dominaba el lago. Blanqueaban las junturas, tapadas con argamasa, y en un mástil, ante la puerta, tenían una campana para llamar a la hora de comer. Detrás de la casa se extendían los terrenos y más allá comenzaba el bosque. Una hilera de álamos lombardos bajaba desde la casa hasta el embarcadero. Otros álamos se alineaban a lo largo del promontorio. Subía un camino hacia los cerros, bordeando el bosque, y a lo largo de esta vereda había cogido moras. Después ardió la casa

de troncos, y todas las escopetas que tenían en armeros de patas de venado encima de la chimenea se quemaron también, y algún tiempo después sus cañones, con el plomo fundido en las recámaras, y las culatas carbonizadas, se confundían en el montón de cenizas utilizadas como álcali en las grandes calderas de hierro donde se hacía jabón, y si pedías al abuelo que te dejara jugar con todo aquello te decía que no. Seguían siendo sus escopetas, y jamás quiso comprar otras. Tampoco volvió a cazar. La casa se reconstruyó en el mismo lugar, con tablones ahora, y se pintó de blanco, y desde el porche se divisaban los álamos, y más abajo, el lago; pero no volvió a haber escopetas. Los cañones de las que antaño sustentaran los armeros de patas de venado clavados en las paredes de la casa de troncos seguían en el montón de cenizas, y nadie volvió a tocarlos.

En la Selva Negra, después de la guerra, arrendamos un río truchero, y había dos modos de llegar a él. Uno, siguiendo el valle desde Triberg por la carretera, a la sombra de los árboles que bordeaban aquella vía blanca, y tomando después una desviación que atravesaba las lomas y discurría junto a una infinidad de pequeñas haciendas rústicas, con los caserones del Schwarzwald, hasta llegar al cruce del río. Fue allí donde pescamos por vez primera.

El otro camino consistía en subir por la empinada ladera hasta la linde del bosque y seguir después por lo alto de las lomas, cruzando pinares, hasta el borde de un prado que cruzábamos para llegar al puente. Los abedules bordeaban la corriente, que no era ancha, sino angosta, límpida y veloz con hoyas socavadas bajo las raíces. En el Hotel de Triberg, el dueño hizo una magnífica temporada. Lo pasábamos muy bien y todos éramos amigos. Al año siguiente vino la inflacción, y el dinero que había ganado no alcanzaba para comprar las provisiones necesarias para abrir el hotel, y el hombre se ahorcó.

Esto se podría dictar, pero no lo de la Place Contrescarpe, donde las floristas tenían sus flores en la calle y el tinte corría por el empedrado, hasta la parada del autobús, y las mujeres y los viejos andaban siempre borrachos de vino y aguardiente matarratas, y los niños con el moco colgando helados de frío, y el olor a sudor inmundo y a pobreza y a borrachera en el Café des Amateurs, y las putas del Bal Musette encima del cual vivían. La portera que recibía en su chiscón al soldado de caballería de la Guardia Republicana, y el casco con penacho de crin que dejaba sobre una silla. La inquilina de enfrente, casada con un corredor ciclista, y su alborozo aquella mañana en la lechería, al ojear L'Auto y ver que había llegado el tercero en la París-Tours,

su primera carrera importante. Se puso toda colorada, luego rompió a reír. Y por último subió las escaleras llorando con el periódico derportivo amarillo en la mano. El consorte de la mujer que administraba el Bal Musette era taxista, y cuando él, Harry, tenía que tomar temprano un avión, le despertaba con unos golpecitos en la puerta, y los dos se tomaban un vaso de vino blanco en el mostrador de cinc del bar, antes de marchar. Conocía a sus vecinos de aquel barrio precisamente porque todos eran pobres.

Los de la Place se dividían en dos clases: los borrachos y los deportistas. Los borrachos mataban así su pobreza; los deportistas la engañaban haciendo ejercicio. Eran los descendientes de la Comuna de París, y no había que esforzarse para saber sus ideas políticas. Sabían quién había matado a sus padres, a sus parientes, a sus hermanos y a sus amigos cuando las tropas de Versalles llegaron y tomaron la ciudad, y ejecutaron a cuantos hallaban con las manos callosas, a todo el que llevara gorra u otra señal cualquiera de ser obrero. Y en medio de semejante pobreza, y con aquella vecindad, enfrente de un despacho de carne de caballo y una bodega, había escrito los prolegómenos de cuanto pensaba hacer. No había rincón en París que amase tanto como aquel, con sus frondosos árboles, las viejas casas enjalbegadas, con los zócalos pintados de oscuro, el largo trazo verde del autobús a su paso por la glorieta, el tinte carmín de las flores chorreando por el empedrado, la empinada pendiente de la calle Cardinal Lemoine hasta el río, y en dirección opuesta el mundo abigarrado y angosto de la rue Mouffetard. La calle que subía al Panteón y la otra que siempre recorría en bicicleta, la única calle asfaltada de todo el barrio, tan suave bajo las ruedas, con sus casas altas y estrechas y el hotel barato donde murió Paul Verlaine. Los apartamentos en que vivían sólo tenían dos habitaciones, y él ocupaba un cuarto en el ático del hotel que le costaba sesenta francos al mes y era donde escribía y desde donde contemplaba los tejados y las chimeneas y todas las alturas de París.

Desde el apartamento sólo se veía el tenducho del hombre que vendía leña y carbón. También vendía vino, vino malo. La cabeza dorada de caballo que servía de muestra a la puerta de la carnicería equina, donde colgaban las canales, doradas y rojas, ante la ventana abierta, y la bodega pintada de verde donde compraban el vino; vino bueno y barato. Lo demás eran paredes enyesadas y las ventanas de los vecinos. Los vecinos que, por la noche, cuando alguien se caía borracho en la calle, lamentándose y gimiendo en esa típica "ivresse" francesa que la propaganda ha hecho creer que no existe, abrían sus ventanas y daban rienda suelta a cuchicheos y comentarios.

"¿Dónde está el guardia? Cuando no hace falta siempre lo tienes ahí. Estará durmiendo con alguna portera. Buscad al gendarme." Hasta que alguien arrojaba un cubo de agua por la ventana y cesaban los lamentos. "¿Qué pasa? Agua. Ah, muy bien hecho". Y las ventanas se cerraban. Marie, su asistenta, protestando siempre contra la jornada de ocho horas. "Si un marido trabaja hasta las seis", explicaba, "sólo toma una copa de vuelta para casa y no gasta demasiado. Pero si sale a las cinco, se emborracha a diario y no le entrega el dinero a una. Es la mujer del obrero la que paga el pato con estas horas menos de trabajo".

—¿No te gustaría tomar un poco más de caldo? —volvió a preguntarle la mujer.

—No, muchas gracias. Está buenísimo, desde luego.

—Prueba sólo un poco.

—Preferiría un whisky con soda.

—No te conviene.

—No. No me conviene... Cole Porter escribió la letra y la música. Y saber que estás loca por mí...

—Ya sabes que me gusta que bebas.

—Oh, sí. Lo que pasa es que no me conviene.

Cuando se vaya, pensó, tendré todo lo que quiera. No todo lo que quiera, sino todo lo que haya. Pero estaba cansado. Muy cansado. Iba a dormir un poco. Se tendió tranquilo y la muerte no llegaba. Sin duda tiró por otro camino. Iba por parejas, en bicicleta, y rodaba en silencio absoluto por el empedrado.

No, nunca llegó a escribir sobre París. Sobre el París que a él le importaba. Pero ¿y lo demás, de lo que tampoco había escrito?

¿Y el rancho, y el gris plateado de la artemisa, y el agua clara y rauda de las acequias, y el verde intenso de la alfalfa? La vereda subía entre las lomas, y el ganado en verano era tan espantadizo como los ciervos. La barahúnda y el estrépito de la grey que avanzaba despacio, mugiendo y levantando polvo, cuando bajaba de los montes en otoño. Y detrás la serranía, el agudo perfil de las cumbres recortándose en la atardecida, los paseos a caballo por el sendero a la luz de la luna que resplandecía en el valle. Se vio muy a lo vivo bajando del bosque en la oscuridad, agarrándose a la cola del caballo cuando no se veía nada, y pensó en todas las cosas que se proponía escribir.

Aquel mozo del rancho medio tonto, que se quedó solo una vez con el encargo de que nadie tocara el heno, y el miserable de los Forks que pegó al chico cuando quiso impedirle que cogiera un poco de pienso. El chico que no, y el viejo amenazándole con volver a pegarle. El chaval entonces agarró el rifle de la cocina, y cuando el otro fue a meterse en el granero disparó sobre él, y al volver al rancho los demás llevaba muerto una semana, helado en el corral, menos la parte que se habían comido los perros. Pero lo que quedaba lo echaste en un trineo, lo envolviste en una manta y lo amarraste, y dijiste al muchacho que te ayudase a arrastrarlo, y los dos recorristeis el camino en esquís, casi cien kilómetros, hasta el pueblo, para entregar al chico a las autoridades. El no tenía idea de que iban a arrestarlo. Pensaba que había cumplido con su deber y que tú eras su amigo y que le premiarían. Había ayudado a llevar al viejo para que todo el mundo supiese lo malo que era, pues quiso robar un pienso que no era suyo, y cuando el sheriff puso las esposas al chico, el pobre no podía creerlo. Luego se echó a llorar. He ahí una de las historias que no llegó a escribir. Sabía por lo menos veinte historias de entonces, todas buenas, y no había escrito ni una siquiera. ¿Por qué?

—Tú LES explicarás por qué —dijo.

—¿Por qué qué?

—Nada.

No bebía tanto ahora, desde que estaba con él. Pero si salía con vida, nunca escribiría sobre aquella mujer, ahora lo sabía cierto. Ni sobre ninguno de los suyos. Los ricos eran torpes y bebían demasiado, o estaban siempre jugando al chaquete. Eran obtusos y redundantes. Recordó al pobre Julián, y el reverente temor que le inspiraban, y que una vez empezó un cuento que comenzaba: «Los muy ricos son diferentes de ti y de mí». Alguien dijo a Julián que sí, que porque tienen más dinero. Pero a Julián no le hizo gracia el chiste. Los tenía por una casta superior, y cuando descubrió que no lo eran, pocas cosas hubieran podido destrozarle más.

El se mostró siempre desdeñoso con los que se dejan desalentar así. No tenía por qué gustarle a uno por el hecho de que lo comprendiese. El era capaz de superar cualquier cosa, creía, porque nada podía hacerle mella si no le daba importancia.

Pues bien. Ahora no iba a importarle la muerte. Algo que siempre le había horrorizado era el dolor. Sabía resistirlo como cual-

quiera, si no se prolongaba demasiado y le dejaba sin fuerzas, pero lo de ahora le había dolido terriblemente, y en el límite mismo de su aguante, el dolor cesó.

Se acordó de hacía mucho tiempo, cuando Williamson, el oficial de bombardeo, fue alcanzado por una granada de mano lanzada por un centinela alemán que le sorprendió en el intento de pasar la alambrada por la noche; gimiendo, pidió a todos que le matasen. Era un hombre grueso, muy valiente y buen militar, aunque propenso a las exhibiciones fantásticas. Pero aquella noche lo cazaron en la alambrada, a la luz de una bengala, y las tripas se desparramaron por los alambres, de forma que cuando lo rescataron, aún con vida, hubo que cortarlas para soltarle. Dame un tiro, Harry, por el amor de Dios, dame un tiro. En cierta ocasión habían discutido que Nuestro Señor nunca envía nada que no pueda uno soportar, y salió a relucir la teoría según la cual pasado cierto límite el dolor le hace desmayarse a uno automáticamente. Pero él siempre se había acordado de Williamson, aquella noche. Williamson no se desmayó hasta que le hubo dado todas las tabletas de morfina que reservaba para sí mismo; pero con aquello no tuvieron ningún efecto.

Lo que él tenía era bastante llevadero; y si no iba a peor, no había de qué lamentarse. Salvo que hubiese preferido estar en mejor compañía.

Por unos momentos pensó en la compañía que le hubiese gustado tener.

No, reflexionó; cuando todo lo que uno hace se prolonga demasiado, y lo empieza muy tarde, no puede esperar que siga allí la gente. Se han ido todos. La fiesta ha concluido y ahora estás solo con tu huéspeda.

Me está aburriendo tanto la muerte como todo lo demás, pensó.

—Es una lata —dijo en voz alta.

—¿Qué es una lata, querido?

—Todo lo que uno tarda demasiado en hacer.

Miró al rostro de la mujer que estaba entre el fuego y él. Se había reclinado en el respaldo de la silla y las llamas iluminaban su semblante, surcado de placenteras arrugas. Harry vio que tenía sueño. Oyó hacer ruido a la hiena en la linde misma del resplandor del fuego.

—Me puse a escribir —dijo él—. Pero me cansé en seguida.

—¿Crees que te será posible dormir?

—Estoy casi seguro. ¿Por qué no vas a echarte?

—Prefiero estar a tu lado.

—¿Sientes algo extraño? —preguntó él.

—No. Sólo un poco de sueño.

—Yo también.

Otra vez acababa de sentir cerca a la muerte.

—Ya sabes que lo único que no he perdido nunca es la curiosidad —dijo a la mujer.

—Tú nunca has perdido nada. Eres el hombre más completo que he conocido en mi vida.

—Por Cristo —dijo él—. Qué poco sabe una mujer. ¿Y eso qué es? ¿Tu intuición?

Porque en ese mismo momento había llegado la muerte, y apoyó su cabeza en los pies de la camilla, y él percibió su aliento.

—Nunca creas eso de la guadaña y la calavera —prosiguió—. También pueden ser dos guardias en bicicleta, o un pájaro. O tener un hocico ancho como el de una hiena.

La cosa avanzó ahora hacia él, pero ya no tenía perfil. Ocupaba espacio, eso era todo.

—Dile que se vaya.

No se marchó, sino que se acercó un poco más.

—Tienes un aliento infernal —dijo a la muerte—. Bruja apestosa.

Avanzó un poco más hacia él y ya no pudo interpelarla, y cuando la muerte vio que no podía hablar, se le acercó más todavía; él intentó rechazarla sin hablar, pero la intrusa se le abrazó, de modo que sintió todo su peso sobre el tórax, y mientras se afianzaba allí, y él ya no podía moverse, ni hablar, oyó decir a la mujer:

—Bwana se ha dormido ya. Levantad la camilla con mucho cuidado y llevadla dentro de la tienda.

Harry no podía hablar para pedir a la mujer que hiciera marcharse a la muerte, y la muerte seguía vencida sobre su pecho, cada vez más pesada, sin dejarle respirar. Y entonces, cuando levantaron la camilla, se hizo la calma de repente y desapareció el peso que le abrumaba.

ERA YA de mañana, hacía rato que había amanecido, cuando oyó el ruido del avión. Apareció primero como una mancha diminuta; luego se aproximó describiendo un amplio círculo, y los muchachos corrieron a encender las hogueras con petróleo y buenos montones de hierba encima para formar así dos densas humaredas, una en cada punta del terreno allanado; la brisa matinal arrastró el humo hacia el campamento, mientras el avión giraba dos veces más, la última a menor altura, planeaba después, se enderezaba y aterrizaba suavemente. Por último vio venir al viejo Compton con pantalones de sport, una chaqueta de paño y un sombrero de fieltro marrón.

—¿Qué pasa, viejo zorro? —preguntó Compton.

—Tengo la pierna mala —le repuso—. ¿Quieres tomar algo?

—Gracias. Sólo un poco de té. He traído el Puss Moth, ¿sabes? No podré llevar a la memsahib. Sólo hay sitio para uno. Vuestro camión está en camino.

Helen se había llevado aparte a Compton y le estaba hablando. Compton volvió más entusiasmado que nunca.

—Vamos a llevarte a bordo —dijo él—. Ya volveré por la mem. Lo malo es que tendré que parar en Arusha para repostar. Mejor será que nos vayamos en seguida.

—¿Y el té?

—Ya sabes que en realidad no me gusta demasiado.

Los criados cogieron la camilla, dieron la vuelta a las tiendas verdes y bajaron bordeando las peñas para cruzar la llanura junto a las fogatas que ahora ardían vivamente, tras haberse consumido toda la hierba, y el viento agitaba las llamas casi hasta el pequeño avión. Fue difícil introducirle, pero una vez dentro pudo tenderse en el asiento de atrás, que era de cuero, y apoyar la pierna, estirada, a un lado del asiento de Compton. Compton arrancó el motor y subió al aparato. Agitó la mano para despedirse de Helen y de los muchachos, y mientras el estruendo adoptaba la forma del viejo ronquido familiar del avión, giraban con un balanceo, atento Compie a las posibles madrigueras de jabalíes en el suelo, y el aparato rugía, daba saltos por la pista limitada entre fogata y fogata, y con el último brinco se elevaba; entonces pudo ver a todos allá abajo en tierra, agitando la mano, y el campamento detrás de la loma, que

ahora se achicaba y se achicaba, y la llanura que se extendía, y los macizos de árboles, las breñas cada vez más desdibujadas, más lisas, los rastros de animales que avanzaban ahora suavemente hacia los charcos secos, y más allá un nuevo manantial que no conocía. Las cebras, minúsculos lomos redondeados, y los ñus, simples vírgulas con grandes cabezas que parecían elevarse al cruzar en largas hileras la llanura y que se dispersaban al advertir la sombra del avión, diminutos en su lento galope imperceptible, y la llanura amarillenta y gris hasta donde alcanzaba la vista; y ante los ojos, la chaqueta de paño del viejo Compie, y el sombrero de fieltro marrón. Sobrevolaron las primeras estribaciones y los ñus parecían seguirles; luego cruzaron sobre montañas cortadas por abruptos valles de alto boscaje verde, tupidas laderas de bambú, y de nuevo el bosque impenetrable, dibujando fielmente las cimas y los barrancos al paso del aparato, y las faldas de los montes, y otra llanura más, ardiente ahora, parda y violácea, todo baches por el calor, y Compie que miraba para atrás a ver cómo le iba. Después, más montañas oscuras ante la vista.

Y entonces, en lugar de dirigirse a Arusha, viraron hacia la izquierda, sin duda había calculado que tenía bastante combustible, y al mirar para abajo vio una nube de puntos rosados que avanzaba al ras del suelo, y por el aire, como la primera ventisca de una tempestad de nieve que viene de no se sabe dónde, y entonces advirtió lo que era: la langosta que llegaba del sur. De pronto comenzaron a subir, como si enfilaran hacia el este, y todo se oscureció, y se encontraron dentro de una tormenta, con lluvia tan recia que era como volar a través de una cascada, hasta que se quedaron sin combustible, y Compie volvió la cabeza gesticulando y señalando con el dedo, y allá delante lo único que se veía, ancha como el mundo, grande, alta e increíblemente blanca bajo el sol, era la cima cuadrada del Kilimanjaro. Y por fin supo que era allí donde iba.

En ese mismo momento dejó la hiena de gemir en la noche y se puso a emitir unos sones extraños, casi como de llanto humano. Oyólo la mujer y se revolvió con desasosiego. No se despertó. En sueños, estaba en la casa de Long Island, en la noche de vísperas de la presentación en sociedad de su hija. Por alguna ignota

razón se hallaba presente su padre, que se había mostrado muy grosero. De pronto los lamentos de la hiena hiciéronse tan fuertes que la mujer se despertó, sin saber al pronto dónde se encontraba, presa de terror. Tomó después la linterna y alumbró la otra camilla que había mandado pasar dentro cuando vio dormido a Harry. Distinguió el bulto de su cuerpo bajo el mosquitero; de un modo u otro había logrado sacar la pierna, que colgaba fuera de la camilla. Se habían soltado las vendas, y la mujer volvió la cabeza, sin valor para mirar.

—¡Molo! —gritó—. ¡Molo! ¡Molo! —Y después—: ¡Harry, Harry! —Y por último, elevando la voz—: ¡Harry! ¡Por favor! ¡Oh, Harry!

No hubo respuesta, ni se le oía respirar.

Fuera de la tienda, la hiena seguía lanzando el mismo plañido extraño que la despertó. Pero el violento palpitar de su pecho ya no le permitía oírlo.

EL HUESPED

ALBERT CAMUS/FRANCIA

Albert Camus

EL MAESTRO miraba para los dos hombres que subían hacia él. Uno iba a caballo, el otro a pie. Todavía no habían llegado al abrupto repecho que llevaba a la escuela, edificada en la ladera de una colina. Avanzaban trabajosa y lentamente en la nieve, entre las piedras, por el inmenso espacio de la alta meseta desierta. De vez en cuando, el caballo tropezaba. Aún no se le oía, pero se veía muy bien el chorro de vapor que le salía por las fosas nasales. Uno de los hombres, al menos, conocía la región. Iban siguiendo la pista, a pesar de que había desaparecido desde hacía varios días bajo una capa blanca y sucia. El maestro calculó que no estarían en la colina antes de media hora. Hacía frío y se metió en la escuela para ponerse un jersey.

Cruzó la clase vacía y helada. En el encerado, los cuatro ríos de Francia, dibujados con cuatro tizas de colores diferentes, corrían hacia sus estuarios desde hacía tres días. La nieve había empezado a caer de repente a mediados de octubre, después de ocho meses de sequía, sin la transición de la lluvia, y los veinte alumnos que vivían en los pueblecitos diseminados por la meseta no iban a clase. Había que esperar el buen tiempo. Daru, el maestro, no calentaba más que el único cuarto que constituía toda su morada, contiguo a la clase cuya puerta daba al este de la meseta. La ventana, como las de la clase, daba también al mediodía. Por este lado, la escuela se encontraba a varios kilómetros del lugar en que la meseta comenzaba a descender hacia el sur. Con tiempo claro, se podían ver las masas

violetas del contrafuerte montañoso donde se abría la puerta del desierto.

Después de entrar un poco en calor, Daru volvió a la ventana desde donde, por primera vez, había divisado a los dos hombres. Ahora ya no se les veía. Se hallaban, pues, subiendo el repecho. El cielo estaba menos oscuro: durante la noche había dejado de nevar. Amaneció con una luz grisácea, que apenas había aumentado a medida que el techo de nubes se elevaba. A las dos de la tarde, hubiérase dicho que el día acababa de comenzar. Pero esto era mejor que aquellos tres días en que la nieve espesa caía en medio de unas tinieblas incesantes, con pequeñas ráfagas de viento que hacían trepidar la doble puerta de la clase. Daru entonces se pasaba las horas muertas en su cuarto, del que no salía sino para ir al cobertizo a dar de comer a las gallinas o a buscar carbón. Afortunadamente, la camioneta de Tadjid, el pueblo más cercano hacia el norte, había traído el suministro dos días antes de la tempestad. Y volvería a pasar dentro de cuarenta y ocho horas.

Por otra parte, Daru tenía con qué resistir un asedio con los sacos de trigo que llenaban la habitación y que la administración pública le dejaba en depósito para distribuir entre los alumnos cuyas familias habían sido víctimas de la sequía. En realidad, la desgracia había alcanzado a todos, pues todos eran pobres. Daru repartía a diario una ración a los niños. Y sabía muy bien que durante estos días malos les había faltado. Probablemente un padre o un hermano mayor vendría aquella tarde, y podría abastecer a todos de grano. Lo que hacía falta era que pudieran resistir para empalmar con la cosecha siguiente, eso era todo. Ahora llegaban de Francia barcos cargados de trigo, lo más duro había pasado. Pero sería difícil olvidar esta miseria, este ejército de fantasmas andrajosos errando bajo el sol, las mesetas calcinadas meses y meses enteros, la tierra contraída poco a poco, literalmente achicharrada, hasta el punto de que cada piedra se deshacía en polvo bajo los pies. Los corderos morían en esa época a millares, y también algunos hombres, acá y allá, sin que muchas veces se llegara a saberlo.

Ante esta miseria, él, que vivía casi como un monje en aquella escuela perdida, contento, por otra parte, con lo poco que tenía y de esta vida ruda, se sentía un señor, con sus paredes enlucidas,

su estrecho diván, sus estantes de madera de pino, su pozo y su suministro semanal de agua y de alimentos. Y de repente esa nieve, sin ningún aviso, sin la transición de la lluvia. El país era así de cruel para vivir en él, incluso sin los hombres que, por otra parte, no arreglaban nada. Pero Daru había nacido allí. En cualquier otro sitio se sentía exiliado.

Salió y dio unos pasos por el terraplén delante de la escuela. Los dos hombres habían llegado a la mitad de la cuesta. Daru reconoció en el jinete a Balducci, el viejo gendarme que conocía desde hacía mucho tiempo. Un árabe, con la cabeza baja y las manos atadas, caminaba detrás de Balducci, que sostenía el extremo de la cuerda. El gendarme saludó con un ademán al que Daru no contestó, ocupado como estaba en mirar al árabe vestido con una chilaba que en otro tiempo había sido azul, con unas sandalias y unos calcetines de gruesa lana cruda en los pies y una bufanda, estrecha y corta, a modo de turbante, en la cabeza. Se iban acercando. Balducci mantenía el caballo al paso para no hacer daño al árabe, y el grupo avanzaba muy despacio.

Al alcance de la voz, Balducci gritó:

—¡Una hora para andar los tres kilómetros de El Ameur hasta aquí!

Daru no contestó. Bajo y fornido, enfundado en su grueso jersey, miraba cómo subían. Ni una sola vez el árabe había levantado la cabeza.

—Hola —dijo Daru cuando llegaron al terraplén—. Entrad a calentaros un poco.

Balducci se bajó con trabajo del caballo sin soltar la cuerda. Sonrió al maestro con una sonrisa que le salía de debajo de unos mostachos erizados. Sus ojillos oscuros, muy hundidos bajo una frente curtida, y su boca rodeada de arrugas le daban un aspecto atento y aplicado. Daru cogió las riendas, llevó el caballo al cobertizo y volvió a la escuela, donde le esperaban los dos hombres. Los hizo entrar en su cuarto.

—Voy a calentar la clase —dijo—. Allí estaremos más anchos.

Cuando entró de nuevo en el cuarto, Balducci estaba sobre el diván. Había desatado la cuerda con que sujetaba al árabe y este se había acurrucado junto a la estufa. Con las manos liadas,

y el turbante echado para atrás, miraba hacia la ventana. Daru al principio sólo vio sus enormes labios, gruesos, lisos, casi negroides; la nariz sin embargo era recta, los ojos sombríos, llenos de fiebre. El turbante dejaba ver una frente obstinada, y bajo la piel curtida por el sol pero un poco descolorida por el frío, toda la cara tenía un aspecto a la vez inquieto y rebelde que impresionó a Daru cuando el árabe, volviendo la cara hacia él, lo miró fijamente a los ojos.

—Pasad ahí al lado —dijo el maestro—. Os voy a hacer té con menta.

—Gracias —dijo Balducci—. ¡Qué faena! ¡Viva el retiro! —Y dirigiéndose en árabe a su prisionero—: Tú, ven.

El árabe se levantó y, despacio, con las muñecas juntas por delante, entró en la clase.

Con el té, Daru llevó una silla. Pero Balducci se había instalado ya en el primer pupitre de la clase y el árabe se había acurrucado contra la tarima del maestro, frente a la estufa que había entre la mesa y la ventana. Cuando tendió el vaso de té al prisionero, Daru dudó ante sus manos atadas.

—Tal vez se le pueda desatar.

—Desde luego —dijo Balducci—. Era para el viaje.

E hizo ademán de levantarse. Pero Daru, dejando el vaso en el suelo, se había arrodillado ya junto al árabe. Este, sin decir nada, miraba cómo lo desataban con sus ojos calenturientos. Una vez las manos libres, se frotó las muñecas hinchadas una contra otra, cogió el vaso de té y sorbió el líquido abrasador, a tragos cortos y rápidos.

—Bueno —dijo Daru—. ¿Dónde vais así?

Balducci dejó de beber:

—Aquí, hijo.

—¡Qué alumnos más raros! ¿Vais a dormir aquí?

—No. Yo me vuelvo a El Ameur. Y tú entregarás al camarada en Tinguit. Lo esperan en la gendarmería.

—¿Qué estás diciendo? —dijo el maestro—. ¿Te burlas de mí?

—No, hijo. Son órdenes.

—¿Ordenes? Yo no soy... —Daru dudó; no quería afligir al viejo corso—. Bueno, quiero decir que no es ese mi oficio.

—¡Eh! ¿Qué quieres decir? En tiempo de guerra se hacen todos los oficios.

—¡Entonces esperaré la declaración de la guerra!

Balducci asintió con la cabeza.

—Bueno. Pero las órdenes son las órdenes y también te atañen a ti. Parece ser que hay jaleo. Se habla de una rebelión próxima. Estamos movilizados, en cierto sentido.

Daru seguía con su aire obstinado.

—Escucha, hijo —dijo Balducci—. Me resultas simpático y tienes que comprender. En El Ameur somos sólo una docena de hombres y tenemos que patrullar por todo el territorio de un departamento, aunque sea pequeño, así que tengo que volver. Me han dicho que te confíe a este individuo y que vuelva inmediatamente. No podíamos custodiarlo allá abajo. Su pueblo se agitaba y querían llevárselo. Tú debes conducirlo a Tinguit durante el día de mañana. No son veinte kilómetros los que van a asustar a un buen mozo como tú. Después, todo habrá terminado. Volverás a la escuela con tus alumnos y a la buena vida.

Fuera, oyeron al caballo resoplar y pisotear el suelo con los cascos. Daru miraba por la ventana. Decididamente, el tiempo se levantaba, la luz se extendía por la meseta nevada. Cuando se hubiera derretido toda la nieve, el sol volvería a reinar y abrasaría una vez más los campos de piedra. Durante días, el cielo inalterable derramaría su luz seca sobre la inmensidad solitaria donde nada hacía pensar en el hombre.

—Bueno —dijo volviéndose hacia Balducci—, ¿qué es lo que ha hecho? —Y prosiguió antes de que el gendarme hubiera abierto la boca—: ¿Habla francés?

—No, ni una palabra. Lo buscaban desde hacía un mes, pero los demás lo escondían. Ha matado a su primo.

—¿Está contra nosotros?

—No lo creo. Pero nunca se sabe.

—¿Por qué lo mató?

—Asuntos de familia, supongo. Uno debía trigo al otro, según parece. La cosa no está clara. Total, que ha matado a su primo dándole un golpe con una podadera. Te das cuenta, como un cordero, ¡zas!...

Balducci hizo un ademán como si se pasara una cuchilla por el cuello, mientras el árabe lo seguía atentamente y lo miraba con

cierta inquietud. A Daru le entró una ira repentina contra aquel hombre, contra todos los hombres y su asquerosa maldad, sus odios incansables, sus locuras sangrientas.

Pero la pava del agua caliente silbaba en la estufa. Daru volvió a servir té a Balducci, y después de dudar un momento sirvió también al árabe, que por segunda vez lo bebió con avidez. Tenía los brazos levantados y el maestro pudo ver su pecho delgado y musculoso por la chilaba entreabierta.

—Gracias, chico —dijo Balducci—. Ahora, yo me largo.

Se levantó y se dirigió hacia el árabe, sacándose una cuerda del bolsillo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Daru con sequedad.

Balducci, desconcertado, le enseñó la cuerda.

—No vale la pena.

El viejo gendarme dudó:

—Como quieras. Supongo que estás armado.

—Tengo un fusil de caza.

—¿Dónde?

—En el baúl.

—Deberías tenerlo cerca de la cama.

—¿Por qué? No tengo nada que temer.

—Estás chalado, hijo. Si se sublevan, nadie estará seguro, todos estamos metidos en el mismo saco.

—Me defenderé. Tengo tiempo de verlos llegar.

Balducci se echó a reír, y luego el bigote le cubrió de repente unos dientes todavía blancos.

—¿Que tienes tiempo? Bueno. Lo que yo decía. Siempre te ha faltado un tornillo. Por eso me resultas simpático; mi hijo era así.

Al mismo tiempo sacó su revólver y lo dejó sobre la mesa.

—Toma, yo no tengo necesidad de dos armas para ir de aquí a El Ameur.

El revólver brillaba sobre la pintura negra de la mesa. Cuando el gendarme se volvió hacia él, el maestro sintió un olor a cuero y a caballo.

—Mira, Balducci —dijo Daru de repente—, todo esto me repugna, y ese tipo el primero. Pero no lo entregaré. Luchar sí, si hace falta. Pero esto no.

El viejo gendarme estaba ante él y lo miraba con severidad.

—No hagas tonterías —dijo despacio—. A mí tampoco me gusta todo esto. Uno no se acostumbra a atar a un hombre, a pesar de los años, y hasta se tiene vergüenza, sí. Pero no se les puede dejar que hagan lo que quieran.

—Yo no lo entregaré —repitió Daru.

—Es una orden, hijo. Te lo repito.

—Eso es. Repíteles lo que te he dicho: yo no lo entregaré.

Visiblemente, Balducci se esforzaba por reflexionar. Miró al árabe y a Daru. Al fin se decidió:

—No. No les diré nada. Si tú no quieres ayudarnos, allá tú, yo no te denunciaré. Sólo tengo orden de entregarte el prisionero, y es lo que hago. Ahora vas a firmarme el papel.

—No hace falta. No negaré que me lo has dejado.

—No seas malo conmigo. Sé que dirás la verdad. Eres de aquí, eres un hombre. Pero debes firmar, lo exige el reglamento.

Daru abrió un cajón, sacó un frasquito cuadrado de tinta morada, el portaplumas de mango colorado con la plumilla, que le servía para trazar los modelos de caligrafía, y firmó. El gendarme dobló cuidadosamente el papel y se lo guardó en la cartera. Después se dirigió hacia la puerta.

—Te acompaño —dijo Daru.

—No —replicó Balducci—. No hace falta que andes con cumplidos. Me has ofendido.

Balducci miró al árabe, inmóvil, en el mismo sitio, sorbió por la nariz con aire apesadumbrado y se volvió hacia la puerta.

—Adiós, hijo.

La puerta se batió detrás de él. Balducci surgió delante de la ventana y después desapareció. La nieve ahogaba sus pasos. El caballo se agitó detrás de la pared, unas gallinas se espantaron. Al poco rato, Balducci volvió a pasar por delante de la ventana tirando del caballo por la brida. Caminaba hacia el repecho, sin volverse, y desapareció seguido del caballo. Se oyó el ruido de una piedra grande que rodaba perezosamente. Daru se volvió hacia el prisionero, que no se había movido, pero que no dejaba de mirarlo.

—Espera —dijo el maestro en árabe. Y se dirigió hacia su cuarto. En el momento de pasar el umbral, cambió de parecer, fue a la mesa,

cogió el revólver y se lo metió en el bolsillo. Después, sin volverse, entró en su habitación.

Durante mucho tiempo, se quedó echado en el diván mirando al cielo que se oscurecía poco a poco, escuchando el silencio. Ese silencio que los primeros días de su llegada, después de la guerra, le había parecido tan penoso. En aquella época, había pedido un puesto en la pequeña ciudad al pie de los contrafuertes que separan la altiplanicie del desierto. Allí, unas murallas rocosas, verdes y negras al norte, rosas o malvas al sur, marcaban la frontera del eterno verano. Pero lo habían nombrado para un puesto más al norte, en la misma meseta. Al principio, la soledad y el silencio le habían resultado muy duros en aquellas tierras ingratas, habitadas solamente por las piedras. A veces, la existencia de unos surcos hacía pensar en tierras cultivadas, pero en realidad los surcos habían sido excavados para sacar a la luz del día cierta piedra propicia para la construcción. Allí sólo se labraba para cosechar pedruscos. Otras veces, raspaban algunas pellas de tierra, acumuladas en las hondonadas, para abonar los áridos jardines de los pueblos. Solamente la piedra cubría las tres cuartas partes de este país, en el que las ciudades nacían, brillaban y desaparecían; los hombres pasaban, se amaban o se mordían la garganta, y después morían. En este desierto, nadie, ni él ni su huésped, eran nada. Y sin embargo, fuera de este desierto, ni uno ni otro, Daru lo sabía muy bien, hubiera podido vivir verdaderamente.

Cuando se levantó, ningún ruido se oía en la sala de clase. Daru se quedó asombrado ante la franca alegría que sentía sólo de pensar que el árabe hubiera podido escaparse y que iba a encontrarse solo sin tener que decidir nada. Pero el prisionero seguía allí. Se había echado cuan largo era entre la estufa y la mesa, con los ojos muy abiertos, mirando al techo. En esta posición se le veían sobre todo los gruesos labios, que le daban un aspecto enojado.

—Ven —dijo Daru. El árabe se levantó y lo siguió. En la habitación, el maestro señaló una silla al lado de la mesa, bajo la ventana. El árabe se sentó sin dejar de mirar a Daru—. ¿Tienes hambre?

—Sí —dijo el prisionero.

Daru puso dos cubiertos sobre la mesa. Cogió harina y aceite, amasó en una fuente una torta y encendió el horno de butano.

Mientras la torta se cocía, Daru fue al cobertizo a buscar queso, huevos, dátiles y leche condensada. Cuando la torta estuvo cocida, la puso a enfriar en el alféizar de la ventana, calentó un poco de leche condensada desleída en agua y, para terminar, batió los huevos para hacer una tortilla. En uno de estos movimientos, su mano tropezó con el revólver que llevaba en el bolsillo derecho. Dejó el tazón con los huevos, pasó a la clase y metió el revólver en el cajón de su mesa. Cuando volvió a la habitación, estaba anocheciendo. Encendió la luz y sirvió al árabe.

—Come —dijo.

El otro cogió un trozo de torta, se lo llevó con viveza a la boca y se detuvo.

—¿Y tú? —preguntó.

—Primero tú. Yo comeré después.

Los labios gruesos se abrieron un poco, el árabe dudó, y terminó por morder resueltamente la torta.

Cuando terminó de comer, miró al maestro.

—¿Eres tú el juez?

—No, yo tengo que vigilarte hasta mañana.

—¿Por qué comes conmigo?

—Porque tengo hambre.

El otro se calló. Daru se levantó y salió. Trajo un catre del cobertizo, lo colocó entre la mesa y la estufa, perpendicularmente a su propia cama, y de una maleta grande que, de pie en un rincón, le servía de estante para sus papeles sacó dos mantas que dispuso sobre el catre. Después se paró y, al no tener otra cosa en que ocuparse, se sentó en la cama. Ya no había nada que preparar ni que hacer, sino mirar a aquel hombre. Y se puso a mirarlo, tratando de imaginarse aquella cara arrebatada por la ira. Pero no lo conseguía. Solamente veía la mirada a la vez sombría y brillante, y la boca de animal.

—¿Por qué lo mataste? —dijo con una voz cuya hostilidad le sorprendió.

El árabe desvió la mirada.

—Se escapó. Y yo corrí detrás de él. —Volvió a mirar a Daru con unos ojos llenos de una especie de interrogación angustiada—. Ahora, ¿qué van a hacerme?

—¿Tienes miedo?

El otro se atiesó, desviando la vista.

—¿Sientes lo que hiciste?

El árabe lo miró con la boca abierta. Era evidente que no comprendía. La irritación invadía a Daru. Al mismo tiempo, se sentía torpe y embarazado, sin poderse mover entre las dos camas.

—Acuéstate aquí —dijo con impaciencia—. Es tu cama.

El árabe no se movió. Interpeló a Daru:

—¡Dime!

El maestro lo miró.

—¿Vuelve mañana el gendarme?

—No lo sé.

—¿Tú vienes con nosotros?

—No lo sé. ¿Por qué?

El prisionero se levantó y se echó sobre las mantas, con los pies hacia la ventana. La luz de la bombilla le daba directamente en los ojos, y los cerró en seguida.

—¿Por qué? —repitió Daru, plantado delante de la cama.

El árabe abrió los ojos bajo la luz deslumbradora y lo miró, esforzándose en no pestañear.

—Vente con nosotros —dijo.

En medio de la noche, Daru no conseguía dormir. Se había metido en la cama después de desnudarse completamente: tenía la costumbre de dormir desnudo. Pero cuando se encontró en su cuarto sin ninguna ropa, dudó. Se sentía vulnerable y estuvo tentado de volverse a vestir. Pero se encogió de hombros; ya se había visto en situaciones peores, y si hiciera falta descalabraría a su adversario. Desde la cama podía observarlo, echado de espaldas, inmóvil, con los ojos cerrados bajo la intensa luz. Cuando Daru la apagó, pareció que las tinieblas se congelaban de repente. Poco a poco, la noche fue recobrando vida en la ventana donde el cielo sin estrellas se movía suavemente. El maestro distinguió en seguida el cuerpo extendido ante él. El árabe seguía sin moverse, pero sus ojos parecían estar abiertos. Un viento ligero rondaba alrededor de la escuela. Tal vez terminaría por alejar las nubes y volvería a brillar el sol.

Durante la noche, el viento aumentó. Las gallinas se alboro-

taron un poco, después se callaron. El árabe se volvió de costado, dando la espalda a Daru, y a este le pareció oírlo gemir. Entonces acechó su respiración, más fuerte y más regular que hacía un momento. Daru oía ese aliento tan cercano y soñaba sin poderse dormir. En la habitación en que, desde hacía un año, dormía solo, aquella presencia le molestaba. Pero también le molestaba porque le imponía una especie de fraternidad que él rechazaba en las circunstancias actuales y que conocía muy bien: los hombres que comparten los mismos dormitorios, ya sean soldados o prisioneros, contraen un lazo extraño como si, al quitarse las armaduras con la ropa, se hermanaran cada noche, por encima de sus diferencias, en la vieja comunidad del sueño y del cansancio. Pero Daru se agitaba, no le gustaban esas tonterías, tenía que dormir.

Algo más tarde, sin embargo, cuando el árabe se movió imperceptiblemente, el maestro seguía sin conciliar el sueño. Al segundo movimiento del prisionero, se puso tenso, en guardia. El árabe se incorporaba muy despacio sobre sus brazos, con un movimiento casi de sonámbulo. Sentado en la cama, esperó, inmóvil, sin volver la cara hacia Daru, como si escuchara atentamente. Daru no se movió: acababa de darse cuenta de que se había dejado el revólver en el cajón de la mesa de la clase. Era mejor actuar rápidamente. Sin embargo, continuó observando al prisionero que, con el mismo movimiento cauteloso, ponía los pies en el suelo, esperaba un poco y empezaba a levantarse lentamente. Daru iba a llamarlo cuando el árabe echó a andar, con un paso natural esta vez, pero extraordinariamente silencioso. Se dirigía hacia la puerta del fondo que daba al cobertizo. Hizo girar el picaporte con precaución y salió empujando la puerta tras él, sin cerrarla del todo. Daru no se había movido. Se escapa, pensó. ¡Menudo alivio! Sin embargo, aguzó el oído. Las gallinas no se movían: el árabe se hallaba, pues, en la meseta. Entonces le llegó un débil ruido de agua, y sólo comprendió lo que era en el momento en que el árabe apareció de nuevo en el marco de la puerta, la cerró con cuidado y se acostó sin hacer ruido. Daru se volvió de espaldas y se durmió. Algo más tarde, le pareció oír, en lo profundo de su sueño, unos pasos furtivos alrededor de la escuela. ¡Estoy soñando, estoy soñando!, se repetía. Y efectivamente estaba dormido.

Cuando se despertó, el cielo estaba despejado; por la ventana mal encajada entraba un aire frío y puro. El árabe dormía, acurrucado ahora bajo las mantas, con la boca abierta, totalmente confiado. Pero cuando Daru lo zarandeó, se sobresaltó y miró a Daru sin reconocerlo, con unos ojos de loco y una expresión tan asustada que el maestro dio un paso atrás.

—No tengas miedo. Soy yo. Vamos a comer.

El árabe asintió con la cabeza y dijo que sí. Su rostro había recobrado la serenidad, pero su expresión permanecía ausente y distraída.

El café estaba preparado. Lo bebieron, sentados ambos en el catre, y comieron unos trozos de torta. Después, Daru llevó al árabe al cobertizo y le enseñó el grifo donde él se lavaba todos los días. Volvió al cuarto, dobló las mantas, recogió el catre, hizo su cama y ordenó la habitación. Entonces salió al terraplén pasando por la escuela. El sol se elevaba ya en el cielo azul; una luz tierna y viva inundaba la meseta desierta. En el repecho la nieve empezaba a derretirse. Las piedras volverían a aparecer. En cuclillas al borde de la meseta, el maestro contemplaba la inmensidad del desierto. Pensaba en Balducci. Le había apenado, le había echado de allí, en cierto modo, como si no quisiera que lo metieran en el mismo saco que a él. Aún oía el adiós del gendarme y, sin saber por qué, se sentía extrañamente vacío y vulnerable. En este momento, al otro lado de la escuela, el prisionero tosió. Daru lo oyó, casi a pesar suyo; después, furioso, tiró una piedra que silbó en el aire antes de hundirse en la nieve. El crimen idiota de este hombre le sublevaba, pero entregarlo era contrario al honor: tan sólo con pensarlo se volvía loco de humillación. Y maldecía a la vez a los suyos, que le enviaban a aquel árabe, y a este, que se había atrevido a matar y no había sabido escaparse. Daru se levantó, dio unas vueltas por el terraplén, esperó, inmóvil, y entró en la escuela.

El árabe, inclinado sobre el suelo de cemento del cobertizo, se lavaba los dientes con dos dedos. Daru le miró:

—Ven —dijo. Y entró en la habitación, delante del prisionero. Se puso una cazadora encima del jersey y se calzó las botas de marcha. Después esperó de pie a que el árabe se hubiera puesto el turbante y las sandalias. Entraron en la escuela y el maestro señaló la salida

a su compañero—. Vete. —El otro no se movió—. Ahora vengo —dijo Daru. El árabe salió. Daru volvió a entrar en la habitación e hizo un paquete con tostadas de pan, dátiles y azúcar. En la clase, antes de salir, dudó un segundo ante su mesa, después atravesó el umbral de la escuela y cerró la puerta—. Por ahí —dijo. Y tomó la dirección del este, seguido por el prisionero. Pero a poca distancia de la escuela, le pareció oír un ligero ruido detrás de él. Volvió sobre sus pasos e inspeccionó los alrededores de la casa: no había nadie. El árabe le miraba sin comprender lo que hacía—. Vamos —dijo Daru.

Caminaron durante una hora y descansaron junto a una especie de pico calcáreo. La nieve se derretía cada vez más de prisa, el sol absorbía inmediatamente los charcos, limpiaba a toda velocidad la meseta que, poco a poco, se secaba y vibraba lo mismo que el aire. Cuando de nuevo se pusieron en camino, la tierra resonaba bajo sus pasos. A lo lejos, un pájaro hendía el espacio ante ellos con un trino alegre. Daru bebía, respirando profundamente, la fresca luz matutina. Una especie de exaltación nacía en él bajo el gran espacio familiar, casi enteramente amarillo ahora, bajo su casquete de cielo azul. Anduvieron una hora más, bajando hacia el sur. Llegaron a una especie de eminencia achatada formada por rocas friables. A partir de allí, la meseta descendía, al este, hacia una llanura baja donde se podían distinguir algunos árboles medio secos y, al sur, hacia unos montones de rocas que daban al paisaje un aspecto atormentado.

Daru inspeccionó las dos direcciones. No había más que el cielo en el horizonte, no se veía a ningún hombre. Daru se volvió hacia el árabe, que lo miraba sin comprender, y le tendió un paquete:

—Toma —dijo—. Son dátiles, pan y azúcar. Te llegará para dos días. Toma mil francos también. —El árabe cogió el paquete y el dinero y se quedó con las manos llenas a la altura del pecho como si no supiera qué hacer con lo que le daban—. Mira ahora —dijo el maestro, y señalaba la dirección del este—, ese es el camino de Tinguit. Son dos horas de marcha. En Tinguit están la administración y la policía. Te esperan. —El árabe miraba hacia el este, apretando contra sí el paquete y el dinero. Daru le cogió del brazo y, con cierta brusquedad, le hizo dar media vuelta hacia el sur.

Al pie de la altura en que se encontraban, se adivinaba un camino apenas bosquejado—. Esa es la pista que atraviesa la meseta. A un día de marcha de aquí encontrarás los pastos y los primeros nómadas. Te acogerán y te darán refugio, según sus leyes.

El árabe se había vuelto ahora hacia Daru y su rostro reflejaba pánico:

—Oye —dijo.

Daru meneó la cabeza:

—No, cállate. Ahora, yo te dejo.

Le volvió la espalda, dio dos pasos en dirección de la escuela, miró con cierta indecisión al árabe inmóvil y se alejó. Durante unos minutos, no oyó más que sus propios pasos, que resonaban sobre la tierra fría, y no volvió la cabeza. Al cabo de un momento, sin embargo, se volvió. El árabe seguía allí, al borde de la colina, con los brazos caídos, mirando al maestro. Daru sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Pero renegó con impaciencia, hizo un ademán y echó a andar de nuevo. Ya estaba lejos cuando se detuvo otra vez y miró hacia atrás. No había nadie en la colina.

Daru dudó. El sol estaba ya bastante alto en el cielo y comenzaba a devorarle la frente. El maestro volvió sobre sus pasos, al principio un poco incierto, después con decisión. Cuando llegó a la pequeña colina, chorreaba de sudor. Subió por ella a toda velocidad y se detuvo, echando los bofes, en la cima. Los campos de roca, al sur, se dibujaban claramente sobre el cielo azul, pero en el llano, al este, un vaho de calor empezaba a subir. Y en esta bruma ligera, Daru, con el corazón en un puño, divisó al árabe que caminaba lentamente por el camino de la cárcel.

Un poco más tarde, plantado delante de la ventana de la clase, el maestro miraba sin ver la luz naciente que brincaba desde las alturas del cielo sobre toda la superficie de la meseta. Detrás de él, en el encerado, trazada con tiza por una mano torpe, entre los meandros de los ríos franceses, se extendía la inscripción que el maestro acababa de leer: «Has entregado a nuestro hermano. Lo pagarás». Daru miraba el cielo, la meseta y, más allá, las tierras invisibles que se extendían hasta el mar. En aquel vasto país que tanto había amado, Daru estaba solo.

LA SIMA

PIO BAROJA/ESPAÑA

Pío Baroja

EL PARAJE era severo, de adusta severidad. En el término del horizonte, bajo el cielo inflamado por nubes rojas, fundidas por los últimos rayos del sol, se extendía la cadena de montañas de la sierra, como una muralla azuladoplomiza, coronada en la cumbre por ingentes pedruscos y veteada más abajo por blancas estrías de nieve.

El pastor y su nieto apacentaban su rebaño de cabras en el monte, en la cima del alto de las Pedrizas, donde se yergue como gigante centinela de granito el pico de la Corneja.

El pastor llevaba anguarina de paño amarillento sobre los hombros, zahones de cuero en las rodillas, una montera de piel de cabra en la cabeza, y en la mano negruzca, como la garra de un águila, sostenía un cayado blanco de espino silvestre. Era hombre tosco y primitivo; sus mejillas, rugosas como la corteza de una vieja encina, estaban en parte cubiertas por la barba naciente no afeitada en varios días, blanquecina y sucia.

El zagal, rubicundo y pecoso, correteaba seguido del mastín; hacía zumbar la honda trazando círculos vertiginosos por encima de su cabeza y contestaba alegre a las voces lejanas de los pastores y de los vaqueros, con un grito estridente, como un relincho, terminando en una nota clara, larga, argentina, carcajada burlona, repetida varias veces por el eco de las montañas.

El pastor y su nieto veían desde la cumbre del monte laderas y colinas sin árboles, prados yermos, con manchas negras, redondas,

de los matorrales de retama y macizos violetas y morados de los tomillos y de los cantuesos en flor...

En la hondonada del monte, junto al lecho de una torrentera llena de hojas secas, crecían arbolillos de follaje verde negruzco y matas de brezo, de carrascas y de roble bajo.

Comenzaba a anochecer, corría ligera brisa; el sol iba ocultándose tras de las crestas de la montaña; sierpes y dragones rojizos nadaban por los mares de azul nacarado del cielo, y, al retirarse el sol, las nubes blanqueaban y perdían sus colores, y las sierpes y los dragones se convertían en inmensos cocodrilos y gigantescos cetáceos. Los montes se arrugaban ante la vista, y los valles y las hondonadas parecían ensancharse y agrandarse a la luz del crepúsculo.

Se oía a lo lejos el ruido de los cencerros de las vacas, que pasaban por la cañada, y el ladrido de los perros, el ulular del aire; y todos esos rumores, unidos a los murmullos indefinibles del campo, resonaban en la inmensa desolación del paraje como voces misteriosas nacidas de la soledad y del silencio.

—Volvamos, muchacho —dijo el pastor—. El sol se esconde.

El zagal corrió presuroso de un lado a otro, agitó sus brazos, enarboló su cayado, golpeó el suelo, dio gritos y arrojó piedras, hasta que fue reuniendo las cabras en una rinconada del monte. El viejo las puso en orden; un macho cabrío, con un gran cencerro en el cuello, se adelantó como guía, y el rebaño comenzó a bajar hacia el llano. Al destacarse el tropel de cabras sobre la hierba, parecía oleada negruzca, surcando un mar verdoso. Resonaba igual, acompasado, el alegre campanilleo de las esquilas.

—¿Has visto, zagal, si el macho cabrío de tía Remedios va en el rebaño? —preguntó el pastor.

—Lo vide, abuelo —repuso el muchacho.

—Hay que tener ojo con ese animal, porque malos dimoños me lleven si no le tengo malquerencia a esa bestia.

—Y eso, ¿por qué vos pasa, abuelo?

—¿No sabes que la tía Remedios tié fama de bruja en tó el lugar?

—¿Y eso será verdad, abuelo?

—Así lo ha dicho el sacristán la otra vegada que estuve en el lugar. Añaden que aoja a las presonas y a las bestias y que da bebedizos. Diz que la veyeron por los aires entre bandas de culebros.

El pastor siguió contando lo que de la vieja decían en la aldea, y de este modo, departiendo con su nieto, bajaron ambos por el monte, de la senda a la vereda, de la vereda al camino, hasta detenerse junto a la puerta de un cercado. Veíase desde aquí hacia abajo la gran hondonada del valle, a lo lejos brillaba la cinta de plata del río, junto a ella adivinábase la aldea envuelta en neblinas; y a poca distancia, sobre la falda de una montaña, se destacaban las ruinas del antiguo castillo de los señores del pueblo.

—Abre el zarzo, muchacho —gritó el pastor al zagal.

Este retiró los palos de la talanquera, y las cabras comenzaron a pasar por la puerta del cercado, estrujándose unas con otras. Asustóse en esto uno de los animales, y, apartándose del camino, echó a correr monte abajo velozmente.

—Corre, corre tras él, muchacho —gritó el viejo, y luego azuzó al mastín, para que persiguiera al animal huido.

—Anda, *Lobo*. Ves a buscallo.

El mastín lanzó un ladrido sordo, y partió como una flecha.

—¡Anda! ¡Alcánzale! —siguió gritando el pastor—. Anda ahí.

El macho cabrío saltaba de piedra en piedra como una pelota de goma; a veces se volvía a mirar para atrás, alto, erguido, con sus lanas negras y su gran perilla diabólica. Se escondía entre los matorrales de zarza y de retama, iba haciendo cabriolas y dando saltos.

El perro iba tras él, ganaba terreno con dificultad; el zagal seguía a los dos, comprendiendo que la persecución había de concluir pronto, pues la parte abrupta del monte terminaba a poca distancia en un descampado en cuesta. Al llegar allí, vio el zagal al macho cabrío, que corría desesperadamente perseguido por el perro; luego le vio acercarse sobre un montón de rocas y desaparecer entre ellas. Había cerca de las rocas una cueva que, según algunos, era muy profunda, y, sospechando que el animal se habría caído allí, el muchacho se asomó a mirar por la boca de la caverna. Sobre un rellano de la pared de esta, cubierto de matas, estaba el macho cabrío.

El zagal intentó agarrarle por un cuerno, tendiéndose de bruces al borde de la cavidad; pero viendo lo imposible del intento, volvió al lugar donde se hallaba el pastor y le contó lo sucedido.

—¡Maldita bestia! —murmuró el viejo—. Ahora volveremos, zagal. Habemos primero de meter el rebaño en el redil.

Encerraron entre los dos las cabras, y, después de hecho esto, el pastor y su nieto bajaron hacia el descampado y se acercaron al borde de la sima. El chivo seguía en pie sobre las matas. El perro le ladraba desde fuera sordamente.

—Dadme vos la mano, abuelo. Yo me abajaré —dijo el zagal.

—Cuidiao, muchacho. Tengo gran miedo de que te vayas a caer.

—Descuidad vos, abuelo.

El zagal apartó las malezas de la boca de la cueva, se sentó a la orilla, dio a pulso una vuelta, hasta sostenerse con las manos en el borde mismo de la oquedad, y resbaló con los pies por la pared de la misma, hasta afianzarlos en uno de los tajos salientes de su entrada. Empujó el cuerno de la bestia con una mano, y tiró de él. El animal, al verse agarrado, dio tan tremenda sacudida hacia atrás, que perdió sus pies; cayó, en su caída arrastró al muchacho hacia el fondo del abismo. No se oyó ni un grito, ni una queja, ni el rumor más leve.

El viejo se asomó a la boca de la caverna.

—¡Zagal, zagal! —gritó, con desesperación.

Nada, no se oía nada.

—¡Zagal! ¡Zagal!

Parecía oírse mezclado con el murmullo del viento un balido doloroso que subía desde el fondo de la caverna.

Loco, trastornado, durante algunos instantes, el pastor vacilaba en tomar una resolución; luego se le ocurrió pedir socorro a los demás cabreros, y echó a correr hacia el castillo.

Este parecía hallarse a un paso; pero estaba a media hora de camino, aun marchando a campo traviesa; era un castillo ojival derruido, se levantaba sobre el descampado de un monte; la penumbra ocultaba su devastación y su ruina, y en el ambiente del crepúsculo parecía erguirse y tomar proporciones fantásticas.

El viejo caminaba jadeante. Iba avanzando la noche; el cielo se llenaba de estrellas; un lucero brillaba con su luz de plata por encima de un monte, dulce y soñadora pupila que contempla el valle.

El viejo, al llegar junto al castillo, subió a él por una estrecha

calzada; atravesó la derruida escarpa, y por la gótica puerta entró en un patio lleno de escombros, formado por cuatro paredones agrietados, únicos restos de la antigua mansión señorial.

En el hueco de la escalera de la torre, dentro de un cobertizo hecho con estacas y paja, se veían a la luz de un candil humeante diez o doce hombres, rústicos pastores y cabreros agrupados en derredor de unos cuantos tizones encendidos.

El viejo, balbuceando, les contó lo que había pasado. Levantáronse los hombres, cogió uno de ellos una soga del suelo y salieron del castillo. Dirigidos por el viejo, fueron camino del descampado, en donde se hallaba la cueva.

La coincidencia de ser el macho cabrío de la vieja hechicera el que había arrastrado al zagal al fondo de la cueva tomaba en la imaginación de los cabreros grandes y extrañas proporciones.

—¿Y si esa bestia fuera el dimoño? —dijo uno.

—Bien podría ser —repuso otro.

Todos se miraron, espantados.

Se había levantado la luna; densas nubes negras, como rebaños de seres monstruosos, corrían por el cielo; oíase alborotado rumor de esquilas, brillaban en la lejanía las hogueras de los pastores.

Llegaron al descampado, y fueron acercándose a la sima con el corazón palpitante. Encendió uno de ellos un brazado de ramas secas y lo asomó a la boca de la caverna. El fuego iluminó las paredes erizadas de tajos y de pedruscos; una nube de murciélagos despavoridos se levantó y comenzó a revolotear en el aire.

—¿Quién abaja? —preguntó el pastor, con voz apagada.

Todos vacilaron, hasta que uno de los mozos indicó que bajaría él, ya que nadie se prestaba. Se ató la soga por la cintura, le dieron una antorcha encendida de ramas de abeto, que cogió en una mano, se acercó a la sima y desapareció en ella. Los de arriba fueron bajándole poco a poco; la caverna debía ser muy honda, porque se largaba cuerda, sin que el mozo diera señal de haber llegado.

De repente, la cuerda se agitó bruscamente, oyéronse gritos en el fondo del agujero, comenzaron los de arriba a tirar de la soga, y subieron al mozo más muerto que vivo. La antorcha en su mano estaba apagada.

—¿Qué viste? ¿Qué viste? —le preguntaron todos.

—Vide al diablo, todo bermeyo, todo bermeyo. —El terror de este se comunicó a los demás cabreros.

—No abaja nadie —murmuró, desolado, el pastor—. ¿Vais a dejar morir al pobre zagal?

—Ved, abuelo, que esta es una cueva del dimoño —dijo uno—. Abajad vos, si queréis.

El viejo se ató, decidido, la cuerda a la cintura y se acercó al borde del negro agujero.

Oyóse en aquel momento un murmullo vago y lejano, como la voz de un ser sobrenatural. Las piernas del viejo vacilaron.

—No me atrevo... Yo tampoco me atrevo —dijo, y comenzó a sollozar amargamente.

Los cabreros, silenciosos, miraban sombríos al viejo. Al paso de los rebaños hacia la aldea, los pastores que los guardaban acercábanse al grupo formado alrededor de la sima, rezaban en silencio, se persignaban varias veces y seguían su camino hacia el pueblo.

Se habían reunido junto a los pastores mujeres y hombres, que cuchicheaban comentando el suceso. Llenos todos de curiosidad, miraban la boca negra de la caverna, y, absortos, oían el murmullo que escapaba de ella, vago, lejano y misterioso.

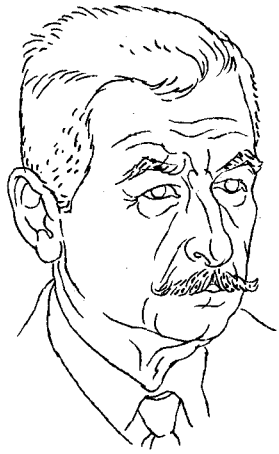
Iba entrando la noche. La gente permanecía allí, presa aún de la mayor curiosidad.

Oyóse de pronto el sonido de una campanilla, y la gente se dirigió hacia un lugar alto para ver lo que era. Vieron al cura del pueblo que ascendía por el monte acompañado del sacristán, a la luz de un farol que llevaba este último. Un cabrero les había encontrado en el camino, y les contó lo que pasaba.

Al ver el viático, los hombres y las mujeres encendieron antorchas y se arrodillaron todos. A la luz sangrienta de las teas se vio al sacerdote acercarse hacia el abismo. El viejo pastor lloraba con un hipo convulsivo. Con la cabeza inclinada hacia el pecho, el cura empezó a rezar el oficio de difuntos; contestábanle, murmurando a coro, hombres y mujeres, una triste salmodia; chisporroteaban y crepitaban las teas humeantes, y a veces, en un momento de silencio, se oía el quejido misterioso que escapaba de la cueva, vago y lejano.

Concluidas las oraciones, el cura se retiró, y tras él las mujeres y los hombres, que iban sosteniendo al viejo para alejarle de aquel lugar maldito.

Y en tres días y tres noches se oyeron lamentos y quejidos, vagos, lejanos y misteriosos, que salían del fondo de la sima.



UNA ROSA PARA EMILY

WILLIAM FAULKNER/ESTADOS UNIDOS

CUANDO MURIÓ la señorita Emily Grierson toda la ciudad fue a su entierro: los hombres como con respetuoso afecto a un monumento caído; las mujeres sobre todo por curiosidad, para ver por dentro su casa, que nadie —aparte del viejo criado de la difunta, mezcla de jardinero y cocinero— había visto en los últimos diez años.

La casa era grande y más bien cuadrada, con un revestimiento de madera que en otros tiempos había sido blanco; la adornaban agujas, cúpulas y balcones con volutas, según el pesado estilo de los años setenta. Se hallaba en la que antiguamente fue nuestra calle principal, invadida después por garajes y fábricas de algodón que hicieron caer en el olvido incluso los más ilustres apellidos de sus vecinos. Sólo la casa de la señorita Emily seguía alzando su obstinada y coquetona decadencia entre los camiones algodoneros y las gasolineras... ¡Un adefesio entre adefesios! Y ahora la señorita Emily había ido a reunirse con los dueños de aquellos apellidos ilustres en el soñoliento cementerio de cedros, donde yacían entre las hileras de tumbas anónimas de los soldados de la Unión y la Confederación que cayeron en la batalla de Jefferson.

En vida, la señorita Emily había sido una tradición, una preocupación y un deber; algo así como una obligación hereditaria para la ciudad desde aquel día de 1894 en que nuestro alcalde, el coronel Sartoris —autor del bando que prohibía a toda mujer negra salir a la calle sin un delantal—, la dispensó de pagar los impuestos a partir de la fecha en que murió su padre. La señorita Emily, desde

luego, jamás habría aceptado una obra de caridad, pero el coronel Sartoris inventó y propagó la historia de que el padre de ella había prestado dinero a la comunidad y que la ciudad, por cuestiones financieras, prefería ese modo de devolvérselo. Sólo un hombre de su generación y su mentalidad podía haber inventado algo semejante, y sólo una mujer podía habérselo creído.

Este convenio motivó cierto descontento cuando la generación siguiente, con ideas más avanzadas, ocupó la alcaldía y el concejo. A principios de año le enviaron una notificación de pago de impuestos. En febrero aún no había llegado su contestación. Entonces le mandaron un oficio pidiéndole que se presentara ante el sheriff en cuanto le fuera posible. Una semana más tarde el alcalde mismo le escribió una carta en la que se ofrecía a visitarla o, si lo prefería, a mandarle su coche; por toda respuesta recibió una nota en la que la señorita Emily le comunicaba que ya no salía nunca. Estaba escrita en una hoja de papel de aspecto anticuado, con caligrafía fina y fluida y tinta desvaída. Incluía también, sin comentario alguno, la notificación de pago de impuestos.

Se convocó una junta extraordinaria de concejales. Una comisión municipal fue a ver a la señorita Emily y llamó a la puerta que ningún visitante había franqueado desde que dejó de dar sus lecciones de pintura en porcelana ocho o diez años atrás. El viejo criado negro los hizo pasar a un oscuro vestíbulo del que partía una escalera, y esta se perdía en una oscuridad aún mayor. Todo olía a polvo y abandono. El negro los condujo a la sala, amueblada con pesados sillones de cuero. Cuando abrió las persianas de una de las ventanas, comprobaron que el cuero estaba agrietado; y cuando tomaron asiento, un polvillo rosado se levantó entre sus piernas y giró perezosamente a la luz del único rayo del sol. Ante la chimenea, sobre un deslucido caballete dorado, veíase un retrato al carbón del padre de la señorita Emily.

Todos se levantaron cuando entró. Era una mujer pequeña y gruesa, vestida de negro. Llevaba al cuello una fina cadena de oro que le caía hasta el talle y se perdía en su cinturón. Se apoyaba en un bastón de ébano, rematado por una deslustrada empuñadura de oro. Su esqueleto era tan menudo que lo que en otra hubiera sido simplemente gordura en ella era obesidad. Tenía un aspecto

hinchado, como el de esos cuerpos sumergidos largo tiempo en aguas estancadas, y con la misma palidez. Perdidos entre los mofletes, sus ojos parecían dos trocitos de carbón hundidos en una masa de harina, e iban vagando de rostro en rostro mientras los recién llegados le comunicaban el objeto de su visita.

No les invitó a sentarse. Permaneció plantada bajo el dintel, escuchando impasible las palabras del portavoz hasta que este, azarado, no supo cómo continuar. Entonces los visitantes pudieron percibir claramente el tictac del invisible reloj que pendía de la cadena de oro.

—Yo no tengo que pagar impuestos en Jefferson —dijo la señorita Emily con voz cortante y fría—. El coronel Sartoris me lo dijo. Tal vez alguno de ustedes pueda acercarse al registro del ayuntamiento para comprobarlo por sí mismo...

—Ya lo hemos hecho. Somos las autoridades de la ciudad, señorita Emily. ¿No recibió usted una notificación firmada por el sheriff?

—Sí, recibí un papel —dijo la señorita Emily—. Quizá él crea que es el sheriff. Yo no tengo por qué pagar impuestos en Jefferson.

—Pero no hay nada en los libros que lo demuestre, entiéndalo. Tenemos que atenernos a...

—Hablen ustedes con el coronel Sartoris. Yo no tengo que pagar impuestos en Jefferson.

—Pero, señorita Emily...

—Vean al coronel Sartoris. —El coronel había muerto hacía casi diez años—. Yo no tengo que pagar impuestos en Jefferson... ¡Tobías! —Apareció el negro—. Acompaña a estos caballeros.

Así los derrotó en toda la línea, del mismo modo que treinta años atrás había derrotado a los padres de sus visitantes en el asunto del olor. Ocurrió a los dos años de la muerte de su padre y poco después de que su novio —el hombre que pensábamos se casaría con ella— la dejara. Tras la muerte de su padre salía muy poco, y desde que la abandonó su novio apenas se la veía. Varias mujeres que tuvieron el valor de ir a visitarla no fueron recibidas, y la única señal de vida que parecía haber en aquella casa era el negro, a la sazón joven, que salía y entraba con la cesta de la compra.

—¡Como si un hombre, cualquier hombre, pudiera tener limpia una cocina y una casa! —murmuraban las mujeres.

Así pues, a nadie sorprendió que surgiera el mal olor. Fue otro de los lazos de unión entre el mundo vulgar y los altos y poderosos Grierson.

Una vecina se quejó al alcalde, el juez Stevens, que contaba ochenta años de edad.

—Pero ¿qué quiere que haga yo, señora?

—¿Qué? Mandarle un aviso —dijo la mujer—. ¿Acaso no existe una ley?

—Estoy seguro de que no será necesario —respondió el juez Stevens—. Probablemente ese negro suyo ha matado una rata o una culebra en el jardín. Ya hablaré yo con él.

Al día siguiente recibió dos nuevas quejas, una de ellas de un hombre que acudió a él con este tímido ruego:

—Señor juez, es necesario que pongamos remedio a esto. Nada me disgusta más que molestar a la señorita Emily, pero tenemos que hacer algo.

Aquella noche hubo junta de concejales: tres ancianos y un joven de la nueva generación.

—La cosa parece sencilla —dijo este último—. Mandémosle un aviso para que haga limpiar la finca. Podemos darle un plazo, y si no lo hace...

—¡Por Dios! —saltó el juez Stevens—. ¿Se atrevería usted a acusar a una mujer de oler mal, y en su misma cara?

La noche siguiente, de madrugada, cuatro hombres cruzaron sigilosamente el jardín de la señorita Emily y merodearon en torno de la casa como si fueran ladrones, husmeando en los basamentos de ladrillo y por los huecos del sótano. Uno de ellos llevaba un saco al hombro e iba esparciendo cal con movimientos de sembrador. Forzaron la puerta del sótano y rociaron el interior, así como todos los cobertizos. Cuando cruzaban de nuevo el césped para marcharse, vieron que una ventana, antes a oscuras, estaba iluminada. En el marco se recortaba la silueta de la señorita Emily, erguido el torso e inmóvil como una estatua. Se deslizaron silenciosamente hasta llegar a la acera, donde se perdieron entre la sombra de los algarrobos. Al cabo de un par de semanas el mal olor desapareció.

Y fue entonces cuando empezó a darnos verdadera pena la señorita Emily. El pueblo recordaba cómo la anciana señora Wyatt, su tía-abuela, se había vuelto completamente loca, y pensaba que los Grierson no eran en realidad tan importantes como ellos creían. Ningún joven era aceptable para la señorita Emily y su progenitor. Ya llevábamos mucho tiempo pensando en ellos como si fueran un cuadro: la señorita Emily vestida de blanco al fondo, con su esbelta figura, y en primer plano la silueta de su padre, con las piernas separadas, dándole la espalda y esgrimiendo una fusta, enmarcados ambos por la puerta principal abierta de par en par.

Al cumplir los treinta años seguía soltera. No puede decirse que esto nos alegrara, pero en cierto modo nos sentíamos vengados; aun con aquellos antecedentes de locura en la familia, la señorita Emily no habría rechazado todas sus oportunidades si estas se hubieran presentado realmente.

Al morir su padre, corrió la voz de que sólo le había dejado la casa, y hasta cierto punto la gente se alegró. Al fin iban a poder compadecer a la señorita Emily. Sola y pobre, se convirtió de pronto en un ser de carne y hueso; ahora también ella sabría lo que pueden significar unos céntimos de más o de menos.

Como es costumbre, al día siguiente de la muerte del señor Grierson todas las damas fueron a visitarla a su casa para darle el pésame y ver si necesitaba algo. Vestida como siempre, la señorita Emily las recibió en la puerta sin rastro alguno de dolor. Les aseguró que su padre no había muerto. Tres días seguidos repitió lo mismo, a los pastores que fueron a visitarla y a los médicos que trataban de persuadirla para que se procediese a la inhumación del cadáver. Cuando ya estaban a punto de recurrir a la ley y a la fuerza, la señorita Emily cedió y se pudo dar rápida sepultura al muerto.

No pensamos que estuviera loca. ¿Qué otra cosa podía hacer? Recordamos a todos los pretendientes que había ahuyentado su padre, y comprendimos que ahora que nada le quedaba era muy humano que se aferrase a quien la había desposeído.

Estuvo enferma mucho tiempo, y cuando volvimos a verla se había cortado el pelo. Esto la hacía parecer más joven, le prestaba cierto parecido con esos ángeles de las vidrieras de las iglesias.

El pueblo acababa de ultimar la contrata para pavimentar las aceras, y las obras se iniciaron el verano que siguió a la muerte del señor Grierson. La firma constructora se presentó con negros, mulas, maquinaria y un capataz yanqui llamado Homer Barron, un tipo fuerte, moreno y activo, de voz estentórea y ojos más claros que su rostro. Los chiquillos le seguían en grupo para oírle maldecir a los negros, y los negros cantaban al mismo compás con que levantaban y dejaban caer los picos. Barron no tardó en conocer a todo el mundo, y siempre que se oían las risotadas de un grupo de hombres en cualquier punto de la plaza, era seguro que él andaba por allí. Poco después empezamos a verle en compañía de la señorita Emily, paseando las tardes de domingo en el calesín de ruedas amarillas tirado por la pareja de bayos de la caballeriza de alquiler.

Al principio nos alegramos de que la señorita Emily hubiera encontrado una persona que le interesaba. Pero las mujeres decían: «Una Grierson, por supuesto, no se va a tomar en serio a un hombre del Norte, y mucho menos tratándose de un jornalero.» Otros convecinos de más edad afirmaban que ni siquiera el dolor podía hacer que una verdadera dama se olvidara del *noblesse oblige*, aunque ellos no lo expresaban con estas palabras. Decían simplemente: «¡Pobre Emily! Convendría que su familia viniera a ocuparse de ella.» La señorita Emily tenía parientes en Alabama; pero hacía años que su padre se había peleado con ellos a causa de la herencia de la vieja señora Wyatt, la chiflada, y las familias no se trataban ya. Ni siquiera se habían hecho representar en el entierro.

Y en cuanto los viejos empezaron a decir «¡Pobre Emily!» se extendió el cotilleo. «¿Creéis que de veras...?», preguntaban. «¡Claro que sí! ¿Qué otra cosa si no...?» Así hablaban a sus espaldas. Los domingos, el roce de la seda y el raso tras las persianas echadas para impedir la entrada del sol de la tarde se confundía con el leve y rápido golpear de cascos de la pareja de caballos: «¡Pobre Emily!»

Llevaba la cabeza muy erguida, aun cuando nosotros creíamos que había caído. Diríase que exigía más que nunca la aceptación de su dignidad como la última de los Grierson, y que aquel detalle subrayaba su impenetrabilidad. Igual que cuando compró el veneno, el arsénico. Ocurrió un año después de que empezaran a decir «¡Pobre Emily!», mientras la visitaban las dos primas.

—Quiero un veneno —le dijo al dueño de la droguería.

Había rebasado ya los treinta; era una mujer menuda, más delgada de lo normal en ella, con ojos negros, fríos y altaneros, en una cara cuya carne se tensaba en las sienes y alrededor de los ojos, como imaginamos debe ser la de un torrero.

—Quiero un veneno —dijo.

—Sí, señorita Emily. ¿De qué clase? Para las ratas y otros bichos por el estilo, supongo. ¿Me permite que le recomien...?

—Deme lo mejor que tenga. No me importa de qué clase.

El droguero le nombró varios.

—Pueden matar hasta a un elefante. Pero lo que usted necesita es...

—Arsénico —le interrumpió la señorita Emily—. ¿No es un buen veneno?

—Esto... ¿el arsénico? Sí, señorita, pero le convendría más bien...

—Deme arsénico.

El droguero la miró. Y ella le devolvió la mirada, muy erguida, con el rostro como una bandera tirante.

—Claro que sí. Desde luego —respondió el droguero—, ya que es eso lo que quiere. Pero la ley exige que me diga para qué va a usarlo.

La señorita Emily se limitó a mirarlo de hito en hito, ligeramente echada atrás la cabeza, hasta que el hombre apartó por fin los ojos, entró en la trastienda y envolvió el arsénico. El recadero, un muchacho negro, le entregó el paquete; el droguero no se dejó ver. Cuando la señorita Emily llegó a casa y lo desenvolvió, encontró una caja con una calavera y unas tibias cruzadas. Debajo decía: «Para las ratas».

«Esa mujer va a matarse», dijimos todos al día siguiente. Y añadimos que era lo mejor que podía hacer. Cuando empezamos a verla pasear con Homer Barron, dijimos: «Acabará casándose con él.» Y después: «Quizá consiga convencerlo», ya que el mismo Homer andaba contando que él no era partidario del matrimonio; le gustaba alternar con los hombres, y era sabido que se pasaba mucho tiempo bebiendo con los jóvenes en el Club Elk. Luego dijimos: «¡Pobre Emily!», al verlos cruzar, a través de las rendijas de las persianas, los domingos por la tarde en el llamativo calesín; la señorita Emily iba con la cabeza muy alta y Homer Barron con el

sombrero ladeado y un puro entre los dientes, sosteniendo las riendas y el látigo con manos enfundadas en guantes amarillos.

Algunas mujeres no tardaron en decir que todo aquello era una vergüenza para el pueblo y un mal ejemplo para los jóvenes. Los hombres no quisieron intervenir, pero ellas consiguieron por fin convencer al pastor baptista —la familia de la señorita Emily pertenecía a la iglesia episcopaliana— para que fuera a verla. El pastor no contó una palabra de lo ocurrido durante la entrevista, pero se negó a repetirla. Al domingo siguiente se les vio pasear de nuevo en el calesín, y el lunes la esposa del pastor escribió una carta a los parientes de la señorita Emily en Alabama.

Volvió, pues, a tener parientes bajo su techo, y nosotros nos limitamos a aguardar los acontecimientos. De momento no ocurrió nada. Después tuvimos la certeza de que iban a casarse. Nos enteramos de que la señorita Emily había estado en la joyería y había encargado un juego de aseo para hombre, en plata, con las letras H.B. grabadas en cada pieza. Dos días después supimos que había comprado un juego completo de ropa de hombre, incluido un camisón de dormir. «Están casados», nos dijimos entonces. Y nos alegramos sinceramente, pues las dos primas eran todavía más Grierson que la señorita Emily.

De manera que no nos sorprendimos cuando Homer Barron se fue. Las aceras estaban terminadas desde hacía algún tiempo. Nos defraudó un poco que no diera una fiesta de despedida, pero pensamos que se había marchado a preparar la ida de la señorita Emily, o bien que lo había hecho para darle la oportunidad de deshacerse de sus primas (contra las que a la sazón nos sentíamos confabulados en una especie de intriga, como si fuéramos aliados de la señorita Emily). En efecto, una semana más tarde se habían ido. Y, como todos habíamos previsto, Homer Barron volvió a los tres días. Una vecina vio cómo el criado negro lo hacía entrar al anochecer por la puerta de la cocina.

Pero ya nadie volvió a ver a Barron. Ni tampoco, durante cierto tiempo, a la señorita Emily. El negro salía y entraba con la cesta de la compra; la puerta principal, sin embargo, seguía cerrada. De cuando en cuando distinguíamos fugazmente a la señorita Emily enmarcada en una ventana, tal como la vieran aquella noche los

hombres que esparcieron la cal, pero durante casi seis meses no salió a la calle. Y entonces comprendimos que también aquello era de esperar, como si la condición de su padre, que tantas veces frustrara su vida de mujer, hubiese sido demasiado violenta y furiosa como para morir.

Cuando volvimos a verla, había engordado y sus cabellos se estaban tornando grises. En el curso de los años fue encaneciendo más y más, hasta que su pelo adquirió una tonalidad gris acero. Este recio color —similar al del cabello de un hombre activo— se mantuvo hasta el día de su muerte, a los setenta y cuatro años.

A partir de entonces la puerta principal de su casa permaneció cerrada, con excepción de un período de seis o siete años —frisaba ella los cuarenta— en que se puso a dar lecciones de pintura en porcelana. Preparó un estudio en una de las habitaciones de abajo, y allí le enviaban a las hijas y nietas de los coetáneos del coronel Sartoris, con el mismo espíritu y la misma regularidad con que se las mandaba a la iglesia los domingos, provistas de su moneda de veinticinco centavos para la bandeja de la colecta. Por entonces ya la habían eximido del pago de impuestos.

Pero la generación siguiente renovó el espíritu de la ciudad, y las alumnas fueron creciendo y abandonando las lecciones y no enviaron a sus hijas a la señorita Emily con aburridos pinceles, cajas de colores e ilustraciones recortadas de las revistas femeninas. Al despedirse la última discípula se cerró definitivamente la puerta principal. Cuando el pueblo obtuvo las ventajas de la entrega postal gratuita, la señorita Emily fue la única que se negó a que colocaran en su puerta los números metálicos y a que le instalaran un buzón.

A medida que transcurrían los días, los meses y los años, veíamos como el negro, en su diario ir y venir con la cesta de la compra, iba encaneciendo y encorvándose. Cada diciembre mandábamos una notificación de impuestos a la señorita Emily, notificación que nos era devuelta por la oficina de Correos una semana después, sin que nadie la hubiera reclamado. A veces la veíamos en una de las ventanas inferiores —debía de haber cerrado el piso superior— como el torso tallado de un ídolo en su nicho; era imposible saber si nos estaba mirando o no. Así pasó de una generación a otra, inolvidable, impenetrable, impasible y perversa.

Y así murió. Cayó enferma en la casa polvorienta y sombría, sólo con aquel negro decrépito para cuidarla. No sabíamos que estuviese enferma. Hacía tiempo que habíamos renunciado a sonsacarle al negro; no hablaba con nadie, tal vez ni siquiera con ella, pues la voz se le había tornado áspera y herrumbrosa, como por falta de uso.

La señorita Emily murió en una de las habitaciones del piso bajo, en una pesada cama de nogal provista de cortina, con la cabeza apoyada en una vieja almohada amarillenta que no se había soleado en años.

El negro abrió la puerta principal y dejó entrar a las mujeres, con sus cuchicheos sibilantes y sus miradas furtivas y curiosas. Luego desapareció. Atravesó la casa y salió por la parte trasera, y ya nadie volvió a verlo.

Las dos primas acudieron inmediatamente. El entierro se celebró el segundo día, y todo el pueblo fue a ver a la señorita Emily bajo un montón de flores compradas por suscripción, con el retrato al carbón de su padre sumido en honda meditación encima del ataúd, y las macabras señoras secreteando, y los más viejos del lugar, vestidos algunos con sus uniformes de la Confederación recién cepillados, hablando de la señorita Emily en el porche y en el jardín como si hubiera sido una contemporánea suya, convencidos de que algún día habían bailado con ella y de que acaso la habían cortejado, trastornando la matemática progresión del tiempo, como es habitual en los ancianos, para quienes todo lo pasado no es un camino que va estrechándose cada vez más, sino una enorme pradera a la que nunca llega el invierno y que únicamente está separada de ellos por el estrecho gollete de los diez últimos años.

Sabíamos que en el piso de arriba había una habitación que nadie había pisado en cuarenta años y que sería preciso forzar. Antes, sin embargo, esperamos a que la señorita Emily hubiera recibido cristiana sepultura.

La fuerza empleada en derribar la puerta pareció llenar toda la alcoba de un finísimo polvo. Se diría que de aquel cuarto, decorado y amueblado como para una fiesta nupcial, emanaba un aire de tumba, acre y penetrante; esta atmósfera se desprendía de las cortinas

de color rosa desvaído, y de las luces con pantallas rosa, y del tocador, y de la colección de fino cristal, y de los objetos de aseo de hombre, la plata de cuya parte posterior estaba tan sucia que era imposible leer las iniciales. Sobre el tocador había un cuello y una corbata, como si alguien se los acabara de quitar; al levantar el cuello, quedó en el polvo una pálida media luna. El traje aparecía cuidadosamente doblado sobre una silla, y debajo estaban los zapatos y los calcetines.

El hombre yacía en la cama.

Nos quedamos largo rato contemplando aquel gesto profundo y descarnado que parecía reír. Según nos pareció, el cuerpo había estado un tiempo en la posición de quien abraza, pero luego el dilatado sueño, ese sueño que es más duradero que el amor y que incluso a las muecas del amor domina, lo había traicionado. Lo que quedaba de él, podrido bajo lo que quedaba del camisón, había llegado a confundirse con la cama en que yacía; y la delgadísima capa de polvo, paciente y eterno, cubría su cuerpo y la almohada vecina.

Entonces vimos sobre esta segunda almohada la huella del peso de una cabeza. Uno de los presentes levantó algo de ella. Nos inclinamos hacia delante, sin dejar de respirar ese acre polvillo invisible, y distinguimos un largo mechón de cabellos de color gris acerado.

EL RUBI

CORRADO ALVARO/ITALIA

Corrado Alvaro

LA ACTUALIDAD periodística registraba uno de esos sucesos que remueven durante un día toda una ciudad y le dan la vuelta al mundo: un rubí del grosor de una avellana, una célebre joya que llevaba un nombre famoso y cuyo valor era desmesurado, había desaparecido. Se adornaba con él un príncipe hindú, de visita en una metrópoli norteamericana, quien se dio cuenta de que lo había perdido inmediatamente después de que un taxi, eludiendo la vigilancia de su séquito y de la policía, lo dejara de incógnito en un hotel suburbano. Se movilizó la policía secreta, la ciudad entera se despertó a la mañana siguiente bajo la impresión de la noticia, y hasta mediodía fueron muchos los ilusos que acariciaron la esperanza de encontrar en su calle la renombrada joya. Sobre la ciudad, sopló una de esas ventoleras de optimismo delirante en que la percepción de la riqueza de uno solo enriquece las esperanzas de todos. En sus declaraciones a la policía, el príncipe se mostró reservado, pero excluyó terminantemente que la persona que le acompañaba en el taxi pudiese ser responsable de la pérdida. Por lo tanto, no debía ser buscada. A su vez, el taxista se presentó, atestiguando que había llevado en su coche al hindú y a su precioso turbante en compañía de una mujer, y afirmó que los había dejado ante un hotel suburbano. Aseguraba que la mujer era de raza blanca, y que lo único que vio de notable en ella fue un espléndido brillante, del tamaño de un guisante, que llevaba engastado en la ventanilla izquierda de la nariz, a la manera de algunas hindúes ricas. Este detalle desvió

de momento la atención popular del rubí perdido, añadiendo mayor curiosidad a la que ya había despertado aquel asunto en la opinión pública.

Después de revisar cuidadosamente el interior de su coche, el taxista hizo memoria de las personas a las que había conducido durante las primeras horas de aquella mañana: un hombre que parecía muy atareado, un extranjero al que había llevado hasta el puerto y que evidentemente embarcaba para Europa, y una mujer. El extranjero, identificable como italiano, había salido de una de esas casas donde se unen, para vivir en común, los emigrantes; este hombre llevaba un par de pantalones exageradamente anchos, al modo de los emigrantes, unos zapatos gibosos y toscos, como sólo los usan esa clase de gente, y un sombrero duro sobre un rostro afeitado, flaco y lleno de arrugas. Su equipaje consistía en una pesada maleta cuyo cierre estaba reforzado por una gruesa cuerda, y otro paquete pesadísimo que parecía una caja de hierro o de acero. Pero la imagen de este individuo fue eliminada muy pronto de la lista de sospechosos, ya que aquel extranjero parecía viajar por primera vez en un coche de alquiler, ni siquiera sabía cerrar la portezuela; se mantuvo junto a la ventanilla inclinado hacia adelante todo el tiempo, quizá temiendo verse impulsado hacia atrás por la carrera, y contemplaba atentamente las calles, según suelen hacerlo quienes abandonan una ciudad y saben que la dejan tal vez para siempre. La atención del taxista se centraba mayormente en el hombre que había salido del hotel suburbano y tomado el taxi inmediatamente después del príncipe, haciéndose llevar hasta el barrio de trabajadores italianos, donde a su vez lo había sustituido el tipo que iba a embarcar en el puerto. Así pues, aquel pasajero, cuyas señas personales dio el taxista y que debía ser de la ciudad, fue buscado intensa pero inútilmente. Además, el hecho de que no respondiese a las llamadas de los periódicos y a las promesas de una fuerte gratificación demostraba en buena lógica que era él quien se había apoderado de la famosa joya. Pero, tratándose de un objeto más que reconocible, célebre en todo el mundo, se esperaba que un día u otro reaparecería.

El emigrante, que regresaba a su casa, en un pueblo italiano del sur, después de cinco años de ausencia, nunca supo nada de la

historia en cuestión. Volvía a la patria con un equipaje de lo más singular, pese a que los emigrantes nos hayan acostumbrado a las cosas más extrañas. Una maleta de cuero sintético, que él creía verdadero, contenía su mono azul de trabajo, bien limpio y planchado, doce plumas estilográficas que se proponía venderle a la gente de su pueblo —olvidando que se trataba de pastores y que no más de seis individuos manejaban allí pluma y tintero—, amén de unos cubiertos con escudo de armas, una maquinilla para cortar el pelo con la que había pelado a sus compañeros de trabajo, un objeto metálico cuyo uso y función ignoraba y que, pese a su forma de pistola, no disparaba, doce tapetes de hule y algunos regalos para quedar bien con la mujer, el hijo, los amigos. El paquete pesado era efectivamente una caja de caudales usada y que se abría mediante un mecanismo en el que era necesario componer una palabra de seis letras: *Annina.* En cuanto a dinero en efectivo, el hombre volvía con mil dólares, de los cuales debía devolver trescientos a quien se los había prestado para el viaje. En un bolsillo del chaleco traía un trozo de cristal rojo, tallado y del tamaño de una avellana, que había encontrado casualmente en el taxi que lo llevó al puerto y cuyo empleo también desconocía. Lo encontró al meter las manos en las junturas del asiento, lo consideró como un bonito amuleto para su futuro y pensó en añadirlo como dije a la cadena de su reloj. Como no estaba perforado, cosa que le pareció rara, no podía ser una de esas piedras gruesas que las señoras de la ciudad usan en sus collares. Cuando uno abandona un país, todo adquiere, antes de la partida, un extraordinario valor de recuerdo, y nos hace saborear de antemano la lejanía y la nostalgia. Por eso le tomó cariño a aquel pedazo de cristal, gélido al tacto, reluciente y límpido, como si estuviera hueco y contuviese licor como algunos bombones. Sobre la base de los elementos que con él llevaba, el hombre había instalado una tiendecilla. La caja de caudales pegada a la pared, el mostrador para las ventas, las plumas estilográficas en una caja, los cubiertos con escudo, los tapetes de hule mostrando en el centro la Estatua de la Libertad y, en los picos, a los fundadores de la independencia norteamericana, sobre un fondo de puntitos blancos y azules. Todos esos objetos habían sido pacientemente reunidos por él a lo largo de cinco años pensando en su vuelta; trató de escoger siempre

las cosas que hubieran podido parecer más raras en un pueblo como el suyo, y dejó de lado, con esa idea, todas las ocasiones que se le ofrecían de adquirir material usado procedente quién sabe de dónde y que circula continuamente entre las manos de los emigrantes.

Ahora sería comerciante de objetos diversos, después de haber salido como bracero, y la primera idea de su nuevo negocio se la había dado la caja de caudales. Hubiérase dicho que lo había escogido sólo porque tenía una caja de caudales. Se consideraba casi rico, porque el dinero que traía era dinero forastero, que aumentaba con el cambio. Calculando mentalmente cuánto podría sumar, su pensamiento se extraviaba a gusto por cifras constantemente cambiantes. Experimentaba un placer infantil al tocar en su bolsillo aquel cristal colorado, y empezaba a creer que se trataba de un talismán, portador de la buena suerte. Era uno de esos objetos sin utilidad pero que permanecen toda la vida con nosotros, sin que nadie tenga el valor de deshacerse de ellos, y que nos acompañan hasta el final e incluso, a veces, se prolongan en una casa a través de varias generaciones. Muchas cosas importantes se pierden, aunque estén bien cuidadas y escondidas, pero esa clase de objetos no se pierden nunca, y más de una vez pensamos en ellos. A los pocos días, el pedazo de cristal le recordaba al hombre el día de su marcha, el interior del taxi, las calles que se enrollaban lentamente, como decorados después de una representación, y se volvían ya recuerdos de cosas lejanas.

Instaló la tienda en un lugar del pueblo muy frecuentado por los campesinos y pastores, bien en alto. Quince días después de su llegada, la planta baja de una casucha estaba ya amueblada con un largo mostrador, un anaquel en el que se alineaban paquetes azules de pasta, telas azules de algodón para las amas de casa, un barril de vino en un rincón, sobre dos caballetes, y una gran jarra de aceite. Junto al mostrador y empotrada en la pared, la caja de caudales deparaba siempre a su dueño la satisfacción de abrirla en presencia del público. Dentro de ella estaban el libro de las cuentas y el cartapacio de los artículos entregados a crédito, que debían ser pagados después de la cosecha o de las ventas de ganado. Lentamente, la tienda fue adquiriendo el aspecto de todas, con el olor de las mercancías y las marcas de tiza hechas en la pared por la mujer para acordarse de las cosas fiadas, puesto que no sabía escribir. En

cambio, el niño, que ya iba a la escuela, empezó a anotar en el libro mayor los nombres de los clientes, y alguna que otra vez hacía guardia en la tienda, muy formalito, durante esas tardes calurosas en las que no hay más venta que la de hielo para los señores que se despiertan de la siesta y quieren un refresco.

Lentamente también, los largos zapatos americanos de la mujer se habían ido arrugando cada vez más, y ella había adquirido el aspecto satisfecho y meticuloso de las tenderas. Las piezas nuevas que el marido trajera de América habían quedado arrumbadas como retales, y únicamente el sombrero duro permanecía en el armario, casi nuevo. Los tapetes de hule, poco a poco, fueron regalados a las familias importantes, y en cuanto a las plumas estilográficas, nadie las había querido. Alguno que otro había roto esta o aquella, manejándola torpemente, y los trozos seguían guardados en la caja de caudales. En el fondo, el dueño de la tienda tenía una mentalidad infantil; pensaba a menudo que los plumines de aquellas estilográficas eran de oro y, en consecuencia, los conservaba tan celosamente como un chiquillo conserva el papel de plata de una chocolatina, así como guardaba un periódico en inglés, intocable incluso en los momentos en que más necesario hubiera sido para envolver alguna mercancía. Lo hojeaba de vez en cuando, y las pequeñas ilustraciones de sus páginas de publicidad le traían a la memoria aquella gente que fumaba en boquillas de oro, las muchachas, los gramófonos, la vida de los barrios céntricos, a los que había hecho alguna que otra escapada.

En cuanto a la bolita de cristal, se acordó un buen día de ella y se la dio a su chico para que jugara con sus amigos por Navidad. En esa época del año, los niños aprecian mucho una avellana algo más pesada para arrojarla contra los castillos de avellanas amontonadas, a fin de derribarlos y ganar en ese juego; generalmente, se toma una avellana gruesa, se la vacía pacientemente por un agujerito y se la rellena de perdigones. Pero esta de cristal funcionaba perfectamente, era pesada y no se desviaba del blanco. Otro de los chiquillos jugaba con una de esas bolitas de vidrio que venían en la boca de las antiguas botellas de gaseosa y son esféricas, pero el hijo del tendero defendía a capa y espada que la suya era mejor porque había venido de América y porque era de un bonito color

rojo. La cuidaba celosamente, como todos los niños, que no pierden nunca estas cosas. Y el padre, viendo aquel objeto que servía de juguete a su hijo, pensaba frecuentemente en sus ilusiones de cuando viajaba por el mundo y creía que estaba lleno de objetos preciosos perdidos que la gente de suerte encuentra. Por eso había rebuscado siempre dondequiera que se le presentaba la ocasión, bajo las colchonetas de las literas en el barco, detrás de los asientos de cuero de los autobuses. Pero nunca había encontrado nada. Sí: una vez, sí. Se encontró cinco dólares por la calle, y se acordaría siempre de ese detalle, aquel día estaba lloviendo.

VIDA NUEVA

ANA MARIA MATUTE/ESPAÑA

¡Qué asco! —dijo Emiliano Ruiz—. ¡Qué asco! Acabo de pasar por la tienda y está todo abarrotado de gente. Las uvas más caras que nunca, y todos ahí, aborregados, peleándose por comprarlas. Podridas estaban las que yo vi...

Don Julián le miró vagamente, con sus ojillos lacrimosos.

—No se ponga usted así, don Emiliano —le dijo—. No se ponga usted así.

—El caso es —dijo Emiliano, limpiando con su pañuelo el banco de piedra— que si usted los oye, desprecian todo. Pero luego hacen las mismas tonterías que los antiguos. Yo no sé a qué conducen estas estupideces a fechas fijas. Tonterías de fechas fijas. Alegrarse ahí todos porque sí. Porque sí. No, señor; yo me alegro o me avinagro cuando me da la gana. Como si mañana me da por ponerme un gorro de papel en la cabeza. Porque me dé la gana. Pero así, quieras o no quieras... ¡Bueno, modos de pensar!

Don Julián sacó miguitas y empezó a esparcirlas por el suelo. Una bandada de pájaros llegó, aterida.

—Lo que a usted le pasa, y perdone —dijo—, es que está usted más solo que un hongo. Que es usted y ha sido siempre un soltero egoistón y no quiere reconocerlo. Le duele a usted que yo tenga mis hijos y mis nietos. Le duele a usted que yo tenga una familia que me quiere y me cuida. Y que se celebre en casa de uno (en lo que uno pueda, claro) la fiesta, como es de Dios. Ahí tiene, esta bufanda. Esta bufanda es el regalo de estas fiestas. ¿A

que a usted no le ha regalado nadie una bufanda ni nada?

Emiliano clavó una pálida mirada despectiva en la bufandita de su amigo, el pobre don Julián. A don Julián le llamaban en el barrio «el abuelo». Vivía con su hija casada y dos nietecitos. Ambos, don Julián y Emiliano, eran amigos desde hacía años. Todas las tardes se sentaban al sol en la plazuela de la fuente. Al tibio y pálido sol del invierno, donde los pajarillos buscaban las migas que esparcía don Julián, y escuchaban, entre nubecillas de vapor, las quejas que salían de la boca de Emiliano Ruiz, el viejo profesor jubilado.

Don Emiliano llevaba un trajecillo negro verdoso, cuello duro y pulcro, corbata y puños salientes. Un sombrero de fieltro marrón, cepillado, botines y guantes de lana. Siempre con bastón. Emiliano tenía el rostro pálido y los ojos diminutos y negros. «El abuelo» iba con un viejo abrigo rozado, una hermosa bufanda y una boina negra. Llevaba los pies bien enfundados en dos pares de calcetines de lana y embutidos en zapatillas a cuadros. Cuando nevaba no salía y desde la ventana del piso, sobre la tienda, contemplaba al audaz, al duro, al implacable Emiliano Ruiz, que le miraba despreciativamente y le saludaba desde lejos. Emiliano nunca llevaba abrigo. «A esos jóvenes estúpidos quiero yo ver a cuerpo, como yo». Todo el mundo sabía que la jubilación la llevaba don Emiliano clavada en el alma, y odiaba a los estudiantes. «El abuelo», por el contrario, vivía contento, según decía, dejando la tienda en manos de su yerno. «Ahora vivo con mis hijos, satisfecho, disfrutando el ganado descanso a mis muchas fatigas. Eso por haber tenido hijos y nietos, que me cuidan y me quieren. Los que dicen lo contrario, envidia y sólo envidia».

Era el 31 de diciembre, y en la población todos se preparaban para la entrada de año. Las callecitas de la pequeña ciudad olían a pollo asado y a turrones, y los tenderos salían a las puertas de sus comercios con la cara roja, un buen puro y los ojillos chiquitines y brillantes.

—No me haga reír, don Julián —dijo con ácida sonrisa don Emiliano—. No me haga reír. No es intencionado, pero mis duritos los llevo yo aquí dentro —se llevó significativamente la mano al chaleco—. Honestos y míos, sólo míos. Yo me administro. No ne-

cesito bufanda, claro está, pero si la necesitara, me la compraría yo. Yo, ¿entendido?

«El abuelo» se ruborizó.

—No ofende quien quiere. A mí me compran todo, me quieren todos. Mis nietecillos, mi yerno, mi hija. ¿Para qué quiero yo ahora unos durejos miserables en el chaleco? Demasiados he manejado en mi vida, don Emiliano. Demasiados. El dinero no me conmueve a mí como a otros. Prefiero lo que da a cambio el dinero: lo que tengo. Una familia, un hogar, un calor... Eso. Llegar a casa. «Abuelo, que le cambio las zapatillas». «Abuelo, tome usted esto y lo otro...» Eso es. Lo mejor de la vida. No me cambiaba yo ahora por mis veinte años. No, señor. Llegó la hora del descanso, de disfrutar de la vida. Eso es.

Don Emiliano hizo un gesto de compasión y palmoteó el hombro de don Julián, que lo sacudió como si le picara una avispa. Sentados uno junto al otro, estiraron sus piernecillas secas al sol, y sus viejas carnes se adormecieron levemente. No cambiaban una sola palabra, apenas. Se sentían uno junto al otro. Las migas se acabaron y los pájaros huyeron.

—Bueno, amigo, ya me voy —dijo «el abuelo»—; en casa me esperan. Esta noche es una noche hermosa, llena de alegría, y ¡si usted supiera qué hermoso pavo me espera! —Los ojillos de ambos se encendieron levemente de gula—. Eso traen las fiestas en familia: buena cena, alegría, compañía, felicidad. ¿Oye usted? «Felicidad», don Emiliano.

Don Emiliano saludó con la mano, apenas.

—Gracias, la tengo. Soy feliz como quiero. Sin obligaciones molestas. Ceno pavo la noche que quiero durante el año. No tengo que esperar a estas fechas. Ya lo sabe usted. Cuídese, que le he visto palidillo.

«El abuelo» calló su mal humor, por lo de la salud. Con paso tardo se dirigió a la casa. Como iba despacio, aunque no estaba lejos, tardaba en llegar. Cuando llegó, la tienda estaba cerrada. Oscurecía ya.

Subió lentamente las escaleras. María, la criada, zafia y mal educada, le vio subir:

—¡Que no me manche la escalera, abuelo!

«El abuelo» la miró indignado.

—¡Osada!

En el piso reinaba el silencio. Levemente el anciano llamó.

—Luisa..., hija.

María asomó su cabeza desgreñada:

—¡Que va a despertar a los niños!... La señora no está.

—¿Que no está?

—No —escondió una sonrisa—. Esta noche salen. Me han dicho que le deje preparada la cena, abuelo.

—¡Osada! ¡No me llames abuelo!

—¡Usted perdone! Que caliente usted la cena en el gas, que en la alacena hay turrón. Yo salgo también. Así que deje la puerta abierta, por si alguno de los niños llora.

—¿Que se han ido? ¿Adónde?

—¡Anda! ¡Cómo me lo van a contar a mí! ¡Pues puede usted figurárselo! Por ahí, como todos... ¡Y que no está todo animado! Cada día se ponen las calles más majas para estas fechas.

«El abuelo» se quitó despacio la bufanda. La miró, pensativo. La dobló cuidadosamente, como todos los años. Como todos los años hasta el siguiente. La nueva. Se la compró su vieja, dos años antes de morir. Una lagrimilla fría, casi sin dolor, le subió a los ojos. Lentamente, «el abuelo» subió hacia la buhardilla, donde tenía la cama de matrimonio, alta y solemne. La gran cama que se negó a vender cuando Luisa y su marido compraron muebles nuevos y «refrescaron» el piso, sobre la tienda. «Pues si usted no quiere, tendrá que irse arriba con sus trastos, porque aquí abajo no hay sitio para eso. A estos viejos no hay quien les meta en la cabeza que los tiempos cambian, que ahora la vivienda es difícil, que hay que aprovechar el piso lo más posible...» «El abuelo» se fue a la buhardilla con su gran cama, con su arca, y con la mecedora donde un día se quedó muerta la pobre Catalina. A veces el perro subía allí y olfateaba un poco. Luego bajaba, con los niños. «Los niños». Apenas se los dejaban un momento en la mano. Apenas podía tocarlos. Era viejo y las manos le temblaban. Claro que los niños se ponían a llorar en cuanto él los cogía. Pero ya se hubieran acostumbrado... Dejó la puerta entreabierta. Por la ventanita vio el cielo de la noche muy azul, con frías y distantes lucecillas. «Año Nuevo», pensó.

La noche llegaba lentamente. Encendió el braserillo y se acurrucó en la mecedora. Rato después le despertó el tufillo de la zapatilla quemada. Escuchó. María se había marchado ya. La llamó en voz baja. Sí, se había ido. Sintió frío y hambre. Lentamente, bajó la escalera, procurando que no crujiera, para que los niños no se despertaran. Entró en la cocina y encendió torpemente el gas, y la corona de llamas azules brotó con fuerza y le quemó un dedo. Destapó una cazuela, y vio un guiso frío, que se puso a calentar. Abrió la alacena y vio los turrones. Estaban duros. Tendría que cortarlos. ¡Bah, daba igual! No tomaría. El vapor de la cazuela le avisó. Volcó el contenido en un plato y lo cogió, con sus manos temblorosas. Sacó una cuchara. Lentamente, subió de nuevo a la buhardilla. Pensaba. «Año Nuevo, vida nueva», solía decir siempre la vieja, la amada y —¿cuánto tiempo hacía que se fue?— la inolvidable Catalina.

YA HABIA oscurecido cuando don Emiliano se levantó, aterido, del banquillo. «A ver si ahorrando, ahorrando, puedo comprarme un abrigo el año entrante». Con sus pasillos nerviosos, prodigiosamente erguido, encaminóse a la pensión. El portadillo estaba iluminado y un tropel de muchachos bajaba la escalera. «Insensatos, dejad pasar». Se hicieron a un lado.

Eran tres estudiantes que vivían en su misma pensión. «Insensatos, locos». Le recordaban a los de sus clases, en el instituto, y se le encogió el corazón. «¿Qué les enseñarán ahora? A mí me querían, aquellos. Aquellos que no volverán, que no sé dónde han ido, que no sé si han muerto». Pero sí, estaban muertos, como todo. Como todos, alrededor de don Emiliano. «Como yo». La soledad se agazapaba, tímida, como una niña miedosa de ser descubierta. Don Emiliano recogió su llave y se dirigió a su habitación. En cuanto cerró su puerta, sus espaldas se curvaron, y sus ojos se volvieron tristes. Como dos pajarillos de aquellos que mendigaban las migas del «abuelo». Don Emiliano se acercó a la ventana, con paso cansado. Miró fuera, y vio el mismo cielo que «el abuelo», la misma vida bajo el mismo cielo. Don Emiliano permaneció un instante quieto. Luego, lentamente, abrió un cajón. Alguien llamó a la puerta. Don Emiliano compuso el gesto grave:

—¡Pase!

Una criada le miró sonriendo.

—Tenga, don Emiliano, las uvas, de parte de doña Jimena.

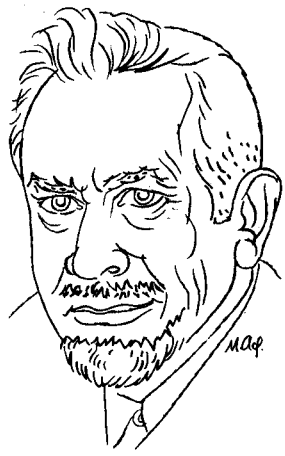
Don Emiliano hizo un gesto condescendiente:

—¡Qué bobada, muchacha! Bueno, déjalo, ahí.

La criada dejó el plato y salió, riendo. Don Emiliano sacó un sobre y una postal de Año Nuevo. Se caló las gafas y se sentó, pluma en ristre. Con letras algo temblonas escribió: «No estás solo, querido amigo, aunque todos han muerto. Felicidades». Firmó. La metió dentro del sobre. Volvió a la ventana. Estuvo así, tiempo. No sabía cuánto. De pronto oyó gran algarabía. Ruido de zambombas y risa de borracho, allá abajo. Allí abajo, muy abajo. Los ojillos de don Emiliano, tristes y grises pajarillos, aletearon. Con pasos sigilosos, cogió el sobre y salió al pasillo. Miró a un lado y a otro. No había nadie. Con cuidado se dirigió al buzoncillo de las cartas. La echó. Subió de nuevo, de puntillas. Entró en la habitación con una leve sonrisa: «Mañana me la entregarán». Una a una, despacito, sin campanadas, don Emiliano se comió las uvas. Luego se acostó con el nuevo año.

EL JEFE

JOHN STEINBECK/ESTADOS UNIDOS



John Steinbeck

EL SÁBADO por la tarde, Billy Buck, el peón del rancho, rastrilló los restos del almiar del año anterior, y luego, con el bieldo, echó varias brazadas escasas de heno, por encima de la cerca de alambre, a unas cuantas reses que le miraban con aire mansurrón. Arriba, en el cielo, el viento de marzo arrastraba hacia oriente nubecillas cual las vedijas de humo de una descarga de artillería. Se oía silbar el viento en los matorrales que coronaban las lomas, pero ni un soplo de aire llegaba hasta la hondonada del rancho.

El pequeño Jody salió de la casa comiendo una gran rebanada de pan con mantequilla. Vio a Billy atareado con los últimos restos del almiar. Jody se acercó arrastrando los zapatos de un modo que, como mil veces le habían dicho, destrozaba las suelas del calzado fino. A su paso, una bandada de palomas blancas echó a volar desde el negro ciprés, describió un círculo alrededor del árbol y volvió a posarse de nuevo en él. Un gato mediano, atigrado, brincó del soportal del cobertizo, cruzó a todo correr el camino, se volvió y retrocedió con la misma velocidad. Jody agarró una piedra para añadir un aliciente al juego, pero llegó tarde, porque antes de que pudiera lanzar la piedra ya estaba el gato bajo el porche. La arrojó contra el ciprés, y las palomas blancas describieron otro vuelo circular.

Al llegar a los restos del almiar, el chico se recostó en la cerca de alambre de espino.

—¿Crees que ya se ha acabado todo? —preguntó.

El peón del rancho, un hombre de mediana edad, interrumpió su laborioso rastrillaje y clavó el bieldo en tierra. Se quitó el sombrero negro y se alisó el cabello.

—No queda nada que no esté empapado de la humedad del suelo —declaró. Volvió a calarse el sombrero y se frotó las manos, bastas y callosas.

—Tiene que haber muchos ratones —sugirió Jody.

—Está infestado —declaró Billy—. Es un hervidero de ratones.

—Bueno, a lo mejor, cuando acabes, puedo llamar a los perros y cazar los ratones.

—Sí, yo creo que no habrá inconveniente —aseguró Billy Buck. Levantó el bieldo cargado de heno mojado del fondo y lo lanzó al aire. En el acto saltaron tres ratones, que volvieron a refugiarse despavoridos bajo el heno.

Jody suspiró con satisfacción. Aquellos ratones relucientes, rollizos y soberbios estaban sentenciados. Durante ocho meses habían vivido y se habían multiplicado en el almiar. A salvo de los gatos, las ratoneras, el veneno y Jody. En su seguridad, se habían vuelto presumidos, altaneros. Y lo gordos que estaban. Pero había llegado la hora de la aflicción; no vivirían un día más. Billy fijó la mirada en lo alto de las lomas que rodeaban el rancho.

—Quizá sea mejor que pidas permiso a tu padre antes —sugirió.

—Bueno, ¿dónde está? Se lo pido ahora mismo.

—Se fue a caballo para el rancho de la sierra, después de almorzar. Estará a punto de volver.

Jody se dejó caer contra la estaca de la cerca.

—No creo que le importe.

Pero cuando Billy reanudó su trabajo, le dijo con tono agorero:

—De todos modos, es mejor que se lo digas. Ya sabes cómo es.

Jody lo sabía, en efecto. Su padre, Carl Tiflin, tenía empeño en que se le pidiese permiso para cuanto se hacía en el rancho, fuese importante o no. Jody siguió deslizándose para abajo, de lomos contra la estaca, hasta que se encontró sentado en el suelo. Contempló las vedijas de nube que arrastraba el viento.

—¿Tú crees que lloverá, Billy?

—Pudiera ser. El viento es favorable, pero le falta fuerza.

—Bueno, espero que no llueva hasta que haya matado a esos

puñeteros ratones. —Miró por encima del hombro a ver si Billy había reparado en la palabrota, ya tan de hombre, pero Billy siguió trabajando sin hacer ningún comentario.

Jody se volvió y miró hacia la falda del cerro por donde bajaba la carretera que les unía con el mundo exterior. Bañaba la loma un raquítico sol de marzo. Entre matojos de salvia florecían cardos borriqueros, altramuces azules y algunas amapolas. Hacia media ladera distinguió Jody a Doubletree Mutt, el perro negro, escarbando en la madriguera de una ardilla. Excavaba un rato; luego paraba y, a manotazo limpio, disparaba la tierra extraída por entre sus patas traseras, haciéndolo todo con una seriedad que desmentía la convicción que debía tener de que jamás perro alguno cazó una ardilla por el procedimiento de excavar en una madriguera.

De pronto el perro negro se irguió, se volvió de espaldas a la madriguera y miró hacia la quebrada de la cima por donde se abría paso la carretera. Jody miró también. Por un momento, Carl Tiflin, a caballo, se destacó sobre el cielo pálido; y luego bajó por la carretera hacia la casa. Traía en la mano una cosa blanca.

El niño se puso en pie de un brinco.

—Trae una carta —gritó, y echó a correr hacia la casa del rancho, ya que probablemente leería la carta en voz alta y él quería estar presente. Llegó a la casa antes que su padre, y entró en ella. Oyó a Carl desmontar de su silla, que crujía, y dar al caballo una palmada en el anca para que se largase a la cuadra, donde Billy le quitaría la silla y le dejaría libre.

Jody irrumpió en la cocina.

—¡Tenemos carta! —gritó.

Su madre alzó la vista, que tenía en una fuente de habichuelas.

—¿Quién la tiene?

—Padre la trae. Se la he visto en la mano.

Carl entró a poco en la cocina, y la madre de Jody le preguntó:

—¿De quién es la carta, Carl?

El hizo un gesto de desagrado.

—¿Cómo te has enterado de que hay carta?

Ella señaló al chico con la barbilla.

—Me lo ha dicho este entrometido que ya se cree un hombre.

Jody se sintió avergonzado.

Su padre le lanzó una mirada desdeñosa.

—Sí; se está volviendo un entrometido —aseguró Carl—. Se ocupa de todo menos de sus cosas. Le gusta meter las narizotas en todas partes.

La señora Tiflin se suavizó un poco.

—Desde luego no tiene mucho en qué entretenerse. ¿De quién es la carta?

Carl seguía enojado con Jody.

—Ya le daré yo que hacer si no anda con ojo. —Alargó un sobre cerrado—. Creo que es de tu padre.

La señora Tiflin se quitó una horquilla de la cabeza y abrió con ella el sobre. Frunció los labios en un mohín de circunspección. Jody vio sus ojos ir y volver presurosos sobre los renglones.

—Dice —explicó—, dice que viene el sábado a pasar unos días. Pero si sábado es hoy. Debe de haberse retrasado la carta. —Examinó el matasellos—. Esta carta la echaron al correo anteayer. Teníamos que haberla recibido ayer. —Miró con gesto inquisitivo a su esposo y su rostro se ensombreció, iracundo—. ¿Y por qué pones esa cara? No viene de visita muy a menudo.

Carl desvió la mirada, sustrayéndose a su enojo. Tal vez fuera severo con ella la mayoría de las veces, pero cuando ella sacaba a relucir su genio, cosa que sucedía de cuando en cuando, era incapaz de oponerse.

—¿Qué te pasa? —volvió a preguntar la mujer.

En la explicación de Carl pudo apreciarse un tono de disculpa que no desdecía nada del que gastaba Jody.

—Lo único es que habla tanto —dijo débilmente—. No calla un momento.

—Bueno, ¿y qué? También hablas tú.

—Desde luego. Pero tu padre sólo habla de una cosa.

—¡Los indios! —intervino Jody entusiasmado—. ¡Los indios y las praderas!

Carl se volvió hacia él, indignado.

—¡Fuera de aquí, entrometido! ¡Largo ahora mismo! ¡Vete!

Jody salió compungido por la puerta trasera y cerró la cancela con deliberada lentitud. Bajo la ventana de la cocina, sus ojos avergonzados y abatidos se fijaron en una piedra de extraño perfil,

una piedra tan fascinante que le movió a agacharse y recogerla y darle vueltas en sus manos.

A través de la ventana abierta de la cocina, llegaban las voces claramente a sus oídos.

—Jody tiene razón, vive Cristo —decía su padre—. Los indios y las praderas. La historia esa de cómo se llevaban los caballos la he oído contar ya casi mil veces. Lo repite una y otra vez sin cambiar una sola palabra de las cosas que cuenta.

Cuando respondió la señora Tiflin, su tono era tan diferente que Jody dirigió su atención hacia la ventana, abandonando por un momento el examen de la piedra. Su voz habíase tornado suave y aclaratoria. Sabía Jody hasta qué punto tenía que haber cambiado su gesto para compaginarse con la voz.

—Míralo como lo que es, Carl —decía sosegadamente—: lo más importante que ha sucedido a mi padre en su vida. Condujo una caravana de carromatos por las praderas hasta la costa, y cuando todo acabó, su vida perdió su objeto. Era una gran empresa, pero no duró lo suficiente. ¡Fíjate! —continuó—, es como si hubiera nacido para eso, y una vez concluida la aventura, no le quedaba ya más que pensar en ella y hablar de ella. Si hubiera habido un Oeste más lejano adonde ir, allá que habría ido. El mismo me lo ha dicho. Pero al final estaba el océano. Y allí vive, junto al mar que le obligó a detenerse.

Había cautivado a Carl, enredándolo en sus acentos melifluos.

—Si lo he visto —admitió él con calma—. Baja y tiende la mirada hacia el oeste, sobre el océano. —Su voz se endureció un tanto—. Y después se va al Club de la Herradura, en Pacific Grove, y cuenta a todo el mundo cómo robaban los indios los caballos.

Ella trató de reconquistarle.

—Pero eso es todo para él. Debes tener paciencia y fingir que le escuchas.

Carl se dirigió hacia la puerta, impaciente.

—Bueno, si se pone demasiado insoportable, siempre podré marcharme al cobertizo y sentarme con Billy —dijo con irritación, y salió dando un portazo.

Jody corrió a realizar sus tareas domésticas. Distribuyó el grano entre las gallinas sin perseguir a ninguna. Recogió los huevos. Trotó

hacia la casa con la leña, y la colocó en hueco con tanta maña que con dos brazadas pareció quedar colmada la leñera.

Su madre había acabado ya con las habichuelas. Atizó el fuego y limpió la tapa del fogón con una concha. Jody la escudriñó cautelosamente para ver si seguía albergando algún rencor contra él.

—¿Viene hoy? —preguntó.

—Eso dice en su carta.

—Quizá sea mejor que vaya a la carretera a esperarle.

La señora Tiflin cerró con estrépito la tapa del fogón.

—Eso estaría estupendo —dijo—. Seguramente le gustará.

—Entonces es lo que voy a hacer.

Ya fuera, Jody llamó a los perros con estridente silbido.

—Vamos para el cerro —ordenó.

Los dos perros menearon la cola y salieron corriendo delante. En la cuneta, la artemisa mostraba sus brotes tiernos. Jody arrancó unos cuantos y se frotó las manos con ellos hasta que el aire se llenó del penetrante aroma silvestre. En un repente, los perros se precipitaron ladrando por el monte en persecución de un conejo. Jody ya no volvió a verles el pelo, pues cuando fracasaron en su intento de cazar el conejo se volvieron a casa.

Jody se afanó por la ladera arriba. Cuando llegó a la pequeña quebrada, en la cima, por donde pasaba la carretera, le azotó el viento de la tarde, alborotándole el pelo y haciendo tremolar su camisa. Contempló allá abajo montículos y alcores, y después el inmenso y verde valle de Salinas. Alcanzó a ver la blanca ciudad de Salinas, en la lejanía del llano, y el resplandor de sus ventanas heridas por el sol poniente. A sus mismos pies, en un roble, habíase congregado una asamblea de cuervos. El árbol estaba negro. Todos los cuervos graznaban al mismo tiempo.

Los ojos de Jody siguieron el camino de carros que bajaba desde la cima donde se encontraba para perderse por detrás de una loma y reaparecer al otro lado. En este tramo distante acertó a distinguir un carro del que tiraba, lento, un caballo bayo. Desapareció tras de la loma. Jody se sentó en el suelo y vigiló el lugar por donde habría de aparecer de nuevo el carro. Aullaba el viento en las crestas de los montes, y las nubes, redondas como hongos, se apresuraban en su carrera hacia el este.

De pronto el carro se mostró a la vista y se detuvo. Un hombre vestido de negro bajó del pescante y se acercó a la cabeza del caballo. Con lo lejos que estaba, advirtió Jody que había desenganchado la gamarra, porque vio abatirse la cabeza del animal. El caballo echó a andar y el hombre caminó despacio a su lado por la cuesta arriba. Jody lanzó un grito de alegría y bajó corriendo hacia él. Las ardillas huían precipitadas del camino, y un cuco rabilargo agitó la cola y corrió por el borde del barranco, lanzándose luego al aire como un planeador.

A cada tranco intentaba Jody pisar en mitad de su sombra. Rodó un canto bajo su pie y se pegó una costalada. Al fin dobló un pequeño recodo y allí, poco más adelante, estaban su abuelo y el carro. Aflojó el chico su improcedente carrera y se aproximó con aire digno, al paso.

El caballo subía malamente, a trompicones, y el anciano marchaba junto a él. El sol del ocaso proyectaba tras ellos unas sombras moribundas, lúgubres, desmesuradas. El abuelo llevaba traje negro de paño fino, botas de elásticos de cabritilla con polainas y corbata negra con cuello corto duro. Traía en la mano su sombrero negro de ala caída. Gastaba barba recortada, toda blanca, y sus cejas, no menos blancas, cabalgaban los ojos como mostachos: unos ojos azules, a un tiempo severos y festivos. En su rostro y en todo su porte traslucíase una dignidad granítica que hacía inconcebible toda posibilidad de movimiento. Si se detenía, era como si el anciano fuese de piedra, inmóvil para la eternidad. Sus pasos eran lentos y seguros. Una vez dados, nada podría rectificarlos; emprendida una dirección, el camino jamás tendría curvas ni haría más rápida o más lenta su marcha.

Cuando Jody apareció en el recodo, el abuelo agitó despacio el sombrero en son de bienvenida y le dijo:

—¡Qué hay, Jody! Conque has salido a esperarme, ¿eh?

Jody llegó a su lado, dio media vuelta, ajustó su paso al del anciano, se estiró bien y marchó arrastrando un poco los talones.

—Sí, señor —dijo—. Hasta hoy no hemos recibido su carta.

—Tenía que haber llegado ayer —repuso el abuelo—. Es lo suyo. ¿Cómo están todos?

—Muy bien, abuelo. —Vaciló, y a poco propuso tímidamente—:

¿Querría usted venir mañana a una cacería de ratones, abuelo?

—¿Cacería de ratones, Jody? —sonrió entre dientes el viejo—. ¿Es que la gente de esta generación ha descendido al extremo de cazar ratones? No es que sean muy fuertes los chicos de hoy, pero no creía que se dedicasen a esas cacerías de ratones.

—No, señor. Es sólo por jugar. Han quitado el almiar. Voy a echar los perros a los ratones. Y usted podrá mirar, o remover un poco el heno, si quiere.

Los ojos serios, burlones, se posaron en él.

—Comprendo. Así que no te los vas a comer. Todavía no has llegado a eso.

—Se los comen los perros, abuelo —explicó Jody—. No es como cazar indios, ni mucho menos, supongo yo.

—No, no se parece mucho... pero al final, cuando las tropas empezaron a dar caza a los indios, y a disparar sobre los niños, y a quemar las tiendas de sus campamentos, no era muy diferente de tu caza de ratones.

Llegaron al remate de la cuesta y empezaron a descender hacia la hondonada del rancho, con lo cual dejó de darles el sol.

—Has crecido —dijo el abuelo—. Casi una pulgada, diría yo.

—Más —se enorgulleció Jody—. Desde el Día de Acción de Gracias he crecido más de una pulgada. Lo hemos visto en la puerta donde me tallan.

—A lo mejor es que te riegan demasiado y te estás convirtiendo en puro tallo —vibró la voz campanuda y gutural del abuelo—. Espera a que seas mayor y entonces veremos.

Jody echó una ojeada al rostro del anciano, a ver si debía sentirse ofendido por sus palabras; pero en los vivos ojos azules no se apreciaba el menor deseo de molestar, ni de reconvenir, ni de guardar las distancias.

—Podríamos matar un cerdo —sugirió Jody.

—¡Oh, no! No lo consentiría. Lo dices sólo por halagarme. Ahora no es época de matanza, y tú lo sabes.

—¿Se acuerda usted de Riley, el verraco grande?

—Sí. Lo recuerdo bien.

—Pues Riley se puso a comer en ese mismo almiar, hizo un agujero, se le vino el almiar encima y lo asfixió.

—Los cerdos a veces hacen cosas así —dijo el abuelo.

—Riley era un cerdo muy bueno para ser un verraco, abuelo. A veces llegué a montar en él y no le importaba.

Sonó una puerta en la casa, allá al fondo, y ambos vieron a la madre de Jody, de pie en el porche, agitando el delantal en señal de bienvenida. Y vieron también a Carl Tiflin que se acercaba desde el establo para estar en la casa cuando llegaran. Ya había desaparecido el sol que doraba los cerros. El humo azul de la chimenea formaba difusos estratos en el aire violáceo, sobre la hondonada del rancho. Las nubecillas cumuliformes, ahora que había amainado el viento, flotaban indolentes en el cielo.

Billy Buck salió del cobertizo y arrojó una jofaina de agua jabonosa al suelo. Se había afeitado, pese a estar sólo a mediados de semana, porque Billy sentía un gran respeto por el abuelo, y el abuelo dijo que Billy era uno de los pocos hombres de la nueva generación que no se habían reblandecido. Aunque Billy era de mediana edad, el abuelo le consideraba un muchacho. Ahora Billy se apresuraba también hacia la casa.

Cuando llegaron Jody y el abuelo, los tres estaban esperándolos a la entrada del patio.

—¿Qué tal? —le saludó Carl Tiflin—. Le esperábamos a usted.

La señora Tiflin besó al abuelo a un lado de la barba y permaneció inmóvil mientras él le palmeaba el hombro con su manaza. Billy le estrechó la mano solemnemente, sonriendo tras de su bigote pajizo.

—Voy a ocuparme de su caballo —dijo Billy, y se alejó con el animal cogido de las riendas.

El abuelo le vio marchar; luego, volviéndose hacia el grupo, dijo lo que tantas veces:

—Es un buen chico. Conocí a su padre, el viejo Buck Cola de Mula. Jamás supe por qué le llamaban Cola de Mula; quizá por ser acemilero.

La señora Tiflin se volvió y abrió la marcha hacia la casa.

—¿Cuánto tiempo vas a estar con nosotros, padre? No lo dices en tu carta.

—Pues no lo sé. Creo que unas dos semanas. Pero nunca me quedo todo el tiempo que tengo pensado.

Momentos después estaban sentados a la mesa con tapete de hule blanco, cenando. Sobre la mesa pendía el quinqué con reverbero de hojalata. Al otro lado de las ventanas del comedor, grandes mariposas nocturnas chocaban blandamente contra los cristales.

El abuelo cortaba la carne en porciones menudas y masticaba lentamente.

—Estoy hambriento —declaró—. El llegar hasta aquí me ha abierto el apetito. Es como cuando íbamos en la caravana. Por las noches teníamos todos tanta hambre que nos costaba esperar a que la carne acabara de asarse. Yo llegué a comerme casi cinco libras de carne de bisonte en una noche.

—Es por el ejercicio —afirmó Billy—. Mi padre era acemilero del gobierno. Yo le ayudaba, de chico. Entre los dos éramos capaces de liquidar un pernil de venado.

—Yo conocí a tu padre, Billy —dijo el abuelo—. Era un buen hombre. Le llamaban Buck Cola de Mula. No sé por qué. Como no fuera por ser acemilero.

—Por eso —convino Billy—. Era acemilero.

El abuelo dejó cuchillo y tenedor y paseó la mirada en torno a la mesa.

—Recuerdo una vez que no teníamos carne —su voz fue bajando de tono hasta reducirse a un extraño y profundo sonsonete que se deslizaba por el surco sonoro que el relato se había labrado con los años—. Ni un bisonte, ni un antílope, ni siquiera conejos. Los cazadores no pudieron tirar ni a un coyote. En momentos así es cuando el guía de una caravana tiene que andar alerta. Yo era el guía y mantuve los ojos bien abiertos. ¿Sabéis por qué? Porque cuando la gente empieza a tener hambre se pone a sacrificar los bueyes de los atalajes. ¿Podéis creerlo? Sé de algunos que liquidaron todas sus bestias de tiro. Empezando por el centro y siguiendo hacia los extremos. Al final se comieron la pareja delantera y por último los de varas. El guía de una caravana tiene que impedir tales cosas.

Una mariposa nocturna de gran tamaño consiguió entrar en el aposento y empezó a describir círculos alrededor del quinqué. Billy se levantó de la mesa e intentó apresarla entre las manos. Carl dio un manotazo con la palma hueca, atrapó la mariposa y la deshizo. Después se acercó a la ventana y la arrojó fuera.

—Como iba diciendo —quiso proseguir el abuelo, pero Carl le interrumpió.

—Mejor será que coma usted algo más de carne. Los demás ya estamos listos para tomar el budín.

Jody advirtió un relámpago de ira en los ojos de su madre. El abuelo volvió a coger el cuchillo y el tenedor.

—Tengo mucha hambre, desde luego —dijo—. Ya os lo contaré después.

Acabada la cena, cuando la familia y Billy Buck se sentaron ante la chimenea en el otro salón, Jody se puso a espiar ansiosamente al abuelo. Vio las señales que ya conocía. El rostro barbudo inclinado hacia adelante; los ojos que habían perdido su severidad y contemplaban el fuego dubitativos; los grandes dedos escuálidos que se entrecruzaban sobre las negras rodillas.

—Estaba pensando —empezó—, estaba preguntándome precisamente si os he contado alguna vez cómo se nos llevaron treinta y cinco caballos esos ladrones de payutes.

—Creo que sí —interrumpió Carl—. ¿No sucedió eso poco antes de que llegara usted a la región de Tahoe?

El abuelo se volvió rápidamente hacia su yerno.

—Exactamente. Creo que he debido de contaros ya esa historia.

—Montones de veces —confirmó Carl, despiadado, evitando las miradas de su esposa. Pero sintió fijos en él sus ojos iracundos, y concedió—: Por supuesto me gustaría volverla a escuchar.

El abuelo miró de nuevo al fuego. Sus dedos se soltaron y se volvieron a enlazar. Jody comprendía sus sentimientos, la desolación y el vacío que llevaba dentro. ¿No le habían llamado entrometido a Jody aquella misma tarde? Dio pues rienda suelta a su heroísmo, arriesgándose a que volvieran a llamarle entrometido:

—Cuéntanos cosas de los indios —suplicó con voz queda.

Los ojos del abuelo recobraron su severidad.

—Los chicos quieren siempre escuchar historias de indios. Era aquella una misión de hombres, pero los chicos quieren oír contar. Pues bien, vamos a ver. ¿Te he dicho alguna vez por qué quise yo llevar en cada carromato una plancha larga de hierro?

Todo el mundo permaneció en silencio menos Jody, que dijo:

—No, nunca.

—Pues bien, cuando atacaban los indios, siempre formábamos un círculo con los carros y nos defendíamos parapetados en las ruedas. A mí se me ocurrió que si en cada carro llevábamos una plancha alargada con troneras para los rifles, los hombres podrían colocar las planchas por la parte de afuera de las ruedas, una vez puestos los carros en círculo, y así estarían protegidos. Se salvarían vidas, lo cual compensaría con creces el peso del hierro. Pero entonces los otros no quisieron. A nadie se le había ocurrido antes, y no comprendían por qué habían de hacer ese gasto. Tiempo tuvieron para arrepentirse.

Jody miró a su madre y dedujo por su expresión que no estaba escuchando en absoluto. Carl se pellizcaba un callo del pulgar y Billy Buck miraba una araña que subía por la pared.

El tono de voz del abuelo volvió a caer en su rutina narrativa. Jody sabía con exactitud las palabras que iba a escuchar. Y así proseguía el runrún del relato, acelerado durante el ataque, entristecido con la descripción de las heridas, fúnebre al llegar a los enterramientos en las grandes llanuras. Jody escuchaba en silencio, observando al abuelo. Los severos ojos azules parecían ausentes. Como si el narrador no estuviera muy interesado en su propio relato.

Cuando al fin acabó, y se respetó cortésmente la pausa como una linde de lo contado, Billy Buck se levantó y se estiró y sujetó los pantalones.

—Creo que ya es hora —declaró. Después se encaró con el abuelo—. Tengo en el cobertizo un viejo cuerno para pólvora y una pistola de pistón. ¿Se los he enseñado alguna vez?

El abuelo asintió con lentas cabezadas.

—Sí, creo que ya me los has enseñado, Billy. Me recuerda una pistola que tuve cuando iba de guía de la caravana.

Billy se mantuvo en pie sin rechistar hasta que concluyó la anécdota, y después dijo:

—Buenas noches —y salió de la casa.

Carl Tiflin intentó dar un nuevo giro a la conversación.

—¿Cómo es la región entre esto y Monterrey? He oído decir que es muy seca.

—Es seca —dijo el abuelo—. En la Laguna Seca no hay ni gota. Pero aun así no están las cosas como en el ochenta y siete. La región

no era más que polvo entonces, y creo que en el sesenta y uno se murieron de hambre todos los coyotes. Este año hemos tenido quince pulgadas de lluvia.

—Sí, pero cayó demasiado temprano. Ahora es cuando hacía falta lluvia. —Los ojos de Carl se fijaron en Jody—. ¿No sería mejor que te fueras a la cama?

Jody se levantó obediente.

—¿Puedo matar mañana los ratones del almiar viejo, padre?

—¿Los ratones? Hombre, desde luego, mátalos todos. Dice Billy que no dejan ni pizca de heno en buenas condiciones.

Jody cambió una mirada secreta y satisfecha con el abuelo.

—Mañana los mato a todos —prometió.

Una vez acostado, Jody se puso à pensar en el mundo inasequible de los indios y de los bisontes, un mundo desaparecido para siempre. Le hubiera gustado vivir en aquellos tiempos heroicos, aunque reconocía que no tenía madera de héroe. Ya nadie en la actualidad, excepto quizá Billy Buck, tendría arrestos para hacer lo que los antiguos. Vivía entonces una raza de gigantes, de hombres sin miedo, con una firmeza desconocida en los tiempos presentes. Jody se imaginaba las vastas llanuras, los carromatos que las cruzaban como ciempiés. Evocó al abuelo sobre un colosal caballo blanco, mandando a la gente. Por su imaginación cruzaban los grandes fantasmas que fueron un día sobre la faz de la tierra, y pasaron, y desaparecieron.

Volvió entonces por un instante al rancho. Oyó ese ruido sordo, vertiginoso, que hacen el espacio y el silencio. Uno de los perros, afuera en la perrera, se rascaba las pulgas golpeando rítmicamente el suelo con el codillo. Volvió a levantarse el viento, gimió el negro ciprés y Jody se quedó dormido.

Media hora antes de que sonase la campana llamando a todos para el desayuno ya estaba él levantado. Cuando pasó por la cocina, su madre andaba removiendo el fogón para reavivar el fuego.

—Temprano te levantas —le dijo—. ¿Adónde vas?

—Voy fuera, a buscar una buena estaca. Vamos a matar hoy los ratones.

—¿Quiénes?

—Pues el abuelo y yo.

—Ya le has metido otra vez en el lío, ¿eh? Siempre te las arreglas

para que haya alguien contigo, por si hay que repartir las culpas.

—Vuelvo en seguida —aseguró Jody—. Quiero tener lista una buena estaca para después del desayuno.

Cerró tras él la cancela y salió a la mañana fría y azul. Los pájaros armaban gran algarabía en esa hora del alba, y los gatos del rancho bajaban del cerro como serpientes embotadas. Habían andado a caza de topos en la oscuridad y, pese a venir ahítos de carne de topo, los cuatro morrongos se sentaron en semicírculo ante la puerta trasera y se pusieron a maullar lastimeramente, reclamando su ración de leche. Doubletree Mutt y Smasher andaban olfateando por la linde del monte, un deber que cumplían con estricta ceremonia; pero cuando Jody silbó levantaron muy vivos la cabeza y agitaron la cola. Al punto se abalanzaron sobre él, desperezándose y bostezando. Jody les acarició la cabeza con ademán grave y se dirigió al montón de chatarra y desechos maltratados por la intemperie. Escogió un viejo mango de escoba y un tarugo cuadrado más pequeño. Sacó del bolsillo un cordón de zapato y ató mango y tarugo por las puntas, dejando entre uno y otro cierta holgura para formar una especie de mayal. Hizo zumbar su nueva arma en el aire y la probó contra el suelo, lo cual obligó a apartarse a los perros, que gimieron temerosos.

Jody dio la vuelta, pasó junto a la casa y bajó al sitio donde había estado el almiar, a fin de reconocer el escenario de la carnicería; pero Billy Buck, sentado pacientemente en los escalones de la puerta trasera, le llamó:

—Mejor es que vuelvas. Sólo falta un par de minutos para el desayuno.

Jody cambió de rumbo y se dirigió hacia la casa, dejando el mayal recostado en los peldaños.

—Es para echar fuera a los ratones —explicó—. Apuesto a que están gordos. Apuesto a que no saben lo que les espera.

—No, ni tú tampoco —observó Billy filosóficamente—; ni yo, ni nadie.

Jody se sintió desconcertado por este razonamiento. Sabía que era verdad. Su imaginación se desligó de la cacería de ratones. En ese momento su madre salió al porche de atrás y se puso a tocar la campana, con lo que todas las reflexiones quedaron en suspenso.

El abuelo no estaba en la mesa cuando se sentaron. Billy señaló con el mentón su silla vacía.

—¿Se encuentra bien? ¿No estará enfermo?

—Le lleva mucho tiempo arreglarse —declaró la señora Tiflin—. Se peina la barba, se limpia el calzado, se cepilla la ropa...

Carl espolvoreó azúcar sobre sus puches.

—Un hombre que guió una caravana por las praderas tiene que poner mucho esmero en vestirse.

La señora Tiflin se volvió hacia él:

—¡No digas eso, Carl! ¡Por favor! —Había más amenaza que súplica en su tono. Y la amenaza irritó a Carl.

—Bueno, ¿cuántas veces he tenido que tragarme la historia de las planchas de hierro y de los treinta y cinco caballos? Eso ya pasó. ¿Por qué no puede olvidarlo cuando ya ha pasado todo? —A medida que hablaba iba en aumento su irritación, y su voz subió de tono—. ¿Por qué tiene que contarlo una y otra vez? Que cruzó las praderas. Pues muy bien. Ahora todo eso ha terminado. Nadie quiere seguir escuchándole la historia toda la vida.

La puerta de la cocina se cerró suavemente. Los cuatro que estaban sentados a la mesa se quedaron helados. Carl dejó la cuchara sobre la mesa y se sobó la barbilla con los dedos.

Entonces se abrió la puerta y entró el abuelo. Sus labios forzaban una sonrisa y sus ojos miraban esquinados.

—Buenos días —dijo, y se sentó, concentrando la atención en su plato de puches.

Carl no podía dejar así las cosas.

—¿Ha oído... ha oído usted lo que decía?

El abuelo asintió con una leve cabezada.

—No sé lo que me ha pasado... No lo decía de corazón... Era todo una broma.

Jody echó una mirada furtiva a su madre, avergonzado, y vio que ella miraba fijo a Carl, conteniendo la respiración. Era espantoso lo que su padre hacía. Se estaba destrozando al hablar así. Era siempre terrible para él el tener que retirar una sola palabra, pero el tener que hacerlo avergonzado era infinitamente peor.

El abuelo miró para un lado.

—Estoy intentando ver las cosas claras —dijo suavemente—.

No estoy enfadado. No me importa lo que has dicho, pero puede que sea verdad, y eso sí que me importaría.

—No es verdad —afirmó Carl—. No me encuentro muy bien esta mañana. Lamento lo que he dicho.

—No te preocupes, Carl. Un anciano a veces no se da cuenta de las cosas; quizá tengas razón. La época en que se cruzaban las praderas pasó a la historia. Quizá debiéramos olvidar.

Carl se levantó de la mesa.

—Ya he comido bastante. Me voy a trabajar. ¡Date prisa, Billy!

Salió rápidamente del comedor. Billy engulló lo que le quedaba de comida y le siguió poco después. Pero Jody no pudo abandonar su asiento.

—¿No querrá usted contar ya más historias? —preguntó Jody.

—Por qué no, claro que las contaré, pero sólo cuando esté seguro de que la gente desea escucharlas.

—A mí me gusta escucharlas, abuelo.

—Por supuesto que sí, pero tú eres un niño. Fue una empresa de hombres, pero sólo a los niños les gusta oírlo contar.

Jody abandonó su puesto.

—Le espero ahí fuera, abuelo. Tengo una buena estaca para esos ratones.

Esperó junto a la puerta hasta que el anciano salió al porche.

—Ahora vamos a matar los ratones —indicó Jody.

—Creo que será mejor que me siente al sol, Jody. Puedes ir tú a matar los ratones.

—Le dejo mi mayal, si quiere.

—No; prefiero quedarme aquí un rato.

Jody dio media vuelta, entristecido, y se fue para el almiar. Intentó espolear su entusiasmo pensando en ratones gordos y lozanos. Golpeó el suelo con su mayal. Los perros le hacían fiestas y gañían a su alrededor; pero no pudo llegar. Allá quedaba el abuelo sentado en el porche a espaldas de la casa. Jody le veía, pequeño, delgado y oscuro.

Se arrepintió y vino a sentarse en los escalones a los pies del anciano.

—¿Ya estás de vuelta? ¿Has matado los ratones?

—No, señor. Otro día los mataré.

Zumbaban a ras de tierra las moscas mañaneras, y las hormigas bullían dispersas ante los escalones. Llegaba de los cerros el intenso aroma de la artemisa, y el sol empezaba a caldear las tablas del porche.

Jody apenas advirtió en qué momento comenzó a hablar el abuelo.

—No debo quedarme aquí, dadas las circunstancias. —Examinó sus viejas y recias manos—. Siento como si no hubiera merecido la pena cruzar como cruzamos las praderas. —Sus ojos se alzaron hasta la loma inmediata y se detuvieron en un halcón inmóvil posado sobre una rama seca—. Yo cuento esas viejas historias, pero no son historias lo que me gustaría contar. Sólo yo sé cómo quiero que se sienta la gente cuando las cuento.

»Lo importante no fueron los indios, ni las aventuras, ni siquiera el viaje. Era aquel puñado de hombres convertido en un gran animal que se arrastra. Y yo iba en cabeza. La cosa estaba en caminar y caminar hacia el oeste. Cada hombre tenía sus propias ambiciones personales, pero la bestia enorme que formaban todos juntos sólo deseaba seguir hasta el oeste. Yo iba en cabeza, pero si no hubiera estado allí, cualquier otro podría haber tomado el mando. La caravana tenía que llevar un guía.

»Las sombras de las matas eran negras a la luz blanca del mediodía. Cuando al fin vimos las montañas, todos lloramos, todos. Pero lo que importaba no era el llegar hasta allí, sino moverse y seguir caminando hacia el oeste.

»Trajimos aquí la vida y nos establecimos lo mismo que esas hormigas que acarrean sus huevos. Y yo era el jefe. Caminar hacia el oeste era tan importante como Dios, y los lentos pasos con que avanzábamos fueron acumulándose y acumulándose hasta que atravesamos el continente entero.

»Entonces llegamos al mar, y todo se acabó. —Calló y se frotó los ojos hasta que se le pusieron ribetes colorados—. Eso es lo que yo debería contar, en vez de historias.

Cuando habló Jody, el abuelo se sobresaltó y bajó la mirada hacia él.

—Quizá pueda yo ser alguna vez guía de caravana —dijo el chiquillo.

El anciano sonrió.

—Ya no hay adonde ir. Está el océano, y de ahí no se pasa. Menuda hilera de viejos hay en el muelle; todos odian el mar porque detuvo sus pasos.

—En barcos sí que podría, abuelo.

—Ya no hay adonde ir, Jody. Todo está ocupado. Pero no es eso lo peor... no, no es lo peor. El anhelo de seguir hacia el oeste ha muerto para la gente. Nadie siente ya esa comezón. Todo ha concluido. Tiene razón tu padre. Todo se acabó. —Entrelazó los dedos sobre la rodilla y se quedó mirándolos.

Jody se sentía muy triste.

—Si quiere usted un vaso de limonada, yo puedo hacérselo.

El abuelo estuvo a punto de decir que no, pero se fijó en la cara de Jody.

—Eso vendría bien —afirmó—. Sí, vendría bien tomar una limonada.

Jody corrió a la cocina, donde su madre estaba secando el último plato del desayuno.

—¿Podrías darme un limón para hacer una limonada al abuelo?

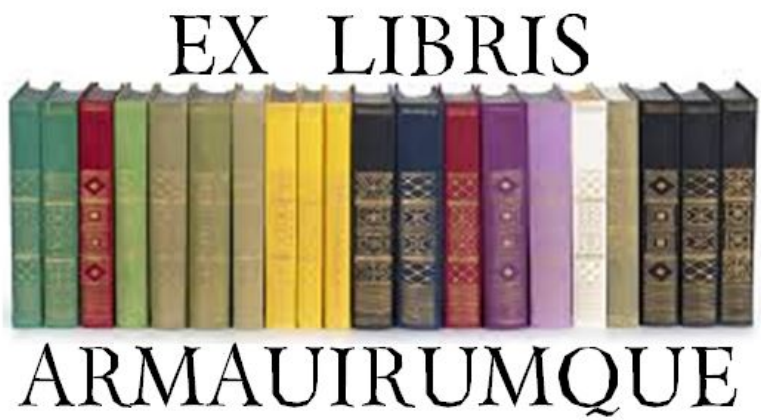
—Y otro limón para hacerte a ti otra —le remedó su madre, burlona.

—No, mamá. Yo no quiero.

—¡Jody! ¡Tú estás enfermo!

Entonces la mujer se interrumpió de pronto.

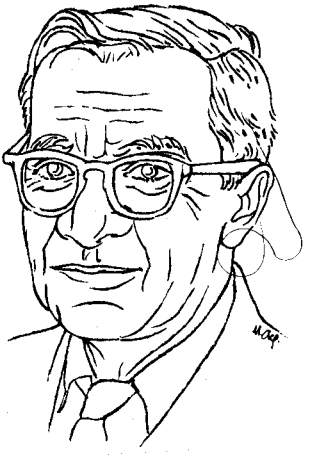
—Saca un limón de la nevera —dijo suavemente—. Espera, yo te alcanzo el exprimidor.



UN CURA EN LA FAMILIA

LEO KENNEDY/CANADA

Leo Kennedy



LA SEÑORA Halloran tenía un sobrino sacerdote, mas no por ello se mantenía apartada de la botella. Su marido, Piesplanos Halloran, había sido guardia en los muelles de Montreal, pero la ginebra y sus relaciones con la banda del Gancho Negro le habían obligado a abandonar el cuerpo de policía unos años atrás. Piesplanos se había dedicado luego a la ocupación de expulsar a borrachos y pendencieros de un cabaret de mala muerte de St. Henri, pero la ginebra y la depresión también acabaron con ese empleo, y la señora Halloran, no sin lamentaciones, tuvo que ponerse nuevamente a fregar.

Trabajaba como mujer de la limpieza en un edificio de oficinas y en la iglesia de San Timoteo, situada en el barrio irlandés de Griffintown. La señora Halloran, mientras se rascaba las verrugas de su flaca y prominente mandíbula, se quejaba muchas veces de que San Timoteo estuviese tan condenadamente cerca del pendenciero barrio italiano, con sus descaradas y gordas mujeres morenas, sus carros de mano cargados de pimientos rojos y verdes, y hombres que se dedicaban de cuando en cuando a ocupaciones no muy honradas. Para la señora Halloran el barrio resultaba excesivamente «pintoresco».

La señora Halloran tenía el pecho cóncavo, el cabello gris y ralo y los codos rojos y huesudos. El hecho de que a pesar de beber tanto esta casta matrona fuera capaz de conservar aquel empleo en la iglesia era algo incomprensible para sus chismosas vecinas. Pero el sacerdote de pelo rizado y redondos mofletes que hacía las veces de

párroco trataba con benevolencia los pecados de la carne; como él mismo gustaba de decir soltando una risita, constantemente estaba sacando a sus feligreses de la cárcel o poniéndolos en manos de los guardias. Y los subrepticios traguitos que la señora Halloran tomaba entre semana o sus francas borracheras de los domingos sólo eran pecadillos a los ojos del tolerante padre. Además, el sobrino de la señora Halloran era sacerdote.

El sobrino de la señora Halloran cuidaba almas en la remota y desolada Columbia Británica. Como la buena mujer nunca había viajado más allá de Ahuntsic, siempre era algo vaga en cuanto a la naturaleza del trabajo de su sobrino y las condiciones en que vivía, pero ni por un momento dejaba de recordar a la gente que había un sacerdote ordenado en su familia. Al cotillear con sus amigas, procuraba buscar un motivo para llevar la conversación hacia el terreno religioso. Entonces subrayaba la bendición que era tener un sobrino que rezaba diariamente por sus pecados, y añadía que, aunque su alma era muy negra, la novena que su Joey ofrecía todos los meses a la Santísima Virgen por su pobre y anciana tía la haría entrar a la postre en la gloria.

Cuando hablaba de religión su aliento siempre olía a ginebra. La bebida despertaba en ella pensamientos de arrebato celestial; el crucifijo de latón que colgaba sobre su huesudo pecho se movía al ritmo de su fervorosa devoción. Pero el alcohol también exacerbaba su odio hacia los diabólicos extranjeros. Por ejemplo, cuando se cruzaba en las escaleras con su corpulenta vecina italiana, la señora Castelano, nunca dejaba de manifestar su desprecio por todas las napolitanas. Sin dirigirse a nadie en particular, susurraba: «¡Ojalá que Jesús, María y José le llenen el cogote de furúnculos!»

La compañera de la señora Halloran en San Timoteo era una viuda de mediana edad, bizca y de pelo rojo y lacio. La señora Scully era un alma de Dios, pero padecía reumatismo, y un jueves, justo antes de Cuaresma, su enfermedad la retuvo en cama. Nolan, el sacristán, se llevó un enorme disgusto al enterarse: los agrietados nudillos de la señora Scully eran necesarios para fregar, precisamente aquel día, los bancos de la iglesia, y Nolan suponía que la señora Halloran estaría achispada.

Aquella misma mañana la señora Castelano se presentó llorosa

en la sacristía y contó que habían vuelto a encarcelar a su marido y que en su casa no quedaba un céntimo. El padre Hoffman mandó llamar a Nolan.

—Tenemos aquí un alma inocente que nos necesita —dijo—. Bandy Castelano ha vuelto a vender bebidas de contrabando, y esta vez le ha caído una buena condena. Y es mi deseo, y el deseo de Dios Nuestro Señor, que la desgraciada esposa de Bandy tenga pan en su mesa. ¿Qué trabajo podemos darle?

Nolan estudió críticamente la corpulenta figura y el llamativo vestido de la señora Castelano y anunció que podía ocupar el puesto de la señora Scully, quien estaba en cama a causa de un ataque de gota.

—Bien, señora Castelano —dijo el padre Hoffman—. Puede usted trabajar para sus hijos y para el Sagrado Corazón de Jesús al mismo tiempo. Nolan, indíquele lo que tiene que hacer.

AQUELLA tarde la señora Halloran entró en la iglesia de San Timoteo provista de sus útiles de trabajo: un cubo de agua caliente ligeramente jabonosa, una bayeta gris para fregar los bancos y otro cubo de agua limpia para aclarar. Llegaba un poco tarde porque se había entretenido en casa discutiendo con Piesplanos y tomando unos traguitos que le diesen fuerzas para el trabajo. Cuando dejó los cubos en la entrada se quedó boquiabierta al ver que su odiada vecina italiana ocupaba el puesto de la señora Scully. La señora Castelano ya estaba fregando los bancos, y se limitó a saludar con una inclinación de cabeza.

La señora Halloran montó en cólera. De pie junto a los cubos, con los brazos en jarras, soltó la primera andanada:

—¿Puede saberse dónde está la señora Scully y por qué está usted ocupando su puesto?

—La señora Scully está enferma de las piernas —contestó la italiana hinchando ligeramente su abultado pecho—. Ella no trabaja. Yo trabajo en la iglesia, limpio hasta que está buena. —Al darse cuenta del estado de agitación de la señora Halloran, añadió—: A lo mejor, cuando vuelve, yo sigo trabajando.

—¿Y quién es usted para hablarme en ese tono insultante, señora Castelano? ¿Puede saberse qué se propone? ¿Acaso le gustaría

quitarme el empleo, so gordinflona? ¿Acaso quiere mantener al contrabandista de su marido con mi salario?

La señora Castelano suspiró profundamente y retorció la bayeta empapada.

—Yo hablaré después con usted —dijo—; no aquí, en la casa de Dios. Debo trabajar. Mejor que usted trabaja también, sí.

La señora Halloran metió la bayeta en el agua jabonosa; luego se volvió despreciativamente y con movimientos enérgicos se puso a frotar un banco. Sin dejar de mascullar, siguió fregando y secando. Cuando limpiaba algún recoveco, era como si estuviera apuñalando ferozmente a su enemiga con un dedo enfundado en bayeta.

La señorita Brown, una solterona pequeña y enjuta que cuidaba de los lienzos y las flores del altar, entró en la iglesia procedente de la sacristía. Siempre llevaba oscuros vestidos de lana y sombreros que no despertaban ni lástima ni admiración. Tenía un aspecto frágil y etéreo, y andaba ligeramente escorada hacia la derecha. Daba la sensación de que un ligero soplo que hiciese vacilar la llama de una vela bastaría para extinguirla a ella.

La señorita Brown comenzó a limpiar el altar, sin prestar atención a las dos mujeres que trabajaban en la oscura nave; pensaba tímidamente en el rizado pelo y el amplio talle del padre Hoffman. La única alegría de su árida virginidad era que de cuando en cuando podía estar cerca de este honesto y santo varón.

La señora Halloran observó con disgusto aquellos movimientos de pájaro. Se rebelaba contra la injusticia social que la situaba a ella, con sus cubos y bayetas, en un extremo de la iglesia y a aquella beatona contrahecha en el altar, manoseando la sagrada custodia...

Siguió fregando los bancos. Al mirar nuevamente hacia el altar y ver los rápidos movimientos de la señorita Brown, se puso a meditar sobre los deberes de las mujeres para con Dios. Su hermana, desde luego, había honrado a su raza y a su familia al conseguir que Joey recibiese las sagradas órdenes. Recordó también su propia esterilidad, y pensó con fastidio en los siete hijos de la señora Castelano. ¡La muy cerda!

—Señora Castelano —dijo, y sacó a relucir su tema favorito—, ¿le he hablado alguna vez de mi sobrino el sacerdote, el hijo de mi hermana? Yo siempre he dicho que un cura en la familia puede

ayudarme a pasar por el purgatorio sin que apenas me chamusque.

—Sí —contestó la señora Castelano doblando la bayeta—, y muchas veces. Esos curas irlandeses a mí no gustan. Jóvenes o viejos, no valen. Mire San Timoteo. ¿Qué tienen? No tienen un cura irlandés. Sólo al padre Hoffman..., un apellido alemán. A mí gustan los curas italianos. Como el Papa.

La señora Halloran retorció su bayeta con furia.

—¡Igual me viene ahora con que Nuestro Señor Jesucristo era un sucio italiano! ¡Y también San Pedro y San Pablo! El bendito pescador tuvo un día funesto cuando se le ocurrió establecer el sagrado madero en la pagana Roma. De ese país nunca ha salido nada bueno, porque allí nada hay que sea bueno. Y es una maldición para la Iglesia católica que el Papa sea un sucio italiano, que no sabe hablar inglés.

La señora Castelano miró a su antagonista con ojos que despedían fuego. De ordinario pacífica y amable, la rabia se iba acumulando en su interior como las nubes antes de la tormenta. Pero la señora Halloran siguió farfullando:

—¿Para qué sirven sus curas gordinflones si no es para roncar en el confesionario y para estornudar en la pila de agua bendita? Ellos son los que destrozan el corazón de su eminencia el obispo y obligan a rezar a todas las parroquias irlandesas para que Dios les ilumine y ponga orden en sus taimados corazones. —Su chillona voz se elevaba por entre los tubos del órgano—. ¡Sucios italianos! ¡Pistoleros y zorras! ¡Vendedores de ginebra hecha con agua de cloaca!

La señora Castelano, temblando de rabia, dejó caer la bayeta en el cubo de agua sucia; la sacó chorreando y cruzó con ella la boca de la señora Halloran. Luego se puso a gritar y a descargar un golpe tras otro.

La irlandesa, escupiendo agua sucia e insultos, consiguió al fin zafarse de aquel brazo que parecía un martillo pilón. Cogió su cubo de agua sucia y lo arrojó contra la señora Castelano, quien soltó un aullido al recibir el roción; antes de que pudiese recobrarse, la señora Halloran le lanzó la bayeta a los ojos.

Medio cegada, la italiana se volvió hacia el lugar donde distinguía borrosamente a su enemiga y comenzó a golpearla con el

puño y la bayeta. La señora Halloran trató de esquivar el ataque, y por su parte pegó y arañó todo lo que pudo. El alboroto resonó por toda la iglesia.

La señorita Brown estaba trabajando tranquilamente cuando se produjo el pandemónium en el templo del Señor. Al oír el escándalo, quedó petrificada de terror y comenzó a hacer inútiles gestos con las manos. La iglesia estaba vacía de feligreses, y rogó a Dios que no entrase ninguno antes de que aquellas dos locas se apaciguasen.

Un bramido de la señora Halloran la sacó de su estatismo. Abrió la puerta del altar y acudió a la carrera a separar a las dos mujeres, gritando:

—¡Padre Hoffman! ¡Señor Nolan! ¡Se van a matar!... ¡Ay, Dios mío!

Un golpe de la señora Castelano alcanzó de lleno a la solterona y la envió rodando contra un banco.

El padre Hoffman y Nolan, ocupados en la sacristía, quedaron pasmados al oír el apagado griterío.

—¡Padre Hoffman! ¡Padre Hoffman! Hay un escándalo en la iglesia, padre. ¡Dese prisa, por el amor de Dios!

Al tratar nuevamente de separar a las dos furias, la diminuta señorita Brown perdió el sombrero y un mechón de pelo. Cuando recibió un manotazo en el ojo, se apartó de aquellos puños que giraban como aspas de molino, se dejó caer en un banco y rompió a llorar histéricamente.

Las mujeres seguían golpeándose y pateándose, al tiempo que se gritaban insultos y jadeaban para tratar de recobrar el aliento. La mejilla derecha de la señora Halloran estaba surcada por cuatro profundos arañazos; el vestido de la señora Castelano se había rasgado, dejando al descubierto un hombro en el que se veía la magulladura producida por el golpe del cubo.

Se separaron momentáneamente, pero pronto volvieron a la carga lanzando estentóreos gritos. En aquel momento el párroco salió corriendo de la sacristía seguido de cerca por Nolan. Los hombres separaron a las combatientes y se apresuraron a llevar a las tres mujeres a la sacristía; sólo después de cerrar la puerta, se permitieron un momento de respiro.

—En nombre del Señor, ¿qué escándalo es este? —Los ojos del sacerdote echaban chispas—. ¿Acaso quieren matarse, y en la casa de Dios? Usted, señora Halloran, apestando a ginebra, y usted, señora Castelano, medio desnuda.

La mujerona italiana, jadeando y al borde de las lágrimas, comenzó a arreglarse torpemente el vestido.

—¿Qué puede decir un cristiano ante semejante escándalo? —prosiguió el cura, lleno de santa ira—. ¡El mismísimo diablo actuando ante las narices de San Timoteo! Señora Castelano, hoy le hemos dado trabajo, y nada más llegar empieza a golpear y arañar a esta mujer y a restregarle la sangre por la cara con una bayeta sucia. —El excitado acento del clérigo alemán denotaba que su madre era originaria del sur de Irlanda—. ¡Santa Madre de Dios, miren cómo han puesto a la pobre señorita Brown! Señorita Brown, ¿quién ha iniciado este diabólico escándalo en el que ha quedado usted tan maltrecha como un gato callejero? Pero espere... espere. Esto no es cosa mía. Nolan, haga usted el favor de ir a buscar un guardia.

Al oír esto, las tres mujeres empezaron a protestar. La señorita Brown dijo con voz temblorosa que ya había habido bastante escándalo. La señora Castelano gimió que su marido ya estaba en la cárcel. ¿Qué sería de sus hijos si la encerraban a ella también? La señora Halloran preguntó qué iba a ser de la religión si un sacerdote católico entregaba a sus feligreses a la policía. El padre Hoffman indicó a Nolan que saliese y cerró la puerta tras él. Luego pidió a la señorita Brown que le explicase con calma cómo había empezado todo.

Palpándose las magulladuras, medio aturdida aún, la señorita Brown dijo:

—Estas «señoras» empezaron una discusión que pronto se convirtió en una batalla campal. Las dos son basura, padre, pero la flaca era la que soltaba los peores insultos. No sé de quién partió el primer golpe, pero juro ante Dios que esta mujer es la vergüenza de la parroquia.

El padre Hoffman suspiró con resignación.

—Continúe —dijo.

—Bueno —farfulló la señorita Brown un poco más calmada—,

es verdad que la señora italiana me ha hinchado un ojo, pero esa otra sería capaz de acabar con la paciencia de un santo. Sí, tiene la cara arañada, pero fue ella la que golpeó a la grandota con el cubo en... bueno, en el pecho. Y a juzgar por su figura, debe de ser madre.

La señora Castelano se apresuró a explicar que, con la ayuda de Dios, había sido madre siete veces.

—¡Cállese! —exclamó el padre Hoffman.

A continuación dijo a la señorita Brown que se fuera a casa a curarse las heridas. La hizo jurar que guardaría el secreto, le prometió que daría a cada mujer su merecido y, con un amistoso cachetito en la mejilla que actuó como un bálsamo sobre el abatido ánimo de la solterona, la acompañó hasta la puerta. Luego, con gesto grave y adusto, se encaró con las culpables:

—Señora Castelano, creo que, a pesar de su comportamiento, es usted más inocente que culpable. Bien sabe Dios que la casa del Señor no es lugar para una bronca; sin embargo, conociendo a las dos tan bien como las conozco, por esta vez no tomaré ninguna medida. Pero piense en el pobre Bandy pudriéndose en la cárcel y en el hambre que pasan sus hijos antes de volver a emprenderla a golpes con una persona. No sólo la dejaré marchar en paz, sino que podrá conservar el empleo, pero ni media palabra a nadie; confío en su honor de católica. Ahora vaya a decirle al señor Nolan de mi parte que se queda usted. Y le aconsejo que esta noche venga a confesarse conmigo.

La señora Castelano salió llorosa de la sacristía, y el sacerdote se enfrentó con la señora Halloran. Dirigiéndole una mirada calculadora, dijo:

—Si no les conociese tan bien a usted y a su marido, la enviaría ahora mismo a la cárcel. Es usted la oveja negra de la parroquia, señora Halloran. No hace más que causar problemas, acumulando leña para el fuego del infierno. ¡Y con un cura en la familia!

La mujer se echó a llorar con un temor entre sentimental y religioso.

—Dios Todopoderoso perdona el pecado, pero es riguroso con los que lo convierten en hábito. Y a usted le gusta demasiado la ginebra.

—Sí, padre.

—Una mujer de su edad no debe dejar de pensar ni por un momento en la vida eterna. Los placeres de esta vida se esfuman como la nieve en primavera, y al otro lado de la tumba nos aguarda el juicio final. Piense detenidamente en ello cuando sienta deseos de beber. La bebida, señora Halloran, es uno de los mayores enemigos de la Iglesia, y el arma predilecta del demonio. —Observó atentamente su reacción—. ¿Está usted dispuesta, pobre mujer, a arder en el infierno? Y no por lo que le queda de vida, sino por toda la eternidad, un tiempo tan largo que ni siquiera puede imaginarse.

—¡No, padre! ¡Le juro por Jesucristo que no!

—Jurar en Su santo nombre no la acercará a la gloria... pero la confesión sí. Señora Halloran, me gustaría oír su confesión ahora mismo.

Se dirigió a un armario, descolgó la estola, se sentó en una silla e indicó a la señora Halloran que se arrodillase. La mujer le obedeció, con el terror royéndole las entrañas, y se persignó.

—Acúsome, padre...

El confesor la escuchó y le impuso una ligera penitencia. La natural bondad del padre Hoffman le movió a juzgarla con benevolencia.

—Señora Halloran, nuestro Salvador ama a los penitentes. Su alma es ahora tan pura como los lirios del valle, pero manténgala así. Por el bien de su alma y por el bien de su empleo en la iglesia, ¿me promete dejar de beber? Pienso en el padre Joseph O'Connaught, y en lo que sufriría si supiese que su tía es una borracha. Es por su causa por lo que le permito conservar el empleo, aunque bien saben los santos lo mucho que me ha disgustado...

La señora Halloran le dio fervorosamente las gracias. Se recogió el pelo bajo el pañuelo y volvió a la iglesia. La señora Castelano ya estaba trabajando; su ancha espalda parecía tensa y amenazadora. La señora Halloran fue en busca de sus cubos, los llenó y se puso a fregar, al tiempo que empezaba a recitar mentalmente las oraciones de su penitencia.

Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto...

«Dijo que lo hacía porque Joey es sacerdote. ¿No es estupendo? No quiso despedirme a causa de mi sobrino...»

...de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios...

«Yo siempre he dicho que un cura en la familia es una bendición de Dios... Y Joey hace todos los meses una novena por mi intención...»

...ruega por nosotros pecadores...

«La oración es una bendición. Las oraciones de Joey me ayudarán a pasar por el purgatorio, eso es seguro... y también me han salvado el pellejo aquí en la tierra...»

...ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

¡DILES QUE NO ME MATEN!

JUAN RULFO/MEXICO

DILES QUE no me maten, Justino! Anda, vete a decirles eso. Que por caridad. Así diles. Diles que lo hagan por caridad.

—No puedo. Hay allí un sargento que no quiere oír hablar nada de ti.

—Haz que te oiga. Date tus mañas y dile que para sustos ya ha estado bueno. Dile que lo haga por caridad de Dios.

—No se trata de sustos. Parece que te van a matar de a de veras. Y yo ya no quiero volver allá.

—Anda otra vez. Solamente otra vez, a ver qué consigues.

—No. No tengo ganas de ir. Según eso, yo soy tu hijo. Y, si voy mucho con ellos, acabarán por saber quién soy y les dará por afusilarme a mí también. Es mejor dejar las cosas de este tamaño.

—Anda, Justino. Diles que tengan tantita lástima de mí. Nomás eso diles.

Justino apretó los dientes y movió la cabeza diciendo:

—No.

Y siguió sacudiendo la cabeza durante mucho rato.

—Dile al sargento que te deje ver al coronel. Y cuéntale lo viejo que estoy. Lo poco que valgo. ¿Qué ganancia sacará con matarme? Ninguna ganancia. Al fin y al cabo él debe de tener un alma. Dile que lo haga por la bendita salvación de su alma.

Justino se levantó de la pila de piedras en que estaba sentado y caminó hasta la puerta del corral. Luego se dio vuelta para decir:

—Voy, pues. Pero si de perdida me afusilan a mí también, ¿quién cuidará de mi mujer y de los hijos?

—La Providencia, Justino. Ella se encargará de ellos. Ocúpate de ir allá y ver qué cosas haces por mí. Eso es lo que urge.

Lo HABÍAN traído de madrugada. Y ahora era ya entrada la mañana y él seguía todavía allí, amarrado a un horcón, esperando. No se podía estar quieto. Había hecho el intento de dormir un rato para apaciguarse, pero el sueño se le había ido. También se le había ido el hambre. No tenía ganas de nada. Sólo de vivir. Ahora que sabía bien a bien que lo iban a matar, le habían entrado unas ganas tan grandes de vivir como sólo las puede sentir un recién resucitado.

Quién le iba a decir que volvería aquel asunto tan viejo, tan rancio, tan enterrado como creía que estaba. Aquel asunto de cuando tuvo que matar a don Lupe. No nada más por nomás, como quisieron hacerle ver los de Alima, sino porque tuvo sus razones. El se acordaba:

Don Lupe Terreros, el dueño de la Puerta de Piedra, por más señas su compadre. Al que él, Juvencio Nava, tuvo que matar por eso; por ser el dueño de la Puerta de Piedra y que, siendo también su compadre, le negó el pasto para sus animales.

Primero se aguantó por puro compromiso. Pero después, cuando la sequía, en que vio cómo se le morían uno tras otro sus animales hostigados por el hambre y que su compadre don Lupe seguía negándole la yerba de sus potreros, entonces fue cuando se puso a romper la cerca y a arrear la bola de animales flacos hasta las paraneras para que se hartaran de comer. Y eso no le había gustado a don Lupe, que mandó tapar otra vez la cerca, para que él, Juvencio Nava, le volviera a abrir otra vez el agujero. Así, de día se tapaba el agujero y de noche se volvía a abrir, mientras el ganado estaba allí, siempre pegado a la cerca, siempre esperando; aquel ganado suyo que antes nomás se vivía oliendo el pasto sin poder probarlo.

Y él y don Lupe alegaban y volvían a alegar sin llegar a ponerse de acuerdo.

Hasta que una vez don Lupe le dijo:

—Mira, Juvencio, otro animal más que metas al potrero y te lo mato.

Y él le contestó:

—Mire, don Lupe, yo no tengo la culpa de que los animales busquen su acomodo. Ellos son inocentes. Ahí se lo haiga si me los mata.

«Y ME mató un novillo.

»Esto pasó hace treinta y cinco años, por marzo, porque ya en abril andaba yo en el monte, corriendo del exhorto. No me valieron ni las diez vacas que le di al juez, ni el embargo de mi casa para pagarle la salida de la cárcel. Todavía después se pagaron con lo que quedaba nomás por no perseguirme, aunque de todos modos me perseguían. Por eso me vine a vivir junto con mi hijo a este otro terrenito que yo tenía y que se nombra Palo de Venado. Y mi hijo creció y se casó con la nuera Ignacia y tuvo ya ocho hijos. Así que la cosa ya va para viejo, y según eso debería estar olvidada. Pero, según eso, no lo está.

»Yo entonces calculé que con unos cien pesos quedaba arreglado todo. El difunto don Lupe era solo, solamente con su mujer y los dos muchachitos todavía de a gatas. Y la viuda pronto murió también dizque de pena. Y a los muchachitos se los llevaron lejos, donde unos parientes. Así que, por parte de ellos, no había que tener miedo.

»Pero los demás se atuvieron a que yo andaba exhortado y enjuiciado para asustarme y seguir robándome. Cada que llegaba alguien al pueblo me avisaban:

»—Por ahí andan unos fuereños, Juvencio.

»Y yo echaba pal monte, entreverándome entre los madroños y pasándome los días comiendo sólo verdolagas. A veces tenía que salir a la medianoche, como si me fueran correteando los perros. Eso duró toda la vida. No fue un año ni dos. Fue toda la vida.»

Y ahora habían ido por él, cuando no esperaba ya a nadie, confiado en el olvido en que lo tenía la gente; creyendo que al menos sus últimos días los pasaría tranquilo. «Al menos esto —pensó— conseguiré con estar viejo. Me dejarán en paz.»

Se había dado a esta esperanza por entero. Por eso era que le costaba trabajo imaginar morir así, de repente, a estas alturas de su vida, después de tanto pelear para librarse de la muerte; de haberse pasado su mejor tiempo tirando de un lado para otro arrastrado

por los sobresaltos y cuando su cuerpo había acabado por ser un puro pellejo correoso curtido por los malos días en que tuvo que andar escondiéndose de todos.

Por si acaso, ¿no había dejado hasta que se le fuera su mujer? Aquel día en que amaneció con la nueva de que su mujer se le había ido, ni siquiera le pasó por la cabeza la intención de salir a buscarla. Dejó que se fuera sin indagar para nada ni con quién ni para dónde, con tal de no bajar al pueblo. Dejó que se fuera como se le había ido todo lo demás, sin meter las manos. Ya lo único que le quedaba para cuidar era la vida, y esta la conservaría a como diera lugar. No podía dejar que lo mataran. No podía. Mucho menos ahora.

Pero para eso lo habían traído de allá, de Palo de Venado. No necesitaron amarrarlo para que los siguiera. El anduvo solo, únicamente maniatado por el miedo. Ellos se dieron cuenta de que no podía correr con aquel cuerpo viejo, con aquellas piernas flacas como sicuas secas, acalambradas por el miedo de morir. Porque a eso iba. A morir. Se lo dijeron.

Desde entonces lo supo. Comenzó a sentir esa comezón en el estómago, que le llegaba de pronto siempre que veía de cerca la muerte y que le sacaba el ansia por los ojos, y que le hinchaba la boca con aquellos buches de agua agria que tenía que tragarse sin querer. Y esa cosa que le hacía los pies pesados mientras su cabeza se le ablandaba y el corazón le pegaba con todas sus fuerzas en las costillas. No, no podía acostumbrarse a la idea de que lo mataran.

Tenía que haber alguna esperanza. En algún lugar podría aún quedar alguna esperanza. Tal vez ellos se hubieran equivocado. Quizá buscaban a otro Juvencio Nava y no al Juvencio Nava que era él.

Caminó entre aquellos hombres en silencio, con los brazos caídos. La madrugada era oscura, sin estrellas. El viento soplaba despacio, se llevaba la tierra seca y traía más, llena de ese olor como de orines que tiene el polvo de los caminos.

Sus ojos, que se habían apeñuscado con los años, venían viendo la tierra, aquí, debajo de sus pies, a pesar de la oscuridad. Allí en la tierra estaba toda su vida. Sesenta años de vivir sobre de ella, de encerrarla entre sus manos, de haberla probado como se prueba

el sabor de la carne. Se vino largo rato desmenuzándola con los ojos, saboreando cada pedazo como si fuera el último, sabiendo casi que sería el último.

Luego, como queriendo decir algo, miraba a los hombres que iban junto a él. Iba a decirles que lo soltaran, que lo dejaran que se fuera: «Yo no le he hecho daño a nadie, muchachos», iba a decirles, pero se quedaba callado. «Más adelantito se los diré», pensaba. Y sólo los veía. Podía hasta imaginar que eran sus amigos; pero no quería hacerlo. No lo eran. No sabía quiénes eran. Los veía a su lado ladeándose y agachándose de vez en cuando para ver por dónde seguía el camino.

Los había visto por primera vez al pardear de la tarde, en esa hora desteñida en que todo parece chamuscado. Habían atravesado los surcos pisando la milpa tierna. Y él había bajado a eso: a decirles que allí estaba comenzando a crecer la milpa. Pero ellos no se detuvieron.

Los había visto con tiempo. Siempre tuvo la suerte de ver con tiempo todo. Pudo haberse escondido, caminar unas cuantas horas por el cerro mientras ellos se iban y después volver a bajar. Al fin y al cabo la milpa no se lograría de ningún modo. Ya era tiempo de que hubieran venido las aguas y las aguas no aparecían y la milpa comenzaba a marchitarse. No tardaría en estar seca del todo.

Así que ni valía la pena de haber bajado; haberse metido entre aquellos hombres como en un agujero, para ya no volver a salir.

Y ahora seguía junto a ellos, aguantándose las ganas de decirles que lo soltaran. No les veía la cara; sólo veía los bultos que se repegaban o se separaban de él. De manera que cuando se puso a hablar, no supo si lo habían oído. Dijo:

—Yo nunca le he hecho daño a nadie —eso dijo. Pero nada cambió. Ninguno de los bultos pareció darse cuenta. Las caras no se volvieron a verlo. Siguieron igual, como si hubieran venido dormidos.

Entonces pensó que no tenía nada más que decir, que tendría que buscar la esperanza en algún otro lado. Dejó caer otra vez los brazos y entró en las primeras casas del pueblo en medio de aquellos cuatro hombres oscurecidos por el color negro de la noche.

—Mi CORONEL, aquí está el hombre.

Se habían detenido delante del boquete de la puerta. El, con el sombrero en la mano, por respeto, esperando ver salir a alguien. Pero sólo salió la voz:

—¿Cuál hombre? —preguntaron.

—El de Palo de Venado, mi coronel. El que usted nos mandó a traer.

—Pregúntale que si ha vivido alguna vez en Alima —volvió a decir la voz de allá adentro.

—¡Ey, tú! Que si has habitado en Alima —repitió la pregunta el sargento que estaba frente a él.

—Sí. Dile al coronel que de allá mismo soy. Y que allí he vivido hasta hace poco.

—Pregúntale que si conoció a Guadalupe Terreros.

—Que dizque si conociste a Guadalupe Terreros.

—¿A don Lupe? Sí. Dile que sí lo conocí. Ya murió.

Entonces la voz de allá adentro cambió de tono:

—Ya sé que murió —dijo. Y siguió hablando como si platicara con alguien allá, al otro lado de la pared de carrizos.

—Guadalupe Terreros era mi padre. Cuando crecí y lo busqué me dijeron que estaba muerto. Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta. Con nosotros, eso pasó.

»Luego supe que lo habían matado a machetazos, clavándole después una pica de buey en el estómago. Me contaron que duró más de dos días perdido y que, cuando lo encontraron, tirado en un arroyo, todavía estaba agonizando y pidiendo el encargo de que le cuidaran a su familia.

»Esto, con el tiempo, parece olvidarse. Uno trata de olvidarlo. Lo que no se olvida es llegar a saber que el que hizo aquello está aún vivo, alimentando su alma podrida con la ilusión de la vida eterna. No podría perdonar a ese, aunque no lo conozco; pero el hecho de que se haya puesto en el lugar donde yo sé que está, me da ánimos para acabar con él. No puedo perdonarle que siga viviendo. No debía haber nacido nunca.

Desde acá, desde afuera, se oyó bien claro cuanto dijo. Después ordenó:

—¡Llévenselo y amárrenlo un rato, para que padezca, y luego fusílenlo!

—¡Mírame, coronel! —pidió él—. Ya no valgo nada. No tardaré en morirme solito, derrengado de viejo. ¡No me mates...!

—¡Llévenselo! —volvió a decir la voz de adentro.

—... Ya he pagado, coronel. He pagado muchas veces. Todo me lo quitaron. Me castigaron de muchos modos. Me he pasado cosa de cuarenta años escondido como un apestado, siempre con el pálpito de que en cualquier rato me matarían. No merezco morir así, coronel. Déjame que, al menos, el Señor me perdone. ¡No me mates! ¡Diles que no me maten!

Estaba allí, como si lo hubieran golpeado, sacudiendo su sombrero contra la tierra. Gritando.

En seguida la voz de allá adentro dijo:

—Amárrenlo y denle algo de beber hasta que se emborrache para que no le duelan los tiros.

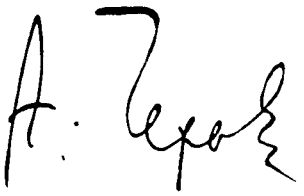
AHORA, por fin, se había apaciguado. Estaba allí arrinconado al pie del horcón. Había venido su hijo Justino y su hijo Justino se había ido y había vuelto y ahora otra vez venía.

Lo echó encima del burro. Lo apretaló bien apretado al aparejo para que no se fuese a caer por el camino. Le metió su cabeza dentro de un costal para que no diera mala impresión. Y luego le hizo pelos al burro y se fueron, arrebiatados, de prisa, para llegar a Palo de Venado todavía con tiempo para arreglar el velorio del difunto.

—Tu nuera y los nietos te extrañarán —iba diciéndole—. Te mirarán a la cara y creerán que no eres tú. Se les afigurará que te ha comido el coyote, cuando te vean con esa cara tan llena de boquetes por tanto tiro de gracia como te dieron.

LA APUESTA

ANTON CHEJOV/RUSIA



ERA UNA oscura noche de otoño. El viejo banquero paseaba de una esquina a otra de su despacho, evocando la fiesta que diera, también en otoño, quince años atrás. Asistieron muchas personas inteligentes, y la conversación fue de lo más interesante. Uno de los temas tratados fue la pena de muerte. Los invitados, entre los que había un buen número de periodistas y eruditos, se mostraron en su mayoría contrarios a esta pena. La consideraban anticuada como castigo, inmoral e impropia de un país cristiano. Algunos opinaban que la pena de muerte debía sustituirse a escala universal por la de cadena perpetua.

—No estoy de acuerdo con ustedes —manifestó el anfitrión—. No he conocido ni la cadena perpetua ni la pena de muerte, pero si se me permite opinar a priori, la pena de muerte es, a mi modo de ver, más moral y humana que la cadena perpetua. La ejecución mata al instante, mientras que la cadena perpetua lo hace poco a poco. ¿Qué verdugo es más piadoso, el que mata en unos segundos o el que va quitando la vida poco a poco durante años y años?

—Ambos son igualmente inmorales —observó uno de los invitados—, porque los dos se proponen el mismo fin: privar de la vida. El estado no es Dios. No tiene derecho a quitar lo que no podría devolver si desease hacerlo.

Entre los invitados se encontraba un joven abogado de unos veinticinco años. Cuando le pidieron su opinión, explicó:

—Tan inmoral es la pena de muerte como la de cadena perpetua;

pero si a mí me dieran a elegir entre una u otra, optaría sin vacilar por la segunda. Siempre es preferible vivir, sea como fuere, a no vivir en absoluto.

A continuación se entabló una animada polémica. El banquero, que por entonces era más joven e impetuoso, perdió la calma, dio un puñetazo en la mesa y, encarándose con el joven abogado, gritó:

—¡Eso es falso! Le apuesto dos millones a que no resistiría ni cinco años en la cárcel.

—Si habla usted en serio —contestó el abogado—, le apuesto a que soy capaz de permanecer encerrado no ya cinco años, sino quince.

—¿Quince? ¡Hecho! —exclamó el banquero—. Señores, pongo dos millones.

—De acuerdo. Usted pone dos millones y yo mi libertad —dijo el abogado.

De esta forma se llevó a cabo la estúpida y disparatada apuesta. El banquero, que a la sazón no hubiera podido contar sus millones, era un ser mimado y caprichoso al que una apuesta de esta índole ponía fuera de sí de placer. Durante la cena, bromeando con el abogado, le dijo:

—Reflexione usted, joven, antes de que sea demasiado tarde. Dos millones no significan nada para mí, mientras que usted se expone a perder tres o cuatro de los mejores años de su vida. Y digo tres o cuatro porque no resistirá usted más tiempo. No olvide tampoco, desdichado, que la prisión voluntaria es mucho más dura de soportar que la forzosa. La idea de que en todo momento tendría derecho a recobrar la libertad envenenará por completo su vida en la celda. ¡Me da usted lástima!

Ahora, mientras el banquero paseaba de una esquina a otra, recordó todo aquello y se preguntó:

«¿Por qué haría yo esta apuesta? ¿De qué ha servido? El abogado ha perdido quince años de su vida y yo he tirado por la ventana dos millones. ¿Demostrará esto que la pena de muerte es peor o mejor que la cadena perpetua? ¡No, seguro que no! Todo ha sido una gran necedad. Por mi parte, fue un capricho de hombre acaudalado; por la del abogado, simple sed de oro.»

Y continuó recordando lo sucedido tras aquella fiesta. Se decidió

que el abogado sufriera el encarcelamiento bajo la más estrecha vigilancia, en un pabellón construido en el jardín del banquero. Acordóse también que durante los quince años perdería todo derecho a atravesar el umbral de la puerta, a ver persona alguna, a oír voces humanas y a recibir cartas o periódicos. Se le permitió tener un instrumento musical, leer libros, escribir cartas, beber vino y fumar. Según el convenio, podía comunicarse con el mundo exterior, aunque en silencio, a través de un ventanillo construido expresamente para este fin. Todo lo que necesitase —libros, partituras, vino— podría recibirlo enviando una nota a través de la ventana. El acuerdo preveía todos aquellos detalles y minucias que hacen severa la reclusión, y obligaba al abogado a permanecer encerrado durante quince años, exactamente desde las doce del 14 de noviembre de 1870 hasta la medianoche del 14 de noviembre de 1885. El menor intento por parte del abogado de romper las condiciones estipuladas, de salir aunque sólo fuera dos minutos antes de la hora, liberaba al banquero de la obligación de pagarle los dos millones.

Durante el primer año, el abogado, por lo que se desprendía de sus breves misivas, sufría mucho de soledad y aburrimiento. Día y noche llegaban del pabellón las notas del piano. Rehusó el vino y el tabaco. «El vino», escribió, «excita el deseo, y el deseo es el primer enemigo del prisionero. Además, no hay nada más aburrido que beber a solas un buen vino, y el tabaco vicia el aire en la habitación.» Durante el primer año el abogado recibió libros de género ligero: novelas policiacas, de aventuras, de complicada intriga amorosa, comedias...

El segundo año se dejó de oír el piano y el abogado pidió únicamente clásicos. El quinto año volvió a oírse música y el prisionero pidió vino. Aquellos que le vieron durante aquel año afirmaron que no había hecho más que comer, beber y permanecer tumbado en la cama. Bostezaba con frecuencia y hablaba consigo mismo con voz irritada. No leyó libro alguno, pero a veces, por la noche, se sentaba a escribir durante largo tiempo, y a la mañana siguiente rasgaba todo lo escrito. En más de una ocasión le oyeron llorar.

Hacia la segunda mitad del sexto año el prisionero comenzó a estudiar con aplicación idiomas, filosofía e historia. Era tal su afán que el banquero apenas tenía tiempo de comprarle los libros.

En el transcurso de cuatro años tuvo que conseguirle unos seiscientos volúmenes. Fue en este período de efervescencia cuando el banquero recibió la siguiente carta:

«Mi querido carcelero: Le escribo estas líneas en seis idiomas. Haga que las lean personas entendidas. Si no encuentran error alguno, le ruego haga disparar un arma en el jardín. Por el estampido sabré que mis esfuerzos no han sido vanos. Los genios de todas las épocas y países se expresan en distintos idiomas, pero en todos ellos arde la misma llama. ¡Oh, si supiera la celestial felicidad que me embarga ahora que los entiendo!»

El deseo del prisionero se cumplió, y el banquero ordenó que se hicieran dos disparos en el jardín.

Más tarde, transcurrido el décimo año, el abogado se sentó ante la mesa y se dedicó exclusivamente a la lectura del Nuevo Testamento. Al banquero le extrañó que un hombre que en cuatro años había llegado a dominar seiscientos volúmenes eruditos empleara cerca de uno entero en la lectura de un libro fácil de comprender y no muy grueso. Al Nuevo Testamento le siguieron una historia de las religiones y un tratado de teología.

Durante los dos últimos años el prisionero leyó mucho pero sin método. Tan pronto se consagraba a las ciencias naturales como a Byron o a Shakespeare. Solía enviar misivas pidiendo un libro de química, otro de medicina, una novela y algún tratado sobre filosofía o teología al mismo tiempo. Era como un náufrago que, nadando en alta mar entre los restos de un navío, se aferra a un madero tras otro en su deseo de salvar la vida.

El viejo banquero, al recordar todo aquello, pensó: «Mañana a las doce obtendrá la libertad, y de acuerdo con lo estipulado tendré que pagarle los dos millones. Si le pago habré perdido todo. Me arruinaré para siempre...»

Quince años atrás le hubiera resultado imposible contar sus millones, pero ahora le daba miedo preguntarse qué tenía en mayor cantidad: fortuna o deudas. El juego en la Bolsa, las especulaciones arriesgadas y su carácter temerario, que ni siquiera el paso de los años logró atemperar, habían desmoronado sus negocios, y el intrépido, confiado y orgulloso financiero se había convertido en un

mediocre banquero que temblaba ante la menor oscilación en el mercado.

«¡Maldita apuesta!», murmuró el anciano llevándose con desesperación las manos a la cabeza. «¿Por qué no habrá muerto ese hombre? Sólo tiene cuarenta años. Se llevará todo lo que me queda, se casará, gozará de la vida, jugará en la Bolsa, y entretanto yo tendré que contemplarle como un mendigo envidioso, y tendré que oír de sus labios la misma frase todos los días: 'Le debo la felicidad de mi vida. ¡Déjeme que le ayude!' ¡No, eso sería demasiado! Lo único que podría librarme de la bancarrota y del oprobio sería la muerte de ese hombre.»

Dieron las tres. El banquero escuchó. Todo el mundo dormía en la casa. Tan sólo se percibía el gemido de los árboles helados al otro lado de los ventanales. Procurando no hacer ruido, sacó de la caja fuerte la llave de la puerta que no se había abierto en quince años, se puso el abrigo y salió de la casa. El jardín estaba oscuro y hacía frío. Estaba lloviendo. El viento, húmedo y penetrante, bramaba por todo el jardín y no daba descanso a los árboles.

Por más que esforzaba la vista, el banquero no distinguía el suelo, ni las blancas estatuas, ni el pabellón, ni los árboles. Acercándose al pabellón, llamó dos veces al guardián. Nadie respondió. Sin duda el guardián se había resguardado del mal tiempo; estaría durmiendo en algún rincón de la cocina o del invernadero.

«Si tuviese valor para realizar mi propósito», pensó el anciano, «las sospechas recaerían en primer lugar sobre el guardián.»

En medio de la oscuridad, buscó a tientas los peldaños y la puerta y entró en el vestíbulo del pabellón; luego pasó al estrecho pasillo y encendió una cerilla. No había un alma; sólo se veía una cama sin sábanas ni mantas y la sombra oscura de una estufa en un rincón. Los sellos de la puerta que conducía hasta el prisionero estaban intactos.

Al apagarse la cerilla, el viejo, temblando de nerviosismo, se asomó a la pequeña ventana.

En la estancia ardía con tenue luz una vela. El prisionero estaba sentado ante la mesa y sólo se le veían la espalda, el cabello y los brazos. Había libros abiertos sobre las dos sillas, la mesa y la alfombra.

Pasaron cinco minutos y el prisionero no hizo el menor movi-

miento. Quince años de encierro le habían enseñado a sentarse completamente inmóvil. El banquero golpeó el cristal del ventanillo con el dedo, pero el prisionero no reaccionó. Entonces el banquero arrancó con sumo cuidado los sellos de la puerta y metió la llave en la cerradura. El herrumbroso cerrojo emitió un crujido ronco y la puerta chirrió. El banquero esperaba oír inmediatamente un grito de sorpresa y el ruido de pasos, pero pasaron tres minutos y al otro lado de la puerta seguía reinando el mismo silencio de antes. Decidió entrar.

Ante la mesa se sentaba un hombre distinto del resto de los mortales. Era un esqueleto recubierto de piel tirante. Tenía largos cabellos rizados, como una mujer, una barba desgreñada, la tez amarilla, de una tonalidad terrosa, las mejillas hundidas y la espalda larga y estrecha. La mano sobre la que descansaba su peluda cabeza era tan fina y delgada que daba miedo mirarla. Su cabello empezaba a encanecer, y al contemplar su viejo y demacrado rostro nadie habría creído que tan sólo contaba cuarenta años. Sobre la mesa, ante la cabeza inclinada, había un pliego de papel en el que aparecía escrito algo con letra menuda.

«¡Pobre diablo!», pensó el banquero. «Está dormido y probablemente soñando con millones. Bastará con levantar este cuerpo medio muerto, arrojarlo sobre la cama y taparle durante un momento la cara con la almohada, y ni la más concienzuda investigación podrá descubrir la menor huella de muerte violenta. Pero mejor será leer antes eso que ha escrito.»

El banquero cogió el pliego de la mesa y leyó:

«Mañana, a las doce de la noche, recobraré la libertad y el derecho a alternar con la gente. Pero antes de abandonar esta habitación y ver el sol, considero necesario decirle unas palabras. En pleno uso de mis facultades mentales y ante los ojos de Dios, declaro que desprecio la libertad, la vida, la salud y todo cuanto sus libros definen como bendiciones del mundo.

»Durante quince años he estudiado a fondo la vida terrena. Cierto es que no veía ni la tierra ni los hombres, pero a través de sus libros he bebido el vino aromático, he cantado canciones, he cazado ciervos y jabalíes en los bosques, he amado a mujeres... Y beldades etéreas, creadas por la magia de vuestros geniales poetas,

me visitaban por las noches, confiándome maravillosos cuentos que me embriagaban.

»En sus libros escalé las cumbres del Elbruz y el Mont Blanc, y desde allí veía salir el sol con el alba, y cubrirse en los atardeceres los cielos, océanos y sierras de oro grana. Desde esas alturas veía, muy por encima de mí, cómo los rayos hendían las nubes; veía verdes bosques, campos, ríos, lagos, ciudades. Oía el canto de las sirenas y la flauta del dios Pan; tocaba las alas de hermosos diablos que acudían volando a mi lado para hablar de Dios... Con sus libros me arrojé a precipicios sin fondo, hice milagros, arrasé ciudades hasta reducirlas a cenizas, prediqué nuevas religiones, conquisté países enteros...

»Sus libros me dieron sabiduría. Cuanto fue capaz de crear la infatigable mente humana a través de los siglos está concentrado en mi cerebro. Sé que soy más inteligente que todos vosotros.

»Y desprecio vuestros libros, desprecio todos los bienes y toda la sabiduría del mundo. Todo es vano, baladí, quimérico, engañoso como un espejismo. Aunque seáis altivos, sabios y hermosos, la muerte os barrerá de la faz de la tierra como ratones en su madriguera; y vuestra posteridad, vuestra historia, la inmortalidad de vuestros genios, todo arderá con el globo terrestre y se convertirá en lava petrificada.

»Estáis locos, habéis equivocado el camino. Tomáis la mentira por verdad, la fealdad por belleza. Quedaríais maravillados si de repente los naranjos y manzanos dieran lagartos y ranas en lugar de fruta, o si las rosas comenzasen a exhalar olor de sudor de caballo. De igual modo me maravillo yo de vosotros, que habéis cambiado el cielo por la tierra. No quiero comprenderos.

»Y a fin de demostrar palpablemente mi desprecio por todo aquello que motiva vuestra existencia, renuncio a los dos millones que en otro tiempo me parecieron el paraíso y que ahora desdeño. Para perder el derecho a esa cantidad saldré de aquí cinco minutos antes de la hora fijada, violando así el acuerdo.»

Una vez que el banquero hubo leído el pliego, lo dejó sobre la mesa, besó la cabeza de tan singular hombre, comenzó a llorar y abandonó el pabellón. Jamás, ni siquiera tras las peores pérdidas en la Bolsa, se había sentido tan despreciable como ahora. Al regresar

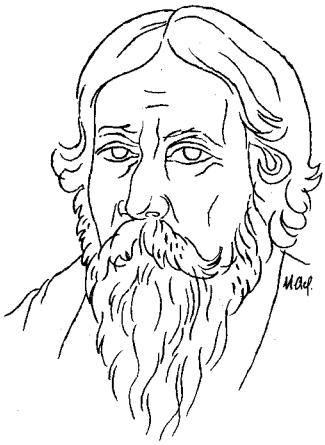
a casa se dejó caer en la cama, pero la excitación y las lágrimas le mantuvieron en vela durante mucho tiempo...

A la mañana siguiente el pobre guardián se presentó corriendo ante él y le contó que habían visto al hombre del pabellón saltar al jardín por la ventana y desaparecer. El banquero, seguido de sus criados, se dirigió inmediatamente al pabellón y comprobó la fuga del prisionero. A fin de evitar rumores innecesarios recogió de la mesa el pliego en el que se detallaba la renuncia, y de vuelta a su casa lo guardó en la caja fuerte.

MI SEÑOR EL BEBE

RABINDRANATH TAGORE/INDIA

Rabindranath Tagore



RAICHARAN TENÍA doce años cuando entró a servir de criado en la casa de su amo. Pertenecía a la misma casta que su señor y le fue encomendado el cuidado de su hijo menor. Con el paso del tiempo, el muchacho dejó los brazos de Raicharan para ir a la escuela. De la escuela pasó a un colegio universitario, y después ingresó en la carrera judicial. Durante todo este tiempo, hasta que se casó, su único criado fue Raicharan.

Pero cuando entró en la casa la señora, Raicharan se encontró con dos amos en lugar de uno. Todo su antiguo poder pasó a la nueva ama de casa. Esto se vio compensado por un acontecimiento. Anukul tuvo un hijo, y Raicharan, prodigándole cuidados y atenciones, pronto adquirió completo dominio sobre el pequeño. Solía alzarlo en sus brazos, dirigirse a él en una extraña jerga infantil, acercárselo a la cara y alejarlo de nuevo haciéndole muecas.

No tardó el niño en poder gatear y atravesar la puerta. Cuando Raicharan se acercaba para cogerle, gritaba con una risa traviesa y trataba de ponerse a salvo. Raicharan estaba asombrado de la gran destreza y discernimiento que mostraba el niño cuando se veía perseguido. Solía decirle a su señora con un aire de temor reverencial y misterioso:

—Su hijo algún día será juez.

Sucesivamente surgieron nuevos motivos de admiración. Los primeros pinitos del niño fueron para Raicharan un acontecimiento histórico. Cuando el pequeño empezó a llamar a su padre «Ba-ba»

y a su madre «Ma-ma» y a Raicharan «Chan-na», el embeleso de este no conoció límites. Le contaba a todo el mundo los progresos del pequeño.

Al cabo de algún tiempo se le pidió a Raicharan que demostrara su habilidad de otra manera. Por ejemplo, tenía que hacer de caballo, sujetando las bridas con los dientes mientras que con los pies hacía cabriolas. También tenía que pelear con el pequeño, y si al final no caía derrotado de espaldas por algún truco de luchador, se armaba un alboroto seguro.

En esa época aproximadamente trasladaron a Anukul a un distrito en las márgenes del río Padma. A su paso por Calcuta, le compró a su hijo una carretilla, un chaleco de satén amarillo, un gorro con adornos dorados y algunos brazaletes y ajorcas de oro. Encargaron a Raicharan que cuidase de las joyas y se las pusiera con gran ceremonial al pequeño siempre que salieran de paseo.

Llegó luego la estación de las lluvias y el agua caía a torrentes día tras día. El río hambriento, como una serpiente descomunal, inundó los bancales, las aldeas, los maizales, y sumergió con su crecida las altas hierbas y las casuarinas silvestres de las arenosas orillas. De cuando en cuando se oía un sordo estruendo al desplomarse algún trozo de las orillas del río. El incesante rugir de la violenta corriente se oía desde muy lejos. Las masas de espuma que transportaba el agua a gran velocidad demostraban la rapidez de la corriente.

Una tarde dejó de llover. Estaba nublado, pero hacía frío y el día estaba claro. El pequeño tirano de Raicharan no quería permanecer encerrado en casa en una tarde tan hermosa. Así pues, su excelencia se encaramó en la carretilla, y Raicharan, entre las varas, tiró de ella lentamente hasta que llegaron a los campos de arroz de las márgenes del río. No había nadie en los arrozales ni barcas a la vista. En la orilla opuesta, el manto de nubes se agrietaba hacia el oeste. El mudo ceremonial de la puesta de sol se mostraba en todo su radiante esplendor. En medio de aquella paz, el niño repentinamente señaló con su dedo frente a él al tiempo que gritó:

—¡Chan-na! ¡Mía qué fores!

Muy cerca, en un bajío de fango, se alzaba un gran kadamba en flor. ¡Dios mío! El niño miraba al árbol con ojos ávidos, y Raicharan sabía muy bien lo que esto significaba. Hacía poco tiempo

que con estas mismas flores le había hecho una carretilla de juguete, y el niño se había sentido tan feliz y contento tirando de ella con un cordel que durante todo el día Raicharan no tuvo que hacer de caballo y se vio ascendido de montura a palafrenero.

Pero aquella tarde, a Raicharan no le apetecía meterse hasta las rodillas en el fango para alcanzar las flores, e inmediatamente señaló en dirección opuesta al tiempo que decía:

—¡Mira, pequeño, mira! ¡Mira qué pájaro! —Y con una variada gama de ruidos extraños, empujó la carretilla rápidamente para alejarla del árbol.

Pero un niño predestinado a ser juez no se deja engañar fácilmente. Además, en ese momento no había nada que le llamase la atención, y no era posible mantener indefinidamente la presencia de un pájaro imaginario.

El pequeño sabía lo que quería y Raicharan, en cambio, no sabía qué hacer.

—Muy bien, pequeño. Yo iré por esas bonitas flores —dijo finalmente—. No te muevas de la carretilla. Ten mucho cuidado de no acercarte al agua.

Mientras decía esto, se remangó las ropas hasta la rodilla y vadeó el rezumante fango en dirección al árbol.

En el momento que Raicharan se alejó, su amito se apresuró a acercarse al agua prohibida. El niño contempló el curso veloz de la corriente que gorgoteaba y salpicaba. Parecía como si las desobedientes olitas blancas y espumosas se fueran alejando de un gigantesco Raicharan con las risas de miles de niños. Al contemplar la travesura de las ondas, la excitación y la impaciencia del pequeño crecían por momentos. Se bajó con presteza de la carretilla y se dirigió vacilante hacia el río. En el trayecto hasta la orilla cogió un palo con el que, inclinado sobre las aguas, pretendió pescar. Las hadas retozonas del río, con sus misteriosas voces, parecían invitarle a compartir sus juegos.

Raicharan había arrancado un manojo de flores y volvía con ellas en el pliegue de sus vestiduras, con el rostro radiante de alegría. Pero al llegar a la carretilla no encontró al pequeño. Miró en todas direcciones pero no pudo ver a nadie. Volvió su mirada a la carretilla, pero allí no había nadie.

En ese momento horrible se le heló la sangre. Todo el universo giró a su alrededor convertido en una niebla oscura. Desde lo hondo de su corazón desgarrado lanzó un grito desesperado: «¡Amo, amo, mi amito!»

Pero no recibió la respuesta esperada: «Chan-na». No le respondió traviesamente ninguna risa infantil; no le acogió ningún grito de alegría. Sólo se oía el sonido de la corriente del río gorgoteando y salpicando igual que antes, como si no supiera nada ni tuviese tiempo de atender a una minucia humana como era la muerte de un niño.

A medida que transcurría la tarde, el ama de Raicharan comenzó a inquietarse y mandó a diversos hombres en su busca. Llevaban linternas, y finalmente llegaron a las orillas del Padma. Allí se encontraron con Raicharan, que cual un vendaval corría enloquecido por los campos de un lado para otro, gritando:

—¡Amo, amo, mi amito!

Cuando por fin lograron llevarse a Raicharan a casa, se postró a los pies de su ama. Le interrogaron y le zarandearon; le preguntaron una y mil veces dónde había dejado al niño, pero él sólo contestaba que no sabía nada.

Aunque todo el mundo llegó a la conclusión de que el Padma se había tragado al pequeño, en el fondo tenían una duda, ya que aquella tarde se había visto en las afueras de la ciudad una banda de gitanos, y algunos sospechaban de ellos. La madre del niño, en medio de su terrible dolor, llegó a más, llegó a pensar que el mismo Raicharan lo hubiese raptado. Le llamó aparte y, con voz suplicante y lastimera, le dijo:

—Raicharan, por favor, devuélveme al niño. Devuélveme a mi pequeño. Toma todo el dinero que quieras, pero devuélveme al niño.

Raicharan se golpeó la frente por toda respuesta. Su ama le ordenó que abandonase la casa.

Anukul intentó convencerla de que su sospecha era completamente injustificada:

—¿Qué motivos tendría para hacerlo? —decía—. ¿Por qué habría de cometer semejante crimen?

La madre le contestaba:

—El niño llevaba adornos de oro, y ¡quién sabe!
Resultó imposible hacerla entrar en razón.

RAICHARAN volvió a su aldea natal. Hasta entonces no había tenido hijos, y no existían muchas esperanzas de que pudiera tenerlos. Pero sucedió que antes de que transcurriese un año su mujer le dio un hijo y murió en el parto.

Al principio, a la vista del bebé, un abrumador resentimiento nació en el corazón de Raicharan. En el fondo, estaba resentido porque creía que el recién nacido había venido a usurpar el puesto de su amito. También llegó a pensar que sería una grave ofensa ser feliz con un hijo suyo después de lo que había pasado con el hijito de su amo. Y de no ser por los cuidados de una hermana suya viuda, que se hizo cargo del niño, este no habría vivido mucho tiempo.

Pero poco a poco Raicharan fue cambiando de actitud. Sucedió algo maravilloso. El pequeño, llegado su momento, comenzó a gatear y a cruzar la puerta con un gesto travieso en la mirada. También demostraba una divertida habilidad para escapar y ponerse a salvo. Su voz, su tono al reírse o al llorar, sus gestos, todo, correspondían a los del pequeño amo. Algunos días, cuando Raicharan le oía llorar, el corazón comenzaba a golpearle con más celeridad en el pecho y le parecía que su antiguo amito estaba llorando en algún lugar del país desconocido de la muerte, porque había perdido a su Chan-na.

Phailna (este fue el nombre que su hermana impuso al pequeño) empezó a hablar muy pronto. Aprendió a decir «Ba-ba» y «Ma-ma» con su media lengua. Al escuchar estos sonidos, el misterio se aclaró súbitamente para Raicharan. El amito no pudo desprenderse del hechizo de su Chan-na y en consecuencia había vuelto a nacer en su propia casa.

Las razones que indicaban lo atinado de esta idea, sin que le cupiese ningún tipo de duda, eran:

1.º El nuevo bebé había nacido al poco tiempo de morir su amo.
2.º Su mujer no había atesorado méritos suficientes como para dar a luz un niño en el otoño de su vida.

3.º El nuevo bebé hacía pinitos y decía «Ba-ba» y «Ma-ma». Tenía todas las señales características de un futuro juez.

Y de pronto, Raicharan recordó la acusación de la madre. «¡Ah!», se dijo con estupefacción, «el corazón de la madre estaba en lo cierto. Sabía que yo le había robado a su hijo.» Una vez llegado a esta conclusión, se sintió lleno de remordimientos por sus negligencias pasadas.

A partir de ese momento, se entregó en cuerpo y alma al niño, convirtiéndose en su devoto sirviente y criándolo como si fuera el hijo de un hombre acaudalado. Compró una carretilla, un chaleco de satén amarillo y un gorro con adornos dorados. Fundió las joyas de su difunta esposa y mandó hacer brazaletes y ajorcas de oro. Se negó a permitir que el niño jugase con los de la vecindad y se convirtió día y noche en su único acompañante. El niño creció y se hizo muchacho. Estaba tan mimado y consentido y le vestían con tanta elegancia que los niños de la aldea le llamaban «Su Señoría» y se reían de él. Al mismo tiempo, los mayores consideraban absolutamente irresponsable la conducta de Raicharan hacia el muchacho.

Llegado el momento de ir el muchacho a la escuela, Raicharan vendió su trozo de tierra, y se fueron a Calcuta. Allí, con grandes dificultades, consiguió emplearse como criado y envió a Phailna a la escuela. No regateó el menor esfuerzo para proporcionarle la mejor educación, las mejores ropas, la mejor alimentación... mientras él vivía con un simple puñado de arroz y en secreto se decía: «¡Ah, mi amito!, ¡mi querido amito! Tanto me querías que has vuelto a vivir en mi casa. Nunca volverás a sufrir a consecuencia de un descuido mío.»

Transcurrieron así doce años. El muchacho sabía leer y escribir correctamente. Era ingenioso, sano y bien parecido. Prestaba gran atención a su apariencia física y era muy meticuloso a la hora de hacerse la raya en el pelo. Sentía cierta inclinación por las cosas extravagantes y refinadas y gastaba el dinero sin miramientos. Nunca llegó a considerar realmente a Raicharan como su padre, ya que aunque su cariño era paternal tenía los modales de un criado. Y además, Raicharan no decía a nadie que él era el padre de Phailna.

En la residencia de estudiantes de la que Phailna era huésped, sus compañeros se reían de los modales campesinos de Raicharan, y tengo que confesar que, a espaldas de su padre, Phailna también se reía. Pero en el fondo los estudiantes querían a aquel cariñoso e inocente anciano, con el que también Phailna estaba encariñado. Mas como ya he dicho anteriormente, lo quería con cierta condescendencia.

Raicharan envejeció, y su amo iba descubriendo falta tras falta en su trabajo. Había pasado mucha hambre a causa de su hijo y, en consecuencia, se encontraba débil físicamente e incapaz de cumplir con sus obligaciones. Olvidaba las cosas y su cabeza era un maremágnum de confusiones. Pero su amo quería un trabajo de auténtico criado y no aceptaba ninguna excusa. El dinero que había llevado Raicharan a la ciudad, fruto de la venta de sus tierras, ya se había agotado. El muchacho estaba constantemente descontento de sus ropas y pidiendo más dinero.

RAICHARAN tomó una decisión y abandonó la casa donde trabajaba como criado. Dejó cierta suma de dinero a Phailna y le dijo:

—Tengo que ir a la aldea para arreglar ciertos asuntos. Volveré pronto.

Partió en el acto con destino a Baraset, donde Anukul ejercía como magistrado. La esposa de Anukul seguía desconsolada. No había tenido ningún otro hijo.

Cierto día, Anukul descansaba después de una larga y fatigosa jornada en los tribunales. Su mujer estaba ocupada en la compra de unas hierbas carísimas que vendía un curandero y que le garantizaban el nacimiento de un hijo. En el patio se oyó una voz de salutación y Anukul salió a ver de quién se trataba. Era Raicharan, y Anukul se emocionó al ver a su antiguo criado. Le hizo innumerables preguntas, y hasta le ofreció que volviese a entrar a su servicio. Raicharan sonrió débilmente y respondió:

—Deseo presentar mis respetos a mi ama.

Anukul entró en la casa con Raicharan, pero la señora no le recibió tan cordialmente como su antiguo amo. Raicharan no prestó atención a este detalle y, cruzando las manos sobre el pecho, dijo:

—No fue el Padma quien se llevó a su hijo. Fui yo.

Anukul exclamó perplejo:

—¡Dios mío! ¡Cómo es posible! ¿Dónde está el muchacho?

—Está conmigo, y lo traeré pasado mañana —respondió Raicharan.

Era domingo, y los tribunales de justicia descansaban. Tanto el marido como la mujer esperaban inquietos, con la mirada puesta en la carretera. Aguardaban la llegada de Raicharan desde las primeras horas de la mañana. A las diez en punto apareció con Phailna de la mano.

La esposa de Anukul, sin hacer una pregunta, abrazó al muchacho y, loca de emoción, unas veces reía y otras lloraba, tocándole, besándole el cabello y la frente y contemplando su rostro con mirada hambrienta, ávida. El muchacho era muy guapo e iba vestido como el hijo de un caballero. Una súbita oleada de emoción llenó hasta el borde el corazón de Anukul. Sin embargo, el magistrado preguntó:

—¿Tienes alguna prueba?

A lo que Raicharan respondió:

—¿Cómo van a existir pruebas de tal acción? Tan sólo Dios sabe que yo robé al muchacho y nadie más en la tierra.

Y al ver la avidez con que su esposa se aferraba al muchacho, se dio cuenta de la fatalidad de pedir pruebas. Sería más cuerdo creer. Además, ¿de dónde iba a sacar el viejo Raicharan a un muchacho como aquel? ¿Y por qué le iba a engañar su fiel criado inútilmente?

—Pero —añadió con voz severa— no podrás permanecer en esta casa.

—¿Dónde podré ir, mi amo? —respondió el criado con voz quebrada y con un gesto de humildad—. Soy viejo y ¿quién querrá a un viejo criado?

—Déjale quedarse. Mi hijo estará encantado y yo le perdono —dijo la señora.

Pero la conciencia de magistrado de Anukul no se lo permitía.

—No —repitió—, no podemos perdonarle lo que ha hecho.

Raicharan se arrodilló, abrazó los pies de su amo y gritó entre lágrimas:

—Amo, déjame quedarme. No fui yo quien lo hizo, fue Dios.

Pero la actitud de Anukul se volvió inquebrantable al ver que Raicharan pretendía justificarse echando la culpa a Dios.

—No, no puedo permitirlo. No me podría volver a fiar de ti. Has cometido una traición repulsiva.

Raicharan se levantó y le respondió:

—No fui yo quien lo hizo.

—¿Quién, entonces?

A lo que respondió Raicharan:

—Fue mi destino.

Pero ningún hombre instruido podría aceptar esa excusa. Y Anukul se mostró inflexible.

Phailna, al ver que era hijo de un acaudalado magistrado y no de Raicharan, se enfadó al principio al pensar que había sido defraudado todo aquel tiempo en los derechos que le correspondían por su nacimiento. Pero al ver la desesperación de Raicharan, le dijo a su padre con generosidad:

—Padre, perdónale. Si no te es posible dejarlo vivir con nosotros, al menos mándale una pensión mensual.

Después de estas palabras, Raicharan no volvió a decir nada. Miró por última vez a su hijo y presentó una vez más sus respetos a sus antiguos amos.

Luego salió y se perdió entre los innumerables hijos de esta tierra.

Al final de mes, Anukul le envió cierta cantidad de dinero a su aldea. Pero el dinero fue devuelto. No había allí nadie que respondiese al nombre de Raicharan.

ESPUMA Y NADA MAS

HERNANDO TELLEZ/COLOMBIA

No saludó al entrar. Yo estaba repasando sobre una badana la mejor de mis navajas. Y cuando lo reconocí me puse a temblar. Pero él no se dio cuenta. Para disimular continué repasando la hoja. La probé luego contra la yema del dedo gordo y volví a mirarla, contra la luz. En ese instante se quitaba el cinturón ribeteado de balas de donde pendía la funda de la pistola. Lo colgó de uno de los clavos del ropero y encima colocó el kepis. Volvió completamente el cuerpo para hablarme y deshaciendo el nudo de la corbata, me dijo: «Hace un calor de todos los demonios. Aféiteme». Y se sentó en la silla. Le calculé cuatro días de barba. Los cuatro días de la última excursión en busca de los nuestros. El rostro apareció quemado, curtido por el sol. Me puse a preparar minuciosamente el jabón. Corté más rebanadas de pasta, dejándolas caer en el recipiente, mezclé un poco de agua tibia y con la brocha empecé a revolver. Pronto subió la espuma. «Los muchachos de la tropa deben tener tanta barba como yo». Seguí batiendo la espuma. «Pero nos fue bien, ¿sabe? Pescamos a los principales. Unos vienen muertos y otros todavía viven. Pero pronto estarán todos muertos». «¿Cuántos cogieron?», pregunté. «Catorce. Tuvimos que internarnos bastante para dar con ellos. Pero ya la están pagando. Y no se salvarán ni uno, ni uno». Se echó para atrás en la silla al verme con la brocha en la mano, rebosante de espuma. Faltaba ponerle la sábana. Ciertamente yo estaba aturdido. Extraje del cajón una sábana y la anudé al cuello de mi cliente. El no cesaba de hablar. Suponía que yo era

uno de los partidarios del orden. «El pueblo habrá escarmentado con lo del otro día», dijo. «Sí», repuse mientras concluía de hacer el nudo sobre la oscura nuca, olorosa a sudor. «Estuvo bueno, ¿verdad?» «Muy bueno», contesté mientras regresaba a la brocha. El hombre cerró los ojos con un gesto de fatiga y esperó así la fresca caricia del jabón. Jamás lo había tenido tan cerca de mí. El día en que ordenó que el pueblo desfilara por el patio de la Escuela para ver a los cuatro rebeldes allí colgados, me crucé con él un instante. Pero el espectáculo de los cuerpos mutilados me impedía fijarme en el rostro del hombre que lo dirigía todo y que ahora iba a tomar en mis manos. No era un rostro desagradable, ciertamente. Y la barba, envejeciéndolo un poco, no le caía mal. Se llamaba Torres. El capitán Torres. Un hombre con imaginación, porque ¿a quién se le había ocurrido antes colgar a los rebeldes desnudos y luego ensayar sobre determinados sitios del cuerpo una mutilación a bala? Empecé a extender la primera capa de jabón. El seguía con los ojos cerrados. «De buena gana me iría a dormir un poco», dijo, «pero esta tarde hay mucho que hacer». Retiré la brocha y pregunté con aire falsamente desinteresado: «¿Fusilamiento?» «Algo por el estilo, pero más lento», respondió. «¿Todos?» «No. Unos cuantos apenas». Reanudé de nuevo la tarea de enjabonarle la barba. Otra vez me temblaban las manos. El hombre no podía darse cuenta de ello y esa era mi ventaja. Pero yo hubiera querido que él no viniera. Probablemente muchos de los nuestros lo habrían visto entrar. Y el enemigo en la casa impone condiciones. Yo tendría que afeitar esa barba como cualquiera otra, con cuidado, con esmero, como la de un buen parroquiano, cuidando de que ni por un solo poro fuese a brotar una gota de sangre. Cuidando de que en pequeños remolinos no se desviara la hoja. Cuidando de que la piel quedara limpia, templada, pulida, y de que al pasar el dorso de mi mano por ella sintiera la superficie sin un pelo. Sí. Yo era un revolucionario clandestino, pero era también un barbero de conciencia, orgulloso de la pulcritud en su oficio. Y esa barba de cuatro días se prestaba para una buena faena.

Tomé la navaja, levanté en ángulo oblicuo las dos cachas, dejé libre la hoja y empecé la tarea, de una de las patillas hacia abajo. La hoja respondía a la perfección. El pelo se presentaba indócil y

duro, no muy crecido, pero compacto. La piel iba apareciendo poco a poco. Sonaba la hoja con su ruido característico, y sobre ella crecían los grumos de jabón mezclados con trocitos de pelo. Hice una pausa para limpiarla, tomé la badana de nuevo y me puse a asentar el acero, porque yo soy un barbero que hace bien sus cosas. El hombre, que había mantenido los ojos cerrados, se palpó la zona del rostro que empezaba a quedar libre de jabón, y me dijo: «Venga usted a las seis, esta tarde, a la Escuela». «¿Lo mismo del otro día?», le pregunté horrorizado. «Puede que resulte mejor», respondió. «No sé todavía. Pero nos divertiremos». Otra vez se echó hacia atrás y cerró los ojos. Yo me acerqué con la navaja en alto. «¿Piensa castigarlos a todos?», aventuré tímidamente. «A todos». El jabón se secaba sobre la cara. Debía apresurarme. Por el espejo, miré hacia la calle. Lo mismo de siempre: la tienda de víveres y en ella dos o tres compradores. Luego miré el reloj: las dos y veinte de la tarde. La navaja seguía descendiendo. Ahora de la otra patilla hacia abajo. Una barba azul, cerrada. Debía dejársela crecer como algunos poetas o como algunos sacerdotes. Le quedaría bien. Muchos no lo reconocerían. Y mejor para él, pensé, mientras trataba de pulir suavemente todo el sector del cuello. Porque allí sí que debía manejar con habilidad la hoja, pues el pelo, aunque en agraz, se enredaba en pequeños remolinos. Una barba crespa. Los poros podían abrirse, diminutos, y soltar su perla de sangre. Un buen barbero como yo finca su orgullo en que eso no ocurra a ningún cliente. Y este era un cliente de calidad. ¿A cuántos de los nuestros había ordenado que los mutilaran?... Mejor no pensarlo. Torres no sabía que yo era su enemigo. No lo sabía él ni lo sabían los demás. Se trataba de un secreto entre muy pocos, precisamente para que yo pudiese informar a los revolucionarios de lo que Torres estaba haciendo en el pueblo y de lo que proyectaba hacer cada vez que emprendía una excursión para cazar revolucionarios. Iba a ser, pues, muy difícil explicar que yo lo tuve entre mis manos y lo dejé ir tranquilamente, vivo y afeitado.

La barba le había desaparecido casi completamente. Parecía más joven, con menos años de los que llevaba a cuestas cuando entró. Yo supongo que eso ocurre siempre con los hombres que entran y salen de las peluquerías. Bajo el golpe de mi navaja Torres reju-

venecía, sí, porque yo soy un buen barbero, el mejor de este pueblo, lo digo sin vanidad. Un poco más de jabón, aquí, bajo la barbilla, sobre la manzana, sobre esta gran vena. ¡Qué calor! Torres debe estar sudando como yo. Pero él no tiene miedo. Es un hombre sereno, que ni siquiera piensa en lo que ha de hacer esta tarde con los prisioneros. En cambio yo, con esta navaja entre las manos, puliendo y puliendo esta piel, evitando que brote sangre de estos poros, cuidando todo golpe, no puedo pensar serenamente. Maldita la hora en que vino, porque yo soy un revolucionario pero no soy un asesino. Y tan fácil como resultaría matarlo. Y lo merece. ¿Lo merece? No, ¡qué diablos! Nadie merece que los demás hagan el sacrificio de convertirse en asesinos. ¿Qué se gana con ello? Pues nada. Vienen otros y otros y los primeros matan a los segundos y estos a los terceros y siguen hasta que todo es un mar de sangre. Yo podría cortar este cuello, así, ¡zas!, ¡zas! No le daría tiempo de quejarse y como tiene los ojos cerrados no vería ni el brillo de la navaja ni el brillo de mis ojos. Pero estoy temblando como un verdadero asesino. De ese cuello brotaría un chorro de sangre sobre la sábana, sobre la silla, sobre mis manos, sobre el suelo. Tendría que cerrar la puerta. Y la sangre seguiría corriendo por el piso, tibia, imborrable, incontenible, hasta la calle, como un pequeño arroyo escarlata. Estoy seguro de que un golpe fuerte, una honda incisión, le evitaría todo dolor. No sufriría. ¿Y qué hacer con el cuerpo? ¿Dónde ocultarlo? Yo tendría que huir, dejar estas cosas, refugiarme lejos, bien lejos. Pero me perseguirían hasta dar conmigo. «El asesino del capitán Torres. Lo degolló mientras le afeitaba la barba. Una cobardía». Y por otro lado: «El vengador de los nuestros. Un hombre para recordar (aquí mi nombre). Era el barbero del pueblo. Nadie sabía que él defendía nuestra causa...» ¿Y qué? ¿Asesino o héroe? Del filo de esta navaja depende mi destino. Puedo inclinar un poco más la mano, apoyar un poco más la hoja, y hundirla. La piel cederá como la seda, como el caucho, como la badana. No hay nada más tierno que la piel del hombre y la sangre siempre está ahí, lista a brotar. Una navaja como esta no traiciona. Es la mejor de mis navajas. Pero yo no quiero ser un asesino, no señor. Usted vino para que yo lo afeitara. Y yo cumplo honradamente con mi trabajo... No quiero mancharme de sangre. De espuma y nada más. Usted es un verdugo y yo no soy más que

un barbero. Y cada cual en su puesto. Eso es. Cada cual en su puesto.

La barba había quedado limpia, pulida y templada. El hombre se incorporó para mirarse en el espejo. Se pasó las manos por la piel y la sintió fresca y nuevecita.

«Gracias», dijo. Se dirigió al ropero en busca del cinturón, de la pistola y del kepis. Yo debía estar muy pálido y sentía la camisa empapada. Torres concluyó de ajustar la hebilla, rectificó la posición de la pistola en la funda y luego de alisarse maquinalmente los cabellos, se puso el kepis. Del bolsillo del pantalón extrajo unas monedas para pagarme el importe del servicio. Y empezó a caminar hacia la puerta. En el umbral se detuvo un segundo y volviéndose me dijo:

«Me habían dicho que usted me mataría. Vine para comprobarlo. Pero matar no es fácil. Yo sé por qué se lo digo». Y siguió calle abajo.

EL VIEJO DEMONIO

PEARL S. BUCK/ESTADOS UNIDOS

Pearl S. Buck

La anciana señora Wang no ignoraba que había guerra, por supuesto. Hacía tiempo que todo el mundo sabía que estaban en guerra y que los japoneses andaban matando chinos por ahí. Pero aún no parecía verdad, debían de ser sólo habladurías, ya que no habían matado a ninguno de los Wang En la aldea de Tres Millas Wang, en las llanas riberas del río Amarillo, que era la aldea del clan familiar de la anciana señora Wang, jamás habían visto siquiera un japonés, y si empezaron a hablar de japoneses fue por lo que se dirá a continuación.

Era una tarde de principios de verano, y después de cenar la señora Wang subió por los peldaños del dique, como a diario hacía, para ver hasta dónde había llegado la crecida del río. Ella temía mucho más al río que a los japoneses. Sabía de lo que el río era capaz. Uno tras otro los aldeanos la habían seguido hasta arriba, y ahora estaban todos mirando para abajo las malévolas aguas amarillas, que corrían y se encrespaban como haces de serpientes, socavando las altas márgenes del dique.

—Nunca lo he visto tan crecido para esta época —afirmó la señora Wang. Se sentó en una silla de bambú que su nieto, Cochinito, había traído para ella, y escupió al agua.

—Es peor que los japoneses este demonio de río —tuvo la temeridad de decir Cochinito.

—¡No seas insensato! —le atajó rápidamente la señora Wang—. El dios del río te va a oír. Más vale que hables de otra cosa.

Así que siguieron hablando de los japoneses... ¿Cómo, si llegaba el caso, inquiría Wang, el panadero, sobrino segundo de la anciana señora Wang, iban a conocer ellos a los japoneses cuando los vieran?

La señora Wang, en este punto, afirmó con seguridad:

—Los conocerás. Yo vi una vez un extranjero. Era más alto que el alero de mi casa, tenía el pelo del color del barro y unos ojos como los de los peces. Cualquiera que no se parezca a nosotros, ese es japonés.

Todo el mundo le prestaba atención, ya que era la mujer más vieja de la aldea y cuanto decía era una sentencia.

Pero entonces la interrumpió Cochinito con sus maneras desconcertantes:

—No se les puede ver, abuela. Se esconden en el cielo, en aeroplanos.

La señora Wang no respondió inmediatamente. En otro tiempo hubiese afirmado con absoluta convicción: «No creeré en los aeroplanos hasta que los vea». Pero habían sido verdad tantas cosas que ella no hubiera podido imaginar... La Emperatriz, por ejemplo, que ella no creía hubiese muerto, había fallecido realmente. ¿Pues y la República? La señora Wang no creyó en tal cosa, porque desconocía lo que era, y seguía sin saberlo, pero llevaban tanto tiempo diciendo que la había... Así que ahora se limitó a contemplar silenciosamente el dique mientras todos los demás se sentaban a su alrededor. Hacía un tiempo muy agradable y fresco, y ella no hubiera sentido la menor preocupación si el río no amenazara desbordarse.

—No creo en los japoneses —afirmó categóricamente.

Todos se rieron un poco de ella, pero ninguno habló. Alguien encendió la pipa de la abuela: fue la esposa de Cochinito, su favorita, y la anciana señora Wang se puso a fumar.

—¡Canta, Cochinito! —pidió alguien.

Y entonces Cochinito entonó una vieja canción, con voz aguda y trémula, y la anciana se puso a escucharla y se le olvidaron los japoneses. La tarde era hermosa, y el cielo tan puro y apacible que los sauces que orlaban el dique conseguían reflejarse en el agua fangosa. Todo estaba en paz. Las treinta y tantas casas que formaban la aldea aparecían dispersas a sus pies. Nadie sería capaz de violar

aquella tranquilidad. Al fin y al cabo los japoneses no eran más que seres humanos.

—Yo no creo en esos aeroplanos —dijo la anciana con voz suave a Cochinito cuando este dejó de cantar.

Pero él, sin contestar, inició una nueva canción.

Año tras año la señora Wang había pasado las tardes de verano como ahora, junto al dique. La primera vez tenía diecisiete años y estaba recién casada; su esposo le gritó entonces que saliera de la casa y subiese al dique, y ella trepó hasta allí, sonrojada y retorciéndose las manos, y se escondió entre las mujeres, mientras los hombres le gritaban y se burlaban de ella. Pero de todos modos les había caído bien.

—Te llevas un buen bocado —le habían dicho a su marido.

—Tiene los pies un poco grandes —había respondido él en tono de excusa. Pero ella se daba cuenta de que en el fondo estaba muy complacido, y así fue venciendo poco a poco su timidez.

Al pobre se lo llevó una riada cuando todavía era joven, y ella pasó años orando para sacarle del purgatorio budista. Pero al fin acabó cansándose, con el hijo y la tierra sobre sus costillas, y cuando el sacerdote quiso engatusarla: «Otras diez monedas de plata y saldrá del todo», ella le preguntó:

—¿Qué le queda dentro todavía?

—Sólo la mano derecha —aseguró el sacerdote para animarla.

Y ahí fue donde su paciencia se agotó. ¡Diez dólares! Con eso habría para comer todo el invierno. Además, había tenido que contratar obreros para que hiciesen su parte en la reparación del dique, a fin de que no hubiera ya más inundaciones.

—Si sólo le queda una mano, bien puede sacarla él mismo —declaró con firmeza.

Muy a menudo se preguntó desde entonces si al fin el pobre infeliz lo habría conseguido. Lo más probable, solía pensar con harta melancolía por las noches, era que se encontrara todavía allí, esperando que su viuda hiciese algo por él. Así era el hombre que le cupo en suerte. Quizás algún día, cuando la esposa de Cochinito hubiese dado a luz su primer hijo y ella hubiese ahorrado un poco, podría reanudar la obra de sacarle del purgatorio. No había prisa en realidad.

—Abuela, tiene usted que recogerse —dijo con su voz suave la esposa de Cochinito—. Ya se ha puesto el sol y está levantándose la niebla del río.

—Sí, creo que es hora de volver —convino la anciana señora Wang.

Contempló por un momento el río. Un río lleno de bondad y de maldad a un tiempo. Apto para regar los campos cuando corría sumiso y encauzado; pero si se le consentía lo más mínimo, lo arrollaba todo como un dragón rugiente. Así fue como desapareció su marido, cuando dormitaba descuidado en la porción de dique que tenía asignada. Siempre andaba diciendo que iba a repararla, que iba a apilar más tierra encima, hasta que una noche creció el río y lo arrastró todo. El había salido corriendo de la casa, y ella se encaramó al tejado con el niño, gracias a lo cual salvó su vida mientras él se ahogaba. Volvieron a empujar al río tras los diques, y allí continuaba ahora. Todos los días recorría la anciana el tramo de dique situado bajo la responsabilidad de la aldea; lo recorría en ambas direcciones, examinándolo todo. Los hombres se reían y exclamaban:

—Si hay algún fallo en el dique, la abuelita nos lo dirá.

Jamás se le había ocurrido a ninguno de ellos trasladar su aldea más lejos del río. Los Wang llevaban viviendo allí durante muchas generaciones, y siempre habían conseguido salvarse algunos de las riadas para volver a luchar contra el río con más fiereza que antes.

Cochinito dejó súbitamente de cantar.

—¡Está saliendo la luna! —gritó—. Eso no es bueno. Los aeroplanos vienen en noches de luna.

—¿Dónde aprendes todo eso de los aeroplanos? —exclamó la anciana señora Wang—. Ya me cansa —añadió con tal acento de severidad que nadie osó abrir la boca. En medio de aquel silencio, apoyada en el brazo de la esposa de Cochinito, descendió lentamente las gradas de tierra que conducían a la aldea, usando la larga pipa que llevaba en la otra mano como báculo de caminante. Detrás de ella bajaron los aldeanos, uno por uno, derechos a la cama. Nadie se movió antes de que la abuela lo hiciera, pero nadie se entretuvo demasiado una vez que ella inició la marcha.

Y al fin, en su lecho, bajo el mosquitero de algodón azul que la esposa de Cochinito había asegurado con el mayor cuidado, quedó

apaciblemente dormida. Estuvo un tiempo despierta pensando en los japoneses. ¿Cómo podían ser tan belicosos? Sólo gentes muy rudas podían desear la guerra. En su imaginación se representaba individuos grandones y rudos. Si vienen, pensaba, habrá que tratarlos bien, invitarlos a tomar el té y explicarles con toda educación... decirles que a son de qué habían de venir a una pacífica aldea campesina...

Por eso estaba totalmente desprevenida cuando la esposa de Cochinito le gritó que venían los japoneses. Se incorporó en la cama musitando:

—Los tazones, el té...

—¡No hay tiempo, abuela! —chilló la esposa de Cochinito—. ¡Ya están aquí, ya están aquí!

—¿Dónde? —gritó la anciana señora Wang, ya despierta.

—¡En el cielo! —gimió la esposa de Cochinito.

Todos salieron a sus puertas, y a las primeras luces del alba miraron hacia arriba. Allá en el cielo, como una bandada de gansos salvajes en otoño, se veían grandes aparatos en forma de pájaro.

—Pero ¿qué es eso? —chilló la anciana señora Wang.

Y entonces, semejante a un huevo de plata, algo se precipitó hacia abajo y fue a caer en un campo al otro extremo de la aldea. Brotó un surtidor de tierra y todos corrieron a mirar. Había un embudo de treinta pies de ancho, grande como una alberca. Se quedaron tan asombrados que no podían ni hablar, y entonces, antes de que nadie pudiera decir nada, empezaron a caer un huevo tras otro y todo el mundo corrió, corrió...

Todo el mundo, claro, menos la señora Wang. Cuando la esposa de Cochinito le tomó la mano y quiso tirar de ella, la anciana señora Wang se soltó y se sentó en el borde del dique.

—No puedo correr —explicó—. Hace setenta años que no corro, desde antes de que me vendasen los pies. Tú vete. ¿Dónde está Cochinito? —Ella miró en su derredor. Cochinito ya se había marchado—. Como su abuelo —observó ella—: siempre el primero en salir corriendo.

Pero la esposa de Cochinito no quería abandonarla, y no cedió hasta que la anciana señora Wang le recordó que era su deber hacerlo.

—Si Cochinito ha muerto —dijo—, es necesario que su hijo

nazca vivo. —Y como la muchacha todavía vacilase, la empujó suavemente con su pipa—. ¡Vete, vete! —ordenó.

A regañadientes, y ya sin poderse oír apenas con el estruendo del bombardeo, la esposa de Cochinito marchó a reunirse con los demás.

En esos momentos, aunque sólo habían pasado unos minutos, la aldea estaba en ruinas, los tejados de paja y las vigas de madera en llamas. Todos se habían marchado. Al pasar chillaron a la anciana señora Wang que fuese con ellos, y ella les dijo alegremente:

—¡Ya voy, ya voy!

Pero no se marchó. Se sentó sola, a presenciar el extraordinario espectáculo que ante su vista se desarrollaba. Pronto vinieron otros aviones, nadie sabe de dónde, que atacaron a los primeros. Salía el sol sobre las mieses en sazón, y en el diáfano aire estival evolucionaban los aviones y se precipitaban unos contra otros, escupiendo fuego. Cuando todo acabase, pensaba, volvería para ver si había quedado algo de la aldea. Acá y allá, una pared en pie seguía sosteniendo un tejado. Desde donde estaba no distinguía su casa. Pero la guerra no le era del todo ajena. Una vez los bandidos saquearon la aldea, y también entonces incendiaron las casas. Ahora era lo mismo. Casas ardiendo pueden verse a menudo, pero no esa batalla de fulgurantes rayos de plata que atronaban los aires. Ella no comprendía nada: ni qué podían ser aquellos objetos ni cómo se sostenían en el cielo. Se limitaba a observarlo todo, allí sentada. Empezaba a sentir hambre.

—Me gustaría ver uno de cerca —dijo en voz alta. Y en el mismo momento, como si la hubiesen oído, uno de aquellos aparatos enfiló súbitamente hacia abajo, y dando vueltas, debatiéndose como si estuviera herido, cayó de cabeza en un campo que la víspera mismo estuvo labrando Cochinito para sembrar soja. Luego, en un instante, volvió a quedar desierto el cielo, y allí no quedó más que aquel objeto herido en mitad del sembradío, y ella misma.

Se levantó pausadamente del suelo. A su edad no tenía por qué temer nada. Resolvió ir a ver lo que era. Así pues, apoyándose en su pipa de bambú, se aproximó despacio a través de los campos. Tras ella, en el súbito silencio, aparecieron dos o tres perros de la aldea y la siguieron de cerca, arrastrándose, presa del pánico. Al llegar cerca

del aeroplano abatido se pusieron a ladrar con furia. Ella los golpeó con su pipa.

—¡Silencio! —les increpó—, ¡ya hemos tenido bastante ruido para que vengáis ahora a romperme los tímpanos!

Tanteó el aeroplano.

—Metal —dijo a los perros—. Plata, sin duda alguna —añadió. Fundiéndola, podrían ser todos ricos.

Dio una vuelta alrededor, examinándolo atentamente. ¿Qué le hacía volar? Parecía muerto. Nada se movía ni hacía ruido alguno en su interior. Después, volviendo al mismo sitio donde golpeó la primera vez, vio dentro un joven, desplomado y hecho un ovillo sobre un pequeño asiento. Los perros gruñeron, pero ella los golpeó de nuevo y se apartaron.

—¿Está usted muerto? —preguntó con toda cortesía.

El joven se movió débilmente al escuchar su voz, pero no habló. Ella se acercó más y se asomó al hueco donde estaba el mozo. Sangraba por un costado.

—¡Herido! —exclamó. Le asió la muñeca. Estaba caliente, pero inerte, y al soltarla cayó de nuevo contra el costado del agujero. Le miró con atención. Tenía el cabello negro y la tez morena como los chinos, y sin embargo no parecía chino.

Debe de ser del sur, pensó. Bueno, lo importante era que estaba vivo.

—Lo mejor es que salga —indicó—. Le pondré un emplasto de hierbas en el costado.

El muchacho murmuró algo ininteligible.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó.

Pero él no lo repitió.

Todavía estoy bastante fuerte, decidió al cabo de un momento. Conque se acercó, le agarró por la cintura y fue tirando de él poco a poco, jadeando como una descosida. Afortunadamente era un chico bastante menudo y de muy poco peso. Cuando lo puso en el suelo, pareció que iba a tenerse de pie, se tambaleó un momento y se agarró a ella, que le sostuvo derecho.

—Ahora, si puede, iremos a mi casa —dijo la anciana—; a ver si todavía está allí.

El articuló algo entonces con toda claridad. La anciana escuchó,

pero no pudo entender ni una palabra. Se apartó y le miró de hito en hito.

—¿Qué pasa? —preguntó.

El señaló a los perros, que no dejaban de gruñir, erizado el pelo del pescuezo. Luego el joven habló de nuevo y, con la palabra en los labios, se desplomó en tierra. Los perros se precipitaron sobre él, de modo que ella tuvo que espantarlos a cachetadas.

—¡Fuera! —exclamó—. ¿Quién os ha dicho que le matéis?

Luego, cuando se apartaron los canes, se lo echó como pudo a la espalda, y toda temblona, medio a cuestas, medio a tirones, lo arrastró hasta la aldea derruida y le tendió en la calle, en tanto iba en busca de su casa, seguida por los perros.

Su casa había desaparecido por completo. Encontró el sitio con bastante facilidad. Allí debía estar, frente a la compuerta del dique. Ella se había ocupado siempre directamente de aquella compuerta. Milagrosamente, no había sufrido daño alguno ni el dique estaba derruido. Sería bastante fácil construir la casa de nuevo. Sólo que, de momento, se había esfumado.

De modo que volvió donde estaba el muchacho. Lo encontró tendido como le había dejado, recostado en el dique, jadeante y muy pálido. Se había desabrochado la guerrera, y tenía una bolsita de la que estaba sacando tiras de tela y un frasco de no sé qué. Habló de nuevo, y de nuevo ella no le entendió ni jota. Entonces hizo señas, y la anciana comprendió que era agua lo que quería, de manera que tomó uno de los muchos cacharros rotos que había diseminados por la calle, se acercó al dique, lo llenó de agua del río, volvió con él y le lavó la herida, rasgando las tiras que el mocito había hecho de los rollos de vendas. Sabía él poner el apósito sobre la herida abierta, y se lo explicó por señas a la anciana, que obedeció sus indicaciones. Repetidas veces intentó decirle algo, pero ella no fue capaz de entender nada.

—Usted, señor, debe de ser del sur —dijo ella. A la vista estaba que era un hombre educado. Tenía una expresión muy inteligente—. Ya veo que su lengua es diferente a la nuestra. —Rió un poco para tranquilizarle, pero él se limitó a mirarla fija, desoladamente con sus ojos opacos. Así que ella, con mucha animación, declaró—: Ahora no vendría mal si encontrase algo para comer los dos.

No respondió. Seguía tendido de espaldas, jadeando cada vez más fuerte, y clavada la vista en el vacío, como si ella no hubiese hablado.

—Se sentirá mejor cuando haya comido —insistió—. Y yo también. —Estaba empezando a sentir un hambre insoportable.

Se le ocurrió que en el despacho de Wang, el panadero, tenía que haber algo de pan. Aunque estuviera lleno de polvo de los cascotes caídos, seguiría siendo pan. Iría a mirar. Pero antes movió al soldado un poco, para que le diese la sombra de un sauce plantado en la orilla del dique. Luego fue a la panadería. Los perros se habían marchado.

La panadería estaba en ruinas, como todo lo demás. No había nadie. Al principio no vio más que la mole de las paredes de adobe hundidas. Pero entonces recordó que el horno estaba detrás de la puerta, y el marco de la puerta seguía en pie, sosteniendo una parte del tejado. Se detuvo junto a dicho marco, y pasando la mano bajo la techumbre derrumbada, palpó la tapa de madera de la caldera de hierro. Allí debajo tal vez hubiera pan cocido. Introdujo delicada y cuidadosamente el brazo. Le llevó bastante tiempo, porque además las nubes de cal y polvo casi la asfixiaban. Sin embargo, tenía razón. Deslizó la mano bajo la tapa y palpó la superficie firme y suave de los grandes molletes de pan cocido, de los cuales sacó cuatro, uno tras otro.

—Es difícil matar a un trasto viejo como yo —pensó jovialmente en voz alta, y se puso a comer uno de los molletes mientras volvía junto al herido. Ah, si hubiese tenido unos ajos y un tazón de té... pero no se podía tener de todo en unos tiempos como los que corrían.

Y fue en ese mismo instante cuando oyó voces. Al llegar a la vista del soldado lo encontró rodeado por un grupo de soldados diferentes, surgidos al parecer de los limbos de la nada. Estaban mirando al soldado herido, que ahora tenía los ojos cerrados.

—¿Dónde encontró a este japonés, abuela? —le gritaron.

—¿Qué japonés? —preguntó, acercándoseles.

—¡Este! —chillaron.

—¿Es un japonés? —exclamó con el mayor asombro—. Pero si es igual que nosotros; los ojos negros, la piel...

—¡Japonés! —le vociferó uno de ellos.

—Bueno —declaró suavemente—. Pues ha caído del cielo.

—¡Dame ese pan! —chilló otro.

—Tómalo —dijo ella—, todo menos este, que es para él.

—¿Un mono japonés comiendo buen pan? —se sulfuró el soldado.

—Supongo que también tendrá hambre —replicó la anciana señora Wang. Empezaban a caerle mal aquellos hombres. Aunque en realidad nunca le habían gustado los soldados.

—Quiero que se marchen —dijo la anciana—. ¿Qué hacen aquí? Nuestra aldea siempre ha sido pacífica.

—No hay más que verla —se mofó uno de los hombres—. Pacífica como una tumba. ¿Sabe usted quién lo ha hecho, abuela? ¡Los japoneses!

—Ya lo supongo —admitió ella, y preguntó—: ¿Por qué? Eso es lo que no entiendo.

—¿Por qué? ¡Porque quieren nuestra tierra, nada más que por eso!

—¡Nuestra tierra! —repitió ella—. ¡Cómo, nunca podrán apoderarse de nuestra tierra!

—¡Jamás! —exclamaron ellos.

Pero mientras hablaban y masticaban el pan que se habían repartido entre todos, no hacían más que mirar hacia saliente.

—¿Qué hacéis, tanto mirar hacia saliente? —preguntó entonces la vieja señora Wang.

—Los japoneses vienen de allí —contestó el hombre que había tomado el pan.

—¿Vienen ustedes huyendo de ellos? —les preguntó, sorprendida.

—No somos más que un puñado —se disculpó él.

—Nos dejaron para defender una aldea; la aldea de Pao An, en la provincia de...

—Conozco esa aldea —interrumpió la anciana—. No tienen que decírmelo. Estuve allí de niña. ¿Cómo se encuentra el viejo Pao, el que tiene la tienda de té en la calle principal? Es mi hermano.

—Todos han muerto allí —respondió el hombre—. ¡Los japoneses la han tomado!... Vino un gran ejército con armas y tanques extranjeros... ¿Qué podíamos hacer?

—Nada más que correr, claro —admitió ella. Pero lo cierto es

que la noticia la había dejado anonadada; le daba vueltas la cabeza. ¡De manera que había muerto el único hermano que le quedaba! Ella era ahora el último miembro de la familia de su padre.

Los soldados se habían dispersado de nuevo, dejándola sola.

—Pronto estarán aquí esos asquerosos enanos —iban diciendo—. Lo mejor será seguir adelante.

Uno de ellos se quedó atrás un momento, sin embargo. Era el que había tomado el pan; se detuvo a contemplar al herido, que yacía con los ojos cerrados, sin moverse lo más mínimo.

—¿Está muerto? —preguntó, y luego, antes de que la señora Wang pudiera responder, sacó un cuchillo del cinto—. Si está muerto como si no, le voy a dar un par de pinchazos con esto...

Pero la anciana señora Wang le apartó el brazo.

—No; de ninguna manera —dijo con voz autoritaria—. Si está muerto, no tiene ya sentido mandarle al purgatorio hecho pedazos. Yo soy una buena budista.

El hombre se echó a reír.

—Bueno, ya veo que está muerto —repuso; y viendo que sus compañeros iban ya a cierta distancia, echó a correr para reunirse con ellos.

¡Conque un japonés! La anciana señora Wang, a solas con aquel cuerpo inerte, le miró pensativa. Era muy joven, podía verlo ahora que tenía los ojos cerrados. Su mano fláccida parecía la de un niño, aún a medio formar y crecer. Le cogió la muñeca, pero no encontró el pulso. Se inclinó sobre él y le puso entre los labios la mitad del panecillo que no se había comido.

—Coma —dijo en voz muy alta, marcando las sílabas—. ¡Pan!

Pero no hubo respuesta. Evidentemente, estaba muerto. Debió de fallecer mientras andaba ella sacando el pan del horno.

No había nada que hacer sino acabarse el pan que le quedaba. Tras el último bocado se preguntó si no debería ir en busca de Cochinito y su esposa y los vecinos de la aldea. El sol estaba en lo alto, y empezaba a apretar el calor. Si es que se iba a marchar, cuanto antes mejor. Pero primero tenía que subir al dique para orientarse. Se habían ido derechos hacia poniente, y en aquella dirección la llanura se extendía más allá del alcance de la vista. Podría incluso ver un grupo numeroso a varias millas de distancia. Y en cualquier

caso, sería capaz de distinguir la aldea inmediata, donde debían de estar todos.

Así que subió al dique despacio, agobiada de calor. Arriba soplaba una ligera brisa y la sensación era muy agradable. Le sorprendió ver el río tan cerca del borde del dique. ¡Cómo había crecido en la última hora!

—¡Viejo demonio! —le reprendió severamente. Que la oyera el dios del río si quería. Era perverso y nada más... amenazando así con desbordarse, ahora que acababan de sobrevenir tantas desgracias.

Se agachó y se humedeció las mejillas y las muñecas. El agua estaba muy fría, como si acabase de llover en algún sitio. Se enderezó y oteó en derredor. Hacia poniente no se veía nada, salvo a los soldados, ya muy lejos, todavía medio corriendo, y al fondo el trazo borroso de la próxima aldea, asentada en una larga elevación del terreno. Lo mejor sería ponerse en camino hacia esa aldea. Sin duda, Cochinito y su esposa la estarían esperando.

Pero cuando se disponía a bajar para ponerse en camino, vio algo en el horizonte, por saliente. Al principio fue sólo una inmensa nube de polvo; pero fijándose en ella, muy pronto se convirtió en una masa de trazos negros y de puntos brillantes. Entonces advirtió de qué se trataba. Era una gran multitud de hombres... Un ejército. En el acto supo qué ejército era.

Son los japoneses, pensó. Sí, sobre ellos zumbaban los aviones de plata. Daban vueltas, como si buscasen a alguien.

—No sé lo que buscáis —murmuró—, como no sea a mí, y a Cochinito y su esposa. Somos los únicos que quedamos. Ya habéis matado a mi hermano Pao.

Casi había olvidado que Pao había muerto. Ahora lo recordaba con toda claridad. Tenía una tienda tan hermosa, siempre limpia, y el té, tan rico, y las mejores albóndigas que puedan imaginarse, y los precios siempre igual. Pao era un buen hombre. Además, ¿qué habría sido de su esposa y de sus siete hijos? Seguro que habían matado a todos. Ahora esos japoneses andaban buscándola a ella. Comprendió que allí, en lo alto del dique, podrían descubrirla con más facilidad. De modo que se apresuró a descender.

Fue a la mitad de la bajada cuando se acordó de la compuerta.

Aquel viejo río... había sido una maldición para todos desde el principio de los tiempos. ¿Por qué no podía resarcir un poco ahora por todas las maldades cometidas? Y que ya estaba maquinando otra, empeñado en saltarse las orillas. Bien, ¿por qué no? Vaciló un momento. Sería una pena, desde luego, que al joven japonés muerto lo arrastrase la riada. Era un chico muy guapo, y ella le había salvado de que lo apuñalasen. No era lo mismo que salvarle la vida, desde luego, pero se parecía un poco. Si hubiera estado vivo, se habría salvado. Se acercó donde estaba y tiró de él hasta dejarlo casi sobre el remate del talud de la ribera. Después volvió a bajar.

Sabía perfectamente abrir la compuerta. Hasta un crío sabe abrir la acequia para regar los campos. Pero ella sabía también el modo de hacer girar la compuerta y dejarla totalmente abierta. La cuestión era si podría abrirla con suficiente rapidez para saltar y ponerse a salvo de la corriente.

—No soy más que una pobre vieja —murmuró. Vaciló un segundo más. Bueno, sería una pena no ver cómo era el crío que trajese al mundo la mujer de Cochinito; pero una no podía aspirar a verlo todo. Muchas cosas había visto ella en su vida. De todos modos, un día u otro los ojos se cerraban: había un final.

Volvió a dirigir la vista hacia saliente. Los japoneses se acercaban por el llano. Percibíase una larga línea negra, bien definida, salpicada de miles de puntos relucientes. Si abría la compuerta, el agua impetuosa se abalanzaría sobre ellos, precipitándose en la llanura; formaría un gran lago y se ahogarían todos, posiblemente. Desde luego no podrían seguir avanzando, acercándosele cada vez más, acercándose a Cochinito y a su esposa que la estaban esperando. Cochinito y su esposa se preguntarían qué le habría pasado. Aquello nunca se lo imaginarían. Sería una bonita historia que le hubiese gustado contar.

Se volvió hacia la compuerta con decisión. Sí, algunos luchaban con aeroplanos, otros con cañones, pero también se podía combatir con un río, cuando era tan perverso como aquel. Desencajó el grueso madero que atrancaba la compuerta. Estaba resbaladizo, cubierto de musgo verde, plateado. El agua saltó en un fuerte chorro. Si sacaba un segundo madero, los demás cederían por sí mismos. Se puso a tirar de él y lo sintió salir un poco de su agujero.

Seguramente podré librarme del purgatorio con esto, pensó, y quizá permitan estar conmigo a mi marido también. ¿Qué es una mano al lado de todo esto? Nosotros entonces...

El tronco cedió súbitamente, y la compuerta salió despedida, golpeándola de lleno y dejándola sin resuello. Sólo tuvo tiempo para increpar entrecortadamente al río:

—¡Vamos, viejo demonio!

Sintió entonces que se apoderaba de ella y la levantaba hasta el cielo. Lo tenía debajo y a su alrededor. La zarandeó jubiloso acá y allá, y por último, sin aflojar el abrazo con que la envolvía, se dirigió velozmente contra el enemigo.

LA DESCONOCIDA

BERNARDO KORDON/ARGENTINA

AL PASAR el puente, Clara le apretó el brazo. Mario, distraídamente, dejó de leer el diario. A través de los entrecruzados hierros del puente extendió la vista hacia la perspectiva nocturna de vacíos lúgubres, salpicada de cubos iluminados y lechosas aureolas de cercanas avenidas.

El tren salía de Buenos Aires por el sur, entre los cuatro pares de rieles del alto terraplén, y el estruendo que provocaba el paso del puente sobre el Riachuelo le interrumpía la lectura por un instante.

Después de observar la noche, Mario detuvo la mirada en su mujer. Clara había clavado la vista en la oscuridad. Relucían como betún las aguas quietas y aceitosas del Riachuelo, donde se encontraba el pequeño puente levadizo de una línea de tranvía. Hacía una infinidad de años, en un amanecer brumoso, un motorman no vio el puente levantado y precipitó su tranvía al río. Allí murió el padre de Clara, y ella nunca olvidó el buzo surgiendo a la superficie en un remolino de cieno y burbujas, trayendo en sus brazos, uno a uno, los cuerpos de los ahogados.

Aproximadamente hacía veinte años que acostumbraban realizar juntos este viaje (desde que compraron la casita y fueron a Lanús Oeste). Mario consideró siempre que su mujer tenía sus razones para impresionarse con la vista de ese pequeño y viejo puente, pero de todos modos encontraba absurda, y a veces irritante, la persistencia de una emoción que se repetía en igual circunstancia y que desaparecía del mismo modo un instante después. El tren atravesó

sin detenerse en la dormida estación elevada de Avellaneda, y la mujer ahuyentó su gesto de dolor para volver a clavar en la noche su mirada fatigada. Mario, entonces, volvió a la lectura del diario, siguiendo siempre el mismo orden (titulares, fútbol, historietas y policiales), mientras afuera se sucedían, también regularmente, los claroscuros de opacas barriadas e iluminados centros comerciales.

Ese paso del puente despertaba siempre algún recuerdo a Mario. A veces le dominaba la absurda impresión de estar sentado al lado de una desconocida. Era como si repentinamente se le revelase que viajaba con un ser que nada tenía de común con él.

En otros tiempos le había dominado una sensación parecida, pero más intensa, al despertar en medio de la noche, y parecerle entonces entre sueños que dormía junto a una desconocida. De esa semiinconsciencia recordaba los embates ciegos, los besos que golpeaban los dientes, una potencia que parecía nacer del fondo de esa llanura que se atisbaba desde el suburbio. Un viento de exaltación que terminaba por disolverse en la noche como fuelle fatigado, en un vacío poblado de angustiosos y pusilánimes fantasmas de calles sin pavimentar, crueles en la medida que llevaban las miserias cotidianas hasta los trasfondos del sueño.

Con los años desaparecieron esas bruscas revelaciones nocturnas, y del mismo modo dejó de interesarle del todo ese dolor que reflejaba el rostro de Clara al atravesar el puente del Riachuelo. Simplemente se acostumbró a ese gesto de un drama lejano, que en otros tiempos y por un instante le hizo sentir que acompañaba a una desconocida.

Sin embargo, en el breve instante que apartó la vista del diario, volvió a sentir vagamente la revelación de que junto a él viajaba un misterio. La miró antes de enfrascarse en la lectura, y en ese brevísimo estudio de un rostro configurado por una vida en común, se aseguró que allí nada podía existir de inaudito.

Descendieron del tren en Lanús. Atravesaron la estación por el paso subterráneo y salieron a la plaza para formar fila frente al poste de la micro 201. En la espera del colectivo, Mario volvió a abrir el diario para proseguir con su lectura. Ella le apretó el brazo. Mario dio vuelta la cabeza y la vio con el rostro descompuesto. Le preguntó:

—¿Estuviste con tu hermana?

—Sí.

—¿Pasó algo?

—Vos sabés que nos juntamos para ir al médico.

—Sí.

—¿No te interesa qué me dijo?

—Quería preguntártelo en casa.

—Bueno.

—¿Y ahora qué te pasa?

—Desde que nos juntamos en Constitución, estoy esperando que me hablés...

Y repentinamente ella se puso a llorar. Los que esperaban el colectivo se daban vuelta o avanzaban el rostro para observar a esa mujer que gemía como un niño sobre el pecho de un hombre.

Un sentimiento, mezcla de pena y encono, dominó a Mario. Dobló el diario y lo guardó en el bolsillo. Trató de disimular su contrariedad y su embarazo (odiaba sobre todo llamar la atención en la calle).

—¿Qué te pasa?

Clara no respondió. Entonces Mario la sacudió de los hombros.

—¿Pero qué te pasa, mujer?

Ella se calmó. Levantó lentamente el rostro y buscó la mirada de su marido. Pero Mario señalaba hacia la calle:

—Ahí viene.

Tampoco pudieron hablar en ese instante. El colectivo se detuvo y la fila se puso en movimiento. El 201, repleto, se internó noche adentro, hacia Lanús Oeste.

NO HUBO oportunidad de cambiar una sola palabra en el colectivo. Desde el paradero final, caminaron en silencio las cinco cuadras sin pavimentar. Después Clara esperó que él abriera el candado del portoncito de alambre trenzado. Cuando entraron en la cocina, Clara encendió el gas y mecánicamente puso una olla de agua al fuego. Se dejó caer en una silla y levantó la vista.

—¿Qué te dijo el médico? —preguntó Mario, y se escuchó a sí mismo con forzado aplomo, mientras sentía que el temor le temblequeaba en las mejillas.

—A mí no me dijo nada. Después habló con Marcela a solas. La vi salir pálida a la pobre. No pudieron engañarme.

—¿No serán cosas que se te ocurren a vos?

Clara movió la cabeza con fatigada tristeza:

—A mí no se me ocurre nada. Todo lo contrario. Trato de no pensar en nada. Pero siento la enfermedad adentro. Y prefiero no pensar en nada. Dejar que eso crezca y me coma por dentro. ¡Qué se yo!

Se incorporó. Se veía flaca y a Mario le pareció más alta y dura que nunca. La admiró y le dominó un sentimiento de orgullo por esa mujer, seguramente ya condenada (no lo dudaba en absoluto), pero que se erguía para atenderlo mientras le alcanzasen las fuerzas.

—¿Te hago algo de comer?

Y como él no respondiese, ella se adelantó:

—Voy a prepararte algo liviano: fideos con manteca... Ya es tarde para hacer otra cosa.

—Bueno —aceptó Mario. Sentóse cerca de la mesa y volvió a abrir el diario. La mujer extendió el mantel a cuadros rojos y puso los platos, la botella de vino a medio llenar y el celeste envase de un sifón. Una vez más se repetía el rito cotidiano. Hasta donde alcanzaba la memoria de Mario, veía a su madre, después a su hermana, ahora a Clara: siempre mujeres graves y sufridas en el acto de disponer la mesa para la cena.

Pero esta noche todo cobraba un nuevo sentido. Y Clara parecía indicarle ahora que ese ritual de la vida iba a terminar un día, y que ese momento no estaba lejano. Mario percibía su inminencia y caía en la cuenta que era irreversible. ¿Pero por qué? ¿Acaso algún día podría morir todo, hasta la esperanza? Sí. Todo iba a terminar. Lo comprendía ahora, mientras su mujer depositaba suavemente en la mesa la repleta panera, como si se tratase de un florero.

En otros tiempos, Mario había asociado la idea de la muerte con el dolor y el miedo. Ahora comprendía que el dolor y el miedo podían ser detalles accidentales, pero lo que dominaba todo era la tristeza, una tristeza que anonadaba y hacía sentir por igual el dolor de vivir y de morir. Y resultaba tan profundamente absurda la repetición de esos gestos cotidianos de preparar la cena, que por un momento creyó —como había creído toda su vida— que «eso»

nunca podía interrumpirse, y la revelación de lo contrario le hirió como una intolerable injusticia. Pues cuando faltaran esos gestos de esa mujer, todo habría terminado para él.

Repentinamente se incorporó. Clara lo vio pálido.

—¿Qué te pasa?

Sentíase avergonzado como si lo desnudasen en público. Quería esconder su emoción.

—Me siento descompuesto —se disculpó.

Se dirigió al baño. Pero no hizo otra cosa que golpear la puerta (como si se encerrase), y entró en el dormitorio. Se dejó caer en la cama y sintió cómo las lágrimas le corrían por las mejillas. No recordaba haber sentido nunca algo parecido, pero repentinamente recordó los días de su infancia. En las noches tormentosas, las lágrimas le corrían por las mejillas cuando reventaban los truenos, en un sollozo que el miedo hacía mudo y retenido. Ahora lloraba del mismo modo, y eso le calmaba lentamente con la terrible dulzura de alguien que estuviese convaleciente de una amputación.

Llegaban hasta él los ruidos de la cocina: Clara seguía preparando la cena. Mario fue hasta la ventana. Una fila de luces señalaba la calle. Apartó la vista de ese paisaje desolado. Sentía esa tristeza como un dolor físico. Una tristeza que impregnaba todo: esa calle y ese dormitorio, su imagen que le devolvía el espejo del ropero y los ruidos que llegaban de la cocina. ¿Pero por qué? Presentía que ella se iba definitivamente de su lado.

Recordó que en varias oportunidades había sorprendido a Clara llorando en el dormitorio. «Cosas de mujeres» había pensado entonces, pero ahora le mordía una duda. ¿También ella conocía esa insalvable tristeza?

Seguramente que sí. Clara siempre le escondió dolores y problemas. A Mario le aguijoneó una celosa curiosidad de enamorado. Fue hasta el ropero y buscó a tientas. Encontró el viejo envase de latón policromado de té que le servía de cofre a Clara. Revolvió una cantidad fabulosa de botones y algunos carreteles de hilo de color. (Y era como si revisase las cosas dejadas por una muerta.) Allí encontró varias cartas y las dos postales que le mandó de novio. En el fondo había un viejo recorte de diario. En el papel amarillento por los años sonreía un rostro joven y huesudo. El retrato del padre de

Clara. Leyó un episodio del famoso accidente del tranvía que cayó en el Riachuelo. En los bolsillos del mameluco del obrero que había dejado tres huérfanos (Clara era la mayor), sólo habían encontrado su almuerzo (un *sandwich* de milanesa) y un boleto obrero de ida y vuelta. El periodista le dedicaba al hecho un recuadro henchido de consideraciones sociales y sentimentales (se trataba de un diario de la tarde que se vendía principalmente en las barriadas obreras).

Mario desconocía, o no recordaba, ese réquiem periodístico al padre de Clara. Lo leyó con interés. ¿Cuántas veces en su vida Clara se emocionó hasta las lágrimas con la lectura de ese amarillento pedazo de diario? Seguramente le escondió ese recorte por las consideraciones que hacía el periodista sobre la pobreza del obrero y el desamparo en que quedaban los huérfanos. ¿Cuántas otras cosas le escondió Clara? Repentinamente tuvo la revelación de que cuando despertaba a medianoche con la febril sensación de dormir con una desconocida, no era consecuencia de la inconciencia, sino fruto de una extraña lucidez.

—Creí que estabas en el baño.

Le llegó la voz de Clara con matices que nunca había percibido. La desconocida reclamaba su presencia.

—¿Estás ahí, Mario?

—Ya voy —le contestó. Guardó la lata que oficiaba de cofre y cerró la puerta del ropero.

—Vení pronto. La comida ya está servida y se enfría.

Los pasos de Clara se alejaron hacia la cocina. Mario entró allí, tratando de tranquilizarse.

Se sentaron a la mesa, frente a los platos humeantes. Mario se sirvió un vaso de vino y lo bebió lentamente. Quizá Clara no estuviese enferma de peligro. Trató de escrutar ese rostro como desdibujado en su mente por una vida entera en común. La vio flaca, como si la calavera pujase por salir de sus carnes. No; no estaba tan flaca. La culpa era de las sombras que parecían cavar su rostro. Pero sí la veía cansada y vieja. Y esa vejez de su mujer le dolía en el alma como una culpa de él o un engaño de ella.

—¿No comés?

Mario no respondió, ensimismado en la revelación de que ahora

amaba el rostro ajado de esa desconocida sentada frente a él. Una desconocida cuya vida le resultaba un misterio, y ya era tarde, irremediablemente tarde para develarlo.

—Se está enfriando la comida —insistió Clara—. ¿Qué te pasa?

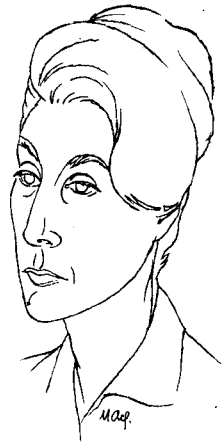
—Nada.

Quiso expresar la ternura que lo embargaba, pero temió caer en un patetismo que no sabía dónde podía llevarlo.

Empuñó el tenedor e hizo un ovillo de tallarines. Sentía la garganta crispada, pero dominó el deseo de confesar su angustia. Lo quiso hacer, pero no supo cómo empezar. Entonces hizo un esfuerzo y comenzó a comer. En silencio, como siempre.

DOS METROS DE TIERRA

NADINE GORDIMER/AFRICA DEL SUR



Mi esposa y yo no somos auténticos granjeros, y Lerice aún menos que yo, desde luego. Está nuestra finca a tres leguas de Johannesburgo, junto a una de las carreteras principales, y la adquirimos con ánimo de introducir un cambio en nuestra vida, supongo. Hay mucho de desconcertante en un matrimonio como el nuestro. Cuando sondea uno un matrimonio, espera encontrar un profundo silencio de satisfacción. No es que la granja nos lo haya deparado, por supuesto, pero ha conseguido otras cosas inesperadas, ilógicas. Lerice, a quien había esperado ver encerrada en una melancolía a lo Chejov durante un par de meses, dejando después el campo libre a los criados mientras volvía al intento de obtener un papel de su agrado, a fin de llegar a ser la actriz con que siempre soñara, se ha enfrascado totalmente en el trabajo de administrar la finca, poniendo en ello la misma seriedad y vehemencia con que en otro tiempo se desvivía por interpretar los recovecos de la mente de un dramaturgo. Hace tiempo que yo hubiese dejado la granja de no haber sido por ella. Sus manos, antes menudas, suaves, bien cuidadas —no era de esas actrices que se pintan las uñas y llevan sortijas de brillantes—, son bastas ahora como los pulpejos callosos de un perro.

Como digo, yo sólo paso allí las noches y los fines de semana. Soy socio de una agencia de viajes de lujo, un negocio floreciente, pues no tiene más remedio que serlo, como digo a Lerice, para poder sostener la granja. Sin embargo, aunque sé que está fuera de mis posibilidades, y aunque el olor dulzón de las gallinas que cría Lerice

me pone malo, de modo que procuro siempre no tropezarme con ellas, la granja tiene un no sé qué de hermoso que yo había prácticamente olvidado. Sobre todo los domingos por la mañana cuando me levanto y voy a los corrales, y no veo las palmeras, ni los viveros, ni las pajareras de piedra artificial del extrarradio urbano, sino los patos blancos en el estanque, el campo de alfalfa reluciente como ordenado por un escaparatista, y el toro pequeño y rechoncho de ojos atravesados, rijoso pero aburrido, dejándose lamer cariñosamente la cara por una de sus concubinas. Lerice sale despeinada. Trae en la mano un palo del que gotea desinfectante para el ganado. Se detiene y parece ensimismada por un momento, como si estuviera representando una de sus comedias. «Se juntarán mañana», dice. «Ya llevan dos días. Fíjate cómo le quiere a mi pequeño Napoleón.» De forma que cuando viene gente a vernos el domingo por la tarde, no es raro que yo mismo me sorprenda diciendo a quien sea, mientras preparo las copas:

«Cuando vuelvo a casa todos los días desde la ciudad, al pasar por esos bloques de casas de las afueras, me pregunto cómo demonios hemos podido aguantar el vivir allí... ¿Queréis echar un vistazo a esto?» Y entonces me llevo a una guapa muchacha y a su joven esposo a trompicones hasta la orilla del río, la chica enganchándose las medias en las cañas de maíz y sorteando boñigas de vaca rumorosas de moscas verdes como esmeraldas, mientras dice: «...las *tensiones* de la maldita ciudad. ¡Y tú además estás cerca, si un día quieres ir al cine o al teatro! ¡Qué estupendo! ¡Tienes las dos cosas!»

Y yo por un momento acepto el triunfo como si de veras hubiese logrado ese imposible por el que llevo luchando toda mi vida; precisamente como si la verdad estuviera en lograr esas «dos cosas», en lugar de contentarse no con la una o con la otra, sino con una tercera, por cuya consecución no hubiera dado paso alguno.

Pero hasta en nuestros ratos de mayor desapasionamiento, cuando los entusiasmos agrícolas de Lerice me parecen tan insoportables como en otro tiempo sus afanes histriónicos, y ella ve en los que llama mis «celos» por su capacidad de entusiasmo una prueba tan grande como siempre de mi incapacidad de identificación con ella, creemos sinceramente que, en definitiva, hemos sabido sustraernos de veras a esas tensiones propias de la ciudad de que hablan nuestros visi-

tantes. Cuando la gente de Johannesburgo habla de «tensión», no se refiere a los transeúntes apresurados en las calles populosas, a la lucha por el dinero o al carácter de competencia generalizada de la vida urbana. Alude al hecho de que los blancos hayan de dormir con las armas debajo de la almohada, y a las rejas que protegen sus ventanas contra los asaltos. Piensa en esos momentos insólitos que se dan en las calles de la ciudad cuando un negro no quiere ceder la acera a un blanco.

Pero en el campo, sólo a tres leguas de distancia, la vida es otra cosa. En el campo todavía queda el rescoldo de épocas anteriores; nuestras relaciones con los negros son casi feudales. Injustas, de acuerdo; anticuadas, pero más cómodas para todos. Aquí no tenemos ni rejas en las ventanas ni armas. Los gañanes de Lerice viven en la granja con sus esposas y sus críos. Destilan su cerveza ácida sin miedo a las batidas de la policía. Si vamos a decir, siempre nos hemos sentido bastante orgullosos de que los pobres diablos que viven con nosotros no tengan mucho que temer; Lerice hasta se interesa por los niños, con la competencia que puede suponerse en una mujer que no ha tenido hijos propios, y aun hace de médico de todos ellos —niños y adultos— y los cuida como a unos angelitos cuando se ponen malos.

Esta es la causa de que no nos sobresaltáramos demasiado cuando una noche del invierno pasado el mozo Albert vino a llamar a nuestra ventana mucho después de la hora de acostarnos. Yo no estaba en la cama, sino durmiendo en la pequeña pieza inmediata, antealcoba y ropero en una pieza, ya que me había disgustado con Lerice y estaba dispuesto a no dejarme ablandar sólo por el suave aroma de los polvos de talco sobre su piel, recién bañada. Vino ella y me despertó.

—Dice Albert que uno de los muchachos está muy enfermo —me dijo—. Más vale que vayas a ver, creo yo. No iban a despertarnos a estas horas si la cosa no tuviese importancia.

—¿Qué hora es?

—La que sea, ¿qué más da? —Lerice es de una lógica exasperante.

Me levanté con aire desmañado, bajo sus ojos atentos (¿por qué he de parecer siempre un necio cuando he desertado de su cama?).

De todos modos, por la forma en que procura siempre no mirarme cuando me habla en el desayuno al día siguiente sé que está herida y humillada por mis desatenciones; y salí, medio sonámbulo.

—¿De qué muchacho se trata? —pregunté a Albert por el camino, a la luz fluctuante de una antorcha.

—Está malo. Muy malo, *baas* —dijo por toda respuesta.

—¿Pero quién? ¿Franz? —Me acordé de Franz, que había tenido un fuerte catarro la semana anterior.

Albert no contestó; me había cedido la senda y caminaba a mi lado, entre las altas hierbas secas. La luz de la antorcha le dio de lleno en la cara, y observé que parecía profundamente turbado.

—¿Pero qué es lo que pasa? —inquirí.

El bajó la cabeza, rehuyendo la luz.

—No es cosa mía, *baas*. No sé. Me ha mandado Petrus.

Irritado, le hice apresurarse hacia las cabañas y allí, en el propio catre de Petrus (un armazón de hierro montado sobre soportes de ladrillos), vimos a un joven muerto. Aún brillaba en su frente un leve sudor frío, pero el cuerpo lo tenía caliente. Rodeábanle los muchachos en esa actitud que adoptan en la cocina cuando se descubre que alguien ha roto un plato: distantes, silenciosos. La mujer de uno de ellos se movía en la sombra, retorciéndose las manos bajo el delantal.

Hacía que no veía yo un hombre muerto desde la guerra. Aquel era completamente distinto. Y me sentí como los demás: extraño, inoportuno.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

La mujer se dio unos golpecitos en el pecho y meneó la cabeza, expresando así la angustia de no poder respirar.

Debía de haber muerto de pulmonía. Me volví hacia Petrus:

—¿Quién era este muchacho? ¿Qué hacía aquí? —La luz de una vela colocada en el piso reveló que Petrus estaba llorando. Salí, y él detrás.

Una vez fuera, en plena oscuridad, esperé a que hablase. Pero seguía encerrado en su mutismo.

—Vamos, Petrus, tienes que decirme quién era ese chico. ¿Era amigo tuyo?

—Es mi hermano, *baas*. Vino de Rhodesia a buscar trabajo.

La historia no dejó de sorprendernos, tanto a Lerice como a mí. El muchacho se había venido desde Rhodesia para buscar trabajo en Johannesburgo. Debió de coger frío de dormir a la intemperie durante el viaje, y había caído enfermo en la cabaña de su hermano Petrus, cuando llegó tres días atrás. Los demás no se habían atrevido a pedirnos ayuda, ya que ni siquiera teníamos idea de su presencia. A los indígenas rhodesianos les está prohibido entrar en La Unión, a no ser que dispongan de salvoconducto; el joven era un inmigrante ilegal. Sin duda nuestros muchachos habían conseguido arreglarlo todo con éxito en varias ocasiones anteriores; una buena serie de parientes debió de recorrer en su día los mil y pico kilómetros que van de la pobreza al paraíso de los trajes charros y baratos, de las batidas de la policía y de los barrios bajos negros que es su *Egoli*, su Ciudad de Oro: nombre bantú de Johannesburgo. Todo se reducía a tener escondido al hombre en nuestra granja hasta encontrar la oportunidad de emplearle con alguien que quisiera correr los riesgos de una denuncia por dar trabajo a un inmigrante ilegal, a cambio de los servicios de una persona no corrompida todavía por la urbe... De todos modos, aquel ya no volvería a levantarse.

—Podían habérnoslo dicho, por lo menos —comentó Lerice a la mañana siguiente—. Una vez que el muchacho se puso enfermo... ¿Cómo no nos avisaron...?

Cuando algo le llega al alma, tiene una forma de quedarse parada en mitad de la habitación como el que está a punto de salir de viaje, lanzando miradas escrutadoras a su alrededor y deteniéndose en los objetos más familiares como si los viese por vez primera. Pude advertir que en presencia de Petrus, en la cocina, esa misma mañana más temprano, había mostrado una actitud como de estar ofendida con él o poco menos, como si se sintiera lastimada en lo más vivo.

De todos modos yo, francamente, ya no tengo tiempo ni ganas de indagar en todos esos detalles de nuestra existencia que Lerice quisiera que indagáramos, según adivino en sus ojos alarmados y apremiantes. Ella es mujer a quien no importa parecer fea o estrambótica; y dudo que le importase aunque supiera lo rara que está cuando una viva perplejidad le desencaja las facciones.

—Supongo que ahora me tocará a mí pringar con todos los trámites —dije.

Ella continuaba mirándome fijo, escudriñándome con esos ojos suyos... Pero perdía el tiempo.

—Tengo que dar cuenta a las autoridades sanitarias —dije con calma—. No pueden enterrarlo por las buenas. Después de todo no sabemos de qué ha muerto.

Continuó inmóvil, sin decir palabra, como dándolo todo por perdido. Ni me veía ya, sencillamente. Creo que en mi vida me he sentido más irritado.

—Puede haber sido algo contagioso —aventuré—. Sabe Dios.

No obtuve respuesta.

No me seducen nada los monólogos. Así que salí y di voces a uno de los muchachos que abriese el garaje y tuviera listo el coche para mi viaje matinal a la ciudad.

Como me figuraba, todo se volvieron complicaciones. Tuve que avisar no sólo a las autoridades sanitarias, sino también a la policía, y responder a un montón de preguntas fastidiosas: ¿Cómo es que no sabía nada de la presencia del muchacho? Si no inspeccionaba los alojamientos de los nativos, ¿cómo sabía que tales cosas sucedían a menudo? Etcétera, etcétera. Cuando me harté y les dije que mientras que mis nativos hicieran su trabajo no consideraba derecho ni asunto mío el meter las narices en sus vidas privadas, recibí del grosero y estólido policía una de esas miradas que no dimanan de un proceso intelectivo del cerebro, sino de aquella facultad tan generalizada entre cuantos viven fanatizados por la teoría de la raza superior: una mirada llena de insensato y necio convencimiento. Me sonrió con una mezcla de desdén y regocijo por mi estupidez.

Después tuve que explicar a Petrus por qué las autoridades sanitarias tenían que llevarse el cadáver para la práctica de la autopsia, y también en qué consistía la autopsia. Cuando telefoneé al Departamento de Sanidad unos días más tarde para saber el resultado, me dijeron que la causa de la muerte fue, como habíamos supuesto, la pulmonía, y que habían procedido al traslado del cadáver. Fui entonces a ver a Petrus, que estaba preparando el pienso para las gallinas, y le dije que todo estaba arreglado y que no habría complicaciones; su hermano había muerto de un mal en el pecho. Petrus dejó en el suelo la lata y preguntó:

—¿Cuándo podremos ir por él, *baas?*

—¿Ir por él?

—Sí; ¿querría usted preguntar cuándo tenemos que ir?

Entré en la casa y me puse a llamar a Lerice por todas partes. Andaba en el piso de arriba, por los cuartos de huéspedes, y cuando bajó le dije:

—¿Y ahora qué hago? Cuando se lo he contado a Petrus, se ha limitado a preguntarme tranquilamente que cuándo pueden ir a recoger el cadáver. Creen que van a poder enterrarlo por su cuenta.

—Vaya, hombre; pues vuelve y explícaselo —dijo Lerice—. Tienes que explicárselo. ¿Por qué no se lo has explicado?

Volví para hablar con Petrus, que me escuchó cortésmente.

—Mira, Petrus —le dije—. No puedes ir a recoger a tu hermano. Ya lo han enterrado ellos; lo han *enterrado*, ¿entiendes?

—¿Dónde? —preguntó lenta, obtusamente, cual si pensara que quizá no había entendido bien.

—Verás, tu hermano era extranjero. Ellos sabían que no era de aquí; lo que no sabían es que tuviese familia en el país, de modo que creyeron su deber enterrarlo. —Era difícil, a un entierro de beneficencia, darle visos de privilegio.

—Por favor, *baas,* tiene usted que pedírselo. —Pero no quería decir con aquello que necesitaba saber dónde estaba enterrado el difunto. Ignoraba por completo la incomprensible maquinaria que, según le expliqué, se había puesto en marcha sobre su hermano muerto; lo único que él quería era que le devolviesen a su hermano.

—Pero, Petrus —le dije—, ¿qué puedo hacer yo? Tu hermano ya está enterrado. No puedo ir a reclamarlo ahora.

—¡Oh, *baas!* —exclamó. Permaneció inmóvil, las manos sucias de salvado caídas fláccidamente a ambos costados, con una contracción nerviosa en la comisura de los labios.

—¡Pero por Dios bendito, Petrus, si no me van a hacer caso! Y aunque quisieran, no tienen atribuciones. Lo siento, pero no puede ser. ¿Comprendes?

El seguía mirándome, persuadido de que los hombres blancos lo tienen todo, lo pueden todo; si no lo hacen, es porque no quieren.

Más tarde, durante la cena, atacó Lerice.

—Por lo menos podrías telefonear.

—Pero ¿quién crees que soy yo? ¿Es que esperas que devuelva la vida al muerto?

No había manera humana de sustraerme a la ridícula responsabilidad que habían cargado sobre mis hombros.

—Telefonéales —insistió ella—. En último extremo siempre podrás decirle que has puesto todo de tu parte y te han explicado que es imposible.

Después del café, Lerice se fue para la cocina. Al rato volvió y me dijo:

—El padre viene de Rhodesia para asistir al entierro. Ha conseguido un salvoconducto y ya está en camino.

Desgraciadamente, no era imposible conseguir la devolución del cadáver. Las autoridades dijeron que la cosa era un tanto irregular, pero teniendo en cuenta que se habían cumplido debidamente todos los requisitos higiénicos, no podían negar su permiso a la exhumación. Calculé que con los derechos de la funeraria vendría a costar todo unas veinte libras. Bueno, pensé, ya está solucionado. Petrus gana cinco libras al mes. ¿Cómo va a disponer de veinte? Y aunque las tenga, poco puede hacer con ellas en favor del muerto. Y desde luego yo no voy a ofrecérselas. Hubiese gastado veinte libras —o cualquier otra cantidad razonable para el caso— sin refunfuñar demasiado en médicos o medicinas que pudieran haber valido al muchacho cuando aún vivía. Una vez muerto, no tenía la menor intención de animar a Petrus para que tirase por la ventana como si tal cosa más de lo que gastaba en vestir a su familia en un año.

Cuando se lo participé en la cocina, esa misma noche, dijo él:

—¿Veinte libras?

—Sí, exactamente, veinte libras —repetí yo.

Por un momento, viendo la cara que ponía, creí que estaba haciendo cálculos. Pero cuando habló de nuevo, pensé que debía habérmelo figurado.

—¡De modo que hay que pagar veinte libras! —dijo con esa voz abstraída con que se habla de algo tan inasequible que ni siquiera se molesta uno en pensarlo.

—Como lo oyes, Petrus —repuse, y me volví al cuarto de estar.

A la mañana siguiente, antes de marchar a la ciudad, Petrus dijo que quería verme.

—Por favor, *baas* —titubeó, alargándome un fajo de billetes con visible embarazo. Están tan poco acostumbrados a dar, en lugar de recibir, que no aciertan a entregar dinero a un hombre blanco. Pero allí estaban las veinte libras, en billetes de una y de media, algunos arrugados y doblados, pringosos como harapos sucios, otros suaves y bastante nuevos: el dinero de Franz, supongo, y el de Albert, y el de Dora la cocinera, y el de Jacob el jardinero, y Dios sabe de cuántos más de todas las granjas y pequeñas haciendas del contorno. Aquello, más que sorprenderme, me irritó, produciéndome un verdadero desasosiego el despilfarro y la inutilidad de tal sacrificio en gentes tan pobres. Como los pobres de todas partes, pensé, que se privan de todo en la vida con tal de que no les falten los lujos de la muerte. Algo incomprensible para personas como Lerice y yo, convencidos de que la vida debe vivirse con prodigalidad, y si en algún momento pensamos en la muerte, la consideramos la bancarrota definitiva.

Los CRIADOS no trabajan los sábados por la tarde, de modo que era un buen día para el entierro. Petrus y su padre nos habían pedido prestados los borricos y el carro para traer el ataúd de la ciudad, donde, según dijo Petrus a Lerice a su regreso, todo había ido «de maravilla»: el féretro les estaba esperando, ya cerrado para que no sufrieran una visión sin duda bastante desagradable, al cabo de las dos semanas transcurridas desde la inhumación. (Pues dos semanas habían tardado las autoridades y la funeraria en ultimar los preparativos para el traslado del cadáver.) Toda la mañana permaneció el féretro en la cabaña de Petrus en espera del viaje hacia el pequeño cementerio situado junto a la linde oriental de nuestra granja, reliquia de los tiempos en que esto era un verdadero distrito agrícola más que una elegante finca campestre. Fue pura casualidad que yo estuviese abajo, junto a la cerca, cuando pasó el cortejo; Lerice había vuelto a olvidar la promesa que me tiene hecha de no volver la casa inhabitable los sábados por la tarde. Cuando llegué de la ciudad me la encontré con unos pantalones viejos y mugrientos, y sin peinar desde la noche anterior, después de haber raspado todo el barniz del suelo del cuarto de estar, sin más ni más. De modo que, todo furioso, agarré un palo de golf y salí a practicar un poco. Con

el disgusto, me había olvidado por completo del entierro, y no me acordé hasta que vi venir el cortejo hacia mí por el sendero que bordea la cerca; desde donde yo estaba se veían las sepulturas con toda claridad, y ese día precisamente reverberaba el sol en diversos fragmentos de cacharros rotos, una cruz casera desvencijada y varios tarros renegridos llenos de agua de lluvia y flores secas.

Pasé mi poco de apuro, sin decidirme ni a seguir pegando a mi pelota de golf ni a suspender el juego, al menos mientras no se hubiese alejado lo suficiente la comitiva fúnebre. El carretón crujía y rechinaba a cada vuelta de las ruedas, avanzando con una marcha lenta y renqueante que se avenía bien con la pinta de los dos pollinos que lo arrastraban, despeluzadas por el roce las pequeñas panzas peludas, hundidas las cabezas entre las varas y amusgadas las orejas con aire de sumisión y encogimiento; todo a tono también con el grupo de hombres y mujeres que lentamente los seguían. El paciente asno. Creo que, observándolo, se comprende la razón de que este animal llegara a ser un símbolo bíblico. Mientras tanto, el cortejo llegó a mi altura y se paró, y yo tuve que dejar mi palo de golf. Sacaron el ataúd del carro —era de madera reluciente, barnizado de amarillo como los muebles baratos— y los asnos comenzaron a espantarse las moscas con las orejas. Petrus, Franz, Albert y el anciano padre llegado de Rhodesia cogieron el ataúd en hombros, y el cortejo siguió su camino a pie. Fue un momento de veras peliagudo. Yo me mantenía junto a la cerca como embobado, en absoluta inmovilidad; y muy despacio, sin mirar, pasaron los cuatro hombres doblados bajo el peso del féretro de madera barnizada, y detrás, rezagados, los demás asistentes al duelo. Todos ellos eran criados de la casa, o de las haciendas vecinas, a quienes conocía por haberlos visto de charla con los nuestros en el campo o en la cocina. Se oía el resuello del anciano.

Me acababa de agachar para recoger mi palo de golf cuando sobrevino una especie de conmoción en el fluir ponderado y solemne del cortejo; la sentí de inmediato, como una oleada de calor en el aire, o como una de esas corrientes frías que nota uno en las piernas cuando se baña en un raudal apacible. La voz del viejo murmuraba no sé qué; la gente se había parado, confundida; se empujaban unos a otros, quiénes pugnando por seguir adelante, quiénes siseán-

doles que no se movieran. Vi muy bien que estaban todos desconcertados, pero no podían desoír aquella voz; así las palabras oscuras de un profeta, aunque incomprensibles al principio, cautivan siempre el ánimo. El lado del ataúd que le tocaba cargar al viejo habíase vencido por una punta; como si el hombre quisiera deshacerse de la carga. Petrus le reconvenía.

El chiquillo que había quedado al cuidado de los asnos soltó los ramales y corrió a mirar. No sé por qué —como no fuera por la misma razón que la gente se agolpa en torno al que se ha desmayado en el cine—, pero es el caso que separé los alambres de la cerca y me llegué hacia el grupo.

Petrus levantó los ojos hacia mí —creo que hacia cualquiera que se hubiese acercado— con angustia y horror. El anciano de Rhodesia había soltado por completo el ataúd, y los otros tres, incapaces de sujetarlo ellos solos, lo depositaron en el suelo, en la misma senda. Una fina capa de polvo empañaba ya tenuemente su brillante superficie. No entendía yo lo que el anciano decía, y tampoco me decidía a intervenir. Pero todo el grupo bullicioso aguardaba expectante a que rompiera el silencio. El propio anciano se me acercó y me interpeló directamente, diciendo algo que no comprendí, pero debía de ser sorprendente y extraordinario, a juzgar por el tono en que eran pronunciadas las palabras.

—¿Qué pasa, Petrus? ¿Qué sucede? —inquirí.

Petrus extendió las manos, dio unas cuantas cabezadas histéricas, y luego, de pronto, alzó la vista y me miró.

—Pues dice: «Mi hijo no pesaba tanto».

Silencio. Hacíaseme perceptible el jadeo del anciano, que tenía la boca entreabierta como suelen los viejos.

—Mi hijo era joven y delgado —explicó al fin en inglés.

Volvió a reinar el silencio. Luego prosiguieron los murmullos. El viejo despotricaba contra todo el mundo; sus dientes eran pocos y amarillos, y lucía uno de esos magníficos bigotes grises, poblados y caídos, que no se ven ya mucho en estos días, y que se había dejado crecer en recuerdo de los primeros fundadores del Imperio. Parecía revestir todas sus expresiones de una especial solemnidad, quizá sólo por ser el símbolo de la tradicional prudencia de los años —idea tan terriblemente arraigada que todavía entraña algo pavoroso,

de más allá de la razón. Consiguió conmover a todos; pensaron si estaría mal de la cabeza, pero no tuvieron más remedio que escucharle. Con sus propias manos, comenzó a tantear la tapa de la caja, pretendiendo levantarla, y tres hombres se adelantaron a ayudarle. Entonces se sentó en el suelo, y allí fue de verle, tan viejo, tan débil, que no acertaba ni a hablar, limitándose a levantar su mano temblorosa hacia lo que tenía delante. Renunciaba. Se lo dejaba a los demás. Ya no tenía fuerzas.

Todos se agolparon para mirar (y yo también), y todos olvidaron la índole de la sorpresa y la ocasión de pesadumbre en que se originaba, y por unos instantes sintiéronse transportados por la grata estupefacción de la sorpresa misma. Todos gesticulaban y se excitaban ruidosa y animadamente. Aún tuve tiempo de observar al chico que se había hecho cargo de los asnos saltando en todas direcciones, casi llorando de rabia, porque las espaldas de los mayores le impedían disfrutar del espectáculo.

En el ataúd yacía un sujeto al que nadie había visto jamás: un indígena de constitución robusta y piel bastante clara, con el costurón de una cicatriz bien marcado en su frente: reliquia quizá del golpe recibido en una pelea en la que hubiera sufrido también otras heridas de efectos más graves y tardíos, causa probable de su muerte.

UNA SEMANA me pasé discutiendo con las autoridades a propósito del cadáver. Tuve la impresión de que estaban consternados —es lo menos que se puede decir— por su propio error; mas con la confusión que aquel muerto anónimo representaba no acertaban a poner las cosas en claro. «Estamos haciendo lo posible por encontrarlo», me aseguraban, y «Continuamos indagando». Parecía como si en el momento menos pensado fueran a llevarme al depósito y a decirme: «¡Vamos!, levante las sábanas; a ver si encuentra al hermano del encargado de su gallinero. Hay tantas caras negras... ¿no será uno de estos?»

Y todas las tardes, al volver a casa, Petrus me estaba esperando en la cocina.

—Continúan buscando. No lo han olvidado. El *baas* está pendiente de tu asunto, Petrus —le decía.

—Diablos, el tiempo que debía estar en la oficina me lo paso dando vueltas por la ciudad, investigando el asunto —confesé a Lerice cierta noche, en un aparte.

Ni Petrus ni ella apartaban de mí los ojos mientras les hablaba, y cosa extraña, en esos momentos los veía exactamente iguales, por imposible que parezca: mi esposa con su frente despejada y blanca y su talle delgado de mujer inglesa, y el mozo del gallinero con los curtidos pies descalzos asomándole de los pantalones caqui, que llevaba amarrados con cuerdas bajo las rodillas, y el peculiar tufo a sudor que brotaba abundante de su piel.

—¿Y por qué tan indignado y tan resuelto ahora? —me preguntó Lerice de repente.

Clavé los ojos en ella.

—Es cuestión de principios. ¿Por qué se han de salir siempre con la suya? Ya es hora de que estos funcionarios den con alguien que les obligue a moverse.

—¡Vaya, hombre! —exclamó.

Y cuando Petrus, en vista de que la conversación no era ya de su incumbencia, abrió despacito la puerta para marcharse, ella se largó también.

Continué sosteniendo las esperanzas de Petrus, una tarde tras otra, pero a pesar de decirle siempre lo mismo, y con la misma voz, la verdad es que sonaba cada día más débil. Al final se hizo evidente que jamás conseguiríamos encontrar al hermano de Petrus, ya que nadie sabía en realidad dónde estaba. Quizá en algún cementerio uniforme como el plano de un edificio, con un número equivocado, o acaso en la Facultad de Medicina, reducido laboriosamente a secciones de músculo y tiras de nervio. Dios sabe. Un ser sin identidad alguna en el mundo.

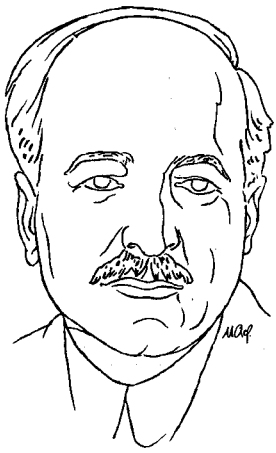
Fue entonces cuando, con voz avergonzada, me pidió Petrus que consiguiese la devolución del dinero.

—Por la manera de decirlo parece como si estuviera robando a su hermano muerto —comenté con Lerice más tarde. Pero como ya he dicho, Lerice había tomado el asunto tan a pecho que no era capaz de apreciar ni un asomo de ironía.

Intenté que me devolvieran el dinero; Lerice también. Ambos telefoneamos, y escribimos, y discutimos; pero no conseguimos

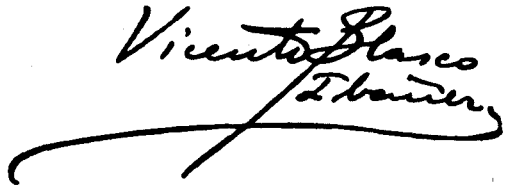
nada. Al parecer el gasto más importante había sido el de la funeraria, que al fin y al cabo había hecho su trabajo. Total, que fue como haber tirado el dinero: un dispendio para los pobres diablos aún mayor de lo que yo imaginara.

El viejo rhodesiano venía a tener aproximadamente la talla del padre de Lerice, de modo que le regaló un traje usado de su padre, y el infeliz volvió a su casa mucho mejor, por ser invierno, de como había venido.



NOCHE DE BODAS

VICENTE BLASCO IBAÑEZ/ESPAÑA



QUE AQUEL jueves, para Benimaclet, un verdadero día de fiesta. No se tiene con frecuencia la satisfacción de que un hijo del pueblo, un arrapiezo al que se ha visto corretear por las calles descalzo y con la cara sucia, se convierta, tras años y estudios, en todo un señor cura; por esto, pocos fueron los que dejaron de asistir a la primera misa que cantaba Visantet, digo mal, don Vicente, el hijo de la *siñá* Pascuala y el tío Nèlo, conocido por el *Bollo*.

Desde la plaza, inundada por el tibio sol de primavera, en cuya atmósfera luminosa moscas y abejorros trazaban sus complicadas contradanzas, brillando como chispas de oro, la puerta de la iglesia, enorme boca por la que se escapaba el vaho de la multitud, parecía un trozo de negro cielo, en el que se destacaban como simétricas constelaciones los puntos luminosos de los cirios.

¡Qué derroche de cera! Bien se conocía que era la madrina aquella señora de Valencia de la que los *Bollos* eran arrendatarios, la cual había costeado la carrera del chico.

En toda la iglesia no quedaba capillita ni hueco donde no ardiesen cirios; las arañas, cargadas de velas, centelleaban con irisados reflejos, y al humo de la cera uníase el perfume de las flores, que formaban macizos sobre la mesa del altar, festoneaban las cornisas y pendían de las lámparas, en apretados manojos.

Era antigua la amistad entre la familia de los *Bollos* y la *siñá*

Tomasa y su hija, famosas floristas que tenían su puesto en el Mercado de Valencia, y nada más natural que las dos mujeres hubiesen pasado a cuchillo su huerto, matando la venta de una semana para celebrar dignamente la primera misa del hijo de la *siñá* Pascuala.

Parecía que todas las flores de la vega habían huido para refugiarse allí, empujándose medrosicas hacia la bóveda. El Sacramento asomaba entre dos enormes pirámides de rosas, y los santos ángeles del altar mayor aparecían hundidos hasta el dorado vientre en aquella nube de pétalos y hojas que, a la luz de los cirios, mostraban todas las notas de color, desde el verde esmeralda y el rojo sanguíneo hasta el suave tono del nácar.

Aquella muchedumbre que, estrujándose, olía a lana burda y sudor de salud, sentíase en la iglesia mejor que otras veces, y encontraba cortas las horas de ceremonia.

Acostumbrados los más de ellos a recoger como oro los nauseabundos residuos de la ciudad, a revolver a cada instante en sus campos los estercoleros, en los cuales estaba la cosecha futura, su olfato estremecíase con intensa voluptuosidad, halagado por las frescas emanaciones de las rosas y los claveles, los nardos y las azucenas, a las que se unía el oriental perfume del incienso. Sus ojos turbábanse con el incesante centelleo de aquel millar de estrellas rojas, y les causaba extraña embriaguez el dulce lamento de los violines, la grave melopea de los contrabajos, y aquellas voces que desde el coro, con acento teatral, cantaban en un idioma desconocido, todo para mayor gloria del hijo del *Bollo*.

La muchedumbre estaba satisfecha. Miraba la deslumbrante iglesia como un palacio encantado que fuese suyo. Así, entre músicas, flores e incienso, debía estarse en el cielo, aunque un poco más anchos y sudando menos.

Todos se hallaban en la casa de Dios por derecho propio. Aquel que estaba allí arriba sobre las gradas del altar, cubierto de doradas vestiduras, moviéndose con solemnidad entre azuladas nubecillas, y a quien el predicador dedicaba sus más tonantes períodos, era uno de los suyos, uno más que se libraba del rudo combate con la tierra para hacer concebir incesantemente a sus cansadas entrañas.

Los más le habían tirado de la oreja por ser mayores; otros

habían jugado con él a las chapas, y todos le habían visto ir a Valencia a recoger estiércol con el capazo a la espalda, o arañar con la azada esos pequeños campos de nuestra vega que dan el sustento de toda una familia.

Por esto su gloria era la de todos; no había quien no creyese tener su parte en aquel encumbramiento, y las miradas estaban fijas en el altar, en aquel mocetón fornido, moreno, lustroso, resto viviente de la invasión sarracena, que asomaba por entre níveos encajes sus manazas nervudas y vellosas, más acostumbradas a manejar la azada que a tocar con delicadeza los servicios del altar.

También él, en ciertos momentos, paseaba su mirada con expresión de ternura por aquel apiñado concurso. Sentado en sillón de terciopelo entre sus dos diáconos, viejos sacerdotes que le habían visto nacer, oía conmovido la voz atronadora del predicador ensalzando la importancia del sacerdote cristiano y elogiando al nuevo combatiente de la fe, que con aquel acto entraba a formar parte de la milicia de la Iglesia.

Sí; era él: aquel día se emancipaba de la esclavitud del terruño, entraba en este mundo poderoso que no repara en orígenes; escala accesible a todos, que se remonta desde el mísero cura, hijo de mendigos, al Vicario de Dios; tenía ante su vista un porvenir inmenso, y todo lo debía a sus protectores, a aquella buena señora obesa y sudorosa bajo la mantilla de blonda y el negro traje de terciopelo, y a su hijo, al que el celebrante, por la costumbre de humilde arrendatario, había de llamar siempre el señorito.

Los peldaños del altar mayor, que le elevaban algunos palmos sobre la muchedumbre, percibíalos él en su futura vida como privilegio moral que había de realzarle sobre todos cuantos le conocieron en su humilde origen. Los más generosos sentimientos le dominaban. Sería humilde, aprovecharía su elevación para el bien; y envolvía en una mirada de inmenso cariño a todas las caras conocidas que estaban abajo, veladas por el intenso vaho de la fiesta; su madrina, el tío *Bollo* y la *siñá* Pascuala, que gimoteaban como unos niños con la nariz entre las manos, y aquella Toneta, la florista, su compañera de infancia, excelente muchacha que erguía con asombro la soberbia cabeza de beldad rifeña, como si no pudiera acostumbrarse a la idea de que Visantet, aquel mozo al que trataba

como un hermano, se había convertido en grave sacerdote, con derecho a conocer sus pecadillos y absolverla.

Continuaba la ceremonia. El nuevo cura, agitado por la emoción, por la felicidad y por aquel ambiente cargado de asfixiantes perfumes, seguía la celebración de la misa como un autómata, guiado muchas veces por sus compañeros, sintiendo que las piernas le flaqueaban, que vacilaba su robusto cuerpo de atleta, y sostenido únicamente por el temor de que la debilidad le hiciera incurrir en algún sacrilegio.

Como si se moviera en las nieblas de un sueño, realizó todas las partes que quedaban del misterio de la misa; con insensibilidad que le asombraba, verificó aquella consumación en la que tantas veces había pensado emocionado, y después del *tedéum*, cayó desvanecido en la poltrona, cerrados los ojos, y sintiéndose sofocado por aquella antigua casulla codiciada por los anticuarios, orgullo de la parroquia, y que tantas veces había mirado él, siendo seminarista, como el colmo de sus ambiciones.

Un penetrante perfume de rosa y almizcle, el ruido de agua agitada, le volvieron a la realidad.

La madrina le lavaba y perfumaba las manos para la recepción final, y toda la compacta masa abalanzábase al altar mayor queriendo ver de cerca al nuevo cura.

La vida de superioridad y respetos comenzaba para él. La señora, a la que había servido tantas veces, besábale las manos con devoción, y le llamaba don Vicente, deseándole muchas felicidades después de sus místicas bodas con la Iglesia.

El nuevo cura, a pesar de su estado, no pudo reprimir un sentimiento de orgullo y cerró los ojos, como si le desvaneciera el primer homenaje.

Algo áspero y burdo oprimió sus manos. Eran las pobres zarpas del tío *Bollo,* cubiertas de escamas por el trabajo y la vejez. El cura vio inundadas en lágrimas, contraídas por conmovedora mueca, las cabezas arrugadas y cocidas al sol de sus pobres padres, que le contemplaban con la expresión del escultor devoto que, terminada la obra, se prosterna ante ella creyéndola de origen superior.

Lloraba la gente contemplando el apretado grupo en que se confundía la dorada casulla con las negras ropas de los viejos, y las

tres cabezas unidas agitábanse con rumor de besos y estertor de gemidos.

El impulso de la curiosa muchedumbre rompió el grupo conmovedor, y el cura quedó separado de los suyos, entregado por completo al público que se empujaba por alcanzar las sagradas manos.

Aquello resultaba interminable. Benimaclet entero rozaba con besos sonoros como latigazos aquellas manos velludas, llevándose en los labios agrietados por el sol y el aire una parte de los perfumes.

Ahora sí que, agobiado por la presión de aquella multitud que se apretaba contra la poltrona, falto de ambiente y de reposo, iba a desmayarse de veras el nuevo cura.

Y en la asfixiante batahola, cuando ya se nublaba su vista y echaba atrás la cabeza, recibió en su diestra una sensación de frescura, difundiéndose por el torrente de su sangre.

Eran los rojos labios de la buena hermana, de Toneta, que rozaban su epidermis, mientras que sus negros ojos se clavaban en él con forzada gravedad, como si tras ellos culebrease la carcajada inocente de la compañera de juegos, protestando contra tanta ceremonia.

Junto a ella, arrogante y bien plantado como un Alcides, con la mano terciada y la rapada testa erguida con fiereza, estaba otro compañero de la niñez, Chimo el *Moreno*, el gañán más bueno y más bruto de todo Benimaclet, protegiendo a la arrodillada muchacha con la gallardía celosa de un sultán y mirando en torno con sus ojillos marroquíes, que parecían decir: «¡A ver quién es el guapo que se atreve a empujarla!»

II

La comida dio que hablar en el pueblo.

Seis onzas, según cálculo de las más curiosas comadres, debió de gastarse la buena de doña Ramona para solemnizar la primera misa del hijo de sus arrendatarios.

Era una satisfacción ver en la casa más grande del pueblo aquella mesa interminable cubierta de cuanto Dios cría de bueno en el

mundo, fuera del bacalao y las sardinas, y contemplar en torno de ella una concurrencia tan distinguida. Aquello era todo un suceso, y la prueba estaba en que al día siguiente saldría en letras de molde en los papeles de Valencia.

En la cabecera estaban el nuevo sacerdote, casi oprimido por las blanduras exuberantes de los otros curas que habían tomado parte en la ceremonia, los padrinos y aquel par de viejecillos que, llorando sobre sus cucharas, se tragaban el arroz amasado con lágrimas. En los lados de la mesa, algunos señores de la ciudad, convidados por doña Ramona, y los amigos de la familia, junto con lo más «distinguido» del pueblo: labradores acomodados que, enardecidos por la digestión del vino y la paella, hablaban del rey legítimo que está en Venecia y de lo perseguida que en estos tiempos de liberalismo se ve la religión.

Era aquello un banquete de bodas. Corría el vino, se alegraba la gente, y sonreía la madrina con las bromas trasnochadas de sus compañeros de mesa, aquellas tres moles que desbordaban su temblona grasa por el alzacuello desabrochado, y el roce de cuyas sotanas hacía enrojecer de satisfacción a la bendita señora.

El único que mostraba seriedad era el nuevo cura. No estaba triste: su gravedad era producto del ensimismamiento. Su imaginación huía desbocada por el pasado, recorriendo casi instantáneamente la vida anterior.

La vista de todos los suyos; su elevación en aquel mismo lugar, donde había sufrido hambre; aquel aparatoso banquete, le hacían recordar la época en que la conquista del mendrugo mohoso le obligaba a recorrer los caminos, capazo a la espalda, siguiendo a los carros para arrojarse ávidamente, como si fuese oro, sobre el reguero humeante que dejaban las bestias.

Aquella había sido su peor época, cuando tenía que gemir y alborotar horas enteras para que la pobre madre se decidiera a engañarle el hambre, nunca satisfecha, con un pedazo del pan guardado con mísera previsión.

La presencia de Toneta, aquel moreno y gracioso rostro que se destacaba al extremo de la mesa, evocaba en el cura recuerdos más gratos.

Veíase pequeño y haraposo en el huerto de la *siñá* Tona, aquel

hermoso campo cercado de encañizadas, en el que se cultivaban las flores como si fuesen legumbres. Recordaba a Toneta, greñuda, tostada, traviesa como un chico, haciéndole sufrir con sus juegos, que eran verdaderas diabluras, y después el rápido crecimiento y el cambio de suerte; ella a Valencia todos los días con sus cestos de flores, y él al Seminario, protegido por doña Ramona, que, en vista de su afición a la lectura y de cierta viveza de ingenio, quería hacer un sacerdote de aquel retoño de la miseria rural.

Luego venían los días mejores, cuyo recuerdo parecía perfumar dulcemente todo su pasado.

¡Cómo amaba él a aquella buena hermana que tantas veces le había fortalecido en los momentos de desaliento!

En invierno salía de su barraca, casi al amanecer, camino del Seminario.

Pendiente de su diestra, en grasiento saquillo, lo que entre clase y clase había de devorar en las alamedas de Serranos: medio pan moreno con algo más que, sin nutrirle, engañaba su hambre; y cruzado sobre el pecho, a guisa de bandolera, el enorme pañuelo de hierbas envolviendo los textos latinos y teológicos que bailoteaban a su espalda como movible joroba. Así equipado pasaba por frente al huerto de la *siñá* Tona, aquella pequeña alquería blanca con las ventanas azules, siempre en el mismo momento que se abría su puerta para dar paso a Toneta, fresca, recién lavada, con el peinado aceitoso y llevando con garbo las dos enormes cestas en que yacían revueltas las flores mezclando la humedad de sus pétalos.

Y juntos los dos, por atajos que ellos conocían, marchaban hacia Valencia, que por encima del follaje de la Alameda marcaba en las brumas del amanecer sus esbeltas torres, su Miguelete rojizo, cuya cima parecía encenderse antes de que llegasen a la tierra los primeros rayos del sol.

¡Qué hermosas mañanas! El cura, cerrando los ojos, veía las oscuras acequias con sus rumorosos cañaverales; los campos con sus hortalizas que parecían sudar cubiertas del titilante rocío; las sendas orladas de brozas con sus tímidas ranas, que, al ruido de pasos, arrojábanse con nervioso salto en los verdosos charcos; aquel horizonte que por la parte del mar se incendiaba al contacto de enorme hostia de fuego; los caminos, desde los cuales se esparcían por toda

la huerta chirrido de ruedas y relinchos de bestias; los fresales, que se poblaban de seres agachados, que a cada movimiento hacían brillar en el espacio el culebreo de las aceradas herramientas, y los rosarios de mujeres que con cestas a la cabeza iban al mercado de la ciudad, saludando con sonriente y maternal *¡bòn día!* a la linda pareja que formaban la florista garbosa y avispada y aquel muchachote que con su excesivo crecimiento parecía escaparse por pies y manos del trajecillo negro y angosto que iba tomando un sacristanesco color de ala de mosca.

El matinal viaje era un baño diario de fortaleza para el pobre seminarista que, oyendo los buenos consejos de Toneta, tenía ánimos para sufrir las largas clases; aquella inercia contra la que se rebelaba su robustez, su sangre hirviente de hijo del campo y las pesadas explicaciones, en cuyo laberinto penetraba a cabezadas.

Separábanse en el puente del Real: ella, hacia el mercado en busca de su madre; él, a conquistar poco a poco el dominio de las ciencias eclesiásticas, en las cuales tenía la certeza de que jamás llegaría a ser un prodigio. Y apenas terminaba su comida en las alamedas de Serranos, en cualquier banco compartido con las familias de los albañiles, que hundían sus cucharas en la humeante cazuela de mediodía, Visantet, insensiblemente, se entraba en la ciudad, no parando hasta el mercadillo de las flores, donde encontraba a Toneta atando los últimos ramos y a su madre ocupada en recontar la calderilla del día.

Tras estos agradables recuerdos, que constituían toda su juventud, venía la separación lenta que la edad y la divergencia de aspiraciones habían efectuado entre los dos. No en balde crecían en años y no impunemente sometía él al estudio su inteligencia virgen y pasiva.

En la última parte de su carrera comenzó a sentir con vehemencia el fervor profesional. Entusiasmábase pensando que iba a formar parte de una institución extendida por toda la Tierra, que tiene en su poder las llaves del cielo y de las conciencias; le enardecían las glorias de la Iglesia, las luchas de los Papas con los reyes del pasado y la influencia del sacerdote sobre el magnate en el presente. No era ambicioso, no pensaba ir más allá de un modesto curato de misa y olla; pero le satisfacía que el hijo de unos miserables per-

teneciese con el tiempo a una clase tan poderosa, y mecido por tales ilusiones, se entregó de lleno a la vocación que iba a sacarle del subsuelo social.

Cuando no estaba en Valencia en el Seminario, prestaba en Benimaclet funciones de sacristán, y llegó a ser hombre sin sentir apenas el despertar de la virilidad en su vigorosa complexión.

Su voluntad de campesino tozudo anulaba las exigencias del sexo, que le causaban horror, teniéndolas como tentaciones del Malo. La mujer era para él un mal, necesario e imprescindible para el sostenimiento del mundo: «la bestia impúdica» de que hablaban los Santos Padres.

La belleza era amenazante monstruosidad, temblaba ante ella poseído de repugnancia y sordo malestar, y sólo se sentía tranquilo y confiado en presencia de aquella beldad que, vestida de blanco y azul, pisando la luna, yergue su cabeza en los altares con arrobadora dulzura. Su contemplación provocaba en el seminarista explosiones de indefinible cariño, y también participaba de este aquella otra criatura terrenal y grosera a la que él consideraba como hermana.

No era sacrilegio ni mundana pasión. Toneta resultaba para él una hermana, una amiga, un afecto espiritual que le acompañaba, desde su infancia: todo menos una mujer. Y tal era su ilusión, que en aquel momento, entre la algazara del banquete, entornando los ojos, le parecía que se transformaba, que su rostro vulgar y moreno dulcificábase con expresión celestial, que se elevaba de su asiento, que su falda rameada y su pañuelo de pájaros y flores convertíanse en cerúleo manto, lo mismo que en la otra, cuya belleza se ensalza con los más dulces nombres que ha producido idioma alguno...

Pero sintió a sus espaldas algo que le hizo despertar de la dulce somnolencia.

Era la *siñá* Tona, la madre de la florista, que, abandonando su asiento, venía a hablar con el cura.

La buena mujer no podía conformarse con el nuevo estado del hijo de su amiga. Como buena cristiana sabía el respeto que se debe a un representante de Dios; pero que la perdonasen, pues para ella Visantet siempre sería Visantet, nunca don Vicente, y aunque la aspasen, no podría menos que hablarle de tú. El no se ofendería

por eso, ¿verdad? Pues si lo había conocido tan pequeño..., si era ella quien lo había llevado de pañales a la iglesia para que lo cristianasen, ¿cómo iba a hacerle tales pamplinas a un chico a quien consideraba como hijo? Aparte de esta falta de respeto, ya sabía que en casa se le quería de veras. Si no vivieran el tío *Bollo* y la *siñá* Tomasa, Toneta y ella eran capaces de irse con él como amas de llaves; pero ¡ay, hijo mío!, no iba el agua por esa acequia. Aquella chiquilla estaba muertecita por Chimo el *Moreno,* un pedazo de bruto de quien nadie tenía nada que decir, mejorando lo presente; se querían casar en seguida, antes de San Juan si era posible, y ella ¿qué había de hacer?... En casa faltaba un hombre; el huerto estaba en poder de jornaleros, ellos necesitaban la sombra de unos pantalones, y como el *Moreno* servía para el caso (siempre mejorando lo presente), la madre estaba conforme en que la chica se casara.

Y la habladora vieja interrogaba con los ojos al cura, como esperando su aprobación.

Bueno; pues a «eso» se había acercado ella... ¿A qué? A decirle que Toneta quería que fuese él quien la casase. Teniendo un capellán casi en la familia, ¿para qué ir a buscarlo fuera de casa?

El cura no dudó; le parecía muy natural la pretensión. Estaba bien: los casaría.

III

El día en que se casó Toneta fue de los peores para el nuevo adjunto de la parroquia de Benimaclet. Cuando la ceremonia hubo terminado, don Vicente despojóse en la sacristía de sus sagradas vestiduras, pálido y trémulo como si le aquejase oculta dolencia.

El sacristán, ayudándole, hablaba del insufrible calor. Estaban en julio, soplaba el poniente, la vega se mustiaba bajo aquel soplo interminable y ardoroso que antes de perderse en el mar había pasado por las tostadas llanuras de Castilla y la Mancha, y con su ambiente de hoguera agrietaba la piel y excitaba los nervios.

Pero bien sabía el nuevo cura que no era el poniente lo que le trastornaba. ¡Buenas estarían tales delicadezas en él, acostumbrado a todas las fatigas del campo!

Lo que sentía era arrepentimiento de haber accedido a celebrar la boda de Toneta. ¡Cuán poco se conocía! Ahora iba comprendiendo lo que se ocultaba tras el afecto fraternal nacido en la niñez.

El, sacerdote desligado de las miserias humanas, sentía un sordo malestar después de bendecir la eterna unión de Toneta y Chimo; experimentaba idéntica impresión que si le acabasen de arrebatar algo que era suyo.

Le parecía hallarse aún en la capilla mirando casi a sus pies aquella linda cabeza cubierta por la vistosa mantilla. Nunca había visto tan hermosa a Toneta, pálida por la emoción y con un brillo extraño en los ojos cada vez que miraba al *Moreno,* que estaba soberbio con su traje nuevo y su *ringlòt* (1) azul de larga esclavina.

Podía decirse que el cura acababa de ver por primera vez a Toneta. La hermana ideal que en su imaginación casi se confundía con la figura azul que pisaba la luna habíase convertido de pronto en una mujer.

El, que jamás había descendido con su vista más allá de la fresca boca, siempre sonriente, y que miraba a Toneta como a esas imágenes de lindo rostro que bajo las vestiduras de oro sólo guardan los tres puntales que sostienen el busto, pensaba ahora, con misteriosos estremecimientos, que había algo más, y veía con los ojos de la imaginación el terrible enemigo en todas sus redondeces rosadas y sus graciosos hoyuelos: la carne, arma poderosa del Malo con que abate las más fuertes virtudes.

Odiaba al *Moreno,* su compañero de la niñez. Era un buen muchacho, pero no podía tolerarse que su rudeza brutal hubiera de ser la eterna compañera de la florista. No debía consentirse; lo afirmaba él, que estaba arrepentido de haber realizado la boda.

Pero inmediatamente sentíase avergonzado por tales pensamientos; se ruborizaba al considerar que aquella protesta era envidia, impotencia que se revolvía en forma de murmuración.

Hacíale daño el contemplar la felicidad ajena, aquella explosión de amor que venía preparándose, amor legítimo, pero que no por esto molestaba menos al cura.

Se iría a casa. No quería presenciar por más tiempo la alegría de la boda; pero cuando salió de la sacristía se encontró con la co-

(1) Especie de capa.

mitiva nupcial, que estaba esperándole, pues la *siñá* Tona se oponía a que se hiciese nada sin la presencia de su Visantet.

Y por más que se resistió, tuvo que seguir el camino de aquel huerto del que tantos recuerdos guardaba; y entre las faldas rameadas y coloridas como la primavera, los pañuelos de seda brillantes y los reflejos tornasolados de la pana y el terciopelo, causaba un efecto lastimoso el suelto manteo y aquel desmayado sombrero de teja que avanzaban con lentitud, como si en vez de cubrir un cuerpo vigoroso y exuberante de vida fuese el de un viejo achacoso.

Una vez en el huerto, ¡qué tormentos!, ¡qué cariñosas solicitudes que le parecían crueles burlas! La *siñá* Tona, en su alegría de madre, enseñábale todas las reformas hechas en la alquería con motivo del matrimonio. ¿Se enteraba Visantet? Aquel *estudi* era el dormitorio de los novios y aquella cama sería la del matrimonio, con su colcha de azulada blancura y complicados arabescos, que a Toneta le habían costado todo un invierno de trabajo.

Bien estarían allí los novios. ¡Qué blandura!, ¿eh? Y la inocente vieja creía hacer una gracia obligando al cura a que tocase los mullidos colchones y apreciase en todos sus detalles la rústica comodidad de aquella habitación que a la noche había de convertirse en caliente nido.

Y después, seguían los tormentos, las intimidades fraternales, que resultaban para él terribles latigazos; aquel bruto del *Moreno* que no se recataba de hablar en su presencia, bromeando con sus amigotes sobre lo que ocurriría por la noche, con comentarios tales que las mujeres chillaban como ratas y sofocadas de risa le llamaban *¡porc!* y ¡animal!; y Toneta, que en traje de casa, al aire sus morenos y redondos brazos, se aproximaba a él rozando su sotana con la epidermis fina y caliente, preguntándole qué pensaba de su casamiento y acompañando sus palabras con fijas miradas de aquellos ojos que parecían registrarle hasta las entrañas.

¡Ira de Dios! La gente le hacía tanto caso como si fuese un muerto que hablara; aquella mujer se atrevía a tratarle con un descuido que no osaría con el gañán más bestia de los que allí estaban; no era un hombre: era un cura, y al pensar en esto tan amargo, creía que todos le miraban con respetuosa compasión, y una llamarada de rabia enturbiaba su vista.

Bien pagaba los honores de su clase, la elevación sobre la miseria en que nació. El, el más respetado de la reunión, don Vicente, el gran sacerdote, miraba con envidia a aquellos muchachotes cerriles con alpargatas y en mangas de camisa.

Hubiera querido ser temido, como ellos, a los que no osaban aproximarse mucho las mujeres por miedo a audaces pellizcos y, sobre todo, no inspirar lástima, no ser tenido como una momia santa, en cuyos oídos resbalaban las palabras ardientes sin causar mella.

Cada vez se sentía más molesto. Durante la comida estuvo al lado de los novios, sufriendo el ardoroso contacto de aquel cuerpo sano y fragante, que parecía esparcir un perfume de flor carnosa, y que, en la confianza de la impunidad, se revolvía libremente, sin cuidado de empujar, o se inclinaba sobre él, y al decirle insignificantes palabras, le envolvía en su cálido aliento. Y después, aquel Chimo, con su salvaje ingenuidad, creyendo que tras la misa de por la mañana todo era ya legítimo; corroído por la impaciencia, tomando con sus dedos romos la redonda barbilla de Toneta, entre la algazara de los convidados, y hundiendo las manos bajo la mesa mientras miraba a lo alto con la expresión inocente del que no ha roto un plato en su vida.

Aquello no podía seguir. Don Vicente se sentía enfermo. Oleadas de sangre caldeaban su rostro; parecíale que el viento seco y ardoroso que inflamaba la piel se había introducido en sus venas, y su olfato dilatábase con nervioso estremecimiento, como excitado por aquel ambiente de pasión carnívora y brutal.

No quería ver; deseaba olvidar, aislarse, sumirse en dulce y apática estupidez; y guiado por el instinto, vaciaba su vaso, que la cortesanía labriega cuidaba de tener siempre lleno.

Bebía mucho, sin conseguir que aquel sentimiento de envidia y de despecho se amortiguase; esperaba las nieblas rosadas de una embriaguez ligera, algo semejante a la discreta alegría de sus meriendas de seminarista, cuando, a los postres, él y sus compañeros, con la más absoluta confianza en el porvenir, soñaban en ser Papas o en eclipsar a Bossuet; pero lo que llegó para él fue una jaqueca insufrible, que doblaba su cabeza como si sobre ella gravitase enorme mole y que le perforaba la frente con un tornillo sin fin.

Don Vicente estaba enfermo.

La misma *siñá* Tona, reconociéndolo, le permitió con harto dolor que se retirase de la fiesta; y el cura, con paso firme, pero con la vista turbia y zumbándole los oídos, se encaminó a su casa, seguido de su alarmada madre, que no quiso permanecer ni un instante más en la boda.

No era nada; podía tranquilizarse. El maldito poniente y la agitación del día. No necesitaba más que dormir.

Y cuando penetró en su cuarto, en la casita nueva que habitaba en el pueblo desde su primera misa, tiró el sombrero y el manteo y, sin quitarse el alzacuello ni tocar su sotana, se arrojó de bruces, con los brazos extendidos, en su blanca cama de célibe, extinguiéndose inmediatamente los débiles destellos de su razón y sumiéndose en la lobreguez más absoluta.

IV

Poblóse la negra inmensidad de puntos rojos, de infinitas y movibles chispas, como si aventasen gigantesca hoguera; sintió que caía y caía, como si aquel desplome durase años y fuese en una sima sin fondo, hasta que, por fin, experimentó en todo su ser un rudo choque, conmoviéndose de pies a cabeza, y... despertó en su cama, tendido sobre el vientre, tal como se había arrojado en ella.

Lo primero que el cura pensó fue que había pasado mucho tiempo.

Era de noche. Por la abierta ventana veíase el cielo azul y diáfano, moteado por la inquieta luz de las estrellas.

Don Vicente experimentó la misma impresión de las damas de comedia que al volver en sí lanzan la sacramental pregunta: «¿En dónde estoy?»

Su cerebro sentíase abrumado por la pesadez del sueño, discurría con dificultad, y tardó en reconocer su cuarto y en recordar cómo había llegado hasta allí.

De pie en la ventana, vagando su turbia mirada por la oscura vega, fue recobrando su memoria, agrupando los recuerdos, que

llegaban separados y con paso tardo, hasta que tuvo conciencia de todos sus actos antes de que le rindiera el sueño.

¡Bien, don Vicente! ¡Magnífica conducta para un sacerdote joven, que debía ser ejemplo de templanza! Se había emborrachado; sí, esta era la palabra; y había sido en presencia de los que casi eran sus feligreses. Lo que más le molestaba era el recuerdo de los motivos que le impulsaron a tal abuso.

Estaba perdido. Ahora que se aclaraba su inteligencia, aunque sus sentidos parecían embotados, horrorizábase ante el peligro y protestaba contra la pasión que pretendía hacer presa en su carne virgen. ¡Qué vergüenza! Salido apenas del Seminario, sin contacto alguno con esa atmósfera corruptora de las grandes ciudades, viviendo en el ambiente tranquilo y virtuoso de los campos, y próximo, sin embargo, a caer en los más repugnantes pecados. No; él resistiría a las seducciones del Malo; acallaría el espíritu tentador que para mortificante prueba se había rebelado dentro de él; afortunadamente, la torpe embriaguez, con su sueño, le había devuelto la calma.

Oyéronse a lo lejos campanas que daban horas. Eran las tres... ¡Cuánto había dormido! Por esto se sentía ya sin sueño, dispuesto a emprender la tarea diaria.

Desde aquella ventana abierta en las espaldas de la modesta casita, veíase la inmensa vega, que, a la difusa luz de las estrellas, marcaba sus masas de verdura y las moles de sus innumerables viviendas. La calma era absoluta. No soplaba ya el poniente, pero la atmósfera estaba caldeada y los ruidos de la noche parecían la jadeante respiración de los tostados campos.

Perfumes indefinibles había en aquel ambiente que aspiraba con delicia el joven cura, como si quisiera saturar el interior de su organismo del aire puro de los campos.

Su vista vagaba en aquella penumbra, intentando adivinar los objetos que tantas veces había visto a la luz del sol. Esta distracción infantil parecía volverle a los tranquilos goces de la niñez; pero sus ojos tropezaron con una débil mancha blanca, en la que creía adivinar la alquería de la *siñá* Tona, y... ¡adiós tranquilidad, propósitos de fortaleza y de lucha!

Fue un rudo choque, una conmoción rápida; huyeron, arrolla-

das, la calma y la placidez; desapareció el dulce embotamiento, despertó la carne, sacudiendo la torpeza de los sentidos, y otra vez subió hasta sus mejillas aquella llamarada que le hacía pensar en el fuego del infierno.

Sintió en su imaginación que se desgarraba denso velo, como si aún estuviera en la tarde anterior admirando aquellos brazos morenos de sedoso y ardiente contacto, al par que recibía la fragancia de la carne, cuyo misterio acababa de revelársele.

Y en aquel momento, ¡oh Malo tentador!, el infeliz, mirando la oscura vega, veía no la blanca e indecisa alquería, sino el *estudi* envuelto en voluptuosa sombra, aquella cama, cuya blandura tanto había ensalzado la *siñá* Tona, y sobre el mullido trono, lo que para otros era felicidad y para él horrendo pecado, lo que jamás había de conocer y le atraía con la irresistible fuerza de lo prohibido.

La maldita imaginación ponía junto a sus ojos las tibias suavidades, los dulces contornos, los finos colores de aquella carne desconocida; y la agitación del infeliz iba en aumento; sentía crecer dentro de sí algo animado por el espíritu de la rebelión; la virilidad, que se vengaba de tantos años de olvido inflamando su organismo, haciendo que zumbasen sus oídos, enturbiando su vista y dilatando todo su ser como si fuese a estallar a impulsos del deseo contenido y falto de escape.

Aquello era la tentación en toda regla. Pensó en los santos eremitas, en San Antonio tal como le había visto en los cuadros, cubriéndose los ojos ante impúdicas beldades, tras cuyas seducciones se ocultaban los diablos repugnantes; pero allí no había espíritus malignos por parte alguna: lo único real que acompañaba a las evocaciones de su imaginación era la cálida noche con aquel suave ambiente de alcoba cerrada y los ruidos misteriosos del campo, que sonaban como besos.

Ellos, allá, en el tibio lecho, rodeados de la discreta oscuridad, que había de guardar en profundo secreto los delirios de la más grata de las iniciaciones; él, solo, inaccesible a toda efusión, planta parásita en el mundo que vive por el amor, sintiendo penetrar hasta su tuétano el eterno frío de aquella cama de célibe.

De allá lejos, de la blanca casita, parecía salir un soplo de fuego que le envolvía, calcinando su carne hasta convertirla en cenizas.

Creyó que la vista de aquel nido de amores y la voluptuosa noche eran lo que le excitaba, y huyó de la ventana, moviéndose a ciegas en su lóbrega habitación.

No había calma para él. También en aquella lobreguez la veía, creyendo sentir en su cuello el roce de los turgentes brazos y en sus labios ardorosos aquel fresco beso que le había despertado de su desvanecimiento el día de la primera misa. La combustión interna seguía, y el sufrimiento ya no era moral, pues la tensión de todo su ser producíale agudos dolores.

¡Aire, frescura! Y en el silencio de la lóbrega habitación sonó un chapoteo de agua removida, los suspiros de desahogo del pobre cura al sentir la glacial caricia en su abrasada piel.

Lentamente, volvió a la ventana, calmado por la fría inmersión. Un sentimiento de profunda tristeza le dominaba. Se había salvado, pero era momentáneamente; dentro de él llevaba el enemigo, el pecado, que acechaba, pronto a dominarle y vencerle; y aquella tremenda lucha reaparecería al día siguiente, al otro y al otro, amargando su existencia mientras el ardor de una robusta juventud animase su cuerpo. ¡Cuán sombrío veía el futuro! Luchar contra la Naturaleza, sentir en su cuerpo una glándula que trabajaba incesantemente y que con sólo la voluntad había de anular, vivir como un cadáver en un mundo que, desde el insecto al hombre, rige todos sus actos por el amor, parecíale el mayor de los sacrificios.

La ambición, el deseo de emanciparse de la miseria, le habían enterrado. Cuando creía subir a envidiadas alturas, veíase cayendo en lobregueces de fondo desconocido.

Sus compañeros de pobreza, los que sufrían hambre y doblaban la espalda sobre el surco, eran más felices que él, conocían aquel atractivo misterio que acababa de revelarse y que el deber le obligaba a ignorar eternamente.

Bien pagaba su encubrimiento. ¡Maldita idea la de aquella buena señora que quiso hacer un sacerdote del mocetón fornido, que antes que continencias necesitaba esparcimientos y escapes para su plétora de vida!

Subía, sí, pero encadenado para siempre; se hallaba por encima de las gentes entre las cuales nació, pero recordaba sus estudios clásicos, la fábula del audaz Prometeo, y se veía amarrado para siempre

a la roca inconmovible de la fe jurada, indefenso y a merced de la pasión carnal que le devoraba las entrañas.

Su firme devoción de campesino aterrábase ante la idea de ser un mal sacerdote; el sexo, que había despertado en él para siempre como inacabable tormento, desvanecía toda esperanza de tranquilidad, y, en este conflicto, el cura, asustado ante lo porvenir, se entregó al desaliento, e inclinando su cabeza sobre el alféizar, cubriéndose los ojos con las manos, lloró por los pecados que no había cometido y por aquel error que había de acompañarle hasta la tumba.

Una húmeda sensación de frescura le hizo volver en sí.

Amanecía. Por la parte del mar rasgábase la noche, marcando una faja de luminoso azul; la verdura de la vega y la dentellada línea de montañas iban fijando sus esfumados contornos; lanzaban sus últimos parpadeos las estrellas; rodaba el fiero alerta de los gallos de alquería en alquería, y las alondras, como alegres notas envueltas en volador plumaje, rozaban las cerradas ventanas anunciando la llegada del día.

¡Magnífico despertar! Tal vez a aquella hora Toneta, recogiéndose el cabello y cubriéndose púdicamente con el blanco lienzo los encantos que sólo un hombre había de conocer, saltaba de la cama y abría el ventanillo de su *estudi* para que la fresca aurora purificase el ambiente de pasión y voluptuosidad.

El cura salió de su cuarto con los ojos enrojecidos y la frente contraída por penosa arruga, perenne recuerdo de aquella noche de bodas, en que la compañera de su infancia había visto de cerca el amor y él se había unido con la desesperación, la más fiel de las esposas.

Abajo, en la cocina, encontró a su madre, que preparaba el desayuno; la pobre vieja no pudo comprender aquella amarga mirada de reproche que el cura le lanzó al pasar.

Paseó maquinalmente por el corral hasta que sus pies tropezaron con una espuerta de esparto, vieja, rota, cubierta por una costra de basura, igual a la que él llevaba a la espalda cuando niño.

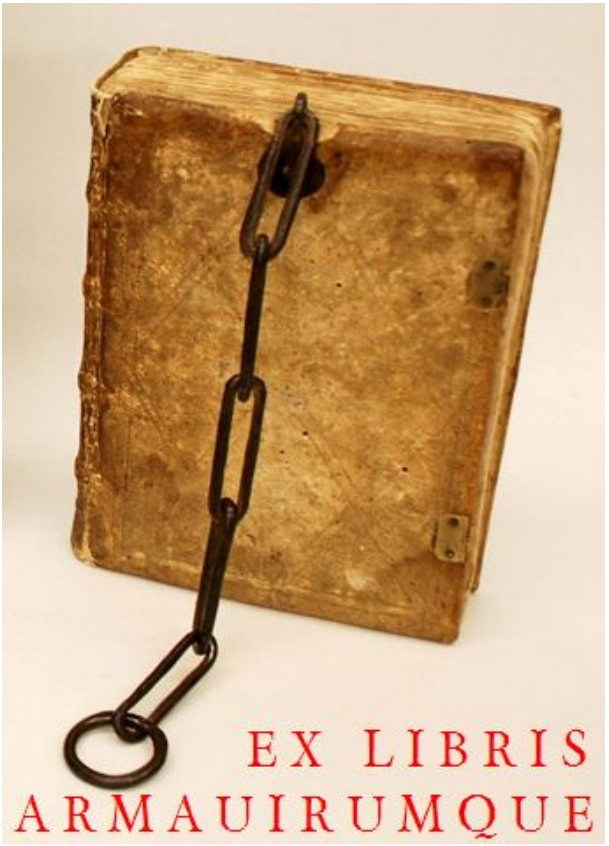
Era el pasado que reaparecía para echarle en cara su infidelidad.

¿No se había emancipado de la miseria de su clase? Pues ya lo tenía todo; que comiera, que se regodeara con la satisfacción de ser considerado como un ser superior.

Lo otro, lo desconocido, lo que le hacía temblar con intensa emoción, era para los infelices, para los que luchaban por la vida.

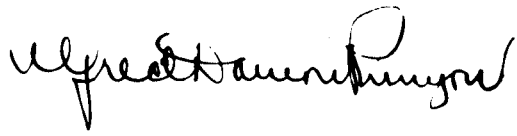
El cura gimió con desesperación, sintiendo en torno de él el vacío y la frialdad, pensando que si sus manos, ahora consagradas, hubiesen seguido porteando el mísero capazo, estaría en tal instante arrebujado en aquella blanda cama del *estudi* nupcial, viendo cómo Toneta, al aire sus hermosos brazos y marcada bajo el fino lienzo su robustez armoniosa, se contemplaba en el espejo, sonriendo ruborizada con los recuerdos de la noche de bodas.

Y el pobre cura lloró como un niño; lloró hasta que el esquilón de la iglesia, con su gangueo de vieja, comenzó a llamarle a la misa primera.



BUTCH CUIDA DEL NIÑO

DAMON RUNYON/ESTADOS UNIDOS



El caso es que una tarde, a eso de las siete, estoy sentado en el figón de Mindy entendiéndomelas con unas albóndigas de pescado, que es un plato que me va la mar de bien, cuando asoman tres fulanos de Brooklyn con sombrero, por el siguiente orden: Harry *el Caballo*, Isadoro *el Peque* y John *el Español*.

Ahora bien, estos tipos no son de esos con los que a mí me guste tratar, ya que he oído muchos rumores de que no son gente de fiar en absoluto, aunque ya se sabe que no siempre es verdad todo lo que se raja. Pero bueno, he oído que a muchos ciudadanos de Brooklyn les vendría al pelo el perder de vista de una vez a Harry *el Caballo*, Isadoro *el Peque* y John *el Español*, ya que los tíos se traen siempre entre manos algo que puede considerarse como agresión a la comunidad, como, por ejemplo, robar a la gente o incluso pegarle dos tiros o apuñalarla, o tirar bombas, o armar jaleo del modo que sea.

De verdad que yo me quedo de piedra cuando veo a estos tales en Broadway, pues ya se sabe que a los polizontes de Broadway les encanta quitarse de encima a estos fulanos, pero el caso es que entran en el establecimiento de Mindy, y yo estoy allí, de manera que no tengo más remedio que saludarles con el mayor entusiasmo, ya que nunca me gusta parecer desatento, ni siquiera a los tipos de Brooklyn. Estos se acercan inmediatamente a mi mesa y se sientan, e Isadoro *el Peque* agarra y se pesca un buen cacho de mis albóndigas de pescado, con los dedos, pero yo no le doy importancia, ya que estoy usando el único cuchillo que hay en la mesa.

Así que todos se sientan, y me miran sin decir ni pío, y su forma de mirar me pone nervioso, muy nervioso. Al cabo del rato me imagino que quizá estén un poco violentos en un sitio de postín como Casa Mindy, mezclándose con la gente de fundamento, de modo que les digo, muy educado:

—Hermosa noche, ¿eh?

—¿Qué tiene de hermosa? —pregunta Harry *el Caballo*, que es un hombre delgado, de jeta afilada y ojos cortantes.

Bien, puesto que se me ponen así las cosas, tengo que reconocer que la noche no tiene mayormente nada de particular, de manera que me pongo a pensar en algo chistoso que decir, mientras Isadoro *el Peque* sigue pescando con los dedos mis albóndigas de pescado y John *el Español* echa mano a una de mis patatas.

—¿Dónde vive Big Butch? —me pregunta Harry *el Caballo.*

—¿Big Butch? —digo yo, como si no hubiera oído tal nombre en mi vida, ya que en esta bendita ciudad no es nunca acertado responder a las preguntas sin reflexionar primero; si no podría uno dar la respuesta precisa a quien no debe, o la contestación falsa a quien conviene dársela correcta—. ¿Dónde vive Big Butch? —les pregunto a mi vez.

—Sí, ¿dónde vive? —dice Harry *el Caballo* impacientándose—. Queremos que nos lleves a verle.

—Un momento —exclamo, ahora ya un poco más que nervioso—. No recuerdo exactamente la casa donde vive Big Butch, y además no estoy muy seguro de que Big Butch quiera que le lleve visitas, y sobre todo tres al tiempo, y por si fuera poco, de Brooklyn. Ya sabes que Big Butch es hombre de muy malas pulgas, y cualquiera imagina lo que dirá si por un casual no le gusta la idea de que os lleve a verle.

—Todo eso está muy puesto en razón —dice Harry *el Caballo*—. No tienes por qué temer. Vamos a proponerle un negocio a Big Butch. Hay pasta para él, así que vamos de una vez, no sea que tenga que sentarle la mano a alguien por aquí.

Entonces, como parece que en ese momento el único a quien puede sentar la mano allí soy yo, pienso que lo mejor será que lleve a estos fulanos a ver a Big Butch, sobre todo ahora que los restos de mis albóndigas de pescado van desapareciendo por las tragaderas de Isadoro *el Peque*, y John *el Español* ha liquidado mis patatas y está

mojando sopas de pan de centeno en mi café, de modo que ya no me queda bocado al que hincar el diente.

Conque los llevo a la calle Cuarenta y Nueve Oeste, esquina a la Décima Avenida, donde vive Big Butch, en una casa vieja con fachada de piedra oscura y en cuya escalerilla de entrada está sentado el propio Big Butch en persona. Para ser exactos, todo el vecindario está sentado en las escalerillas acá y allá, incluidas las mujeres y los niños, ya que el sentarse en las escalerillas de acceso parece una costumbre muy arraigada del barrio.

Big Butch está en camiseta y calzoncillos y totalmente descalzo, porque Big Butch es un elemento a quien gusta ponerse cómodo. Además está fumando un puro, y tendido en la escalerilla junto a él, encima de una manta, hay un crío, sin demasiada ropa tampoco. El rorro en cuestión parece dormido, y a cada instante Big Butch le abanica con un periódico doblado para espantar los mosquitos empeñados en picar a la criatura. Estos mosquitos cruzan el río por la parte de Jersey, en las noches calurosas, y parece que sienten una gran afición por los chiquitines.

—Hola, Butch —le digo cuando llegamos frente a la escalerilla.

—¡Chist! —me chista Butch, señalando al crío y haciendo más ruido con su siseo que una locomotora soltando vapor. A continuación se levanta, baja hasta la acera y se acerca a nosotros de puntillas. Quisiera yo que Butch se encuentre perfectamente, porque si Butch no está muy bien es harto capaz de ponerse imposible con todo el mundo. El tipo tiene más de uno noventa de alto y casi un metro de ancho, unas manazas grandes y peludas y una pinta innoble.

En realidad a Big Butch no se le puede ir con bromas, todo el mundo lo sabe, por lo que se me quita un gran peso de encima cuando veo que al parecer conoce a los de Brooklyn y los acoge con aire muy amistoso, sobre todo a Harry *el Caballo*. Y sin más, Harry plantea a Big Butch la proposición más sorprendente que se pueda imaginar.

Parece que hay una compañía de carbón muy importante que tiene sus oficinas en un viejo edificio allá en la calle Dieciocho Oeste. En esta oficina hay una caja de caudales, y en ella la nómina de la compañía, que suma veinte mil dólares contantes y sonantes. Harry *el Caballo* sabe que la pasta está allí porque un amigo íntimo suyo,

que es el pagador de la empresa, la ha guardado en la caja esa misma tarde.

Parece que el pagador se conchabó con Harry *el Caballo*, Isadoro *el Peque* y John *el Español* para que ellos le cascasen al llevar la nómina del banco a la oficina por la tarde, pero algo ha debido de fallar, ya que no han logrado coincidir en el lugar exacto, de forma que el pagador ha llevado la tela hasta la oficina, sin más incidentes, y allí se encuentra ahora en dos buenos fajos.

Personalmente me parece, cuando escucho el cuento de Harry, que el pagador debe de ser sujeto muy poco honrado para quedar de acuerdo en no moverse mientras los otros le asaltan y le birlan la pasta de la compañía, pero por supuesto no es asunto mío, así que no tomo parte en la conversación.

Como iba diciendo, parece que Harry *el Caballo*, Isadoro *el Peque* y John *el Español* pretenden sacar el dinero de la caja, pero ninguno de ellos tiene idea de cómo se destripa una maría, y cuando están en Brooklyn dándole vueltas acerca de lo que debe hacerse en emergencias de esta clase, Harry se acuerda de repente de que Big Butch se ganaba antes la vida en el negocio de abrir cajas de caudales.

En efecto, al rato me entero de que Big Butch estaba considerado en sus buenos tiempos como el mejor especialista en abrir cajas fuertes de todo el territorio que cae al este del Misisipí, pero la ley hubo de terminar encerrándolo en Sing Sing por abrir tales cajas precisamente, y después ha vuelto a Sing Sing hasta tres veces, que entro que salgo, por seguir en las mismas. Butch estaba ya fastidiado y harto del Sing Sing de marras, sobre todo desde que votaron en Nueva York esa que llaman Ley Baumes, donde pone que si a un tipo le mandan a Sing Sing cuatro veces seguidas tendrá que pasar allí el resto de su vida, sin derecho a reclamación alguna.

Conque Big Butch ha dejado de ganarse la vida abriendo cajas y ahora se dedica a negocios en pequeña escala; tiene algún corretaje de cervezas y trafica con un poco de whisky acá y allá, o sea que es un ciudadano decente. Se ha casado además con la hija de un vecino del West Side que se llama Mary Murphy, y yo me huelo que el crío de la escalerilla ha salido de ese matrimonio entre Big Butch y Mary, porque según veo no es lo que se dice una preciosidad.

Aunque de todos modos nunca he visto muchos rorros que sean como rosas de mayo si los va uno a mirar.

Bueno, pues al final resulta que la idea de Harry *el Caballo*, Isadoro *el Peque* y John *el Español* es llevar a Big Butch a que abra la caja fuerte de la compañía de carbón y saque el dinero de la nómina; están dispuestos a darle el cincuenta por ciento de la pasta, por la molestia, reservándose ellos el otro cincuenta por ciento, por haber descubierto el asunto, abonando de lo suyo los gastos generales, por ejemplo al pagador, todo lo cual se me antoja un asunto muy puesto en razón para Big Butch. Pero Butch lo único que hace es menear la cabeza.

—Es una cosa pasada de moda —dice Butch—. Nadie se gana ya la vida abriendo marías. Hacen las cajas muy requetebién y todas están llenas de hilos con timbres de alarma y casi siempre surge un montón de complicaciones. Yo ahora me dedico a los negocios honrados, y voy tirando. Ya sabéis que no puedo volver a caer otra vez, porque ya me han echado el guante tres veces, y además tengo que cuidar del crío. Mi parienta ha tenido que ir al velorio de la señora Clancy, esta tarde, en el Bronx, y me huelo que se va a pasar allí toda la noche, porque le gustan los velorios, de forma que tengo que cuidar del pequeño John Ignatius.

—Escucha, Butch —insiste Harry *el Caballo*—, eso es una bicoca de caja; modelo antiguo; tú la abres con un palillo de dientes. No tiene alambres, porque hace años que no meten en ella una gorda. Lo que pasa es que tienen que guardar allí esta noche las veinte sábanas porque mi compadre, el pagador, lo ha arreglado para no tener que volver otra vez del banco con la tela a tiempo para pagar a los empleados, sobre todo después de haber fallado nuestro encuentro. Es la cosa más clara que te puedas imaginar, y dime dónde pueden sacarse tan fácilmente diez de los grandes.

Veo que Big Butch está pensando muy seriamente en los diez mil de marras, y lo comprendo, porque en estos tiempos diez mil pavos no son de despreciar, sobre todo para uno que anda en el negocio de la cerveza, que ahora está pero que muy mal. Sin embargo, al final vuelve a menear la cabeza y responde:

—No. No hay nada que hacer; tengo que cuidar del niño. Mi parienta es muy especial, pero que muy especial para estas cosas, y no me atrevo a dejar solo ni un minuto al pequeño John Ignatius.

Si Mary vuelve a casa y ve que no estoy cuidando del crío, me fríe. Me gusta tanto como al primero ganar unas perras honradamente cuando se puede, pero —concluye Butch— John Ignatius es lo primero.

Entonces vuelve la espalda y torna a la escalerilla, que es como decir que ya está todo hablado, y se sienta de nuevo junto a John Ignatius, a tiempo de impedir que un mosquito le deje seca una pierna. Cualquiera puede advertir que Big Butch siente gran afición por este crío, aunque personalmente yo no pagaría ni a gorda la docena de críos como él, varones y hembras.

A lo que íbamos. Harry *el Caballo*, Isadoro *el Peque* y John *el Español* se muestran muy disgustados y dan vueltas cuchicheando entre sí, sin prestarme la menor atención, cuando de pronto John *el Español*, que hasta ahora no ha dicho gran cosa, parece que tiene una brillante idea. Se la comunica a Harry y a Isadoro, y los dos ponen cara de muy satisfechos con lo que les dice. Harry entonces se dirige de nuevo a Big Butch.

—¡Chist! —dice Big Butch señalando al crío antes de que Harry haya abierto la boca.

—Escucha, Butch —dice Harry en un murmullo—, podemos llevar al chico con nosotros y así puedes ocuparte de él y trabajar al mismo tiempo.

—Vaya —susurra a su vez Big Butch—, esa es una idea, sí señor. Vamos dentro de casa y hablaremos.

Así que agarra a la criatura, nos lleva a su chiribitil, saca una cerveza que no está mal, aunque parece un poquito fuerte, y todos nos sentamos en la cocina y liamos el palique en voz baja. En la cocina hay una cuna, y Butch mete en ella al chico, que sigue durmiendo como un bendito mientras charlamos y charlamos. En realidad es tan profundo su sueño que empiezo a sospechar que Butch tiene que haberle dado algún traguito de cerveza fuerte de la que nos está sirviendo a nosotros, porque yo mismo empiezo a sentirme un poco trompa.

Por último, Butch sale con que siempre que pueda llevarse a John Ignatius consigo no ve razón alguna para no ir y abrirles la caja; lo único que pasa es que tienen que darle un cinco por ciento más para la cartilla del chaval, de modo que al volver pueda quedar

bien ante su querida consorte, caso de que ella quiera armársela por haber sacado al crío al sereno. Harry *el Caballo* declara que considera un poco abusivo este cinco por ciento extra, pero John *el Español*, que parece un tipo formal, dice que al fin y al cabo si el chico va a tomar parte en la cosa, justo es que comparta con todos las ganancias, e Isadoro *el Peque* también parece encontrar la idea muy puesta en razón. Así que Harry *el Caballo* accede y dice que está conforme con lo del cinco por ciento.

Ahora bien, como no quieren empezar el trabajo hasta después de medianoche y queda un montón de tiempo, Big Butch saca un poco más de su cerveza fuerte, y acto seguido se pone a buscar las herramientas que utiliza para abrir las cajas y que, según dice, no ha vuelto a ver desde el día en que nació John Ignatius y tuvo que servirse de ellas para hacer la cuna.

Creo que ese es un buen momento para decirles adiós a todos, y lo que allí me retiene es algo que no sabría explicar, ya que personalmente jamás había tenido antes la idea de tomar parte en la apertura de una caja, y mucho menos con un niño, ya que considero muy poco honrado este tipo de acciones. Cuando al cabo del tiempo rememoro hoy estas cosas, lo único que se me viene al magín es la cerveza fuerte, pero he de decir que me encuentro sorprendido de mí mismo cuando me veo en un taxi, a eso de la una de la madrugada, con los fulanos de Brooklyn, con Big Butch y con el crío.

Butch ha envuelto a John Ignatius en una manta, y John sigue durmiendo como un plomo. Butch lleva un maletín de herramientas y otra cosa, algo así como un librote aplastado, y poco antes de salir de la casa Butch me larga un paquete y dice que tenga mucho cuidado con él. Entrega a Isadoro *el Peque* un bulto más pequeño, que Isadoro se guarda en la pistolera, y cuando se sienta en el taxi se va oyendo un ruidito bee-bee, como el balido de una oveja, y a Big Butch eso le saca de quicio porque al parecer Isadoro se ha sentado sobre el muñeco de John Ignatius, que dice «mamá» cuando se le aprieta.

Al parecer Big Butch se ha figurado que John Ignatius querrá algo para jugar si se despierta, y ha sido una suerte para Isadoro que el muñeco que dice «mamá» no haya quedado aplastado sin poder volver a decirlo nunca más, porque si no Isadoro *el Peque* se hubiera ganado un buen morrón en la jeta.

Dejamos el taxi una manzana antes de llegar al lugar de operaciones, que es en la calle Dieciocho Oeste, entre la Séptima y la Octava Avenida, y hacemos a pie el resto del camino, por parejas. Yo voy con Big Butch, cargado con mi paquete, y Butch lleva al peque, su maletín y la cosa aplastada que parece un libro. Está todo tan silencioso en la calle Dieciocho Oeste a estas horas que oye uno hasta los propios pensamientos, y en efecto, me oigo pensar que soy un primo metiéndome en un lío semejante, y para colmo con un crío de pecho, pero de todas maneras sigo adelante, lo cual demuestra bien a las claras que sigo siendo un verdadero primo.

Hay poca gente en la calle Dieciocho Oeste cuando llegamos, y uno es un tipo gordo recostado en una casa, casi en el centro de la manzana, y que pone pies en polvorosa en cuanto nos ve asomar. Parece que el gordo es el vigilante de las oficinas de la compañía de carbón, y también amigo íntimo de Harry *el Caballo*, lo cual explica que se largue de ese modo.

Se ha convenido antes de salir de casa de Big Butch que Harry *el Caballo* y John *el Español* se queden fuera de centinela, mientras Big Butch entra para abrir la caja en compañía de Isadoro *el Peque*. Nadie ha dicho una sola palabra de lo que me toca hacer a mí, y bien veo que dondequiera que esté seguiré siendo un intruso, pero como Butch me ha hecho llevar un paquete, supongo que desea que permanezca con él.

No hay la menor dificultad para entrar en la oficina de la compañía de carbones, en la planta baja, ya que según parece el vigilante ha dejado abierta la puerta principal, lo cual indica que este vigilante es un muchacho de lo más atento. Tan servicial es que al rato vuelve y permite que Harry *el Caballo* y John *el Español* le aten bien fuerte, le metan un pañuelo en la boca y lo dejen tirado en la bajada de un sótano cerca de la oficina, para que nadie pueda pensar que ha tenido que ver con el asunto de la caja, caso que vaya alguien haciendo preguntas.

La oficina da a la calle, y la caja fuerte que Harry *el Caballo*, Isadoro *el Peque* y John *el Español* quieren que abra Big Butch está pegando a la pared del fondo de la oficina, frente por frente a las ventanas de la calle. Una bombillita de nada alumbra débilmente la referida caja de caudales, de forma que cuando alguien pase por

delante de la oficina, digamos un vigilante, pueda mirar por la ventana y ver en todo momento la caja, a no ser que sea ciego. No es muy alta ni muy grande, y noto que Big Butch sonríe burlón cuando la ve, por lo que me figuro que esta caja no es ninguna cosa del otro jueves, como ya había asegurado Harry *el Caballo.*

Tan pronto como Big Butch, el crío, Isadoro *el Peque* y yo entramos en la oficina, Big Butch se va para la caja y despliega lo que yo había tomado por un librote aplastado, y que no es otra cosa que una especie de biombo con la reproducción, muy bien pintada, de una caja fuerte vista por delante. Big Butch planta este biombo en el suelo frente a la caja de verdad, dejando sobrado espacio entremedias; la idea es que cualquiera que pase por la calle no pueda ver a Butch mientras opera en la caja, ya que un hombre enfrascado en estos menesteres necesita de toda la intimidad posible.

Big Butch deja a John Ignatius en el suelo, sobre la manta, al pie del biombo, saca sus herramientas del maletín y se pone a trabajar, mientras que Isadoro *el Peque* y yo nos vamos a un rincón oscuro, ya que no hay espacio suficiente para todos detrás del biombo. No obstante, vemos manipular a Big Butch, y tengo que reconocer que aunque nunca había visto antes a un abridor profesional de cajas de caudales en plena faena, ni deseo volver a verlo, este Butch se las apaña como un verdadero artista.

Empieza por hacer unos taladros en la caja fuerte, alrededor de la cerradura de combinación, todo muy aprisa y sin el menor ruido, pero de pronto sucede que John Ignatius se incorpora en la manta y se pone a berrear. Naturalmente, esto es lo que más podía intranquilizarme, y por mí hubiese arreado a John Ignatius un trastazo en la chola para callarlo, porque tengo los nervios que para qué quieren más. Pero a Big Butch no parecen desazonarle mucho los berridos. Deja en el suelo sus herramientas, coge a John Ignatius en brazos y se pone a canturrear:

—¡Ea, ea, ea, mi nenito! Aquí está papaíto...

Palabras que francamente me parecen harto fuera de lugar en la situación, y además no hacen el menor efecto en John Ignatius, que sigue berreando, y creo que con bastante potencia, ya que veo acercarse a la ventana a Harry *el Caballo* y a John *el Español* y mirar para dentro bastante alarmados. Big Butch canta nanas a John

Ignatius; le mece y arrulla en un lenguaje pueril, muy poco digno, por cierto, en un salteador de cajas fuertes de primera categoría, hasta que finalmente Butch me avisa en voz baja que le dé el paquete que yo he traído.

Lo abre, y lo que en él aparece no es otra cosa que un biberón lleno de leche. Hay además una cacerolita de aluminio, que Butch me entrega, y me dice con voz queda que busque un grifo y llene la cacerola de agua. De modo que salgo a trompicones en la oscuridad por un cuarto que hay detrás de la oficina, pegándome varios golpes en las espinillas, hasta que encuentro un grifo y lleno la cacerola. Se la llevo a Big Butch, se agacha este con el niño en un brazo, saca del paquete un infiernillo de alcohol, lo enciende con el mechero y pone a calentar el biberón al baño maría.

Big Butch tiene metido el dedo en la cacerola mientras se calienta el agua, y de vez en cuando se introduce en la boca la tetilla de goma del biberón y le da una chupada para ver si la leche está ya caliente, como lo hacen las gachís que tienen niños, yo lo he visto. Al parecer la leche está en condiciones, ya que Butch larga la botella a John Ignatius, el cual la agarra a dos manos y se lía a chupar. Naturalmente, mientras mama no berrea, y Big Butch se reintegra a su trabajo, en tanto John Ignatius, sentado en la manta, sopla del biberón con los ojos más abiertos que un búho.

Parece que la caja de caudales es más dura de roer de lo que pudiera pensarse, o que las herramientas de Big Butch no son demasiado buenas, ya que están oxidadas y embotadas de hacer cunas con ellas, porque rompe un par de barrenas y se le ve bañado en sudor sin conseguir nada práctico. Butch me explicará más tarde que es uno de los primeros de este país en lo de abrir cajas sin explosivos, pero aclara que para hacer el trabajo como es debido hay que conocer las cajas para taladrar los pestillos de la cerradura en el sitio exacto, y parece que esta caja de caudales, a pesar de ser vieja, es de un tipo precisamente desconocido para él, aparte de que está desentrenado.

Pero entretanto John Ignatius acaba con el biberón y empieza a lloriquear de nuevo; Big Butch le deja una herramienta para que juegue, hasta que Butch la necesita y trata de quitársela a John Ignatius, pero el crío organiza tal escandalera que Butch tiene que

dejársela hasta que se la puede birlar con disimulo, lo cual supone más pérdida de tiempo.

Por último Big Butch se cansa de hacer taladros para abrir la caja y nos cuchichea que tiene que poner un petardito para abrir la cerradura, lo cual nos parece de primera, ya que empieza a cansarnos el estar mano sobre mano oyendo a John Ignatius hacer glú-glú. Por lo que a mí personalmente respecta, lo que estoy deseando es verme en la cama cuanto antes.

De forma que Butch comienza a hurgar en su maletín buscando algo, y parece que lo que busca es una botellita de no sé qué explosivo con que hacer saltar la cerradura de la caja; al principio no encuentra la botella ni a la de tres, pero al cabo descubre que la tiene John Ignatius, y está mordisqueando el corcho. Butch tiene que entablar una verdadera batalla para que la suelte.

El caso es que por fin introduce el explosivo en unos agujeros que ha taladrado junto a la cerradura de combinación de la caja, le pone una mecha, e inmediatamente antes de prenderla Butch recoge a John Ignatius, se lo entrega a Isadoro *el Peque* y nos ordena que pasemos al cuarto de detrás de la oficina. John Ignatius no parece sentir gran inclinación por Isadoro *el Peque*, y no seré yo el que se lo reproche; porque empieza a debatirse en sus brazos como un desesperado, y suelta un berrido de los suyos; pero enmudece al instante, y aunque no sería yo capaz de demostrarlo, algo me dice que Isadoro *el Peque* le ha tapado la boca con la mano.

A continuación se nos reúne Big Butch en el trascuarto, y otra vez se oye a John Ignatius cuando Butch lo toma de brazos de Isadoro *el Peque*, y yo pienso que ya puede dar gracias Isadoro que el crío no puede chivarse a Big Butch de lo que le ha hecho.

—He puesto un petardo de nada —asegura Big Butch—, y apenas hará más ruido que si se chascasen los dedos.

Pero un segundo más tarde se produce un tremendo ¡bump! en la oficina y todo el local se tambalea. John Ignatius se ríe con ganas; seguramente cree que estamos en la verbena.

—Me parece que se me ha ido la mano un poco en la carga —admite Big Butch, y a continuación se precipita en la oficina, Isadoro *el Peque* y yo pisándole los talones, y John Ignatius riendo a mandíbula batiente, que nadie diría que es un braguillas de pocos

meses. La puerta de la caja fuerte se ha desprendido, y el local parece bastante deteriorado, pero Big Butch, sin pérdida de tiempo, zampa los dátiles en la caja, agarra dos grandes fajos de numerario y se los mete debajo de la camisa.

Cuando salimos a la calle, Harry *el Caballo* y John *el Español* vienen corriendo muy alborotados, y Harry dice a Big Butch:

—¿Qué te has propuesto? ¿Despertar a toda la ciudad?

—Bueno —reconoce Butch—, quizá la carga era un poco fuerte, sí, pero no parece que venga nadie, así que tú y John *el Español* os largáis por la Octava Avenida y los demás tiraremos hacia la Séptima, y si andáis tranquilos, como quien va a sus asuntos, todo saldrá bien.

Pero por lo que veo, Isadoro *el Peque* debe de estar ya harto de John Ignatius, porque ahora sale con que quiere ir también con Harry *el Caballo* y John *el Español*, dejando que Big Butch, John Ignatius y yo sigamos solos por el otro camino. Apenas hemos echado a andar, cuando dos polizontes doblan a toda mecha la esquina para donde van Harry, Isadoro y John *el Español*. Lo más probable es que los guardias hayan oído el terremoto provocado por Big Butch y vengan a investigar.

También es muy probable que si Harry *el Caballo* y los otros dos siguen su camino con la mayor tranquilidad, según les ha dicho Butch, pasen desapercibidos para los sabuesos, pues cómo van a imaginar los guardias que anda nadie abriendo cajas de caudales con explosivos en el barrio. Pero en cuanto Harry *el Caballo* ve a los polizontes, pierde la cabeza, saca el quitapenas y comienza a disparar, y qué va a hacer John *el Español* sino imitarle.

Lo que pasa después cualquiera se lo puede imaginar: los dos polis cuerpo a tierra bajo una lluvia de balas; pero empiezan a venir otros desde todas las direcciones, dando pitidos y sumándose al tiroteo, y todo es la mar de emocionante, sobre todo cuando los guardias que no se han dedicado a perseguir a Harry *el Caballo*, Isadoro *el Peque* y John *el Español* empiezan a indagar por las proximidades y encuentran al compinche de Harry, el vigilante, atado como Harry le dejó, y el vigilante explica que unos granujas han volado la caja de caudales que él tiene encomendado vigilar.

Mientras tanto, Big Butch y yo seguimos en la otra dirección

hacia la Séptima Avenida, y Big Butch lleva en brazos a John Ignatius, que ahora empieza a berrear con una fuerza imponente. Seguro que aún se acuerda del ¡bump! de antes, que tanto le divirtió, y le gustaría oír algunos más. Sea lo que quiera, está batiendo su mejor marca de berridos, y sobre la marcha Big Butch me dice:

—Yo no corro, porque si algún guardia me ve correr, se va a liar a tiros conmigo, y a lo mejor le da a John Ignatius, y además, con la carrera puede revolvérsele la leche en la tripa y ponerse malo. La parienta me tiene dicho que no dé meneos a John Ignatius cuando está con la tripa llena.

—Perfectamente, Butch —le digo—. Pero yo no he tomado leche, y no hay peligro de que me mueva un poco, así que si no te importa voy a darme una carrerita en cuanto lleguemos a la primera esquina.

Pero justo al volver la esquina de la Séptima Avenida aparecen dos o tres guardias acompañados de un sargento gordo y grandullón, y uno de los polizontes, que trae la lengua fuera como si hubiera corrido con todas sus fuerzas, va explicando al sargento que han volado una caja fuerte en la calle de más abajo, y que los cacos, al huir, la han emprendido a tiros con una pareja.

Y aquí tenemos a Big Butch, con John Ignatius en brazos, veinte de los grandes bajo la camisa y un brillante historial a sus espaldas, caminando derecho hacia ellos.

Yo lo siento mucho por Big Butch, es la verdad, y también por mí, desde luego, y me prometo solemnemente que si salgo de esta no volveré a tener tratos en mi vida más que con ministros del evangelio. Recuerdo haber pensado que yo saldría mejor librado que Butch, pues no tengo que ir a Sing Sing para el resto de mis días, como él; y también en la pena que le echarían a John Ignatius, que sigue con sus berridos, y en Big Butch que le arrulla: «Ea, ea, ea, nenito rico de su papi». Después oigo a uno de los polizontes que dice al sargento gordo:

—Mejor será echar el guante a estos. Puede que hayan sido ellos.

Se acabó, creo que podemos despedirnos Butch, John Ignatius y yo, pienso, cuando el sargento gordo se va para Big Butch; pero en lugar de ponerle la mano encima, el fulano se limita a señalar a John Ignatius, y pregunta con la mayor simpatía:

—¿Los dientes?

—No —contesta Big Butch—. No son los dientes. Es un cólico. Acabo de sacar de la cama aquí al médico para que le vea, y ahora vamos buscando una farmacia para comprar las medicinas.

Yo, naturalmente, me quedo muy sorprendido de tal declaración, porque desde luego yo no soy médico, y si John Ignatius tiene cólico, bien merecido le está, pero lo único que deseo es que no me pregunten por mi título, cuando el sargento gordo dice:

—Pobrecillo. Ya sé lo que es eso. Tengo tres en casa. —Y concluye—: Pero más parece de los dientes que un cólico.

Después, cuando Big Butch, John Ignatius y yo seguimos nuestro camino, oigo al sargento gordo decir al polizonte con el mayor sarcasmo:

—¡Vamos, hombre, un tío volando cajas con un niño en brazos! ¡Menudo detective estás tú hecho!

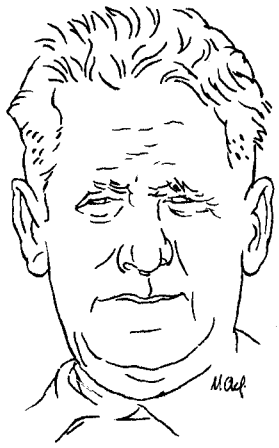
Hace varios días que no veo a Big Butch, cuando me entero de que Harry *el Caballo*, Isadoro *el Peque* y John *el Español* lograron volver a Brooklyn, un tanto desportillados, eso sí, por los disparos que les hicieron los polis, mientras los polis que ellos afeitaron apenas tienen más que rasguños. Lo probable además es que no vuelva a ver a Big Butch en varios años, si de mí depende; pero una noche viene a buscarme, y al parecer más contento que unas pascuas, cualquiera sabe por qué.

—Oye —me dice Big Butch—, ya sabes que nunca he creído que un polizonte supiese mucho de nada, pero tengo que reconocer que aquel sargento gordo con quien topamos la otra noche es un pájaro de lo más listo. Tenía razón, eran los dientes lo que molestaba a John Ignatius, porque precisamente ayer le salió el primero.

UNA CARTA A DIOS

GREGORIO LOPEZ Y FUENTES/MEXICO

Gregorio



La casa —única en todo el valle—,estaba subida en uno de esos cerros truncados que, a manera de pirámides rudimentarias, dejaron algunas tribus al continuar sus peregrinaciones. Desde allá se veían las vegas, el río, lós rastrojos y, lindando con el corral, la milpa, ya a punto de jilotear. Entre las matas del maíz, el frijol con su florecilla morada, promesa inequívoca de una buena cosecha.

Lo único que estaba haciendo falta a la tierra era una lluvia, cuando menos un fuerte aguacero, de esos que forman charcos entre los surcos. Dudar de que llovería hubiera sido lo mismo que dejar de creer en la experiencia de quienes, por tradición, enseñaron a sembrar en determinado día del año.

Durante la mañana, Lencho —conocedor del campo, apegado a las viejas costumbres y creyente a puño cerrado— no había hecho más que examinar el cielo por el rumbo del noreste.

—Ahora sí que se viene el agua, vieja.

Y la vieja, que preparaba la comida, le respondió:

—Dios lo quiera.

Los muchachos más grandes limpiaban de hierba la siembra, mientras que los más pequeños correteaban cerca de la casa, hasta que la mujer les gritó a todos:

—Vengan que les voy a dar en la boca...

Fue en el curso de la comida cuando, como lo había asegurado Lencho, comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia. Por el no-

reste se veían avanzar grandes montañas de nubes. El aire olía a jarro nuevo.

—Hagan de cuenta, muchachos —exclamaba el hombre mientras sentía la fruición de mojarse con el pretexto de recoger algunos enseres olvidados sobre una cerca de piedra—, que no son gotas de agua las que están cayendo: son monedas nuevas: las gotas grandes son de a diez y las gotas chicas son de a cinco...

Y dejaba pasear sus ojos satisfechos por la milpa a punto de jilotear, adornada con las hileras frondosas del frijol, y entonces toda ella cubierta por la transparente cortina de la lluvia. Pero, de pronto, comenzó a soplar un fuerte viento y con las gotas de agua comenzaron a caer granizos tan grandes como bellotas. Esos sí que parecían monedas de plata nueva. Los muchachos, exponiéndose a la lluvia, correteaban y recogían las perlas heladas de mayor tamaño.

—Esto sí que está muy malo —exclamaba mortificado el hombre—; ojalá que pase pronto...

No pasó pronto. Durante una hora, el granizo apedreó la casa, la huerta, el monte, la milpa y todo el valle. El campo estaba tan blanco que parecía una salina. Los árboles, deshojados. El maíz, hecho pedazos. El frijol, sin una flor. Lencho, con el alma llena de tribulaciones. Pasada la tormenta, en medio de los surcos, decía a sus hijos:

—Más hubiera dejado una nube de langosta... El granizo no ha dejado nada: ni una sola mata de maíz dará una mazorca, ni una mata de frijol dará una vaina...

La noche fue de lamentaciones

—¡Todo nuestro trabajo, perdido!

—¡Y ni a quién acudir!

—Este año pasaremos hambre...

Pero muy en el fondo espiritual de cuantos convivían bajo aquella casa solitaria en mitad del valle, había una esperanza: la ayuda de Dios.

—No te mortifiques tanto, aunque el mal es muy grande. ¡Recuerda que nadie se muere de hambre!

—Eso dicen: nadie se muere de hambre...

Y mientras llegaba el amanecer, Lencho pensó mucho en lo

que había visto en la iglesia del pueblo los domingos: un triángulo y dentro del triángulo un ojo, un ojo que parecía muy grande, un ojo que, según le habían explicado, lo mira todo, hasta lo que está en el fondo de las conciencias.

Lencho era hombre rudo y él mismo solía decir que el campo embrutece, pero no lo era tanto que no supiera escribir. Ya con la luz del día y aprovechando la circunstancia de que era domingo, después de haberse afirmado en su idea de que sí hay quien vele por todos, se puso a escribir una carta que él mismo llevaría al pueblo para echarla al correo.

Era nada menos que una carta a Dios.

«Dios —escribió—, si no me ayudas pasaré hambre con todos los míos, durante este año: necesito cien pesos para volver a sembrar y vivir mientras viene la otra cosecha, pues el granizo...»

Rotuló el sobre «A Dios», metió el pliego y, aún preocupado, se dirigió al pueblo. Ya en la oficina de correos, le puso un timbre a la carta y echó esta en el buzón.

Un empleado, que era cartero y todo en la oficina de correos, llegó riendo con toda la boca ante su jefe: le mostraba nada menos que la carta dirigida a Dios. Nunca en su existencia de repartidor había conocido ese domicilio. El jefe de la oficina —gordo y bonachón— también se puso a reír, pero bien pronto se le plegó el entrecejo y, mientras daba golpecitos en su mesa con la carta, comentaba:

—¡La fe! ¡Quién tuviera la fe de quien escribió esta carta! ¡Creer como él cree! ¡Esperar con la confianza con que él sabe esperar! ¡Sostener correspondencia con Dios!

Y, para no defraudar aquel tesoro de fe, descubierto a través de una carta que no podía ser entregada, el jefe postal concibió una idea: contestar la carta. Pero una vez abierta, se vio que contestar necesitaba algo más que buena voluntad, tinta y papel. No por ello se dio por vencido: exigió a su empleado una dádiva, él puso parte de su sueldo y a varias personas les pidió su óbolo «para una obra piadosa».

Fue imposible para él reunir los cien pesos solicitados por Lencho, y se conformó con enviar al campesino cuando menos lo que había reunido: algo más que la mitad. Puso los billetes en un sobre diri-

gido a Lencho y con ellos un pliego que no tenía más que una palabra, a manera de firma: DIOS.

Al siguiente domingo Lencho llegó a preguntar, más temprano que de costumbre, si había alguna carta para él. Fue el mismo repartidor quien le hizo entrega de la carta, mientras que el jefe, con la alegría de quien ha hecho una buena acción, espiaba a través de un vidrio raspado, desde su despacho.

Lencho no mostró la menor sorpresa al ver los billetes —tanta era su seguridad—, pero hizo un gesto de cólera al contar el dinero... ¡Dios no podía haberse equivocado, ni negar lo que se le había pedido!

Inmediatamente, Lencho se acercó a la ventanilla para pedir papel y tinta. En la mesa destinada al público, se puso a escribir, arrugando mucho la frente a causa del esfuerzo que hacía para dar forma legible a sus ideas. Al terminar, fue a pedir un timbre, el cual mojó con la lengua y luego aseguró de un puñetazo.

En cuanto la carta cayó al buzón, el jefe de correos fue a recogerla. Decía:

«Dios: Del dinero que te pedí, sólo llegaron a mis manos sesenta pesos. Mándame el resto, que me hace mucha falta; pero no me lo mandes por conducto de la oficina de correos, porque los empleados son muy ladrones.—Lencho.»

LA BESTIA

JOSEPH CONRAD/GRAN BRETAÑA

Al entrar en el bar de los Tres Cuervos desde la calle barrida por la lluvia, cambié una mirada y una sonrisa con la señorita Blank. Este intercambio se realizó con extremada respetabilidad. Cuesta trabajo creer que, de vivir todavía, la señorita Blank tendría ahora algo más de sesenta años. ¡Cómo pasa el tiempo!

Al darse cuenta de que miraba hacia la mampara de cristal y madera barnizada que separaba el bar del salón, la señorita Blank me dijo amablemente, como animándome a entrar:

—Sólo están el señor Jermyn y el señor Stonor, y otro caballero al que no he visto nunca.

Me dirigí hacia la puerta del salón. Alguien monologaba al otro lado de la mampara, y al pronunciar las últimas palabras elevó tanto la voz que estas se oyeron en toda su atrocidad:

—¡Ese Wilmot acabó con ella de una vez! Y debo confesar que hizo muy bien.

Cuando abrí la puerta del salón, la voz prosiguió con la misma entonación cruel:

—Me llevé una alegría cuando me enteré de que alguien le había dado por fin su merecido. Sin embargo, lo sentí por el pobre Wilmot. El y yo fuimos buenos amigos hace muchos años. Naturalmente, aquello acabó con él. Fue un caso tan claro como el agua, no cabe duda.

La voz pertenecía al caballero que la señorita Blank dijo no conocer. Estaba plantado sobre la estera que había junto a la chi-

menea, con sus largas piernas muy abiertas. Jermyn, inclinado hacia adelante, mantenía extendido su pañuelo cerca del fuego. Me lanzó una mirada melancólica sobre el hombro, y yo le saludé con un gesto de la cabeza al sentarme tras una de las mesitas de madera. Al otro lado de la chimenea estaba sentado el señor Stonor, embutido en una amplia butaca tipo Windsor. Nada en él era pequeño, exceptuando sus cortas y blancas patillas; el maletín que se hallaba a sus pies parecía de juguete, a pesar de su tamaño normal.

No le dirigí ningún saludo: era demasiado grande para que nadie le saludase en aquel reducido salón. Se trataba de un primer piloto de Trinity que sólo condescendía en hacer su turno en el cúter durante los meses de verano. Además, de nada sirve saludar a un monumento, y él lo era. No hablaba ni se movía; se limitaba a permanecer sentado, erguida e inmóvil su anciana y bella cabeza, casi más grande que la vida misma. Era algo verdaderamente magnífico. La presencia del señor Stonor reducía al pobre Jermyn a un mero guiñapo y hacía que el parlanchín desconocido, que vestía un traje de mezclilla, resultase absurdamente juvenil.

—Me llevé una alegría —repitió este último con énfasis— Quizá se sorprendan de mi afirmación, pero ustedes no han tenido que pasar por lo que ella me hizo pasar a mí. Les aseguro que fue algo que no olvidaré jamás. Claro que yo salí indemne... como pueden ustedes comprobar. No obstante, hizo cuanto pudo para hundirme moralmente. Y casi mandó al manicomio a uno de los mejores hombres que he conocido. ¿Qué les parece?

En la inmensa cara del señor Stonor no se movió un solo músculo. ¡Monumental! El desconocido me miró directamente a los ojos.

—Me ponía malo sólo de pensar que seguía suelta por el mundo asesinando gente —añadió.

Jermyn acercó un poco más el pañuelo al fuego y emitió un gruñido. Se trataba simplemente de una costumbre suya.

—Tenía una especie de chalet, ancho, alto, blanco y feo —declaró—. Se veía desde muchas millas de distancia.

—Es verdad —asintió el otro con rapidez—. Todo fue idea del viejo Colchester, aunque siempre estaba amenazando con abandonarla, pues llegó un momento en que ya no podía soportar el jaleo que armaba. Estoy seguro de que la hubiese mandado al cuerno,

sólo que, y esto quizá les sorprenda, su mujer no quería oír hablar de ello. Tiene gracia, ¿verdad? Pero con las mujeres nunca sabe uno a qué carta quedarse, y la señora Colchester, con su bigote y sus hirsutas cejas, era tan testaruda como una mula. Tenían ustedes que haberla oído gritar: «¡Tonterías!» o «¡Vaya necedad!» Yo creo que sabía perfectamente lo que le convenía. No tenían hijos y nunca habían tenido una casa propia. Cuando estaba en Inglaterra, ella siempre se alojaba en algún hotel barato o en alguna pensión. Me figuro que estaría deseando volver a disfrutar de las comodidades a que estaba acostumbrada. Sabía perfectamente que cualquier cambio resultaría peor para ella. Por alguna razón u otra, sin embargo, ella siempre repetía lo mismo: «¡Tonterías!» o «¡Vaya necedad!» En cierta ocasión oí al joven Apse decirle confidencialmente: «Le aseguro, señora Colchester, que estoy empezando a preocuparme por la mala fama que se está creando». «Vaya», contestó ella con su cascada risa, «si fuese una a hacer caso de todas las habladurías que oye...», y enseñó a Apse sus horribles dientes postizos. «Se necesita algo más que eso para hacerme perder la confianza en ella; puede usted estar seguro.»

Al oír esto, el señor Stonor soltó una breve y sardónica risa sin apenas mover un músculo del rostro. Resultó muy impresionante, pero yo no le veía gracia alguna a aquel asunto. Los miré uno a uno. El desconocido sonreía perversamente.

—Y el señor Apse estrechó ambas manos a la señora Colchester, tan contento estaba de oír una buena opinión sobre su favorita. Todos los Apse, tanto los viejos como los jóvenes, estaban perdidamente enamorados de aquella abominable y peligrosa...

—Perdón —le interrumpí, pues me pareció que era a mí a quien se dirigía—, pero ¿de quién está usted hablando?

—Estoy hablando de la familia Apse —contestó cortésmente.

Yo casi solté una maldición al oír su respuesta, pero justo en aquel momento asomó la cabeza la señorita Blank para anunciar que el taxi estaba en la puerta, por si el señor Stonor quería coger el tren de las once y tres.

El gigantesco piloto se levantó inmediatamente y comenzó a bregar con el abrigo. El desconocido y yo nos apresuramos a ayudarle, y él nos dejó hacer con superior complacencia. Para ello,

teníamos que estirar los brazos hacia lo alto y hacer desesperados esfuerzos. Era como poner gualdrapas a un elefante domesticado. Después de un seco «Gracias, caballeros», agachó la cabeza, se comprimió para pasar por la puerta y salió a toda prisa.

El desconocido y yo nos miramos con simpatía.

—¿Es usted marino? —le pregunté cuando volvió a colocarse junto a la chimenea.

—Lo fui hasta hace un par de años, hasta que me casé —contestó—. La primera vez que embarqué fue precisamente en ese barco del que estábamos hablando cuando entró usted.

—¿Qué barco? —inquirí desconcertado—. No le he oído mencionar ningún barco.

—Le acabo de decir su nombre, señor —repuso—. La corbeta *Familia Apse*. Sin duda habrá usted oído hablar de la gran firma de armadores Apse e Hijos. Tenían una flota magnífica: la *Lucy Apse*, y la *Harold Apse*, y la *Anne*, la *John*, la *Malcolm*, la *Clara*, la *Juliet*... en fin, una lista interminable de *Apses*. Cada hermano, hermana, tía, prima, esposa y creo que también las abuelas tenían un barco con su nombre. Eran corbetas anticuadas, muy marineras y resistentes, construidas para trabajar y durar; en ellas no encontraría usted ninguno de esos chismes que ahora se ponen para ahorrar trabajo.

»Se pensó que la última de ellas, la *Familia Apse*, fuera como las demás, sólo que aún más resistente, aún más segura, aún más espaciosa y cómoda. Según creo, querían que durase eternamente. Se construyó con diversos materiales: hierro, teca, ocote... Y las maderas de los mamparos eran algo fabuloso. La construcción estuvo presidida en todo momento por el orgullo. Todo era de lo mejor. La corbeta debía mandarla el comodoro de la compañía, y por ello construyeron para él un alojamiento que era como un chalet cubierto por una amplia toldilla que llegaba casi hasta el palo mayor. Nada tiene pues de extraño que la señora Colchester fuera tan reacia a que su marido dejase aquella embarcación.

»¡El alboroto que armaron mientras se construía! Aquello tenía que ser reforzado y eso otro debía tener más grosor; y ¿no debían cambiar aquello por algo más resistente? Los constructores se contagiaron de aquella fiebre, y el barco fue creciendo y creciendo

estaba loca, se trataba de la más salvaje, malvada y taimada bestia que jamás haya surcado los mares. Yo la he visto comportarse perfectamente durante dos días en medio de una tormenta y al tercero tomar dos veces por avante en la misma tarde. La primera lanzó al timonel por encima de la rueda, pero como no consiguió matarle, realizó un nuevo intento tres horas más tarde. Encapilló olas por proa y por popa, rifó todo el trapo que llevaba dado y llenó de pánico a toda la tripulación; incluso llegó a asustar a la señora Colchester, refugiada en la cómoda cabina de popa de la que estaba tan orgullosa. Cuando pasamos lista, vimos que faltaba un hombre. El pobre diablo debió de caer por la borda sin que le viéramos o le oyéramos. Lo que me extraña es que no desapareciera nadie más.

»Y siempre lo mismo, siempre. Nunca se sabía cómo dominar aquel barco. A la más mínima provocación empezaba a romper cables, estachas y guindalezas como si fuesen de cristal. Era pesado, torpe, difícil de maniobrar, es cierto, pero eso no explica su maléfico poder.

Me lanzó una mirada inquisidora, pero yo no podía admitir la posibilidad de que un barco estuviese loco.

—En los puertos donde lo conocían —prosiguió— temían hasta su sombra. Con la mayor tranquilidad se llevaba por delante seis o siete metros de sólido muelle o afeitaba la punta de un rompeolas. En sus buenos tiempos debió de perder kilómetros y kilómetros de cadena y cientos de toneladas de anclas. Cuando abordaba a otro pobre e indefenso barco, resultaba casi imposible separarlo de él. Y nunca resultaba averiado: todo lo más unos pequeños arañazos. Se habían propuesto construir un barco fuerte, y la verdad es que lo lograron. Tan fuerte como para abrirse paso entre los hielos polares. Y tal como empezó, siguió portándose. Desde el día de su botadura no dejó pasar un solo año sin asesinar a alguien. Me figuro que los armadores comenzarían a preocuparse, pero toda aquella generación de Apses era bastante obstinada; jamás admitirían que pudiera existir alguna anormalidad en la *Familia Apse*. Ni siquiera consintieron en cambiarle el nombre. «¡Vaya necedad!», como solía decir la señora Colchester. Por lo menos deberían haberla encerrado en un dique seco, río arriba, y no haber permitido que volviera a oler el agua salada. Puedo asegurarle, señor mío, que en

cada viaje que hacía mataba a alguien. Esto lo sabía todo el mundo, y su mala reputación no tardó en ser conocida en los siete mares.

Yo hice patente mi extrañeza de que fuese posible encontrar tripulación para un barco con tan mala fama.

—Entonces no conoce usted a los marinos, señor mío. ¡La temeridad personificada! ¿Y esa vanidad de poder presumir por la tarde ante sus compañeros: «Acabamos de enrolarnos en la *Familia Apse*. ¡Al diablo con ella! A nosotros no nos asusta»? ¡La estúpida terquedad del marino! Es como una especie de curiosidad. Bueno, quizá sea un poco de todo. Pero le diré una cosa: aquella bestia ejercía sobre nosotros una funesta atracción.

Jermyn, que al parecer conocía todos los barcos del mundo, intervino con tono lúgubre:

—Yo vi ese barco una vez, desde esta misma ventana, cuando lo remolcaban río arriba: una horrorosa mole negra que parecía un enorme catafalco flotante.

—Había algo siniestro en su aspecto, ¿verdad? —convino el hombre del traje de mezclilla, mirando amistosamente a Jermyn—. Siempre me inspiró verdadero terror. Tenía catorce años cuando embarqué en la *Familia Apse*, y me dio un susto de muerte apenas hube subido a bordo. Mi padre me acompañó para embarcar con nosotros hasta Gravesend y despedirme allí. Yo era el segundo de sus hijos que se hacía marino. Mi hermano mayor era oficial por entonces. Subimos a bordo hacia las once de la mañana; el barco ya estaba listo para salir de popa hacia el río. Un remolcador le dio un ligero tirón para que entrase en las compuertas de la esclusa, e inmediatamente hizo una de sus locuras. No habría avanzado ni siquiera tres esloras cuando tensó de tal forma una de las estachas, un cabo nuevo de seis pulgadas de mena, que no dio tiempo a lascar de proa y la estacha faltó. Yo vi el chicote volar por los aires, y al momento siguiente embestimos por la aleta contra el muelle con tal fuerza que todos los que estábamos en cubierta casi perdimos el equilibrio. Al barco no le pasó nada. ¡No, a él no! Pero uno de los grumetes, a quien el piloto había hecho subir a la mesana para afirmar algo, cayó sobre la toldilla, zas, justo delante de mí. El pobre chico no era mucho mayor que yo, y tan sólo unos minutos antes habíamos estado juntos. Seguramente se había descuidado allá

arriba, sin pensar que podría producirse aquel accidente. Oí un agudo grito de sorpresa, ¡oh!, y cuando alcé la vista me dio tiempo a verle caer como un pelele. Se estrelló a menos de un metro de mí y se abrió la cabeza contra una bita. Murió instantáneamente. ¡Fue algo horrible! Mi padre estaba mortalmente pálido cuando me estrechó la mano en Gravesend. «¿Te encuentras bien?», preguntó mirándome fijamente. «Sí, padre.» «¿Estás seguro?» «Sí, padre.» «Bueno, entonces hasta la vista, hijo mío.» Más tarde me dijo que si se hubiera dejado guiar por sus sentimientos me habría llevado a casa inmediatamente. Yo soy el benjamín de la familia, ¿sabe? —añadió con una ingenua sonrisa.

Yo acogí esta interesante noticia con un murmullo de conmiseración, pero él le restó importancia con un ademán de la mano.

—Era como para quitarle a uno las ganas de subir al palo, se lo aseguro —prosiguió—. Pero aquello no era lo peor que cabía esperar de aquella bestia. Yo serví en ese barco durante tres años. Luego me trasladaron por un año a la *Lucy Apse*. Para mí, que no había conocido más barco que la *Familia Apse,* la *Lucy* era una corbeta maravillosa que hacía lo que uno quería que hiciese, como si adivinase los pensamientos.

»Cuando terminé mi último año de aprendizaje en aquel alegre barquito y me disponía a disfrutar de tres divertidas semanas en tierra, recibí un día, durante el desayuno, una carta en la que se me pedía que me presentase lo antes posible en la *Familia Apse* para ocupar el cargo del tercer oficial. De un empujón mandé mi plato hasta el centro de la mesa; mi padre me miró por encima del periódico, mi madre alzó las manos sorprendida y yo salí a nuestro pequeño jardín, donde estuve paseando más de una hora.

»Cuando entré al fin, mi madre ya no estaba en el comedor y mi padre se había acomodado en su sillón favorito. Vi la carta sobre la repisa de la chimenea.

»'Es un honor para ti recibir semejante oferta, y los Apse han sido muy amables al hacerla', dijo mi padre. 'Y veo también que han nombrado a Charley primer oficial para un solo viaje.'

»En el reverso de la carta, de puño y letra del señor Apse, había una posdata que yo no había visto. Charley era mi hermano mayor.

»'No me gusta que dos de mis hijos estén en el mismo barco',

prosiguió mi padre con su habitual seriedad. 'Y te aseguro que no tengo inconveniente en escribir al señor Apse explicándoselo.'

»¡Mi viejo y querido padre! Era un padre maravilloso. ¿Qué habrían hecho ustedes en mi lugar? La mera idea de volver a aquella bestia, y para colmo como oficial, sabiendo que siempre estaría en tensión, preocupado, sin un momento de tranquilidad ni de día ni de noche, era algo que me ponía enfermo. Pero aquel no era un barco del que se pudiese huir tan fácilmente. Por otra parte, incluso la más justificada de las disculpas habría ofendido mortalmente a Apse e Hijos. Me hallaba en una situación en la que, aun en el caso de que hubiera estado en el lecho de la muerte, sólo podía responder: 'Listo para embarcar', si es que quería morir en gracia de Apse e Hijos. Y eso fue precisamente lo que contesté, y además por telegrama, para terminar cuanto antes con aquel asunto.

»La perspectiva de navegar con mi hermano me ilusionaba bastante, pero también me causaba cierta intranquilidad. Desde que era un crío, siempre me había tratado con cariño, y yo le consideraba como la persona más maravillosa del mundo. Y, en efecto, lo era. Nunca pisó la cubierta de un mercante un oficial mejor. Agradable, fuerte, erguido, curtido por el sol, tenía cabello castaño ligeramente rizado y ojos de halcón. Era un hombre espléndido. No nos habíamos visto desde hacía años, pues aunque ya llevaba tres semanas en Inglaterra, todavía no había aparecido por casa; se había pasado todo el tiempo de su permiso en algún lugar de Surrey, haciendo la corte a Maggie Colchester, sobrina del viejo capitán Colchester. Su padre, que se dedicaba al comercio del azúcar, era un gran amigo mío, y Charley había hecho de su casa una especie de segundo hogar. Yo no dejaba de preguntarme lo que mi hermano mayor pensaría de mí.

»Me dio la bienvenida con una sonora carcajada. Parecía como si el hecho de tenerme de oficial a sus órdenes fuese lo más divertido del mundo. Me llevaba diez años, y cuando se hizo a la mar por primera vez yo sólo tenía cuatro. Me quedé sorprendido al comprobar lo alborotador que se había vuelto.

»'Ahora veremos si tienes madera', me dijo riendo. Luego me dio un codazo en las costillas y me llevó a su camarote. 'Siéntate, Ned. Me alegra poder tenerte conmigo. Yo te puliré, oficialito,

siempre que valga la pena. Y, en primer lugar, métete bien en la cabeza que durante este viaje no vamos a dejar que esta bestia asesine a nadie. Vamos a acabar con sus resabios.'

»Comprendí que lo decía en serio. Visiblemente preocupado, me habló del barco e insistió en que nunca debíamos dejarnos sorprender por los malvados trucos de aquella condenada bestia.

»Me soltó un largo discurso sobre el gobierno de un barco con especial referencia a la *Familia Apse*. Luego, cambiando de tono, empezó a contarme las más disparatadas historias, hasta que llegó un momento en que me dolían los ijares de tanto reír. Noté que estaba muy excitado, pero no creí que fuese sólo por mi llegada: no era para tanto. Unos días más tarde todo quedó aclarado: la señorita Maggie Colchester nos acompañaría en la travesía. Su tío había pensado que un viaje por mar sería beneficioso para su salud.

»No sé lo que querría decir aquello de *beneficioso para su salud*, pues tenía un color inmejorable y una preciosa mata de cabello rubio. Y no le importaba lo más mínimo el viento, ni la lluvia, ni las salpicaduras del mar, ni el sol, ni las olas, ni nada de nada. Era una muchacha de ojos azules y carácter jovial, pero me asustaba un poco la forma que tenía de tomar el pelo a mi hermano. Temía que en cualquier momento pudiera estallar una bronca espectacular entre los dos. Sin embargo, hasta que no llevábamos una semana en Sydney no ocurrió nada de particular. Un día, mientras la marinería estaba comiendo, Charley se asomó a mi camarote. Yo estaba tumbado en mi litera, fumando tranquilamente.

»'Vente a tierra conmigo, Ned', dijo sin preámbulos.

»Salté de la litera sin dudarlo y fui tras él por el portalón y luego calle George arriba. Caminaba con pasos de gigante, y yo casi tenía que correr para mantenerme a su altura. Hacía un calor insoportable. '¿Adónde diablos me llevas con tanta prisa, Charley?', le pregunté. 'Aquí', me contestó.

»*Aquí* era una joyería. Yo no tenía la menor idea de lo que se le podría haber perdido allí. Creí que se trataría de alguna alocada extravagancia. De pronto me puso bajo las narices tres sortijas que parecían diminutas en su morena y enorme mano. 'Es para Maggie. ¿Cuál?', refunfuñó.

»La verdad es que me asusté un poco. Me sentía incapaz de

articular palabra, pero señalé una que lanzaba destellos blancos y azules. El se la metió en el bolsillo del chaleco, pagó con un montón de soberanos y salió a toda prisa de la tienda. Cuando volvimos al barco yo estaba sin resuello. 'Choca esos cinco, camarada', dije jadeante. El me dio una palmada en la espalda. 'Cuando regrese la marinería da las órdenes que creas oportunas al contramaestre', fueron sus instrucciones. 'Esta tarde yo estoy libre de servicio.'

»A continuación, desapareció unos momentos de cubierta para reaparecer al poco rato acompañado de Maggie. A la vista de todos, bajaron juntos por el portalón para dar un paseo en aquel polvoriento y abrasador día. Pocas horas después regresaron muy formales, pero como si no tuviesen la menor idea de dónde habían estado. Al menos eso fue lo que dijeron a la señora Colchester cuando les preguntó a la hora del té.

»Como comprenderán, a bordo nunca se hablaba de las diabólicas manías de aquel condenado barco, al menos en los camarotes. Sólo cuando íbamos ya camino de Inglaterra, Charley cometió la imprudencia de decir que esta vez regresábamos todos. El capitán Colchester dio inmediatamente muestras de sentirse incómodo, y su estúpida y agresiva mujer la emprendió con Charley como si hubiese dicho alguna indecencia. Yo mismo quedé totalmente asombrado. En cuanto a Maggie, permaneció sentada, perpleja, muy abiertos sus grandes ojos azules. Naturalmente, no tardó nada en sonsacarme todo lo que yo sabía. Era una de esas personas a las que no se puede mentir. 'Es espantoso', dijo muy seria. '¡Pobres desgraciados! Me alegro de que el viaje esté a punto de terminar. A partir de ahora no tendré un momento de paz pensando en Charley.'

»Yo le aseguré que no tenía motivos para preocuparse por Charley. Hacía falta un barco más taimado que aquel para sorprender a un marino como mi hermano. Ella se mostró de acuerdo conmigo.

»Al día siguiente se nos acercó el remolcador de Dungeness. Cuando la estacha estuvo firme, Charley se frotó las manos y me dijo en voz baja: 'La hemos derrotado, Ned', y yo contesté con una sonrisa: 'Eso parece.'

»El tiempo era magnífico y la mar una balsa de aceite. Comenzamos a remontar el río sin ningún incidente hasta que, frente a

Hole Haven, aquella bestia traicionera dio un bandazo y estuvo a punto de arremeter contra una barcaza fondeada fuera del canal. Pero yo estaba en popa, vigilando al timonel, y no me cogió desprevenido. Charley subió a la toldilla con expresión preocupada. 'Le faltó poco', dijo, y yo contesté alegremente: 'No te preocupes, Charley. La has domado.'

»El remolcador debía llevarnos hasta el muelle. El práctico del río había embarcado en Gravesend, y sus primeras palabras fueron: 'Contramaestre, ice inmediatamente a bordo el ancla de babor.'

»Cuando fui hacia proa, la orden ya se había cumplido. Vi a Maggie en el castillo, entretenida con el ajetreo de la maniobra; le pedí que fuese a popa, pero, como siempre, no me hizo el menor caso. Entonces Charley, que estaba muy atareado con los aparejos, vio también a Maggie y gritó con todas sus fuerzas: '¡Apártate del castillo, Maggie! Estás estorbando.' Por toda respuesta Maggie le hizo un gesto burlón, y vi que el pobre Charley volvía la espalda, procurando disimular su sonrisa. Los azules ojos de Maggie, excitada con la perspectiva de volver a casa, chispeaban mientras contemplaba el río. Un bergantín cargado de carbón viró justo en nuestra proa, y el remolcador tuvo que parar sus máquinas a toda prisa para evitar abordarlo.

»En un abrir y cerrar de ojos, como suele ocurrir en estos casos, todos los barcos de las cercanías parecieron enredarse en un lío inmenso. Una goleta y un queche se abordaron en el centro del río. El espectáculo era emocionante; entretanto, nuestro remolcador permanecía al pairo. A cualquier otro barco que no fuese aquella bestia se le podría haber convencido para que no se moviese durante un par de minutos, ¡pero no a la *Familia Apse!* Inmediatamente cayó su proa y la corbeta empezó a derivar arrastrando consigo al remolcador. Vi que a un cuarto de milla de nosotros se hallaba fondeado un grupo de barcos de cabotaje, y creí que debía comunicárselo al piloto. 'Si nos metemos entre ellos', dije serenamente, 'los va a hacer astillas antes de que podamos salir del atolladero.'

»'¡Cómo si yo no conociese este barco!', exclamó pateando la cubierta con furia extraordinaria. Hizo sonar su silbato para que el remolcador virase nuestra proa lo antes posible, y continuó pi-

tando como un loco y haciendo señas con el brazo hacia babor. El remolcador comenzó a dar avante. Las paletas batían el agua desesperadamente, pero parecía que tratase de atoar una roca: no conseguía movernos ni un centímetro. El piloto volvió a tocar el silbato y a mover el brazo hacia babor. Las paletas del remolcador, situado ya perpendicular a nuestra proa, giraban cada vez más aprisa.

»Durante unos instantes el remolcador y la corbeta permanecieron inmóviles en medio de aquella multitud de barcos en movimiento, y de pronto el tremendo poder que aquella malvada bestia de corazón de piedra ponía en todo lo que hacía arrancó de cuajo la bita de amarre. La estacha saltó ruidosamente y fue quebrando cabillas una a una como si fuesen barritas de lacre. Entonces me di cuenta de que Maggie, para ver mejor, se había subido encima del ancla de babor, arranchada a plan en la cubierta del castillo. Aunque el ancla estaba perfectamente encajada en su basada de madera, no había habido tiempo de afirmarla con un cabo. Estaba suficientemente asegurada para ir hasta el muelle, pero si el chicote de la estacha se enganchaba en alguna de sus uñas... Se me hizo un nudo en la garganta, pero antes pude gritar: '¡Apártate del ancla!'

»No tuve tiempo de pronunciar su nombre; de todas formas, no creo que me hubiese oído. La estacha golpeó contra la uña del ancla y Maggie cayó a cubierta; se levantó como un rayo, pero quedó situada en un lugar peligroso. Se oyó un espantoso chirrido y el ancla, girando sobre sí misma, se irguió como si tuviese vida propia; el largo y tosco brazo de su cepo enganchó a Maggie por la cintura, pareció estrecharla en espantoso abrazo y se lanzó con ella a las aguas, produciendo un horrible estruendo de cadenas, seguido de los golpes que daban los eslabones y grilletes y que hacían estremecerse al barco de proa a popa... ¡porque el freno de la cadena del ancla había aguantado!

—¡Qué horrible!—exclamé.

—Durante años tuve pesadillas sobre anclas que abrazaban a muchachas —prosiguió el desconocido con voz descompuesta, al tiempo que se estremecía—. Charley, lanzando un grito desgarrador, se tiró inmediatamente por la borda. Pero ni siquiera pudo ver el

menor indicio de su boina roja en las aguas. ¡Nada, Dios mío! ¡Nada en absoluto! Instantes después nos rodearon media docena de botes, y uno de ellos recogió a Charley. Yo, ayudado por el contramaestre y el carpintero, largué apresuradamente el ancla de estribor y conseguí detener el barco. El práctico parecía haberse vuelto loco. No hacía más que pasearse por el castillo, retorciéndose las manos y susurrando: «¡Ahora te dedicas a asesinar mujeres! ¡Ahora te dedicas a asesinar mujeres!» Por más que hicimos, no conseguimos sacarle ninguna otra palabra.

»Llegó la noche, oscura como boca de lobo. Al volverme hacia el río oí una triste y apagada llamada: '¡Ah del barco!' Al rato se acercó a nuestro costado un bote de Gravesend tripulado por dos hombres. Llevaban un farol y vi que, agarrados a la escala, miraban hacia cubierta sin pronunciar palabra. A la luz del farol pude distinguir una mata de lacio y rubio cabello.

El desconocido volvió a estremecerse.

—Al cambiar la marea, el cuerpo de la pobre Maggie se había soltado de una de las boyas de amarre y había subido a la superficie —explicó—. Me dirigí hacia la popa, sintiéndome más muerto que vivo, y lancé un cohete para avisar a los que seguían buscando en el río. Entonces me escabullí como un perro hacia proa y pasé toda la noche sentado en la coz del bauprés para estar lo más lejos posible de Charley.

—¡Pobre hombre! —susurré.

—Sí, pobre hombre —repitió él pensativo—. Aquella bestia no había consentido que ni siquiera él la privase de su presa. Pero fue él quien a la mañana siguiente llevó el barco hasta el muelle y ordenó la maniobra de amarre. ¡Vaya si lo hizo!

»Charley y yo no habíamos cruzado una sola palabra... ni siquiera una mirada. Yo no me atrevía a mirarle. Cuando estuvo firme la última estacha, se llevó las manos a la cabeza y se quedó mirando fijamente a cubierta como si quisiera recordar algo. Los hombres permanecían silenciosos, esperando que se les diese la voz de fin de viaje. Quizá fuera eso lo que trataba de recordar. Yo hablé en su nombre: 'Eso es todo, muchachos.'

»Jamás he visto a una tripulación desembarcar tan silenciosamente. Fueron pasando uno tras otro por encima de la borda, pro-

curando hacer el menor ruido posible con sus cofres. Todos nos miraron al marchar, pero ninguno tuvo el valor de ir a estrechar la mano del primer oficial, como es costumbre.

»Yo seguí a Charley de acá para allá por el desierto barco; aparte de nosotros, sólo el guarda había quedado a bordo, pero se había encerrado con llave en la cocina. De pronto, el pobre Charley susurró con voz enloquecida: '¡Esto se ha acabado!' Se dirigió al portalón, saltó al muelle, salió del puerto y se encaminó a grandes zancadas hacia Tower Hill. Yo iba pegado a sus talones.

El desconocido hizo un gesto de desaliento.

—¡Con aquella bestia no se podía hacer nada! ¡Tenía el diablo metido en el cuerpo!

—¿Qué ha sido de su hermano? —pregunté, convencido de que había muerto.

Resultó, sin embargo, que estaba equivocado. Ahora mandaba un buen barco en la costa de China, pero no había vuelto a aparecer por su casa.

Jermyn lanzó un profundo suspiro. Luego, tras comprobar que el pañuelo ya estaba lo suficientemente seco, se lo llevó cuidadosamente a su enrojecida nariz, que presentaba un aspecto lamentable.

—Era una bestia salvaje —continuó el hombre del traje de mezclilla—. El viejo Colchester se plantó y presentó su dimisión. Y apuesto a que jamás adivinarían lo que ocurrió entonces. ¡Recibió una carta de Apse e Hijos en la que le pedían que reconsiderase su decisión! ¡Lo que fuera con tal de salvar la reputación de la *Familia Apse!* El viejo Colchester se presentó en las oficinas y dijo que estaba dispuesto a hacerse cargo del barco una vez más, pero sólo para llevarlo al mar del Norte y hundirlo. Colchester se había vuelto medio loco. El cabello, antes de color gris acerado, se le tornó blanco como la nieve en quince días.

»Dada la situación, los armadores tuvieron que contratar al primer hombre dispuesto a hacerse cargo del barco, pues temían el escándalo que se produciría si no encontraban capitán para la *Familia Apse*. Según tengo entendido, se trataba de un hombre de temperamento jovial, aunque con mano dura a la hora de gobernar un barco. El primer oficial se llamaba Wilmot y era un tarambana que fingía despreciar a todas las mujeres. La verdad es

que era extraordinariamente tímido con ellas, pero en cuanto alguna le daba pie ya no había quien lo sujetase.

»Según se rumoreaba, uno de los armadores había dicho en cierta ocasión que estaba deseando que aquella mala bestia se hundiese. ¡Pero no había forma! Parecía indestructible, como si tuviese un olfato especial para eludir el peligro.

Jermyn lanzó un resoplido de asentimiento.

—El barco con que soñaría cualquier primer oficial, ¿eh? —comentó en tono sarcástico el hombre del traje de mezclilla—. Bueno, el caso es que Wilmot consiguió lo que ningún otro había conseguido. Aunque también hay que decir que quizá no le hubiera sido posible de no ser por los preciosos ojos verdes de la señorita de compañía, o lo que fuese, de los hijos del señor y la señora Pamphilius.

»La familia Pamphilius había embarcado en Adelaide rumbo a El Cabo. El día de la partida, el barco salió del puerto y fondeó en la bahía. El capitán, un tipo de lo más amable, siguió su costumbre de dar una comida de despedida a un gran número de personas. Cuando el último bote de invitados abandonó el barco, eran ya las cinco de la tarde y el tiempo había empeorado notablemente. En realidad, no había ninguna razón para zarpar aquel día, pero como el capitán así lo había anunciado, se creyó en la obligación de hacerse a la mar. Sin embargo, después de tantos brindis no consideró prudente pasar por los estrechos durante la noche; ordenó que sólo se izasen las velas de las gavias bajas y del trinquete y que se fuese costeando hasta que amaneciese, manteniendo siempre lo más posible la proa al viento. Antes de irse a dormir, dejó de guardia al segundo oficial; este permaneció en cubierta, recibiendo en la cara los frecuentes y fuertes chubascos, hasta las doce, hora en que le relevó Wilmot.

»La *Familia Apse*, como usted observó, tenía una especie de chalet en la toldilla...

—Un enorme y horrible objeto blanco que sobresalía de la cubierta —susurró tristemente Jermyn, mirando a la chimenea.

—Exactamente. Algo así como un techado que cubría la escala de la cabina y hacía las veces de caseta de gobierno. La lluvia caía a ráfagas sobre el soñoliento Wilmot. El barco derivaba lentamente hacia el sur, pero gobernaba bien y la costa se hallaba a unas tres

millas a barlovento. Como en aquella parte de la bahía no había ningún obstáculo, Wilmot fue a guarecerse de los chubascos al socaire de la caseta de gobierno, cuya puerta se encontraba abierta. La noche era oscura como boca de lobo. Y entonces oyó una voz de mujer que le susurraba algo.

»Aquella condenada niñera de ojos verdes había acostado a los hijos de los Pamphilius hacía horas, como es natural. Por lo visto, no podía conciliar el sueño, de modo que se dirigió a la caseta de gobierno, me figuro que para tomar el fresco. Supongo que cuando Wilmot oyó su voz fue como si alguien hubiese encendido un fósforo en su cerebro. No sé cómo habían llegado a tener unas relaciones tan estrechas, pero me imagino que se habían visto en tierra con anterioridad. La verdad es que nunca llegué a enterarme, porque mientras Wilmot contaba lo sucedido, no hacía más que interrumpir su relato para soltar tremendas maldiciones. Cuando le volví a ver en el muelle de Sydney llevaba un mandil de harpillera que le llegaba a la barbilla y un enorme látigo en la mano. Un arriero, un hombre que haría cualquier cosa para no morir de hambre. ¡Así de bajo había caído!

»Sin embargo, volviendo al barco, allí estaba él, con la cabeza apoyada en el hombro de la muchacha y resguardándose de la lluvia tras la puerta de la caseta de gobierno. ¡Y ese era el hombre encargado de la guardia! El timonel, cuando le llegó el turno de declarar, dijo que avisó varias veces a gritos que la luz de la bitácora se había apagado. En realidad, se trataba de algo que no le concernía, puesto que sus órdenes eran las de navegar lo más ceñido posible al viento. 'Me pareció extraño', declaró, 'que el barco fuese cayendo con cada racha, a pesar de que yo orzaba siempre todo lo que podía; estaba tan oscuro que no se veía a un palmo de distancia, y la lluvia me caía a cántaros sobre la cabeza.'

»La verdad es que con cada racha el viento había ido rolando poco a poco hacia popa, hasta hacer que el barco se dirigiese en línea recta a la costa, y eso sin que nadie se diese cuenta. El mismo Wilmot declaró que no se acercó a la aguja por lo menos en una hora. ¡Qué remedio le quedaba sino confesar la verdad! La primera noticia que tuvo de lo que ocurría fue cuando oyó la horrorizada voz del serviola anunciando el peligro.

»Conforme a su declaración, se deshizo del abrazo de la muchacha y gritó al serviola: '¿Qué dices?' 'Creo que se oyen rompientes por la proa, señor', aulló el serviola, mientras se dirigía corriendo hacia la popa con el resto de la guardia, en medio del 'más cegador de los diluvios que jamás cayeron del cielo', según palabras del propio Wilmot. Durante unos instantes el miedo y la sorpresa ni siquiera le permitieron hacerse idea de la situación del barco en la bahía. No era un buen oficial, pero sí un buen marinero. Logró serenarse inmediatamente y, sin pensarlo siquiera, dio las órdenes oportunas. Tenían que meter toda la caña y cazar las velas del mayor y de la mesana para tratar de virar en redondo.

»Parece que las velas llegaron a tocar, pues aunque no podía verlas, las oyó flamear en lo alto. '¡No sirvió de nada! El barco era demasiado perezoso en las viradas', prosiguió Wilmot, con el sucio rostro crispado y el maldito látigo de arriero temblándole en la mano. 'Por un instante creí que habíamos conseguido pairar.' Mas de pronto dejó de oírse el flamear de las velas. En ese crítico momento una racha de viento les cogió de lleno por la popa. Las velas se hincharon y la *Familia Apse* fue lanzada a toda velocidad contra las rocas, situadas a sotavento. Esta vez la bestia había llevado sus trucos demasiado lejos. Le había llegado la hora: el hombre, la negrura de la noche, las traicioneras rachas de viento y una mujer se habían aliado para acabar con ella. Era la suerte que merecía. ¡De qué elementos tan extraños se sirve la Providencia! Es como si existiese una justicia poética...

El desconocido se me quedó mirando fijamente.

—El primer escollo le arrancó de cuajo la falsa quilla. El capitán, al saltar de su litera, se tropezó con una mujer vestida con una bata de franela roja que corría enloquecida por el pequeño camarote sin dejar de chillar como una cacatúa.

»La siguiente embestida mandó a la mujer debajo de la mesa. También arrancó el codaste y se llevó el timón. Entonces la bestia comenzó a trepar por aquella desolada y rocosa costa destrozándose los fondos, hasta que por fin quedó inmóvil y el trinquete cayó sobre la proa como un botalón.

—¿Se perdió alguna vida? —pregunté.

—No, ninguna, aunque para Wilmot aquello fue peor que la

muerte —contestó el caballero que la señorita Blank no conocía mientras buscaba su gorra—. Todo el mundo pudo llegar a tierra. La tempestad, procedente del oeste, no se desencadenó hasta el día siguiente, y destrozó aquella bestia en un tiempo sorprendentemente corto, como si hubiera tenido el corazón podrido. —Cambiando de tono, el desconocido añadió—: ¿Ha dejado de llover? Tengo que coger la bicicleta y darme prisa para llegar a casa a cenar. Vivo en Herne Bay. Salí a dar una vuelta esta mañana.

Me saludó amigablemente con una inclinación de cabeza y se alejó con paso arrogante.

—¿Sabe quién es? —pregunté a Jermyn.

El piloto del mar del Norte negó tristemente con la cabeza.

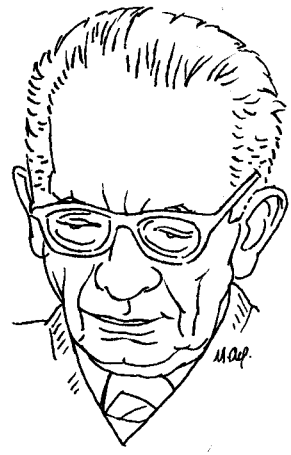
—¡Qué pena, perder un barco de una manera tan tonta! —se lamentó con lúgubre tono, y volvió a extender su húmedo pañuelo como si fuese una cortina ante las llamas de la chimenea.

Al salir cambié una mirada y una sonrisa —de manera estrictamente decorosa— con la respetable señorita Blank, camarera de los Tres Cuervos.

LA LANCHA

MAX AUB/ESPAÑA

Max Aub.



EL DECÍA que era de Bermeo, pero había nacido del otro lado de la ría de Mundaca. Lo que pasaba era que aquel caserío no tenía nombre, o varios, que es lo mismo. Esas playas y escarpes fueron todo lo que supo del mundo. Para él el Finisterre se llamaba Machichaco, Potorroarri y Uguerriz; el Olimpo, Sollube; París, Bermeo; y los Campos Elíseos, la Alameda de la Atalaya. Su mundo propio, su Sahara, el Arenal de Laida y el fin del mundo, por oriente, el Ogoño, tajado a pico por todas partes, romo y rojizo. Más allá estaba Elanchove y los caballeritos de Lequeitio, en el infierno. Su madre fue hija de un capataz de una fábrica de armas de Guernica. El padre, de Matamoros y minero: no duró mucho. Lo llamaban *El Chirto* quizá porque era medio tonto. Cuando se puso malo dejó las minas —Franco-belges des mines de Somorrostro— y se vino a trabajar en una serrería. Allí, entre máquinas de acepillar y machihembrar creció Erramón Churimendi.

Lo que le gustaba eran las lanchillas pequeñas de vapor, las boniteras, las traineras para la sardina. Los aparejos de pescar: los palangres, los cedazos, las nasas, las redes. El mundo era el mar y los verdaderos seres vivos las merluzas, los congrios, los meros, los atunes, los bonitos. Sacar con salabardo el pescado moviente; pescar anchoas o sardinas con luz o al galdeo, atún y bonito con curricán, a la cacea.

Con sólo poner el pie en una barca, se mareaba. No tenía remedio. Acudió a todas las medicinas oficiales y escondidas, a todos los con-

sejos dichos o susurrados. A don Pablo —el de la botica—, a don Saturnino —el del Ayuntamiento—, a Cándida —la criada de don Timoteo—, al médico de Zarauz, que era de Bermeo. No le valió: con sólo poner el pie en una barca, se mareaba. El mismo recurrió a cien estratagemas: embarcarse en ayunas, bien almorzado, sobrio, borracho, al desvelo; y aun a los ensalmos que le proporcionó la Sebastiana, la del arrabal; a las cruces, a los limones, al pie derecho, al izquierdo, a las siete en punto de la mañana, al cuarto creciente, a las mareas, a los amuletos, a las hierbas, al día de la semana, a las misas y padrenuestros, a la sola voluntad y sueño propio: «—Ya no me mareo, ya no me mareo—». Pero no tenía remedio. Tan pronto como pisaba una tabla moviente, se le revolvía el adentro, perdía la noción de sí mismo y se tenía que acurrucar en una esquina de la lancha procurando pasar inadvertido de los pescadores que lo llevaban. Pasaba unos ratos terribles. Pero no era de los que desmayaban y durante años intentó repetidamente la aventura. Porque, claro, la gente se reía de él —poco, pero se reía de él. Luego se aficionó al vino ¿qué iba a hacer? El chacolí es un remedio. Erramón no se casó, ni siquiera le pasó por las mientes el hacerlo. ¿Quién se iba a casar con él? Era un buen hombre. Eso lo reconocían todos. Y tampoco tenía la culpa de nada. Pero se mareaba. El mar jugaba con él sin derecho alguno.

Dormía en un barracón, cerca de la ría. Aquello era suyo. Hubo allí un hermoso roble —si digo hubo, por algo será. Era un árbol de veras espléndido. Alto tronco, altas ramas. Un roble como hay pocos. El árbol era suyo y cada día, cada mañana, cada noche, al paso, el hombre tentaba el tronco como si fuese la grupa de un caballo o el flanco de una mujer. A veces hasta le hablaba. Le parecía que la corteza era tibia y que el árbol le quedaba agradecido. La rugosidad del tronco correspondía perfectamente a la epidermis carrasposa de las palmas de la mano de Erramón. Se entendían muy bien él y su roble.

Erramón era un hombre muy metódico. Trabajaba en lo que fuera con tal de que no fuese lo mismo. Lo hacía todo con voluntad y aseo. Le llamaban para cien faenas distintas: componer redes, cavar, ayudar en la serrería que fuera de su padre; lo mismo alzaba una barda que calafateaba o se ganaba alguna peseta ayudando a entrar

el pescado. No decir que no a nada. Además Erramón cantaba, y cantaba bien. En la taberna le tenían en mucho. Una de sus canciones —en vasco— decía:

—*Todos los vascos son iguales.*
—*Todos menos uno.*
—*Y a ese ¿qué le pasa?*
—*Ese es Erramón.*
—*Y es igual a los demás.*

Erramón soñó una noche que no se mareaba. Estaba solo en una barquichuela, mar adentro. La costa se veía fina y lejana. Sólo el Ogoño, rojo, relucía como un sol falso que se hundiera tierra adentro. Erramón era feliz como nunca lo fue. Se tumbó en el fondo de su lancha y se puso a mirar las nubes. Sentía en su espalda el vaivén inmortal del mar que le mecía. Las nubes pasaban veloces empujadas por un viento que le saludaba de largo. Las gaviotas dando vueltas le gritaban su bienvenida:

—¡Erramón, Erramón!

Y otra vez:

—¡Erramón, Erramón!

Parecían palomas de orla. Erramón cerró los ojos. Estaba en el mar y no se mareaba. Las olas le hamaqueaban en su bamboleo, flujo y reflujo eterno, tumbo va y tumbo viene, en dulce remecer y cunear... Tenía toda su niñez alrededor de la garganta y, sin embargo, en aquel momento, Erramón no tenía recuerdos; ni otros deseos que el de seguir siempre así. Acariciaba las paredes de su lancha. De pronto, sus manos le hablaron. Erramón levantó la cabeza sorprendido: ¡no se equivocaba! ¡Su bote estaba hecho con la madera de su roble!

Fue tal la impresión que despertó.

De allí en adelante cambió la vida de Erramón. Se le metió en la cabeza que si hacía una lancha con su árbol no se marearía. Para no llevar a cabo ese crimen bebió más chacolí que de costumbre, pero no podía dormir. Se volvía y revolvía en su camastro, perseguido por las estrellas. Oía su sueño. Intentaba convencerse de lo absurdo que aquello era:

—Si me he mareado siempre, seguiré mareándome.

Se volvía sobre el costado izquierdo.

Se levantaba a mirar su árbol, lo acariciaba.

—Salgo perdiendo, ¿o qué?

Pero en el fondo comprendía que no debía hacerlo, que sería un crimen. ¿Qué culpa tenía su roble de que él se mareara? Pero Erramón no pudo resistir mucho tiempo la tentación de su sueño, y una mañana, él mismo, ayudado por Ignacio, el del aserradero, tumbó el árbol. Cuando cayó, Erramón se sintió muy triste y muy solo, como si se le hubiese muerto el ser más querido de la familia que ya no tenía. Le costaba trabajo reconocer ahora su barracón tan solitario. Sólo de espaldas, frente a la ría, estaba tranquilo.

Cada tarde iba a ver cómo su roble se convertía en lancha. Sucedía eso en la misma playa donde su amigo Santiago, carpintero de ribera y calafate, la construía. Del tronco salió todo: quilla, varengas, cuadernas, roda y bao, hasta los asientos y los remos y un mastilillo, por si acaso.

Y así fue como una mañana de agosto en que el mar no lo parecía, de tan quieto, Erramón lo surcó, hacia dentro, en su barquichuela nueva. La lancha era de maravilla, volaba al impulso virgen del hombre; metía este los remos con suavidad y luego echaba atrás la espalda antes de darle a sus brazos la contracción leve que la empujaba volandera. Por primera vez Erramón se sentía borracho: se le iba el santo al cielo. Se alejó de la costa. Metía el remo derecho para dar vueltas y luego el contrario para zigzaguear. Después los retiró y se puso a acariciar la madera de su bote. Lentas, las tablas rezumaban un poco de agua. Erramón llevó las manos a su frente para remojársela. La quietud era absoluta: ni una nube, ni un soplo de viento, ni siquiera una gaviota. La tierra se había sumergido. Erramón puso sus manos en la borda y la acarició. De nuevo sacó las palmas mojadas. Se extrañó un poco: hacía tiempo que las salpicaduras habían sido secadas por el sol. Recorrió con la vista el interior de la lancha: de toda ella trazumaba lentamente un poco de agua. En el fondo había ya una ligera capa brillante. Erramón no sabía a qué atenerse. Volvió a pasar la mano por los flancos de su barca. No había duda: la madera dejaba filtrar agua. Erramón miró en torno, una ligera inquietud empezó a roerle el estómago. El mismo había ayudado a calafatear su bote y no le cabía duda que

el trabajo se había realizado concienzudamente. Se inclinó a inspeccionar las junturas: estaban secas. ¡Era la madera la que exudaba el agua! Impensadamente se llevó la mano a la boca: ¡El agua era dulce!

Empezó a remar desesperadamente, pero el bote no se movía a pesar de sus frenéticos esfuerzos. Miró con afán a su alrededor. Le pareció que su lancha estaba encallada entre las ramas de un enorme árbol submarino, cogida como en una mano. Remó a cuanto más podía: el bote no adelantó. ¡Y ahora podía ver, ver con sus propios ojos, cómo la madera de su árbol extravenaba agua limpísima y fresca! Erramón cayó de rodillas y empezó a achicar con las manos, que no traía balde.

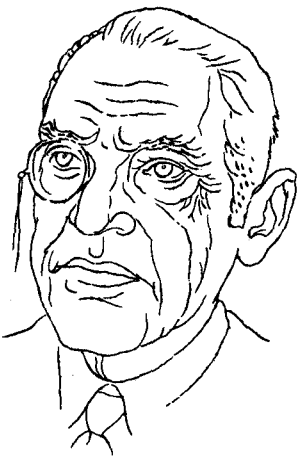
Pero el casco seguía manando cada vez más abundantemente. Era ya un manantial de mil ojos. Y del mar parecían surgir ramas.

Erramón se santiguó.

No le volvieron a ver por las costas de Vizcaya. Unos dijeron que se le había apercibido por San Sebastián, otros que si en Bilbao. Algún marinero habló de un pulpo enorme que apareció por aquel tiempo. Pero, de cierto, nadie pudo dar ya razón de él. El roble volvió a crecer. La gente se alzó de hombros. Corrió la voz de que estaba en América. Luego, nada.

EL PUESTO REMOTO

W. SOMERSET MAUGHAM/GRAN BRETAÑA



EL NUEVO ayudante llegó por la tarde. Cuando comunicaron al Residente, señor Warburton, que el prao estaba cerca, se puso su salacot y bajó hasta el embarcadero. La guardia, formada por ocho soldaditos dayak (1), se cuadró a su paso. Observó con satisfacción su porte marcial, sus impecables uniformes y sus relucientes fusiles. Indudablemente le enaltecían. Desde el embarcadero contempló la curva del río que la lancha no tardaría en doblar. Tenía un aspecto muy elegante con sus inmaculados shorts blancos y sus zapatos del mismo color. Sostenía bajo el brazo un bastón de Malaca de puño de oro que le había regalado el sultán de Perak.

Esperaba al nuevo ayudante con una mezcla de sentimientos encontrados. El distrito daba más trabajo del que un solo hombre podía realizar debidamente, y durante sus periódicas visitas de inspección al territorio que tenía a su cargo resultaba impropio dejar el puesto en manos de un empleado indígena; pero hacía tanto tiempo que era allí el único hombre blanco que no podía enfrentarse sin recelos con la llegada de otro. Se había acostumbrado a la soledad. Durante la guerra no había visto un rostro inglés por espacio de tres años; y en una ocasión, cuando le dieron instrucciones de alojar a un funcionario forestal, le sobrecogió tal pánico que poco antes de su llegada, tras haber preparado todo para su recibimiento, escribió una nota diciéndole que se veía obligado a partir río arriba y permane-

(1) Pueblos del interior de Borneo. (N. del T.)

ció ausente hasta que un mensajero le informó de que su huésped se había marchado.

Por fin apareció el prao en la anchurosa recta del río. Lo tripulaban presidiarios dayak que cumplían diversas condenas, y en el embarcadero esperaban dos carceleros para llevarlos de nuevo a la prisión. Eran mozos robustos, conocedores del río, y remaban con vigorosas paladas. Cuando la lancha llegó al costado del embarcadero, un hombre salió de debajo del toldo de hojas de nipa y saltó a la orilla. La guardia presentó armas.

—Por fin hemos llegado. ¡Vive Dios que tengo un agarrotamiento de todos los diablos! Le he traído el correo.

Hablaba con exuberante jovialidad. El señor Warburton le tendió cortésmente la mano.

—El señor Cooper, supongo.

—El mismo. ¿Es que esperaba a otra persona?

La pregunta pretendía ser graciosa, pero el Residente no sonrió.

—Me llamo Warburton. Le enseñaré a usted su vivienda. No se preocupe por el equipaje, se lo llevarán.

Precedió a Cooper por la estrecha vereda, y ambos entraron en un recinto cercado donde se alzaba un pequeño bungalow.

—He procurado que lo hicieran lo más habitable posible, pero tenga en cuenta que nadie ha vivido aquí desde hace años.

Estaba construido sobre estacas. Consistía en una larga estancia que daba a una amplia galería, y en la parte de atrás, a ambos lados de un pasillo, había dos dormitorios.

—Con esto me arreglaré perfectamente —dijo Cooper.

—Me figuro que querrá usted tomar un baño y mudarse. Me encantará que venga a cenar conmigo esta noche. ¿Le parece bien a las ocho?

—Cualquier hora me viene bien.

El Residente le dirigió una sonrisa cortés, aunque ligeramente desconcertado, y se retiró. Regresó al fuerte donde tenía su morada. La impresión que Allen Cooper le causara no fue muy favorable, pero él se tenía por hombre recto y sabía que era injusto juzgar a una persona tras un encuentro tan breve. Cooper aparentaba unos treinta años. Era un tipo alto y delgado, de cara pálida en la que no había ni una mancha de color. Era un rostro de una sola tonalidad.

Tenía una nariz ancha y ganchuda y ojos castaños. Al entrar en el bungalow se había quitado el salacot y se lo había arrojado a un sirviente. El señor Warburton notó el contraste, un tanto singular, entre su ancho cráneo, cubierto de cortos cabellos castaños, y su barbilla pequeña y débil. Vestía pantalones cortos y camisa de color caqui, pero estaban raídos y sucios, y su maltratado salacot no había sido limpiado desde hacía días. El señor Warburton se dijo que aquel joven había pasado una semana en un barco de cabotaje y las últimas cuarenta y ocho horas tumbado en el fondo de un prao.

«Ya veremos qué aspecto tiene cuando venga a cenar», pensó.

Entró en su habitación, donde todas las cosas estaban dispuestas tan primorosamente como si tuviera un ayuda de cámara británico, se desvistió y, bajando los escalones que conducían al cuarto de baño, se lavó con agua fría. La única concesión que hacía al clima consistía en ponerse un smoking blanco; por lo demás, con una camisa almidonada de cuello de pajarita, calcetines de seda y zapatos de charol, vestía con la misma etiqueta que si fuera a cenar a su club en el Pall Mall. Como solícito anfitrión, entró en el comedor para ver si la mesa estaba debidamente puesta. Sus criados la habían adornado con orquídeas, y la vajilla de plata relucía alegremente. Las servilletas, dobladas con esmero, revelaban el cuidado en los menores detalles. Las velas, en candeleros de plata, difundían una luz suave. Warburton sonrió aprobadoramente y volvió al salón a esperar a su invitado, que no tardó en llegar. Cooper llevaba los pantalones cortos y la camisa de color caqui, así como la chaqueta andrajosa con que había desembarcado. La sonrisa de bienvenida del señor Warburton se desvaneció.

—¡Cáspita! Se ha puesto usted de tiros largos —dijo Cooper—. No sabía que iba a hacer eso. Y yo que por poco vengo con un *sarong*.

—No tiene ninguna importancia. Supongo que sus sirvientes estarán muy atareados.

—No necesitaba haberse vestido por mi causa, ¿sabe?

—No lo hice por eso. Siempre me visto para cenar.

—¿Hasta cuando está solo?

—Especialmente cuando estoy solo —replicó Warburton, y le lanzó una gélida mirada.

Captó un destello divertido en los ojos de Cooper y enrojeció de

cólera. El señor Warburton era un hombre irascible; podía uno adivinarlo por su rostro colorado de facciones belicosas y su cabello rojizo, que empezaba a encanecer. Sus ojos azules, normalmente fríos y observadores, podían inflamarse en un súbito rapto de cólera; pero era un hombre de mundo y un hombre justo, al menos así lo creía. Tenía que hacer lo posible por llevarse bien con aquel individuo.

—Cuando vivía en Londres frecuentaba círculos en los que habría resultado tan extravagante no vestirse todas las noches para la cena como no tomar un baño cada mañana, y cuando vine a Borneo no encontré razón alguna para interrumpir tan buena costumbre. Pasé tres años, durante la guerra, sin ver a un hombre blanco, pero nunca dejé de vestirme de etiqueta en una sola ocasión siempre que me encontrase lo suficientemente bien para sentarme a cenar. Usted no lleva mucho tiempo en este país; créame, no hay mejor manera de conservar la propia estimación. Cuando un hombre blanco cede lo más mínimo a los influjos que le rodean no tarda en perder el respeto de sí mismo, y cuando pierde el respeto de sí mismo puede usted estar completamente seguro de que pronto los nativos también dejarán de respetarle.

—Bueno, si espera usted que yo me ponga una camisa almidonada y un cuello de pajarita con este calor, me temo que se va a llevar una decepción.

—Cuando cene usted en su bungalow se vestirá, por supuesto, como lo estime oportuno, pero cuando me proporcione el placer de cenar conmigo, tal vez llegue a la conclusión de que lo correcto es llevar la ropa que se acostumbra en la sociedad civilizada.

Entraron dos mozos malayos, con *sarongs*, *songkoks* y elegantes chaquetillas blancas de botones de bronce; uno traía *pahits* de ginebra, y el otro una bandeja con platillos de aceitunas y anchoas. Después del aperitivo pasaron al comedor. Warburton se envanecía de tener el mejor cocinero de Borneo, un chino, y se esforzaba por regalarse con los manjares más exquisitos pese a las difíciles circunstancias. Desplegaba la mayor inventiva a la hora de aprovechar los elementos con que contaba.

—¿Quiere usted echar un vistazo al menú? —preguntó, y se lo alargó a Cooper.

Estaba escrito en francés y los platos tenían nombres rimbomban-

tes. Dos mozos de comedor servían la mesa. En rincones opuestos de la habitación, otros dos criados agitaban inmensos abanicos para remover el sofocante aire. La comida era regia y el champaña excelente.

—¿Come usted así todos los días? —preguntó Cooper.

Warburton lanzó al menú una ojeada indiferente.

—No he notado que la cena sea distinta de lo corriente —dijo— Yo como muy poco, pero procuro que todas las noches me sirvan una cena decorosa. Eso mantiene entrenado al cocinero y constituye una buena disciplina para los criados.

La conversación languidecía. Warburton se mostraba esmeradamente cortés, y es posible que encontrara un placer malicioso en los apuros que de este modo hacía pasar a su compañero. Cooper no había estado más que unos pocos meses en Sembulu, y las preguntas del señor Warburton acerca de amigos suyos en Kuala Solor pronto se agotaron.

—A propósito —dijo Warburton—, ¿conoció usted a un jovencito que se apellida Hennerley? Creo que llegó recientemente de Inglaterra.

—Oh, sí, está en la policía. Es un vanidoso inaguantable.

—Nunca habría sospechado que fuera así. Su tío, lord Barraclough, es amigo mío. Precisamente el otro día recibí una carta de lady Barraclough en la que me pide que me interese por él.

—Ya había oído que estaba emparentado con algún personaje. Supongo que por eso consiguió el empleo. Estuvo en Eton y en Oxford, y no hace más que pregonarlo a los cuatro vientos.

—Me deja asombrado —dijo Warburton—. Toda su familia se ha educado en Eton y en Oxford desde hace un par de siglos. Hubiera creído que lo tomaría como una cosa perfectamente natural.

—A mí me parece un pedante insoportable.

—¿Dónde se educó usted?

—Nací en Barbados. Me eduqué allí.

—Ah, comprendo —el señor Warburton se las arregló para dar un tono tan insolente a su breve respuesta que Cooper se sonrojó. Por un momento guardó silencio—. He recibido dos o tres cartas de Kuala Solor —prosiguió Warburton—, y tenía la impresión de que el joven Hennerley era muy popular. Me dicen que es un excelente deportista.

—Oh, sí; es muy popular. Es justamente el tipo de individuo que caería bien en Kuala Solor. Personalmente no tengo muy buena opinión de los grandes deportistas. ¿Qué importancia tiene al fin y al cabo que un hombre sepa jugar al golf y al tenis mejor que otros? ¿Y a quién le importa que pueda hacer setenta y cinco carambolas de una tacada? En Inglaterra atribuyen demasiada importancia a esas cosas.

—¿Usted cree? Yo tenía la impresión de que el deportista de primera no había desmerecido en la guerra de cualquier otra persona.

—Ya que menciona la guerra, ese es un tema sobre el que puedo hablar con conocimiento de causa. Estuve en el mismo regimiento que Hennerley y puedo decirle que los soldados no lo soportaban.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo era uno de ellos.

—Ah, no sirvió usted como oficial.

—¿Qué oportunidad iba yo a tener de lograr un nombramiento de oficial? Era lo que llamaban un colonial. No había ido a un colegio de pago y no tenía influencia. No pasé de soldado raso.

Cooper frunció el ceño. Parecía costarle trabajo dominarse para no prorrumpir en una violenta invectiva. El señor Warburton le observó con sus ojillos azules entornados e hizo su composición de lugar. Cambiando de conversación, empezó a hablar a Cooper del trabajo que debía realizar, y cuando dieron las diez en el reloj de pared se levantó.

—Bueno, no le retengo más. Supongo que estará cansado del viaje.

Se estrecharon la mano.

—Oiga, a propósito —dijo Cooper—. ¿Podría usted encontrarme un criado? El que tenía me dejó plantado cuando salí de Kuala Solor. Subió mis cosas a bordo y luego desapareció. No me enteré de que se había ido hasta que estábamos ya en el mar.

—Preguntaré a mi criado principal. Seguro que él sabrá de alguien.

—Estupendo. Dígale que me mande al mozo, y si me gusta su aspecto lo tomaré.

Había luna, de modo que no fue necesaria la linterna. Cooper regresó a su bungalow.

«¿Por qué diablos me habrán enviado un tipo como este?», meditó el señor Warburton. «Si esta es la clase de hombres que van a formar ahora no sé adónde iremos a parar.»

Salió a dar un paseo por el jardín. El fuerte estaba construido en la cima de un altozano, y el jardín descendía hasta el borde del río; en la orilla había una glorieta, y hacia allí solía dirigir sus pasos después de la cena para fumar un puro. Y a menudo, desde el río que fluía un poco más abajo, oíase la voz de algún malayo demasiado tímido para atreverse a hablar a la luz del día; y el aire llevaba blandamente hasta sus oídos una queja o una denuncia, le susurraba un fragmento de información o una sugerencia provechosa que de otro modo jamás habría llegado a su conocimiento. Se dejó caer pesadamente sobre una tumbona de rejilla. ¡Cooper! Un envidioso, un tipo mal educado, engreído, dogmático y hueco. Pero la irritación del señor Warburton sucumbió a la irresistible y silenciosa hermosura de la noche. Las fragantes flores de un árbol que crecía a la entrada de la glorieta perfumaban el aire, y las luciérnagas, centelleando tenuemente, volaban con su vuelo lento y plateado. La luna trazaba en el anchuroso río una senda para los ingrávidos pies de la amada de Siva, y en la orilla opuesta se recortaba delicadamente contra el cielo la silueta de una hilera de palmeras. La paz se introdujo furtivamente en el alma del señor Warburton.

Era un ser extravagante y había hecho una carrera singular. A los veintiún años heredó una fortuna considerable, cien mil libras, y cuando dejó la universidad de Oxford se lanzó a la alegre vida que aquellos tiempos (Warburton era ahora un hombre de cincuenta y cuatro años) brindaban a un joven de buena familia.

Tenía un piso en la calle Mount, un cabriolé de pescante trasero, que era la última moda, y un pabellón de caza en Warwickshire. Frecuentaba todos los lugares donde se reunía la gente de buen tono. Era guapo, divertido y generoso, una figura conocida en la sociedad londinense en los primeros años de la última década del siglo pasado, cuando esa sociedad aún no había perdido su carácter exclusivo ni su esplendor. La guerra de los bóers, que la conmovió, era imprevisible por aquel entonces; en cuanto a la Gran Guerra, que la destruyó, sólo la profetizaban algunos pesimistas. No era cosa desagradable ser un joven rico en aquellos días, y la repisa de

la chimenea de Warburton estaba atestada de invitaciones para una fiesta tras otra. Warburton las exhibía con complacencia. Pues el señor Warburton era un esnob. Pero no un esnob tímido, un poco avergonzado de que le impresionasen los que creía superiores a él, ni un esnob que aspirase a intimar con las personas que hubieran adquirido celebridad en la política o notoriedad en las artes, ni el esnob deslumbrado por los ricos; era el esnob por antonomasia, desnudo, genuino, enamorado de la aristocracia. Aunque susceptible y de genio vivo, hubiera preferido que una persona de calidad le tratase con arrogancia a que le adulase un plebeyo. Su nombre ocupaba un puesto insignificante en la *Guía de la Nobleza* de Burke, y era asombroso observar la ingeniosidad que desplegaba para mencionar su distante parentesco con la aristocrática familia a que pertenecía; en cambio jamás decía una palabra del honrado fabricante de Liverpool de quien, por mediación de su madre, una tal señorita Gubbins, había heredado su fortuna. Lo que constituía el terror de su vida de elegante petimetre era que en Cowes, tal vez, o en Ascot, cuando estaba con una duquesa o incluso con un príncipe de sangre real, se le acercase alguno de estos parientes y le saludara familiarmente.

Su defecto era demasiado obvio para no hacerse pronto notorio, mas la extravagancia del mismo le salvaba de ser meramente despreciable. Los grandes a quienes adoraba se reían de él, aunque en el fondo les parecía muy natural su admiración. El pobre Warburton, por supuesto, era un terrible esnob, pero al fin y al cabo era un buen muchacho. Siempre estaba dispuesto a avalar un pagaré suscrito por algún aristócrata sin dinero, y si se hallaba uno en un aprieto siempre se podía contar con él para recibir un préstamo de cien libras. Daba buenas comidas. Jugaba muy mal al *whist*, pero no le importaba la cuantía de las pérdidas si la compañía era selecta. Tenía la desgracia de ser jugador, un jugador desafortunado, pero era buen perdedor, y no se podía menos de admirar la flema con que perdía quinientas libras de una sentada. Su pasión por las cartas, casi tan fuerte como su pasión por los títulos nobiliarios, fue la causa de su ruina. Llevaba una vida dispendiosa y sus pérdidas en el juego eran formidables. Empezó a jugar desenfrenadamente, primero en las carreras de caballos y luego a la Bolsa. Cierta simplicidad caracterís-

tica de su modo de ser hizo que los desaprensivos encontraran en él una víctima candorosa. Ignoro si se daría cuenta de que sus elegantes amistades se reían de él a sus espaldas, pero creo que un oscuro instinto le decía que no podía permitirse el lujo de dejar de ser manirroto. Cayó, pues, en manos de usureros, y a los treinta y cuatro años estaba completamente arruinado.

Hallábase demasiado imbuido del espíritu de clase para vacilar en la elección de su próximo paso. Cuando un hombre de su medio social había derrochado su fortuna se marchaba a las colonias. Nadie oyó lamentarse al señor Warburton. No se quejó de que un amigo aristócrata le hubiese aconsejado una especulación desastrosa, no apremió a ninguno de sus deudores para que le devolviesen el dinero, pagó sus deudas (¡si tan siquiera se hubiese dado cuenta de que este último rasgo era inspirado por la despreciable sangre del fabricante de Liverpool que corría por sus venas!), no pidió ayuda a nadie, y, aunque no había dado golpe en su vida, buscó un medio de subsistir. Siguió mostrándose jovial, despreocupado y lleno de humor. No quería molestar a nadie con el relato de su infortunio. Warburton era un esnob, pero también era un caballero.

El único favor que pidió a uno de sus encopetados amigos en cuya compañía había vivido diariamente durante años fue una recomendación. La persona opulenta y competente que era en aquella época sultán de Borneo lo tomó a su servicio. La noche antes de zarpar cenó por última vez en su club.

—He oído que se va usted, Warburton —le dijo el anciano duque de Hereford.

—Sí, me marcho a Borneo.

—¡Santo Dios! ¿Qué se le ha perdido allí?

—Oh, estoy arruinado.

—¿De veras? Lo siento. Bueno, cuando vuelva no deje de avisarme. Espero que se divierta.

—Oh, sí. Hay mucha caza, ¿sabe?

El duque le saludó con una inclinación de cabeza y se alejó. Pocas horas más tarde Warburton veía alejarse entre la bruma la costa de Inglaterra. Dejaba atrás todo lo que para él hacía que valiera la pena vivir.

Desde entonces habían transcurrido veinte años. Warburton

seguía manteniendo una copiosa correspondencia con varias damas encopetadas, y sus cartas eran divertidas y chispeantes. No había perdido su amor por las personas de noble cuna, y leía con atención las noticias del *Times* (que recibía con seis semanas de retraso) acerca de sus idas y venidas. Recorría la sección dedicada a nacimientos, óbitos y bodas, y siempre tenía a punto la correspondiente carta de felicitación o de condolencia. Las revistas ilustradas también le mantenían informado, y en sus periódicas visitas a Inglaterra podía reanudar los hilos de la amistad como si nunca se hubiesen roto y estaba enterado de todo lo referente a cualquier nuevo personaje que pudiese haber surgido en el medio social. Su interés por el mundo de moda era tan vivo como cuando él mismo figuraba en sociedad. Aún seguía pareciéndole la única cosa que tenía importancia.

Pero, insensiblemente, otro interés fue introduciéndose en su vida. La posición que ocupaba halagaba su vanidad; ya no era el adulador que imploraba las sonrisas de los grandes, sino el amo cuya palabra dicta la ley. Se sentía halagado por la guardia de soldados dayak que presentaban armas a su paso. Le agradaba presidir los juicios para juzgar a sus semejantes. Complacíase en arbitrar las querellas entre jefes rivales. Cuando, en tiempos pasados, los cazadores de cabezas se mostraban belicosos, emprendía expediciones de castigo, estremeciéndose de orgullo por su propia conducta. Era demasiado vanidoso para no hacer gala de un valor impávido, y se contaba una bonita historia sobre su sangre fría al arriesgarse, sin acompañamiento, a penetrar en una aldea fortificada y exigir la rendición de un sanguinario pirata. Se convirtió en un experto administrador. Era estricto, justo y honrado.

Y poco a poco cobró un profundo amor a los malayos. Se interesaba por su carácter y sus costumbres. Nunca se cansaba de escuchar su conversación. Admiraba sus virtudes, y perdonaba sus vicios con una sonrisa y un encogimiento de hombros.

—En otro tiempo —solía decir— fui amigo íntimo de algunos de los más ilustres caballeros de Inglaterra, pero nunca he conocido caballeros más selectos que algunos malayos bien nacidos a los que me siento orgulloso de llamar amigos míos.

Le gustaban su cortesía y sus modales distinguidos, su delicadeza y sus repentinos arrebatos de pasión. Conocía por instinto el modo

adecuado de tratarlos. Sentía por ellos un sincero afecto. Pero nunca olvidó que era un caballero inglés y no podía sufrir al hombre blanco que adoptaba las costumbres indígenas. El no cedía. No imitaba a muchos hombres blancos que vivían con una mujer nativa como si fuera su esposa, pues un enredo de esta naturaleza, aunque consagrado por la costumbre, le parecía no solamente escandaloso sino falto de dignidad. De un hombre a quien Albert Edward, príncipe de Gales, había tuteado difícilmente podía esperarse que tuviese una relación amorosa con alguna nativa. Y cuando regresaba a Borneo de una de sus visitas a Inglaterra, sentía ahora algo muy semejante al alivio. Sus amigos, al igual que él, ya no eran jóvenes, y había una nueva generación que lo consideraba como un viejo pesado. Le parecía que la Inglaterra de hoy había perdido mucho de lo que él amara en la Inglaterra de su juventud. Pero Borneo no había cambiado. Para él era ahora su patria. Tenía el propósito de permanecer en el servicio el mayor tiempo posible, y en lo más profundo abrigaba la esperanza de morir antes de verse obligado a pedir el retiro. En su testamento expresaba el deseo de que, dondequiera que falleciese, se llevase su cadáver a Sembulu y se le enterrase entre la gente que amaba, al arrullo de la mansa corriente del río.

Pero ocultaba estas emociones a la vista de los demás; y nadie, al ver a este hombre apuesto, fornido, bien plantado, con su enérgico rostro afeitado y su cabello entrecano, habría imaginado que abrigaba tan profundo sentimiento.

Sabía cómo debía realizarse el trabajo del puesto, y en los días siguientes mantuvo una vigilancia suspicaz sobre su ayudante. No tardó en darse cuenta de que era concienzudo y competente. El único defecto que le encontró fue que trataba con rudeza a los nativos.

—Los malayos son tímidos y muy sensibles —le dijo—. Creo que usted mismo comprobará que obtiene mejores resultados si procura ser siempre cortés, paciente y benévolo.

Cooper lanzó una corta y áspera risotada.

—Nací en Barbados y estuve en Africa durante la guerra. No creo que haya mucho que no sepa acerca de los negros.

—Yo no sé nada —dijo Warburton con acritud—. Pero no estábamos hablando de los negros; estábamos hablando de los malayos.

—¿Es que no son negros?

—Es usted muy ignorante —replicó Warburton.

No dijo más.

El primer domingo después de la llegada de Cooper le invitó a cenar. Lo hizo todo muy ceremoniosamente, y aunque el día anterior habían estado juntos en la oficina y luego, a las seis de la tarde, en la galería del fuerte, donde tomaron ginebra con bitter, envió al bungalow una amable esquela con uno de sus criados. Cooper, si bien de mala gana, se presentó vestido de etiqueta, y Warburton, aunque satisfecho de que se hubiera respetado su deseo, observó con desprecio que el smoking del joven estaba mal cortado y que la camisa no le sentaba bien. Pero el señor Warburton estaba de buen talante aquella noche.

—A propósito —le dijo al estrecharle la mano—, he hablado con mi criado principal para que le busque un mozo y me ha recomendado a su sobrino. Le he visto y me parece un muchacho inteligente y dispuesto. ¿Quiere usted verle?

—Bueno, no hay inconveniente.

—Está esperando.

El señor Warburton llamó a su criado y le dijo que mandase venir a su sobrino. Al cabo de un momento se presentó un joven alto y delgado de unos veinte años. Tenía grandes ojos oscuros y un perfil casi perfecto. Estaba muy pulcro con su *sarong*, una chaquetilla blanca y un fez de terciopelo color ciruela sin borla. Respondía al nombre de Abas. Warburton lo miró con aire aprobador, y sus modales se dulcificaron sin que él mismo se diera cuenta mientras le hablaba con fluidez en lengua malaya. Propendía a ser sarcástico con los blancos, pero con los malayos mostraba una mezcla afortunada de condescendencia y amabilidad. Representaba allí al sultán. Sabía perfectamente cómo conservar su propia dignidad y al mismo tiempo hacer que un indígena se sintiese a sus anchas.

—¿Le servirá? —preguntó Warburton volviéndose hacia Cooper.

—Sí, supongo que no será más bribón que cualquiera de los demás.

El señor Warburton informó al muchacho de que estaba colocado y le despidió con un gesto.

—Ha tenido usted suerte al conseguir un criado como ese —le

dijo a Cooper—. Es de muy buena familia. Vinieron de Malaca hace cerca de un siglo.

—Me tiene sin cuidado que el sirviente que me lustra los zapatos y me trae una bebida cuando me apetece tenga o no sangre azul en las venas. Todo lo que pido es que haga lo que le ordene y esté ojo avizor para servirme.

El señor Warburton frunció los labios, pero no replicó.

Entraron en el comedor. La cena fue exquisita y el vino excelente. Pronto se hicieron sentir sus efectos, y conversaron no sólo sin acrimonia, sino incluso amigablemente. A Warburton le gustaba regalarse, y el domingo por la noche había adquirido la costumbre de regalarse aún más de lo corriente. Empezó a pensar que era injusto con Cooper. Por supuesto que no era un caballero, pero eso no era culpa suya. Conociéndole más a fondo, tal vez fuera buena persona. Sus defectos eran, quizá, defectos de educación. Y en el trabajo no podía ser mejor: rápido, concienzudo y cabal. Cuando llegaron a los postres, el señor Warburton se sentía favorablemente dispuesto hacia toda la humanidad.

—Este es su primer domingo aquí y voy a ofrecerle una copa de un oporto extraordinario. Sólo me quedan unas dos docenas de botellas, y las guardo como oro en paño para las grandes ocasiones.

Dio instrucciones al criado, que no tardó en volver con la botella. Warburton vigilaba al mozo mientras este la abría.

—Este oporto me lo proporcionó mi viejo amigo Charles Hollington. Lo tenía desde hacía cuarenta años, y yo también lo he guardado unos cuantos. Su bodega tenía fama de ser la mejor de Inglaterra.

—¿Es un comerciante en vinos?

—No exactamente —sonrió Warburton—. Me estoy refiriendo a lord Hollington de Castle Reagh. Es uno de los más ricos pares de Inglaterra. Muy antiguo amigo mío. Estuve en Eton con su hermano.

Era esta una oportunidad a la que el señor Warburton nunca podía resistirse, y contó una pequeña anécdota cuya única sal parecía consistir en que conocía a un conde. El oporto era, desde luego, muy bueno; tomó una copa y luego la segunda. Perdió todo recato. Hacía meses que no hablaba con un hombre blanco. Em-

pezó a contar historias en las que aparecía alternando con los grandes. Al escucharle hubiérase pensado que hubo una época en que los ministerios se formaban y las orientaciones políticas se decidían siguiendo las recomendaciones que él susurraba al oído de una duquesa o dejaba caer en una cena para que fueran recogidas con gratitud por el consejero personal del soberano. Revivió los pasados días en Ascot, Goodwood y Cowes. Otra copa de oporto. Y revivió las fiestas que se celebraban en determinadas mansiones de Yorkshire y de Escocia, a las que asistía todos los años.

—Tenía por aquel entonces un sirviente llamado Foreman, el mejor ayuda de cámara que tuve en mi vida, y ¿por qué creerá usted que se despidió? Como usted sabe, en el comedor de la servidumbre las doncellas de las señoras y los ayudas de cámara de los caballeros se sientan a la mesa en el mismo orden de precedencia que sus amos. Un buen día me dijo que estaba harto de asistir a reuniones en las que yo era invariablemente el único plebeyo. Esto significaba que siempre tenía que sentarse en el extremo de la mesa y que los mejores bocados desaparecían antes de que la fuente llegase hasta él. Cuando le conté la historia al anciano duque de Hereford, rugió: «Vive Dios que si yo fuera rey de Inglaterra le haría a usted vizconde sólo para dar una oportunidad a su criado». «Quédese usted con él, duque», dije yo. «Es el mejor ayuda de cámara que he tenido». «Bien, Warburton», repuso él, «si es lo bastante bueno para usted, también lo es para mí. Puede enviármelo.»

Después pasó a hablar de Montecarlo, donde una noche Warburton y el gran duque Fiodor, jugando en sociedad, hicieron saltar la banca. Y luego le tocó el turno a Marienbad; en Marienbad el señor Warburton jugó al bacará con Eduardo VII.

—Entonces, naturalmente, sólo era príncipe de Gales. Recuerdo que me dijo: «Si pides con cinco, George, perderás hasta la camisa». Tenía razón; no creo que jamás dijera mayor verdad en su vida. Era un hombre maravilloso. Yo siempre he sostenido que fue el mejor diplomático de Europa. Pero yo no era más que un joven necio en aquellos tiempos y no tuve la sensatez de seguir su consejo. Si lo hubiera hecho, si no hubiera pedido con cinco, probablemente no estaría aquí ahora.

Cooper le observaba. Los ojos castaños, hundidos en sus cuencas,

eran duros y altaneros, y en sus labios bailaba una sonrisa burlona. Había oído hablar mucho del señor Warburton en Kuala Solor. No era mala persona, y su distrito funcionaba con regularidad y precisión, decían, pero ¡vive Dios, qué esnob! Se reían de él bonachonamente, pues era imposible sentir antipatía por un hombre tan generoso y tan amable. Cooper había oído ya la historia del príncipe de Gales y del bacará. Pero Cooper le escuchaba sin indulgencia. Desde el principio le había exasperado el modo de ser del Residente. Cooper era muy sensible y se retorcía bajo los corteses sarcasmos del señor Warburton. Este tenía el arte de acoger cualquier observación que desaprobaba con un silencio abrumador. Cooper había vivido poco en Inglaterra y sentía una peculiar aversión por todo lo inglés, en especial por las personas educadas en colegios de pago, porque siempre temía que lo fueran a tratar con aires de superioridad. Y temía tanto que otros se diesen tono con él que, a fin de evitarlo, se daba tales ínfulas que todos le tomaban por un vanidoso insufrible.

—Bueno, en todo caso la guerra ha hecho algo bueno por nosotros —dijo al fin—. Acabó con el poder de la aristocracia. La guerra de los bóers lo inició, y la de 1914 lo remató.

—Las grandes familias de Inglaterra están condenadas a muerte —dijo Warburton con la complacencia melancólica de un emigrado francés que añorase la corte de Luis XV—. Ya no pueden permitirse el lujo de vivir en sus espléndidos palacios, y su principesca hospitalidad no será pronto más que un recuerdo.

—Y a mi parecer les está muy bien empleado.

—Mi pobre Cooper, ¿qué puede usted saber de la gloria de Grecia y de la grandeza de Roma?

Warburton hizo un amplio ademán. Por un instante, sus ojos se volvieron soñadores con aquella visión del pasado.

—Bueno, créame, estamos hartos de toda esa podredumbre. Lo que necesitamos es un gobierno de gente capacitada que promueva la prosperidad. Yo nací en una colonia de la Corona, y he pasado prácticamente toda mi vida en las colonias. Me importan un bledo los lores. Lo malo de Inglaterra es el esnobismo. Si hay algo que no puedo tragar es un esnob.

¡Un esnob! El rostro del señor Warburton se amoratá y sus

ojos llamearon de ira. Era aquella una palabra que le había perseguido toda su vida. Las grandes damas de cuyo trato había disfrutado en su juventud no solían considerar indigno el aprecio que él les mostraba, pero hasta las grandes damas están en ocasiones de mal humor, y más de una vez la terrible palabra había sido arrojada con sarcasmo al rostro del señor Warburton. El sabía, no podía dejar de saberlo, que había gentes abominables que le tildaban de esnob. ¡Qué injusticia! Si para él no había defecto tan detestable como el esnobismo. Después de todo, a él le gustaba mezclarse con personas de su misma clase, sólo en su compañía se sentía a gusto. ¿Cómo, en nombre del cielo, podía decir nadie que aquello era esnobismo? Cada oveja con su pareja.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted. Un esnob es un hombre que admira o desprecia a otro porque su rango social es más alto que el suyo. Es el defecto más común de la clase media inglesa.

Vio una llamita burlona en los ojos de Cooper, quien alzó la mano para ocultar la ancha sonrisa que apareció en sus labios, con lo que sólo consiguió llamar más la atención sobre ella. Las manos de Warburton temblaban ligeramente.

Probablemente Cooper no se dio cuenta de la grave ofensa que había inferido a su jefe. Era extraño que un hombre sensible como él fuera tan impasible a los sentimientos de los demás.

Su trabajo les obligaba a verse unos minutos varias veces al día, y siempre se reunían a la seis en la galería de Warburton para tomar un trago. Era esta una antigua costumbre del país que el señor Warburton no habría quebrantado por nada del mundo. Pero jamás comían juntos. Cooper lo hacía en su bungalow y Warburton en el fuerte. Después de las horas de oficina paseaban hasta el anochecer, pero cada uno por su lado. Había pocos caminos en esta comarca, donde la selva rodeaba muy de cerca las plantaciones de la aldea, y cuando el señor Warburton vislumbraba a su ayudante caminando despreocupadamente a grandes trancos, daba un rodeo para eludir su encuentro. Cooper, con sus malos modales, sus ínfulas de estar en posesión de la verdad y su intolerancia, le irritó desde el principio, pero cuando el ayudante llevaba dos meses en el puesto surgió un incidente que convirtió la antipatía del Residente en odio acerbo.

El señor Warburton tuvo que salir a recorrer el interior en una visita de inspección y dejó a Cooper encargado del puesto con entera confianza, ya que había llegado a la conclusión de que era un sujeto competente. Lo único que no le gustaba era su falta de indulgencia. Era, sin duda, honrado, justo e industrioso, pero no sentía simpatía por los indígenas. A Warburton le divertía amargamente observar cómo este hombre, que se creía igual a cualquier otro, consideraba a tantos hombres inferiores a él. Era inflexible y poco comprensivo con el modo de ser de los nativos; y además era bravucón. Warburton no tardó en darse cuenta de que los malayos le aborrecían y le temían. No podía decir que esto le desagradase, pues no le habría complacido mucho que su ayudante gozase de una popularidad que pudiera rivalizar con la suya. Warburton, después de hacer minuciosamente los preparativos, emprendió su expedición, y a las tres semanas estaba de vuelta.

Entretanto había llegado el correo. Cooper salió a recibir a su jefe, y juntos entraron en la sala de este. Lo primero que llamó la atención a Warburton al entrar fue un gran rimero de periódicos abiertos; se volvió hacia uno de los criados que habían quedado en el puesto y le preguntó con severidad qué significaba aquello. Cooper se apresuró a explicarlo.

—Quería enterarme de todo lo referente al crimen de Wolverhampton, así que tomé prestados sus *Times*. Los he vuelto a traer. Sabía que a usted no le importaría.

El señor Warburton, pálido como la cera, replicó:

—Pues sí que me importa. Me importa mucho.

—Lo siento —dijo Cooper sin perder la calma—. La verdad es, sencillamente, que no podía esperar hasta que usted volviese.

—Me extraña que no haya abierto también mis cartas.

Cooper sonrió impasible, lo que exasperó aún más a su jefe.

—No es lo mismo, en absoluto. Después de todo, ¿cómo iba a imaginar que le parecería mal que echase una ojeada a sus periódicos? No contienen nada confidencial.

—Me opongo a que alguien lea mis periódicos antes que yo. —Se acercó al rimero, en el que había unos treinta ejemplares—. Me parece sumamente impertinente por su parte. Están todos revueltos.

—Podemos ordenarlos fácilmente —dijo Cooper, acercándose a la mesa.

Warburton gritó:

—No los toque.

—¡Oiga, es una niñería hacer una escena por una cosa tan insignificante!

—¿Cómo se atreve a hablarme así?

—Oh, váyase al infierno —dijo Cooper, y salió echando chispas de la sala.

El señor Warburton, que temblaba de indignación, se quedó contemplando sus periódicos. Aquellas manos encallecidas y brutales habían dado al traste con su mayor placer en la vida. Cuando llega el correo, la mayor parte de las personas que viven en lugares remotos abren con impaciencia las envolturas de los periódicos y cogen el de fecha más reciente para echar una ojeada a las últimas noticias de la patria. Pero Warburton procedía de otro modo. Su agente de prensa tenía instrucciones de escribir en las fajas la fecha del periódico que contenían, y cuando llegaba el abultado paquete Warburton miraba estas fechas y las numeraba con un lápiz azul. Su criado principal tenía orden de poner cada mañana el periódico correspondiente, sobre la mesa de la galería, juntamente con la taza matinal de té, y Warburton se complacía en romper la faja y leer el diario de la mañana entre sorbo y sorbo. Con esto se hacía la ilusión de vivir en su país. Todos los lunes por la mañana leía el *Times* del lunes de seis semanas atrás y lo mismo hacía los demás días. El domingo leía *The Observer*. Al igual que su costumbre de vestirse de etiqueta para cenar, era algo que le ligaba a la civilización. Y lo que más le enorgullecía era que por muy emocionantes que fuesen las noticias jamás había cedido a la tentación de abrir un periódico antes de la fecha correspondiente. Durante la guerra la ansiedad había llegado a límites casi intolerables, y cuando leía que había empezado una ofensiva padecía la más terrible angustia; una angustia que podría haberse ahorrado sin más que recurrir al sencillo expediente de abrir un diario de fecha posterior que permanecía esperándole sobre un estante. Había sido la prueba más dura a que se había sometido nunca, pero la superó victoriosamente. Y aquel necio chabacano había forzado aquellos paquetes cuida-

dosamente cerrados sólo porque quería enterarse de si una horrible mujer había asesinado a su abominable marido.

El señor Warburton llamó a un criado y le ordenó que trajese fajas de papel. Dobló los periódicos lo mejor que pudo, los envolvió en sendas fajas y numeró estas. Pero fue una melancólica tarea.

—Jamás le perdonaré —decía—. Jamás.

Su criado preferido, por supuesto, le había acompañado en la expedición; nunca viajaba sin él, porque sabía perfectamente cómo le gustaban las cosas, y Warburton no era el tipo de viajero de la selva que está dispuesto a prescindir de sus comodidades. Pero en el lapso de tiempo transcurrido desde su llegada estuvo chismorreando en los alojamientos de la servidumbre. Allí se enteró de que Cooper había tenido dificultades con sus criados y que todos, excepto el joven Abas, le habían abandonado. También Abas deseaba irse, pero su tío le había colocado allí siguiendo instrucciones del Residente y temía marcharse sin permiso de aquel.

—Le dije que había hecho bien, tuan —comentó el criado—. Pero está a disgusto. Dice que no es una buena casa y que quiere saber si puede irse como han hecho los demás.

—No, debe quedarse. El tuan necesita sirvientes. ¿Se ha reemplazado a los que se fueron?

—No, tuan, nadie quiere ir.

Warburton frunció el ceño. Cooper era un necio insolente, pero ocupaba un cargo oficial y debía tener la servidumbre adecuada. Era indecoroso que su casa no estuviese debidamente atendida.

—¿Dónde están los mozos que se marcharon?

—Están en el *kampong*, tuan.

—Vete a verlos esta noche y diles que confío en que vuelvan mañana al amanecer a casa de tuan Cooper.

—Dicen que no quieren ir, tuan.

—¿Y si yo se lo ordeno?

El criado llevaba quince años con Warburton y conocía todas las entonaciones de la voz de su amo. No le tenía miedo, pues habían sufrido muchas penalidades juntos; una vez, en la selva, el Residente le había salvado la vida, y en otra ocasión, cuando volcó su piragua en un rabión, el Residente se habría ahogado de no ser

por él; pero sabía perfectamente cuándo había que obedecer al señor Warburton sin rechistar.

—Iré al *kampong* —dijo.

Warburton esperaba que su subordinado aprovecharía la primera oportunidad para disculparse por su grosería, pero Cooper, como todo hombre mal educado, era incapaz de excusarse, y cuando a la mañana siguiente se encontraron en la oficina no mencionó el incidente. Como la ausencia de Warburton había durado tres semanas, fue preciso que celebrasen una entrevista bastante prolongada. Al final de la misma Warburton le despidió.

—Creo que eso es todo, gracias. —Cooper dio media vuelta para irse, pero Warburton le retuvo—. Tengo entendido que tuvo usted problemas con sus sirvientes.

Cooper lanzó una desagradable risotada.

—Trataron de chantajearme. Tuvieron la desfachatez de marcharse, todos excepto ese inepto de Abas... sabe muy bien lo que le conviene, pero yo me limité a esperar sin decir nada. Todos han vuelto al redil.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Esta mañana volvieron todos a sus puestos, hasta el cocinero chino. Allí estaban como si tal cosa; cualquiera diría que eran ellos los amos del lugar. Supongo que llegaron a la conclusión de que yo no era tan tonto como parecía.

—De ningún modo. Volvieron por orden expresa mía.

Cooper se ruborizó ligeramente.

—Le agradecería que no se mezclase en mis asuntos particulares.

—No son sus asuntos particulares. Cuando sus sirvientes se marchan se pone usted en ridículo. Es usted perfectamente libre de hacer el tonto, pero yo no puedo permitir que le pongan en ridículo. Es indecoroso que su casa no esté atendida por el personal adecuado. Tan pronto como me enteré de que sus criados le habían dejado envié a decirles que volvieran a sus puestos al amanecer. Eso es todo.

Warburton hizo una inclinación de cabeza para indicar que la entrevista había tocado a su fin, pero Cooper no se dio por enterado.

—¿Sabe usted lo que hice? Los llamé y despedí a toda la pandilla. Les di diez minutos para abandonar el recinto.

Warburton se encogió de hombros.

—¿Qué le hace pensar que puede encontrar otros?

—Ya le he encargado a mi escribiente que se ocupe de eso.

Warburton reflexionó un momento.

—Creo que se está comportando tontamente. Debería usted recordar en el futuro que un buen amo hace un buen sirviente.

—¿Hay alguna otra cosa que quiera usted enseñarme?

—Me gustaría enseñarle buenos modales, pero sería una tarea muy ardua y no dispongo de tiempo para malgastarlo. Me ocuparé de conseguirle criados.

—Por favor, no se tome usted ninguna molestia por mi causa. Me basto yo solo para encontrarlos.

El señor Warburton sonrió agriamente. Tenía la sospecha de que Cooper sentía por él la misma aversión que él sentía por Cooper, y sabía que nada hay más irritante que verse obligado a aceptar favores de un hombre al que se detesta.

—Permítame decirle que ahora sus probabilidades de encontrar sirvientes malayos o chinos son las mismas que tiene de encontrar un mayordomo inglés o un cocinero francés. Nadie irá a servir a su casa si no es por orden mía. ¿Quiere usted que la dé?

—No.

—Como guste. Buenos días.

Warburton observó el desarrollo de los acontecimientos con acerba complacencia. El escribiente de Cooper fue incapaz de persuadir a malayos, dayaks o chinos a que entraran en la casa de semejante amo. Abas, el muchacho que le seguía siendo fiel, sólo sabía cocinar manjares indígenas, y a Cooper, que nada tenía de gastrónomo, el sempiterno plato de arroz se le atragantaba en el gaznate. Tampoco tenía aguador, y con el calor que hacía necesitaba bañarse varias veces al día. Renegaba de Abas, pero Abas le oponía una hosca resistencia y únicamente hacía lo que quería. Era irritante saber que el muchacho seguía con él sólo porque el Residente había hecho hincapié en ello. Así transcurrieron dos semanas, hasta que cierta mañana se encontró en su casa a los mismos criados que despidiera anteriormente. Le acometió un violento arrebato de furia, pero la

experiencia le había enseñado un poco de sensatez y en esta ocasión no dijo palabra y les permitió quedarse. Se tragó la humillación, mas el violento desprecio que sentía por la idiosincrasia del señor Warburton se transformó en un huraño rencor; el Residente, con este malicioso golpe, le había convertido en el hazmerreír de todos los indígenas.

Los dos hombres dejaron de hablarse. Rompieron la costumbre consagrada por el tiempo de compartir un trago —pese a la antipatía personal que pudiera existir— con cualquier hombre blanco que se hallase en el puesto a las seis de la tarde. Cada uno vivía en su propia casa como si el otro no existiera. Ahora que Cooper había cogido el ritmo del trabajo, no tenían que tratarse mucho en la oficina. Warburton se valía de su ordenanza para enviar cualquier recado que tuviese que dar a su ayudante, y las órdenes se las comunicaba oficialmente por escrito. Se veían constantemente, esto era inevitable, pero no intercambiaban ni media docena de palabras a la semana. El hecho de que no pudiesen evitar encontrarse les exasperaba. Rumiaban su antagonismo, y durante su paseo cotidiano Warburton sólo pensaba en lo mucho que detestaba a su ayudante.

Y lo más terrible era que muy bien podrían continuar así, mortalmente enemistados, hasta que Warburton se fuera con permiso. La cosa podía durar tres años. No tenía motivos para quejarse a la oficina central; Cooper hacía muy bien su trabajo, y en aquella época resultaba difícil encontrar hombres competentes. Cierto que llegaban hasta él vagas quejas e insinuaciones de que los nativos encontraban a Cooper muy riguroso. Indudablemente reinaba entre ellos un sentimiento de descontento. Pero cuando Warburton estudiaba algún caso particular, todo cuanto podía decir era que Cooper se había mostrado severo allí donde la indulgencia no habría estado fuera de lugar, y que había sido insensible allí donde el propio Warburton habría sido comprensivo. No había hecho nada por lo que se le pudiera llamar a capítulo. Pero Warburton le vigilaba. El odio a menudo hace perspicaz al hombre, y él abrigaba la sospecha de que Cooper estaba utilizando a los nativos sin miramientos, aunque manteniéndose dentro de la ley, porque comprendía que de este modo podía exasperar a su jefe. Un día tal vez llegase demasiado lejos. Nadie sabía mejor que Warburton el estado de irri-

tación en que el calor incesante puede poner a un hombre y lo difícil que es conservar el dominio de sí mismo después de una noche de insomnio. Sonrió para sus adentros. Tarde o temprano Cooper caería en sus manos.

Cuando al fin se presentó la oportunidad, el señor Warburton rió estruendosamente. Cooper estaba encargado de los presos; hacían caminos, construían bárracas, remaban cuando era necesario enviar un prao río arriba o río abajo, mantenían limpio el pueblo o bien realizaban otros trabajos útiles. Si se portaban bien incluso se les colocaba a veces como criados en alguna casa. Cooper les hacía dura la labor. Le gustaba verles trabajar. Se complacía en inventar tareas para ellos; y como los presos pronto se dieron cuenta de que estaban haciendo cosas inútiles, empezaron a trabajar de mala gana. El los castigó prolongándoles la jornada de trabajo, lo cual era contrario a los reglamentos, y tan pronto como se llamó la atención sobre ello al Residente, este dio órdenes de que se restableciese la antigua jornada de trabajo sin trasladar el asunto a su subordinado. Cuando Cooper salió a dar su paseo habitual se sorprendió al ver que los reclusos regresaban a la cárcel, pues él había dado instrucciones de que no suspendieran la labor hasta el anochecer. Preguntó al guardián por qué les había permitido interrumpir el trabajo, y este le dijo que era orden del Residente.

Pálido de rabia se dirigió a grandes zancadas hacia el fuerte. Warburton, con sus inmaculados shorts blancos, su pulido salacot y un bastón en la mano, seguido por sus perros, estaba a punto de salir a dar su paseo vespertino. Había visto marchar a Cooper y sabía que había tomado el camino que bordeaba el río. Cooper subió a saltos los escalones y se plantó ante el Residente.

—Quiero saber qué diablos se propone al revocar mi orden de que los reclusos trabajen hasta las seis —estalló fuera de sí.

El señor Warburton abrió desmesuradamente sus fríos ojos azules, fingiendo una gran sorpresa.

—¿Ha perdido el juicio? ¿Acaso es usted tan ignorante que no sabe que no es ese el modo de dirigirse a un superior?

—¡Oh, váyase al infierno! Los presos son cosa mía y no tiene usted derecho a inmiscuirse. Ocúpese de sus asuntos y yo me ocuparé de los míos. Quiero saber por qué demonio me ha puesto usted

en ridículo. Todo el mundo en el poblado se enterará de que ha revocado mi orden.

Warburton se mantuvo muy sereno.

—No tenía usted atribuciones para dar esa orden. La revoqué porque era dura y tiránica. Créame, yo no le he puesto en ridículo ni la mitad de lo que se ha puesto usted mismo.

—Le caí antipático desde el momento en que llegué. Usted ha hecho todo lo que ha podido para hacerme imposible seguir en este puesto porque no soy un cobista. Me ha dado una puñalada trapera porque no he sabido adularle.

Cooper, farfullando de rabia, estaba a punto de perder los estribos, y los ojos de Warburton se volvieron de pronto más fríos y más penetrantes.

—Se equivoca. Pensé que era usted un patán, pero estaba plenamente satisfecho de su forma de trabajar.

—Es usted un esnob, un maldito esnob. Me consideró un patán porque no me eduqué en Eton. Ya me dijeron en Kuala Solor lo que podía esperarse de usted. ¿Acaso no sabe que es el hazmerreír de todo el país? A duras penas pude contenerme para no soltar la carcajada cuando me contó su famosa historia sobre el príncipe de Gales. Dios mío, tenía usted que haberlos oído reír en el club cuando la contaron. Le aseguro que es preferible ser un patán como yo que un esnob como usted.

Esto hirió en lo vivo al señor Warburton.

—Si no sale de mi casa inmediatamente le echaré a patadas —gritó.

Cooper se acercó un poco más a él, hasta que sus caras casi se rozaban.

—¡Atrévase a tocarme! ¡Ande, atrévase! —dijo—. ¡Le juro que me gustaría que me pegase! ¿Quiere que se lo repita? Esnob, esnob.

Cooper era un joven robusto y musculoso, siete centímetros más alto que Warburton. Este era grueso y tenía cincuenta y cuatro años. Su puño se disparó contra Cooper, quien le agarró del brazo y le hizo retroceder.

—No sea imbécil. Recuerde que no soy un caballero. Sé valerme de las manos.

Y lanzando una especie de bufido, con una amplia sonrisa que

abarcaba su pálida y afilada cara, bajó de un salto los escalones de la galería. Con el corazón golpeándole furiosamente las costillas, el señor Warburton, agotado por la rabia, se dejó caer en una silla. Sentía comezón por todo el cuerpo como si tuviera salpullido. Durante un momento terrible creyó que iba a echarse a llorar. Pero de pronto se dio cuenta de que su criado principal estaba en la galería y recobró instintivamente el dominio de sí mismo. El mozo se acercó y le preparó un whisky con soda. Sin pronunciar palabra, Warburton lo cogió y vació el vaso.

—¿Qué querías decirme? —preguntó al fin, tratando de esbozar una sonrisa forzada.

—Tuan, el ayudante de tuan es un hombre malo. Abas insiste en dejarlo.

—Que espere un poco. Escribiré a Kuala Solor pidiendo que trasladen a tuan Cooper a otro sitio.

—Tuan Cooper no es bueno con los malayos.

—Puedes irte.

El criado se retiró en silencio. Warburton se quedó a solas con sus pensamientos. Veía el club en Kuala Solor, los hombres sentados en torno a la mesa junto a la ventana, con sus trajes de franela, cuando la oscuridad les hacía regresar del golf y del tenis, bebiendo whisky y *pahits* de ginebra y riendo a mandíbula batiente mientras comentaban la famosa anécdota del príncipe de Gales y el propio Warburton en Marienbad. La vergüenza y la aflicción le abochornaban. ¡Un esnob! Todos le tenían por un esnob. Y él siempre los había considerado como unos buenos chicos, siempre había sido lo bastante caballero para pasar por alto el hecho de que ellos ocupasen posiciones muy secundarias. Ahora los odiaba. Pero el odio que sentía por ellos no era nada en comparación con lo que aborrecía a Cooper. Y si hubieran llegado a las manos Cooper podía haberle zurrado. Lágrimas de humillación corrían por su gruesa y roja faz. Permaneció sentado durante un par de horas, fumando cigarrillo tras cigarrillo y deseando morir.

Por fin volvió el criado y le preguntó si se vestiría para cenar.

¡Naturalmente! Siempre se vestía para cenar. Se levantó pesadamente de la silla y se puso la camisa almidonada y el cuello de pajarita. Sentóse a la mesa primorosamente adornada, y como de

costumbre le sirvieron dos mozos, mientras otros dos agitaban sus grandes abanicos. En el bungalow, a doscientos metros de distancia, Cooper, descalzo y vestido tan sólo con un *sarong* y un *baju*, estaba comiendo una vianda inmunda, mientras leía probablemente una novela policiaca. Después de la cena, Warburton se puso a escribir una carta. El sultán estaba ausente, pero la carta, privada y confidencial, iba dirigida a su delegado. Cooper hacía muy bien su trabajo, decía, pero el hecho era que no podía aguantarle. Cada vez se llevaban peor, y estimaría como un gran favor que Cooper fuera trasladado a otro puesto.

Envió la carta a la mañana siguiente por un mensajero especial. La respuesta llegó dos semanas más tarde con el correo del mes. Era una esquela privada y decía así:

> Querido Warburton:
>
> No quiero contestar su carta oficialmente, de modo que le escribo estas líneas a título particular. Desde luego que si usted insiste elevaré el asunto a conocimiento del Sultán, pero creo que sería mucho más juicioso olvidarlo. Sé que Cooper es un diamante en bruto, pero es persona muy capaz y lo pasó muy mal en la guerra, por lo que pienso debe dársele una oportunidad. Me parece que es usted demasiado propenso a conceder importancia al rango social. Debe tener presente que los tiempos han cambiado. Es una gran cosa, por supuesto, que un hombre sea un caballero, pero es mejor que sea competente y laborioso. Creo que con un poco de tolerancia por su parte acabará por llevarse muy bien con Cooper.
>
> Cordialmente suyo,
> Richard Temple

El señor Warburton dejó caer la carta. Era fácil leer entre líneas, Dick Temple, a quien conocía desde hacía veinte años, Dick Temple, que pertenecía a una familia bastante buena, lo consideraba un esnob y por eso no acogía favorablemente su petición. Warburton se sintió de pronto hastiado de la vida. El mundo del que él formaba parte había desaparecido, y el futuro estaba en manos de una generación más mezquina. Cooper representaba esta generación, y él odiaba a Cooper con toda su alma. Cuando alargó la mano para llenar su vaso se adelantó el criado.

—No sabía que estuvieras ahí.

El sirviente recogió la carta con membrete oficial. Ah, por eso estaba esperando.

—¿Se marcha tuan Cooper, tuan?

—No.

—Habrá una desgracia.

Por un momento las palabras nada le dijeron, tan grande era su apatía. Pero sólo por un momento. De repente se incorporó en su asiento y miró al criado con interés.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tuan Cooper no se porta bien con Abas.

Warburton se encogió de hombros. Era lógico que un hombre como Cooper no supiese tratar a los criados. Warburton conocía el paño: tan pronto se mostraría chabacanamente confianzudo como rudo y desconsiderado con ellos.

—Dile a Abas que vuelva a casa de su familia.

—Tuan Cooper le retiene el salario para que no pueda escaparse. No le paga desde hace tres meses. Yo le digo que tenga paciencia, pero él está furioso y no quiere atender a razones. Si el tuan sigue abusando de él habrá una desgracia.

—Has hecho bien en decírmelo.

¡El muy necio! ¿Tan mal conocía a los malayos que creía poder ofenderles impunemente? Le estaría muy bien empleado que le clavasen un cris en la espalda. Un cris. Por un instante, el corazón del señor Warburton pareció detenerse. No tenía más que dejar que los acontecimientos siguieran su curso y un buen día se vería libre de Cooper. Sonrió débilmente cuando la frase, una inactividad magistral, cruzó por su cerebro. Y ahora los latidos de su corazón se aceleraron un poco, pues vio al hombre que odiaba tendido de bruces en un sendero de la selva con un puñal clavado en la espalda. Un final apropiado para el patán y el bravucón. Warburton suspiró. Era su deber prevenirle, y por supuesto lo haría. Escribió una breve y ceremoniosa nota a Cooper pidiéndole que fuese a verle inmediatamente.

Diez minutos más tarde Cooper se hallaba ante él. No se habían hablado desde el día en que Warburton estuvo a punto de golpearle. Ahora ni siquiera le invitó a sentarse.

—¿Quería usted verme? —preguntó Cooper.

Estaba desaliñado y no demasiado limpio. Tenía la cara y las manos cubiertas de pequeñas ronchas rojas producidas por las picaduras de los mosquitos, y se había rascado hasta hacer brotar la sangre. Su alargado y flaco rostro tenía un aspecto huraño.

—He oído que vuelve a tener problemas con sus sirvientes. Abas, el sobrino de mi criado principal, se queja de que le ha retenido usted el sueldo desde hace tres meses. Considero este proceder de lo más arbitrario. El muchacho quiere dejarle, y desde luego no le censuro. Me veo obligado a insistir en que le pague lo que le debe.

—Pero yo no quiero que se vaya. Si le retengo el sueldo es en prenda de su buena conducta.

—No conoce usted el carácter de los malayos. Son muy sensibles a los agravios y al ridículo. Son apasionados y vengativos. Creo mi deber advertirle que si empuja a ese muchacho más allá de cierto límite corre usted un gran peligro.

Cooper lanzó una risita despectiva.

—¿Qué cree usted que hará?

—Creo que le matará.

—¿Qué más le daría a usted?

—Oh, me daría igual —repuso Warburton con una débil risa—. Lo soportaría con la mayor entereza. Pero me siento en el deber, un deber oficial, de advertírselo.

—¿Cree que tengo miedo de un negro asqueroso?

—Eso es algo que me tiene sin cuidado.

—Bueno, por si le interesa, le diré que sé cuidarme; ese mozo, Abas, es un puerco, un pícaro ladrón, y si intenta hacerme alguna jugarreta, juro que le retorceré el pescuezo.

—Eso es todo lo que quería decirle —concluyó Warburton—. Buenas tardes.

Le despidió con una ligera inclinación de cabeza. Cooper se sonrojó, sin saber por un instante qué hacer ni qué decir. Luego giró sobre sus talones y, tropezando, salió de la habitación. El señor Warburton lo vio alejarse con una helada sonrisa en los labios. Había cumplido con su deber. Pero ¿qué habría pensado si hubiera sabido que cuando Cooper volvió a su bungalow, tan silencioso y tan in-

hospitalario, se arrojó sobre la cama, sintiendo intensamente su amarga soledad, y perdió de repente todo dominio de sí mismo? Dolorosos sollozos desgarraron su pecho y tristes lágrimas corrieron por sus mejillas.

Después de este incidente, Warburton rara vez vio a Cooper, y nunca le habló. Leía el *Times* todas las mañanas, despachaba su trabajo en la oficina, hacía ejercicio, se vestía de etiqueta por la noche, cenaba y se sentaba junto al río fumando un puro. Si por casualidad se tropezaba con Cooper fingía no verlo. Cada uno, aunque consciente en todo momento de la propincuidad, actuaba como si el otro no existiese. El paso del tiempo no contribuía a mitigar su animosidad. Se vigilaban mutuamente y cada cual estaba al tanto de lo que el otro hacía. Aunque Warburton había sido muy aficionado a la caza en su juventud, con la edad fue tomando aversión a matar a los animales salvajes, pero los domingos y días de fiesta Cooper salía con su escopeta. Si cobraba alguna pieza era un triunfo que obtenía sobre el señor Warburton; en caso contrario, Warburton se encogía de hombros y reía entre dientes. ¡Estos patanes presumiendo de deportistas!

La Navidad fue una época mala para ambos; cenaron solos, cada cual en su vivienda, y se emborracharon deliberadamente. Eran los únicos hombres blancos en trescientos kilómetros a la redonda y vivían a un grito de distancia uno de otro. A principios de año Cooper contrajo unas fiebres, y cuando Warburton le vio de nuevo quedó sorprendido al comprobar lo mucho que había adelgazado. Parecía agotado y enfermo. La soledad, tanto más inhumana por cuanto que no obedecía a una necesidad, le irritaba. Y lo mismo le sucedía a Warburton, que a menudo no podía conciliar el sueño y se pasaba la noche despierto, tendido en la cama, rumiando sus amargos pensamientos. Cooper se había dado a la bebida y sin duda el momento decisivo estaba próximo, pero en su trato con los nativos tenía buen cuidado de no hacer nada que pudiera exponerle a una reprimenda de su jefe. Libraban una batalla torva y silenciosa. Era una prueba de resistencia. Transcurrían los meses y ninguno daba muestras de flaqueza. Era como si habitasen el reino de la noche eterna, y sus almas estaban oprimidas por el convencimiento de que nunca amanecería para ellos. Parecía como

si sus vidas fueran a continuar para siempre en la opaca y espantosa monotonía del odio.

Y cuando al fin ocurrió lo inevitable, sorprendió al señor Warburton con todo el dramatismo de lo inesperado. Cooper acusó a Abas de haberle robado alguna ropa, y cuando el muchacho negó el latrocinio lo cogió por el cogote y de un puntapié lo mandó rodando por los escalones del bungalow. El mozo pidió que le pagase lo que le debía, y Cooper le lanzó a la cara todos los insultos que conocía. Le amenazó con entregarle a la policía si no se había marchado del recinto antes de una hora. A la mañana siguiente Abas le abordó fuera del fuerte cuando Cooper se dirigía a la oficina y volvió a exigir su salario. Cooper le dio un puñetazo en la cara. El muchacho cayó al suelo y se levantó sangrando por la nariz.

Cooper siguió su camino y se puso a trabajar. Pero no podía concentrarse. El golpe había calmado su irritación, y ahora se daba cuenta de que había ido demasiado lejos. Estaba preocupado. Se sentía enfermo, desgraciado y falto de ánimo. En el despacho contiguo se hallaba el señor Warburton, y sintió el impulso de ir a contarle lo que había hecho; hizo ademán de levantarse de la silla, pero sabía con qué glacial desprecio escucharía su jefe el relato. Veía su arrogante sonrisa paternal. Por un momento le desasosegó el temor de lo que Abas pudiera hacer. Desde luego, Warburton le había avisado. Suspiró. ¡Qué necio había sido! Pero se encogió de hombros con impaciencia. Le daba igual. Al fin y al cabo, ¿qué alicientes tenía para él la vida? Todo era culpa de Warburton; si no le hubiera irritado, nada de esto habría sucedido. Warburton había hecho de su vida un infierno desde el principio. El muy esnob. Pero eran todos iguales: y todo porque él era un colonial. Resultaba vergonzoso que no le hubiesen nombrado oficial durante la guerra; él era tan capaz como cualquier otro. Eran todos una partida de indecentes esnobs. Y no estaba dispuesto a ceder ahora. Por supuesto que Warburton se enteraría de lo ocurrido, el viejo diablo lo sabía todo. No tenía miedo. No tenía miedo de ningún malayo de Borneo, y Warburton podía irse al infierno.

No se equivocaba al pensar que Warburton se enteraría de lo sucedido. Su criado se lo dijo cuando se sentó a almorzar.

—¿Dónde está ahora tu sobrino?

—No lo sé, tuan. Se ha ido.

Warburton guardó silencio. Por lo general solía dormir un rato después del almuerzo, pero hoy se encontraba muy despierto. Sus ojos buscaron involuntariamente el bungalow donde ahora descansaba Cooper.

¡El muy idiota! Durante un momento Warburton estuvo indeciso. ¿Se daba cuenta aquel hombre del peligro que corría? Su deber era mandar a buscarle. Pero siempre que había intentado razonar con Cooper, este le había insultado. Una ira furiosa invadió súbitamente a Warburton; apretó los puños, y las venas de las sienes se le hincharon. Había advertido a tiempo a aquel patán. Que cargase ahora con lo que se le venía encima. No era asunto suyo, y si algo ocurría no sería por su culpa. Pero tal vez en Kuala Solor se arrepentirían de no haber seguido su consejo de trasladar a Cooper a otro puesto.

Aquella noche estaba extrañamente inquieto. Después de cenar paseó de un extremo a otro de la galería. Cuando el criado se disponía a retirarse a su dormitorio, Warburton le preguntó si sabía algo de Abas.

—No, tuan. Quizá haya ido a la aldea del hermano de su madre.

El señor Warburton le lanzó una mirada penetrante, pero el sirviente tenía la vista fija en el suelo y sus ojos no se encontraron. El Residente bajó hacia el río y se sentó en la glorieta, pero no logró sosegarse. El río fluía siniestramente silencioso. Era como una gran serpiente que se deslizara con tardos movimientos hacia el mar. Por encima del agua, los árboles de la selva parecían cargados de una expectación amenazadora. No cantaba ningún pájaro, ni soplaba brisa que hiciera temblar las hojas de las casias. En torno de él, todo parecía como a la expectativa de que sucediese algo.

Cruzó el jardín en dirección al camino. Desde allí veía perfectamente el bungalow de Cooper. Había luz en su salón, y por encima del camino le llegaron los compases de una música sincopada. Era el gramófono de Cooper. El señor Warburton se estremeció; nunca había logrado vencer su instintiva antipatía por aquel instrumento. De no ser por eso habría seguido adelante para hablar con Cooper. Dio media vuelta y regresó a su casa. Leyó hasta muy tarde y al fin se quedó dormido. Pero no durmió mucho tiempo; tuvo terribles

pesadillas, y le despertó un grito que creyó oír. Naturalmente todo había sido un sueño, pues ningún grito —procedente del bungalow por ejemplo— podía oírse en su habitación. Permaneció despierto hasta el amanecer. Entonces oyó pasos apresurados y ruido de voces. Su criado principal irrumpió en el dormitorio sin su fez, y al señor Warburton se le paralizó el corazón.

—Tuan, tuan.

Warburton saltó del lecho.

—Voy en seguida.

Se calzó las zapatillas y, vistiendo el *sarong* y la chaqueta del pijama, cruzó el recinto del fuerte y entró en el de Cooper. Este yacía en la cama con la boca abierta y un cris clavado en el corazón. Le habían matado mientras dormía. El señor Warburton se sobresaltó, pero no porque no hubiese esperado encontrarse con semejante cuadro, sino porque de repente sintió en su interior una ardiente sensación de júbilo. Era como si le hubieran quitado de encima una pesada carga.

Cooper estaba completamente frío. Warburton extrajo el cris de la herida; lo habían clavado con tal violencia que tuvo que hacer un esfuerzo para sacarlo. Al examinarlo lo reconoció. Era un cris que unas semanas antes le ofreciera un comerciante y sabía que Cooper lo había comprado.

—¿Dónde está Abas? —preguntó severamente.

—Abas está en la aldea del hermano de su madre.

El sargento de la policía indígena estaba a los pies de la cama.

—Vaya a la aldea con dos hombres y deténgale.

El señor Warburton tomó las medidas que eran necesarias de inmediato. Con rostro inflexible dictó órdenes. Sus palabras fueron concisas y perentorias. Luego volvió al fuerte, se afeitó, tomó un baño y, después de vestirse, entró en el comedor. Al lado de su cubierto le esperaba el *Times,* envuelto en su faja. Se sirvió un poco de fruta. El primer mozo le escanció el té mientras el segundo le ponía delante un plato de huevos. El señor Warburton desayunó con apetito. El criado principal no se retiró.

—¿Qué quieres? —preguntó Warburton.

—Tuan, Abas, mi sobrino, estuvo toda la noche en casa del

hermano de su madre. Puede probarlo. Su tío jurará que no salió del *kampong*.

El señor Warburton se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—Abas mató a tuan Cooper. Lo sabes tan bien como yo. Es preciso que se haga justicia.

—Tuan, no irá usted a hacer que lo ahorquen, ¿verdad?

El señor Warburton dudó un momento, y aunque su voz seguía siendo seca e inflexible, se produjo un cambio en la expresión de sus ojos. Fue como una llama vacilante que el malayo percibió rápidamente y a la que sus propios ojos respondieron con una relampagueante mirada de comprensión y acatamiento.

—La provocación fue muy grande. Condenaré a Abas a una pena de cárcel. —El señor Warburton hizo una pausa mientras se servía mermelada—. Cuando haya cumplido parte de la condena le tomaré como mozo de comedor. Tú podrás instruirle en sus obligaciones. Estoy convencido de que en casa de tuan Cooper ha adquirido malos hábitos.

—¿Debe entregarse Abas voluntariamente, tuan?

—Es lo mejor que puede hacer.

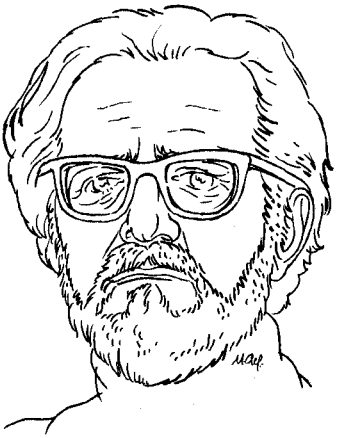
El criado se retiró. El señor Warburton cogió su *Times* y rasgó limpiamente la faja. Le gustaba desdoblar sus páginas gruesas y crujientes. La mañana, pura y fresca, era deliciosa, y durante un momento su mirada vagó por el jardín con un brillo benévolo. Su espíritu se había liberado de una pesada carga. Pasó a las columnas del periódico que daban cuenta de los nacimientos, bodas y defunciones. Era siempre lo primero que leía. Un nombre le llamó la atención. Lady Ormskirk había tenido un hijo al fin. ¡Caramba, qué contenta debía de estar la duquesa viuda! Por el próximo correo tendría que enviarle unas líneas dándole la enhorabuena.

Abas sería un magnífico criado.

¡Ese necio de Cooper!

PASEO

JOSE DONOSO/CHILE



ESTO SUCEDIÓ cuando yo era muy chico, cuando mi tía Matilde y tío Gustavo y tío Armando, hermanos solteros de mi padre, y él mismo, vivían aún. Ahora están todos muertos. Es decir, prefiero suponer que están todos muertos, porque resulta más fácil, y ya es demasiado tarde para atormentarse con preguntas que seguramente no se hicieron en el momento oportuno. No se hicieron porque los acontecimientos parecieron paralizar a los hermanos, dejándolos como ateridos de horror. Luego comenzaron a construir un muro de olvido o indiferencia que lo cubriera todo para poder enmudecer sin necesidad de martirizarse haciendo conjeturas impotentes. Bien puede no haber sido así, puede que mi imaginación y mi recuerdo me traicionen. Después de todo yo no era más que un niño entonces, al que no tenían por qué participar las angustias de las pesquisas, si las hubo, ni el resultado de sus conversaciones.

¿Qué pensar? A veces oía a los hermanos hablar quedamente, lentamente, como era su costumbre, encerrados en la biblioteca, pero la maciza puerta tamizaba el significado de las palabras, permitiéndome escuchar sólo el contrapunto grave y pausado de sus voces. ¿Qué decían? Yo deseaba que allí dentro estuvieran hablando de lo que era importante de verdad, que, abandonando el respetuoso frío con que se trataban, abrieran sus angustias y sus dudas haciéndolas sangrar. Pero tenía tan poca fe en que así fuera, que mientras rondaba junto a los altos muros del vestíbulo cerca de la puerta de la biblioteca, se grabó en mi mente la certeza de que

habían elegido olvidar, reuniéndose sólo para discutir, como siempre, los pleitos del estudio jurídico que les pertenecía, especializado en derecho marítimo. Ahora pienso que quizá tuvieran razón en desear borrarlo todo, porque ¿para qué vivir con el terror inútil de verse obligado a aceptar que las calles de una ciudad pueden tragarse a un ser humano, anularlo, dejándolo sin vida y sin muerte, suspendido en una dimensión más inciertamente peligrosa que cualquiera dimensión con nombre?

Y sin embargo...

Un día, meses después de los acontecimientos, sorprendí a mi padre mirando la calle desde el balcón de la sala del segundo piso. El cielo estaba estrecho, denso, y el aire húmedo agobiaba las grandes hojas lacias de los ailantos. Me acerqué a mi padre, ávido de una respuesta que contuviera una mínima aclaración:

—¿Qué hace aquí, papá? —susurré.

Al responder, algo se cerró súbitamente sobre la desesperación de su rostro, como el golpe de un postigo que se cierra sobre una escena vergonzosa.

—¿No ves? Estoy fumando... —replicó. Y encendió un cigarrillo.

No era verdad. Yo sabía por qué acechaba calle arriba y calle abajo, con sus ojos ensombrecidos, llevándose de vez en cuando la mano a su suave patilla castaña: era con la esperanza de ver que reaparecía, que regresaba como si tal cosa debajo de los árboles de la acera, con la perra blanca trotando a sus talones. ¿Hubiera esperado así de tener cualquier certeza?

Poco a poco me fui dando cuenta de que no sólo mi padre, sino que todos los hermanos, como escondiéndose unos de los otros y sin confesarse ni a sí mismos lo que hacían, rondaban las ventanas de la casa, y si alguien llegaba a mirar desde la acera de enfrente, quizá divisara la sombra de cualquiera de ellos apostada junto a una cortina o rostros envejecidos por el sufrimiento atisbando desde atrás de los cristales.

2

AYER PASÉ frente a la casa donde entonces vivíamos. Hacía años que no andaba por allí. En aquel tiempo la calle era adoquinada

con quebracho y bajo los ailantos copudos transitaba de vez en cuando un tranvía estrepitoso de fierros sueltos. Ahora ya no existen ni adoquines de madera, ni tranvías, ni árboles en las aceras. Pero nuestra casa está en pie aún, angosta y vertical como un librito apretado entre los gruesos volúmenes de los edificios nuevos con tiendas en la planta baja y un burdo cartel recomendando camisetas de punto que cubre los dos balcones del segundo piso.

Cuando vivíamos allí casi todas las casas eran altas y delgadas como la nuestra. La cuadra estaba siempre alegre con los juegos de los niños en los manchones de sol de la acera, y con los chismes de las sirvientas de hogares prósperos al regresar de sus compras. Pero nuestra casa no era alegre. Lo digo así, «no era alegre», en vez de «era triste», porque es exactamente lo que quiero decir. La palabra «triste» no sería justa porque tiene connotaciones demasiado definidas, peso y dimensiones propias. Y lo que sucedía en nuestra casa era justamente lo contrario: una ausencia, una falta que por ser desconocida era irremediable, algo que si pesaba, pesaba por no existir.

Cuando murió mi madre, antes que yo cumpliera cuatro años, se estimó necesaria la presencia de una mujer junto a mí para que me protegiera con sus cuidados. Como tía Matilde era la única mujer de la familia y vivía con mis tíos Gustavo y Armando, los tres solterones vinieron a vivir en nuestra casa, que era amplia y vacía.

Tía Matilde desempeñó sus funciones junto a mí con ese esmero característico de cuanto hacía. Yo no dudaba de que me quisiera, pero jamás logré sentir ese cariño como una experiencia palpable que nos unía. Había algo rígido en sus afectos, igual que en los hombres de la familia, y el amor existía confinado dentro de cada individualidad, sin saltar límites para expresarse y unir. Para ellos, expresar sus afectos era desempeñar perfectamente sus funciones unos respecto a los otros, y, sobre todo, no incomodar, jamás incomodar. Tal vez expresar cariño de otra manera les fuera innecesario ya, puesto que tenían tanta historia juntos, tanto pasado en común dentro del cual quizá fuera expresado hasta el hartazgo, y todo ese posible pasado de ternura se hallaba ahora estilizado bajo la forma de acciones certeras, símbolos útiles que no requerían mayor eluci-

dación. Quedaba sólo el respeto como contacto entre los cuatro hermanos silenciosos y aislados que recorrían los pasillos de aquella honda casa que, a semejanza de un libro, sólo mostraba la angosta franja de su lomo a la calle.

Yo, naturalmente, no tenía historia en común con tía Matilde. ¿Cómo podía tenerla si no era más que un niño que comprendía sólo a medias los adustos motivos de los mayores? Deseaba ardientemente que ese cariño confinado se rebasara, expresándose de otro modo, con un arrebato, por ejemplo, o con una tontería. Pero ella no podía adivinar este deseo mío porque su atención no estaba enfocada sobre mí, yo era una persona periférica a su vida, tangente a lo sumo, nunca central. Y no era central porque su centro entero estaba colmado por mi padre y por mis tíos Gustavo y Armando. Tía Matilde nació única mujer —mujer fea, además— en una familia de varones apuestos, y al darse cuenta de que su matrimonio era poco probable, se consagró a velar por la comodidad de esos hombres, a llevarles la casa, a cuidarles la ropa, a encargar para ellos sus platos favoritos. Desempeñaba estas funciones sin el menor servilismo, orgullosa de su papel porque no dudaba de la excelencia y dignidad de sus hermanos. Además, como todas las mujeres, poseía en grado sumo esa fe tan oscura en que el bienestar físico es, si no lo principal, ciertamente lo primero, y que no tener hambre ni frío ni incomodidad es la base para cualquier bien de otro orden. No es que sufriera con las fallas en este sentido, sino que, más bien, la impacientaban, y al ver miseria o debilidad en torno suyo tomaba medidas inmediatas para remediar lo que, sin duda, eran errores en un mundo que debía, que tenía que ser perfecto. En otro plano era intolerancia por camisas que no estuvieran planchadas estupendamente, por carne que no fuera de primerísima calidad, por la humedad que debido a un descuido se introducía en la caja de los habanos. Aquí residía el vigor indiscutido de tía Matilde, alimentando por medio de él las raíces de la grandeza de sus hermanos, y aceptando que ellos la protegieran porque eran hombres, más sabios y más fuertes que ella.

Después de la comida, siguiendo lo que sin duda era una liturgia antiquísima en la familia, tía Matilde subía al piso de los dormitorios y en el cuarto de cada uno de sus hermanos alistaba las

camas, apartando los cobertores con sus manos huesudas. Ponía un chal a los pies de la cama de tal, que era friolento; colocaba un almohadón de plumas a la cabecera de cuál, que leía antes de dormirse. Luego, dejando los veladores encendidos junto a los vastos lechos, bajaba a la sala de billar a reunirse con los hombres, para tomar café y jugar unas cuantas carambolas antes que, como conjurados por ella, se retiraran a llenar las efigies vacías de los pijamas dispuestos sobre las blancas sábanas entreabiertas.

Pero tía Matilde jamás abría mi cama. Al subir a mi cuarto yo llevaba el corazón detenido con la esperanza de encontrar mi cama abierta con la reconocible pericia de sus manos, pero siempre tuve que conformarme con el estilo tanto menos puro de la sirvienta encargada de hacerlo. Nunca me concedió esa marca de importancia, porque yo no era su hermano. Y no ser «uno de mis hermanos» le parecía una desdicha de la que eran víctimas muchas personas, casi todas en realidad, incluso yo, que al fin y al cabo no era más que hijo de uno de ellos.

A veces tía Matilde me mandaba a llamar a su cuarto, y cosiendo junto a la alta ventana se dirigía a mí sin jamás preguntarme nada, dando por hecho que todos mis sentimientos, gustos y reflexiones eran producto de lo que ella decía, segura de que nada podía entorpecerme para recibir íntegras sus palabras. Yo la escuchaba atento. Me ponderaba el privilegio que era haber nacido de uno de sus hermanos, pudiendo así vivir en contacto con todos ellos. Me hablaba de la probidad absoluta de sus sagaces actuaciones como abogados en los más intrincados pleitos marítimos, comunicándome su entusiasmo por su prosperidad y distinción, que sin duda yo prolongaría. Me explicaba el embargo de un cargamento de bronce, cierta avería por colisión con un insignificante remolcador, los efectos desastrosos de la sobreestadía de un barco de bandera exótica. Esto, para ella, era la vida, esto y los problemas de la casa. Pero al hablarme de los barcos, sus palabras no enunciaban la magia de esos roncos pitazos navegantes que yo solía oír a lo lejos en las noches de verano cuando, desvelado por el calor, subía hasta el desván, y asomándome por una lucarna contemplaba las lejanas luces que flotaban, y esos bloques de tinieblas de la ciudad yacente a la que carecía de acceso porque mi vida era, y siempre iba a ser,

perfectamente ordenada. Tía Matilde no me insinuaba esa magia porque la desconocía, no tenía lugar en su vida, como no podía tener lugar en la vida de gente que estaba destinada a morir dignamente para después instalarse con toda comodidad en el cielo, un cielo idéntico a nuestra casa. Mudo, yo la escuchaba hablar, con la vista prendida a la hebra de hilo claro que al ser alzada contra su blusa negra parecía captar toda la luz de la ventana. Yo poseía una melancólica sensación de imposibilidad frente a esos pitazos navegantes en la noche, y a esa ciudad oscura y estrellada tan semejante al cielo al que ella no concedía misterio alguno. Pero me regocijaba ante el mundo de seguridad que sus palabras trazaban para mí, ese magnífico camino recto que desembocaba en una muerte no temida, igual a esta vida, sin nada fortuito ni inesperado. Porque la muerte no era terrible. Era el corte final, limpio y definitivo, nada más. El infierno existía, claro, pero no para nosotros sino que para castigar a los demás habitantes de la ciudad, o a los anónimos marineros que ocasionaban las averías que, al terminar los pleitos, llenaban las arcas familiares.

Tía Matilde era tan ajena a la idea de amenaza de lo inesperado, a toda idea de temor, que, porque creo que el temor y el amor van tan unidos, me acomete la tentación de pensar que en aquella época no quería a nadie Pero tal vez me equivoque. A su manera, aislada y rígida, es posible que a sus hermanos la ligara una suerte de amor. En la noche, después de la cena, se reunían en la sala de billar para tomar café y jugar unos partidos. Yo los acompañaba. Allí, frente a ese círculo de amores confinados que no me incluía en su ruedo, sufría percibiendo que los hilos de sus afectos ya ni siquiera intentaban atarse Es curioso que mi imaginación, al recordar la casa, no me permita más que grises, sombras, matices; pero evocando esa hora, sobre el verde estridente del tapete, el rojo y blanco de las bochas y el cubito de tiza azul vuelven a inflamarse en mi memoria, iluminados por la lámpara baja cuya pantalla desterraba todo el resto de la habitación a la penumbra. Siguiendo una de las tantas formas rituales de la familia, la voz lisa de tía Matilde iba rescatando por turnos a cada uno de sus hermanos de la oscuridad, para que hicieran sus jugadas:

—Ahora tú, Gustavo...

Y al inclinarse sobre el verde de la mesa, taco en mano, se iluminaba el rostro de tío Gustavo, frágil como un papel, cuya nobleza era extrañamente contradicha por sus ojos demasiado pequeños y juntos. Terminando de jugar regresaba a la sombra, donde aspiraba un habano cuyo humo se desprendía flojo hasta disolverse en la oscuridad del techo. Su hermana decía entonces:

—Bueno, Armando...

Y el rostro fofo y tímido de tío Armando, con sus grandes ojos celestes opacados por las gafas de marco de oro, bajaba a la luz. Su jugada era generalmente mala, porque era «el niño», como a veces lo llamaba tía Matilde. Después de los comentarios suscitados por su juego, se refugiaba detrás del diario y tía Matilde decía:

—Pedro, tu turno...

Yo retenía la respiración al verlo inclinarse para jugar, la retenía viéndolo sucumbir ante el mandato de su hermana, y con el corazón hecho un nudo rogaba que se rebelara contra los órdenes preestablecidos. Naturalmente, yo no podía darme cuenta de que ese orden rígido era en sí una forma de rebelión inventada por ellos contra lo caótico, para que no los tocara la mano terrible de lo que no se puede explicar ni solucionar. Mi padre, entonces, se inclinaba sobre el paño verde, midiendo con su mirada suave las distancias y posiciones de las bolas. Hacía su jugada y al hacerla resoplaba de manera que sus bigotes y su patilla se agitaban un poco alrededor de la boca entreabierta. Luego me entregaba su taco para que lo tizara con el cubo de tiza azul. Así, con este mínimo papel que me asignaba, me hacía tocar, por lo menos en la periferia, el círculo que lo unía a sus hermanos, sin hacerme participar más que tangencialmente en él.

Después jugaba tía Matilde. Era la mejor jugadora. Al ver que su rostro tosco, construido como con los defectos de los rostros de sus hermanos, descendía desde la sombra, yo sabía que iba a ganar, que tenía que ganar. Y, sin embargo..., ¿no he visto un destello de alegría en sus ojos diminutos en medio de ese rostro irregular como un puño brutalmente apretado, cuando por casualidad alguno de ellos lograba vencerla? Esa gota de alegría era porque, aunque lo deseara, nunca se hubiera permitido dejarlos ganar. Eso sería in-

troducir el misterioso elemento del amor en un juego que no debía incluirlo, porque el cariño debe permanecer en su sitio, sin rebasarse para deformar la realidad exacta de una carambola.

3

JAMÁS me gustaron los perros. Tal vez alguno me haya asustado siendo yo muy niño, no lo recuerdo, pero siempre me han desagradado. En todo caso, por aquella época mi desagrado por esos animales era inútil, ya que en casa no había perros, y como yo salía poco, se presentaban escasas ocasiones para que me incomodaran. Para mis tíos y mis padres, los perros, como todo el reino animal, no existían. Las vacas, claro, suministraban la crema que enriquecía el postre dominguero servido sobre una bandeja de plata; eran los pájaros los que al crepúsculo piaban agradablemente en la copa del olmo, único habitante del pequeño jardín al que la casa daba la espalda. Pero el reino animal existía sólo en la medida en que contribuyera al regalo de sus personas. Para qué decir, entonces, que los perros, haraganes como son los perros de la ciudad, ni siquiera les rozaban la imaginación con una posibilidad de existencia.

Es cierto que a veces, regresando de misa los domingos, algún perro solía cruzarse en nuestro camino, pero era fácil no concederle existencia. Tía Matilde, que siempre iba adelante conmigo, sencillamente no elegía verlo, y unos pasos más atrás, mi padre y mis tíos iban preocupados con problemas demasiado importantes para fijarse en algo tan banal como un perro callejero.

A veces tía Matilde y yo íbamos a misa temprano para comulgar. Rara vez lograba concentrarme al recibir el sacramento, porque generalmente la idea de que ella me vigilaba sin mirar ocupaba el primer plano de mi conciencia. Aunque sus ojos estuvieran dirigidos al altar o su frente humillada ante el Santísimo, cualquier movimiento mío llamaba su atención, tanto que, al salir de la iglesia, me decía con disimulado reproche que sin duda fue una pulga atrapada en los bancos lo que me impidió concentrarme en meditar que la muerte es el buen fin previsto, y en rogar que no fuera dolorosa, que para eso servían misas, rezos y comuniones.

Fue una de esas mañanas.

Una llovizna minuciosa amenazaba transformarse en temporal, y los adoquines de quebracho extendían sus nítidos abanicos brillosos de acera a acera, tarjados por los rieles del tranvía. Como tenía frío y deseaba estar pronto de vuelta en casa, apresuré el paso bajo el hongo enlutado del paraguas sostenido por tía Matilde. Pasaban pocas personas porque era temprano. Un señor muy moreno nos saludó sin levantar el sombrero, a causa de la lluvia. Mi tía, entonces, acaparó mi atención, reiterándome su desprecio por la gente de raza mixta, pero de pronto, cerca de donde caminábamos, un tranvía que no oí venir frenó brutalmente haciéndola suspender su monólogo. El conductor se asomó por la ventanilla:

—¡Perro imbécil! —vociferó.

Nos detuvimos para mirar.

Una pequeña perra blanca escapó casi de entre las ruedas del tranvía, y rengueando penosamente, con la cola entre las piernas, fue a refugiarse en el umbral de una puerta. El tranvía volvió a partir.

—Estos perros, es el colmo que los dejen andar así... —protestó tía Matilde.

Al seguir nuestro camino pasamos junto a la perra acurrucada en el rincón del umbral. Era pequeña y blanca, con las patas demasiado cortas para su porte y un feo hocico puntiagudo que pregonaba toda una genealogía de mesalianzas callejeras, resumen de razas impares que durante generaciones habían recorrido la ciudad buscando alimento en los tarros de basura y entre los desperdicios del puerto. Estaba empapada, débil, tiritando de frío o de fiebre. Al pasar frente a ella percibí una cosa extraña: mi tía miró a la perra y los ojos de la perra se cruzaron con su mirada. No vi la expresión de los ojos de mi tía. Sólo vi que la perra la miró, haciendo suya esa mirada, contuviera lo que contuviere, sólo porque se fijaba en ella.

Seguimos hacia casa. Unos pasos más allá, cuando yo estaba a punto de olvidar a la perra, mi tía me sorprendió al darse vuelta bruscamente y exclamar:

—¡Pssst! ¡Andate!

Se había vuelto con una certeza tan absoluta de encontrarla siguiéndonos, que vibré con la pregunta muda que surgió de mi sorpresa: «¿Cómo lo supo?» No podía haberla oído puesto que la dis-

tancia a que nos seguía era apreciable. Pero no lo dudó. ¿Tal vez esa mirada que se cruzó entre ellas, de la que yo sólo pude ver lo mecánico —la cabeza de la perra alzada apenas hacia tía Matilde, la cabeza de tía Matilde entornada apenas hacia ella—, contuvo algún compromiso secreto, alguna promesa de lealtad que yo no percibí? No lo sé. En todo caso, al darse vuelta para echar a la perra, su «pssst» corto y definitivo era la voz de algo como un deseo impotente de alejar un destino que ya se ha tenido que aceptar. Es probable que diga todo esto a la luz de hechos posteriores, que mi imaginación adorne de significado lo que no fue más que trivial. Sin embargo, puedo asegurar que en ese momento sentí extrañeza, temor casi, ante la repentina pérdida de dignidad de mi tía al condescender a volverse, otorgándole rango a una perra enferma y sucia que nos seguía por razones que no podían tener importancia.

Llegamos a casa. Subimos las gradas y el animal se quedó abajo, mirándonos desde la lluvia torrencial recién desencadenada. Entramos, y el delectable proceso del desayuno posterior a la comunión logró borrar de mi mente a la perra blanca. Jamás sentí tan protectora nuestra casa como aquella mañana, nunca fue tan grande mi regocijo por la seguridad con que esas viejas paredes deslindaban mi mundo.

¿Qué hice el resto de esa mañana? No lo recuerdo, pero supongo que haría lo de siempre: leer revistas, hacer tareas, vagar por la escalera, bajar hasta la cocina para preguntar qué había de almuerzo ese domingo.

En uno de mis vagabundeos por las estancias vacías —mis tíos se levantaban tarde los domingos de lluvia, excusándose de ir a la iglesia—, alcé la cortina de una ventana para ver si la lluvia prometía amainar. El temporal seguía. Y parada al pie de las gradas, tiritando aún y escudriñando la casa, volví a ver a la perra blanca. Dejé caer la cortina para no verla allí, empapada y como presa de una fascinación. De pronto, detrás de mí, del ámbito oscuro de la sala, surgió la voz queda de tía Matilde, que, inclinada para atracar un fósforo a la leña ya dispuesta en la chimenea, me preguntaba:

—¿Está ahí todavía?

—¿Quién?

Yo sabía quién.

—La perra blanca...

Respondí que allí estaba. Pero mi voz fue insegura al formar las sílabas, como si de alguna manera la pregunta de mi tía derribara los muros que nos cobijaban, permitiendo que la lluvia y el viento inclemente se instalaran dentro de nuestra casa.

4

DEBE DE haber sido el último temporal de ese invierno, porque recuerdo claramente que los días siguientes se abrieron y que las noches comenzaron a entibiarse.

La perra blanca continuó apostada en nuestra puerta, siempre temerosa, escudriñando las ventanas como si buscara a alguien. En la mañana, al partir al colegio, yo trataba de espantarla para que se fuera, pero no bien me trepaba al autobús la veía reaparecer tímidamente por la esquina o desde atrás de un farol. Las sirvientas también trataron de alejarla, pero sus tentativas fueron tan infructuosas como las mías, porque la perra nunca dejaba de regresar, como si permanecer cerca de nuestra casa fuera una tentación que, aunque peligrosa, tenía que obedecer.

Una noche estábamos todos despidiéndonos al pie de la escalera antes de irnos a dormir. Tío Gustavo, que siempre se encargaba de hacerlo, ya había apagado todas las luces, menos la de la escalera, dejando el gran espacio del vestíbulo poblado por las densidades de los muebles. Tía Matilde, que recomendaba a tío Armando que abriera la ventana de su cuarto para que entrara un poco de aire, de pronto enmudeció, dejando sus despedidas inconclusas y los movimientos de todos nosotros, que comenzábamos a subir, detenidos.

—¿Qué pasa? —preguntó mi padre bajando un escalón.

—Suban —murmuró tía Matilde, dándose vuelta para mirar la penumbra del vestíbulo.

Pero no subimos.

El silencio de la sala, generalmente tan espacioso, se colmó con la voz secreta de cada objeto —un grano de tierra escurriéndose entre el viejo papel y el muro, maderas crujientes, el trepidar de algún cristal suelto— y esos escasos segundos se inundaron de reso-

nancias. Alguien, además de nosotros, estaba donde estábamos nosotros. Una pequeña forma blanca venció la penumbra junto a la puerta de servicio. Era la perra, que atravesó el vestíbulo rengueando lentamente en dirección a tía Matilde, y sin mirarla siquiera se echó a sus pies.

Fue como si la inmovilidad de la perra hubiera vuelto a hacer posible el movimiento de los que contemplábamos la escena. Mi padre bajó dos escalones, tío Gustavo encendió la luz, tío Armando subió pesadamente y se encerró en su dormitorio.

—¿Qué es esto? —preguntó mi padre.

Tía Matilde permanecía inmóvil.

—¿Cómo entraría? —se preguntó de pronto.

Sus palabras parecían apreciar la proeza que significaba haber saltado tapias en ese estado lamentable, o haberse introducido en el sótano por un vidrio roto, o haber burlado la vigilancia de las sirvientas para deslizarse por una puerta casualmente abierta.

—Matilde, llama para que se la lleven —dijo mi padre, y subió seguido por tío Gustavo.

Quedamos ella y yo mirando la perra.

—Está inmunda —dijo en voz baja—. Y tiene fiebre. Mira, está herida...

Llamó a una sirvienta para que se la llevara, ordenándole que le diera de comer y que al otro día llamara a un veterinario.

—¿Se va a quedar en la casa? —pregunté.

—¿Cómo va a andar así por la calle? —murmuró tía Matilde—. Tiene que sanar para poder echarla. Y tiene que sanar pronto, porque no quiero tener animales en la casa.

Luego agregó:

—Sube a acostarte.

Ella siguió a la sirvienta que se llevaba a la perra.

Reconocí esa antigua urgencia de tía Matilde porque todo anduviera bien en torno suyo, ese vigor y pericia que la hacían reina indudable de las cosas inmediatas, encontrándose tan segura dentro de sus limitaciones, que para ella lo único necesario era solucionar desperfectos, errores no de intención o motivo, sino de estado. La perra blanca, por lo tanto, iba a sanar. Ella misma, porque el animal había entrado en el radio de su poder, se encargaría de ello. El ve-

terinario le vendaría la pata herida bajo su propia vigilancia, y protegida por guantes de goma y por un paño, ella misma se encargaría de lavarle las pústulas con desinfectantes que la harían gemir. Pero tía Matilde permanecería sorda a esos gemidos, segura, tremendamente segura, de que cuanto hacía era para bien.

Así fue.

La perra se quedó en la casa. No es que yo la viera, pero conocía el equilibrio de personas que la habitaban, de manera que la presencia de cualquier extraño, aunque permaneciera en los confines del sótano, podía establecer un desnivel en lo acostumbrado. Algo, algo me acusaba su existencia bajo el mismo techo que yo: Quizás ese algo no fuera tan imponderable. A veces veía a tía Matilde con los guantes de goma en la mano, llevando un frasco lleno de líquido rojo. Encontré un plato con piltrafas en un pasillo del sótano, donde fui a contemplar la bicicleta que acababan de regalarme. Débilmente, amortiguado por pisos y muros, a veces llegaba hasta mis oídos la sospecha de un ladrido.

Una tarde bajé a la cocina, y la perra blanca entró, manchada como un payaso con el desinfectante rojo. Las sirvientas la echaron sin miramientos. Pero vi que no rengueaba ya, que su cola, antes lacia, se enroscaba como una pluma dejando a la vista su trasero desvergonzado.

Esa tarde le pregunté a tía Matilde:

—¿Cuándo la va a echar?

—¿A quién? —preguntó ella.

Lo sabía perfectamente.

—A la perra blanca.

—Todavía no está bien —respondió.

Más tarde pensé insistir, diciéndole que aunque la perra no estuviera sana del todo, seguramente ya nada le impediría encaramarse en los tarros para husmear la basura en busca de comida. No lo hice porque creo que fue esa misma noche cuando tía Matilde, después de perder la primera partida de billar, decidió que no tenía ganas de jugar otra. Sus hermanos siguieron jugando, y ella, sumida en el enorme sofá de cuero, les iba indicando sus turnos. De pronto se equivocó en el orden de los nombres. Hubo un momento de desconcierto, pero el hilo del orden fue retomado prontamente

por esos hombres que rechazaban la casualidad si no les era favorable. Pero yo ya había visto.

Era como si tía Matilde no estuviera allí. Respiraba a mi lado como siempre. La honda alfombra silenciadora cedía como de costumbre bajo sus pies. Sus manos cruzadas tranquilamente —tal vez aún más tranquilamente que otras noches— pesaban sobre su falda. ¿Cómo es posible que se sienta con tanta certeza la ausencia de un ser cuando su corazón está en otra parte? Sólo su corazón estaba ausente, pero la voz con que iba llamando a sus hermanos arrastraba significaciones desusadas porque nacía en otro lugar.

Las noches siguientes fueron iguales, enturbiadas por ese borrón casi invisible de su ausencia. Dejó por completo de tomar parte en el juego y de llamarlos por sus nombres. Ellos parecieron no notarlo. Pero quizás lo notaran, porque los partidos se hicieron más cortos, y noté que la deferencia con que la trataban aumentó infinitesimalmente.

Una noche, cuando salíamos del comedor, la perra hizo su aparición en el vestíbulo y se unió al grupo familiar. Ellos, como de costumbre, aguardaron en la puerta de la biblioteca para que su hermana los precediera hasta la sala de billar, esta vez seguida airosamente por la perra blanca. No hicieron comentario alguno, como si no la hubieran visto, iniciando su partido como todas las noches.

La perra se sentó a los pies de tía Matilde, muy quieta, sus ojos vivísimos recorriendo la sala y siguiendo las maniobras de los jugadores, como si todo aquello la entretuviera muchísimo. Ahora estaba gorda y tenía la pelambre brillosa, todo su cuerpo, desde el palpitante hociquillo hasta la cola lista para agitarse, repleto de una vital capacidad de diversión. ¿Cuánto tiempo había permanecido en casa? ¿Un mes? Tal vez más. Pero en ese mes tía Matilde la había obligado a sanar, cuidándola sin despliegues de ternura, pero con la gran sabiduría de sus manos huesudas empeñada en componer lo descompuesto. Le había curado las llagas, implacable ante su dolor y sus gemidos. Su pata estaba sana. La había desinfectado, alimentado, bañado, y ahora la perra blanca era un ser entero.

Todo esto, sin embargo, no parecía unirla a la perra. Quizás la aceptara como esa noche mis tíos también aceptaron su presencia:

rechazarla hubiera sido darle una importancia que para ellos no podía tener. Yo veía a tía Matilde tranquila, recogida, colmada de un elemento nuevo que no llegaba a desbordarse para tocar su objeto, y ahora éramos seis los seres separados por algo más vasto que trechos de alfombra y de aire.

En una de sus jugadas, tío Armando, que era torpe, tiró al suelo el cubito de tiza azul. Inmediatamente, obedeciendo a un resorte que la unía a su picaresco pasado callejero, la perra corrió hasta la tiza y, arrebatándosela a tío Armando, que se había inclinado para recogerla, la tomó en el hocico. Entonces sucedió algo sorprendente. Tía Matilde, como si de pronto se deshiciera, estalló en una carcajada incontenible que la agitó entera durante unos segundos. Quedamos helados. Al oírla, la perra abandonó la tiza, corrió hacia ella con la cola agitada en alto, y saltó sobre su falda. La risa de tía Matilde se aplacó, pero tío Armando, vejado, abandonó la sala para no presenciar ese desmoronamiento del orden mediante la intrusión de lo absurdo. Tío Gustavo y mi padre prosiguieron el juego, ahora era más importante que nunca no ver, no ver nada, no comentar, no darse por aludido de los acontecimientos, y así quizás detener algo que avanzaba.

Yo no encontré divertida la carcajada de tía Matilde. Era demasiado evidente que algo oscuro la había suscitado. La perra se aquietó sobre su falda. Los chasquidos de las bolas al golpearse, precisos y espaciados, parecieron conducir la mano de tía Matilde primero desde su lugar en el sofá hasta su falda, y luego hasta el lomo de la perra adormecida. Al ver esa mano inexpresiva reposando allí, observé también que la tensión que jamás antes había percibido como tal en las facciones de mi tía —nunca sospeché que pudiera ser otra cosa que dignidad— se había disuelto, y que una gran paz suavizaba su rostro. No pude resistirlo. Obedeciendo a algo más poderoso que mi voluntad me acerqué a ella sobre el sofá. Esperé que me llamara con una mirada o que me incluyera mediante una sonrisa, pero no lo hizo porque la nueva relación entablada era demasiado exclusiva, y en ella no había lugar para mí. Eran sólo dos los seres unidos. Aunque no lo deseaba, yo quedaba afuera. Y los demás, los hermanos, permanecían aislados porque desoyeron la peligrosa invitación que tía Matilde se atrevió a escuchar.

5

CUANDO yo llegaba del colegio por la tarde, iba directamente a la planta baja, y montando mi bicicleta nueva daba vuelta tras vuelta por el estrecho jardín del fondo de la casa, centrado en torno al olmo y al par de escaños de fierro. Detrás de la tapia, los nogales de la otra casa comenzaban a mostrar un leve esbozo primaveral, pero yo no hacía caso de las estaciones y sus dádivas porque tenía cosas demasiado graves en que pensar. Y como sabía que nadie bajaba al jardín hasta que el ahogo de pleno verano lo hiciera perentorio, era el mejor sitio para meditar sobre lo que en casa sucedía.

Superficialmente se hubiera dicho que nada sucedía. ¿Pero cómo permanecer tranquilo frente a la curiosa relación anudada entre mi tía y la perra blanca? Era como si tía Matilde, después de servir esmeradamente y conformarse con su vida impar, por fin hubiera hallado a su igual, a alguien que hablaba su lenguaje más inconfesado, y como entre damas, llevaban una vida íntima llena de amabilidades y refinamientos gratos. Comían bombones que venían en cajas atadas con frívolos cintajos. Mi tía disponía naranjas, piñas, uvas en las empinadas fruteras de cristal, y la perra la observaba como si criticara su buen gusto o fuera a darle su opinión. Era como si hubiera descubierto una región más benigna de la vida en este compartir de agrados, tanto que ahora todo había perdido importancia para ella frente a este nuevo mundo afectuoso.

Era frecuente que pasando junto a la puerta de su habitación yo escuchara una carcajada similar a la que había echado por tierra el viejo orden de su vida aquella noche, o que la oyera dialogar —no monologaba como conmigo— con una interlocutora cuya voz yo no oía. Era la vida nueva. La perra, la culpable, dormía en una cesta en su cuarto, una cesta primorosa, femenina, absurda a mi parecer, y la seguía a todas partes, menos al comedor. La entrada allí le estaba vedada, pero esperando la salida de su amiga, la seguía hasta la biblioteca o el billar, según donde nos instaláramos, y se sentaba a su lado o en su falda, cruzando, de tanto en tanto, cómplices miradas de entendimiento. Yo sentía que la perra era la más fuerte de las dos, la que mostraba y enseñaba cosas desconocidas a tía Matilde, que se había entregado por completo a su experiencia.

¿Cómo era posible?, me preguntaba yo. ¿Por qué tuvo que esperar hasta ahora para lograr rebasarse por fin y entablar un diálogo por primera vez en su vida? A veces la veía insegura respecto a la perra, como temerosa de que así como un buen día llegó, también partiera, dejándola sola, con todo este nuevo caudal pesándole en las manos. ¿O temía aún por su salud? Era demasiado extraño. Estas ideas flotaban como borrones suspendidos en mi imaginación, mientras oía crujir la gravilla del sendero bajo las ruedas de mi bicicleta. Lo que no era borroso, en cambio, era mi vehemente deseo de enfermar de gravedad, para ver si así lograba yo también cosechar una relación parecida. Porque la enfermedad de la perra había sido la causa de todo. Sin eso mi tía jamás se hubiera ligado con ella. Pero yo tenía una salud de fierro, y además era claro que el corazón de tía Matilde no daba cabida más que para un solo amor a la vez, sobre todo si era tan inmenso.

Mi padre y mis tíos no parecieron notar cambio alguno. La perra era silenciosa, y abandonando sus modales de callejera, pareció adquirir las maneras un tanto dignas de tía Matilde, conservando, sin embargo, todo su empaque de hembra a la cual las durezas de la vida no han podido ensombrecer ni su buen humor ni su inclinación por la aventura. Para ellos resultaba más fácil aceptarla que rechazarla, ya que lo último hubiera comprometido por lo menos sus comentarios, y tal vez hasta una revisión incómoda de sus cánones de seguridad.

Una noche, cuando el jarro de limonada ya había hecho su aparición sobre la consola de la biblioteca, refrescando ese rincón de la penumbra, y las ventanas quedaban abiertas al aire, mi padre se detuvo bruscamente al entrar en la sala de billar.

—¿Qué es esto? —exclamó mirando el suelo.

Consternados, los tres hombres se pararon a mirar una pequeña charca redonda en el piso encerado.

—¡Matilde! —llamó tío Gustavo.

Ella se acercó a mirar y enrojeció de vergüenza. La perra se había refugiado bajo la mesa del billar en la habitación contigua. Al dirigirse a la mesa, mi padre la vio allí, y cambiando bruscamente de rumbo salió de la sala seguido por sus hermanos, dirigiéndose a los dormitorios, donde cada uno se encerró mudo y solo.

Tía Matilde no dijo nada. Subió a su cuarto seguida de la perra. Yo permanecí en la biblioteca con un vaso de limonada en la mano, mirando el cielo del verano, y escuchando, escuchando ansiosamente algún pitazo lejano de un barco, y el rumor de la ciudad desconocida, terrible y también deseada, que se extendía bajo las estrellas.

Pronto oí bajar a tía Matilde, que apareció con el sombrero puesto y con las llaves tintineando en la mano.

—Anda a acostarte —dijo—. Voy a llevarla a pasear a la calle para que haga sus necesidades.

Luego agregó algo que me hizo temblar:

—Está tan linda la noche...

Y salió.

De esa noche en adelante, en vez de subir después de comida para abrir las camas de sus hermanos, iba a su pieza, se encasquetaba el sombrero y volvía a bajar, haciendo tintinear las llaves. Salía con la perra, sin decirle nada a nadie. Y mis tíos y mi padre y yo nos quedábamos en el billar, y más avanzada la estación, sentados en los escaños del jardín, con todo el rumor del olmo y la claridad del cielo pesando sobre nosotros. Jamás se habló de estos paseos nocturnos de tía Matilde, jamás mostraron de manera alguna que se daban cuenta de que algo importante había cambiado en la casa al introducirse allí un elemento que contradecía todo orden.

Al principio tía Matilde permanecía afuera a lo sumo veinte minutos o media hora, regresando pronto para tomar cualquier cosa con nosotros y cambiar algunos comentarios triviales. Más tarde, sus salidas se fueron prolongando inexplicablemente. Ya no era una dama que sacaba a pasear a su perra por razones de higiene; allá afuera, en las calles, en la ciudad, había algo poderoso que la arrastraba. Esperándola, mi padre miraba furtivo su reloj de bolsillo, y si el atraso era muy grande, tío Gustavo subía a la sala del segundo piso, como si hubiera olvidado algo allí, para mirar por el balcón. Pero permanecían mudos. Una vez que el paseo de tía Matilde se prolongó demasiado, mi padre caminó una y otra vez por el sendero que serpenteaba entre los macizos de hortensias, abiertas como ojos azules vigilando la noche. Tío Gustavo tiró un habano que no logró encender a su gusto, y luego otro, aplastándolo con el taco de su zapato. Tío Armando volcó una taza de café. Yo los miraba esperan-

do que por fin estallaran, que dijeran algo, que llenaran con angustia expresada esos minutos que se prolongaban y se prolongaban unos detrás de otros sin la presencia de tía Matilde. Eran las doce y media cuando llegó.

—¿Para qué me esperaron en pie? —preguntó sonriente.

Traía el sombrero en la mano, y su cabello, de ordinario tan cuidado, estaba revuelto. Observé que un ribete de barro manchaba sus zapatos perfectos.

—¿Qué te pasó? —preguntó tío Armando.

—Nada —fue su respuesta, y con ella clausuró para siempre todo posible derecho de sus hermanos para inmiscuirse en esas horas desconocidas, alegres o trágicas o anodinas, que ahora eran su vida.

Digo que eran su vida porque durante esos instantes que permaneció con nosotros antes de subir a su cuarto, con la perra también embarrada junto a ella, percibí una animación en sus ojos, una alegre inquietud parecida a la de los ojos del animal, como recién bañados en escenas nunca antes vistas, a las que nosotros carecíamos de acceso. Esas dos eran compañeras. La noche las protegía. Pertenecían a los rumores, a los pitazos de los barcos que atravesando muelles, calles oscuras o iluminadas, casas, fábricas y parques, llegaban a mis oídos.

Sus paseos con la perra continuaron durante algún tiempo. Ahora nos despedíamos inmediatamente después de la comida, y cada uno se iba a encerrar en su cuarto, mi padre, tío Gustavo, tío Armando y yo. Pero ninguno se dormía hasta oírla llegar, tarde, a veces terriblemente tarde, cuando la luz del alba ya clareaba la copa de nuestro olmo. Sólo después de oírla cerrar la puerta de su dormitorio cesaban los pasos con que mi padre medía su habitación, o se cerraba por fin la ventana del cuarto de uno de sus hermanos para excluir ese fragmento de noche que ya no era peligrosa.

Una vez la oí subir muy tarde, y como me pareció oírla cantar una melodía suavemente y con gran dulzura, entreabrí mi puerta y me asomé. Al verla pasar frente a mi cuarto, con la perra blanca envuelta en sus brazos, su rostro me pareció sorprendentemente joven y perfecto, aunque estuviera algo sucio, y vi que había un jirón en su falda. Esa mujer era capaz de todo; tenía la vida entera por delante. Me acosté aterrorizado pensando que era el fin.

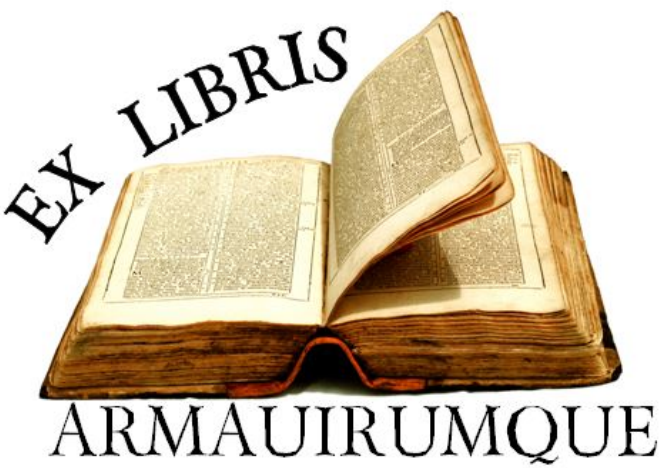
Y no me equivoqué. Porque una noche, muy poco tiempo después, tía Matilde salió a pasear con la perra después de comida y no volvió más.

Esperamos en pie toda la noche, cada uno en su cuarto, y no regresó. Al día siguiente nadie dijo nada. Pero continuaron las esperas mudas, y todos rondábamos en silencio, sin parecer hacerlo, las ventanas de la casa, aguardándola. Desde ese primer día el temor hizo derrumbarse la dignidad armoniosa de los rostros de los tres hermanos, y envejecieron mucho en poco tiempo.

—Su tía se fue de viaje —me respondió la cocinera cuando por fin me atreví a preguntarle.

Pero yo sabía que no era verdad.

La vida en casa continuó tal como si tía Matilde viviera aún con nosotros. Es cierto que ellos solían reunirse en la biblioteca, y quizás encerrados allí hablaran, logrando sobrepasar el muro de temor que los aislaba, dando rienda suelta a sus temores y a sus dudas. Pero no estoy seguro. Varias veces vino un visitante que claramente no era de nuestro mundo, y se encerraron con él. Pero no creo que les haya traído noticias de las posibles pesquisas, quizás no fuera más que el jefe de un sindicato de estibadores que venía a reclamar indemnización por algún accidente. La puerta de la biblioteca era demasiado maciza, demasiado pesada, y jamás supe si tía Matilde, arrastrada por la perra blanca, se perdió en la ciudad, o en la muerte, o en una región más misteriosa que ambas.



SOLITARIO

NIGEL BALCHIN/GRAN BRETAÑA

Mi menú había consistido en arenques, queso y una taza de café. La cuenta ascendía a cuatro libras, tres chelines y seis peniques.

—Me contaste una vez que el último propietario de este lugar fue ejecutado —dije en tono amargo—. ¿Seguro que no fue por robo a mano armada?

Tío Charles negó con la cabeza.

—No, fue un asesinato normal. Las circunstancias no carecían de interés. Algún día te lo contaré. —Suspiró—. Si fuera más joven y no conociera tan bien el mundo —añadió con tristeza—, supongo que me ofrecería a pagar la cuenta, o por lo menos a compartirla contigo.

—¿Por qué? —pregunté asombrado.

—El caso es que he ganado algún dinero. Anoche estuve jugando al bridge en casa de los Marshall y gané veinticinco libras.

—Bueno, es muy amable por tu parte...

—Pero tú y yo sabemos —dijo tío Charles con firmeza— que ganar una suma de este calibre puede suponer el colmo de la desgracia. No conozco bien á los Marshall, y antes sólo había jugado un par de veces con ellos, pero no son más que dos malos jugadores que, convenientemente cultivados, podrían haberme proporcionado una renta fija de dos o tres libras semanales durante los próximos diez años. Sin embargo ahora, como han perdido veinticinco libras en una velada, nunca volverán a invitarme. Traté de evitarlo por todos los medios; pero cuando doblé su ridícula

puesta final en un último esfuerzo por salvarles, ellos se limitaron a redoblarla. Hicieron dos bazas y yo me marché. La cosa para ellos puede acabar o no en el divorcio. Lo que sí es seguro es que para mí se han acabado las partidas de bridge con los Marshall.

—¿Crees en los beneficios reducidos y los ingresos fijos?

—Hoy en día ese es el único principio aplicable a cualquier tipo de juego que presuponga cierta habilidad. Cuando la duquesa de Devonshire estaba dispuesta a perder cincuenta mil libras de una vez era otra cosa. Pero en una partida de a cinco chelines los cien tantos debe uno considerar sus ganancias como una modesta pensión en vez de un medio de hacer fortuna.

—En la actualidad nadie puede permitirse el lujo de jugar fuerte.

—Tampoco en otros tiempos. —Tío Charles esbozó una sonrisa para sus adentros y añadió—: Yo intervine en una partida en la que uno de los jugadores acabó extendiendo un cheque por ochocientas libras, suma de la que desde luego no disponía. Pero en cierto modo fue una demostración de mi punto de vista de que ganar puede ser funesto y perder provechoso.

—Me temo que no te entiendo.

Tío Charles paseó la mirada por el restaurante.

—Has pagado la cuenta —dijo—. Si ahora pides dos coñacs más, es posible, aunque no probable, que se olviden de cobrártelos. Entretanto te aclararé mi última aseveración.

—NUNCA me ha entusiasmado la Riviera francesa; para mí es un lugar donde alterna precisamente la gente a la que quiero evitar. No recuerdo ya por qué razón, hace unos veinticinco años pasé una temporada en Niza. El hecho es aún más desconcertante si tenemos en cuenta que me hospedaba en un hotel. Lo cierto es que fue en el bar de un hotel de Niza donde conocí al señor Brander Heavistone. Estábamos sentados en mesas contiguas, y el azar hizo que nos conociéramos al derramar un camarero su bandeja de bebidas sobre ambos. El señor Heavistone no era un hombre con quien fuera difícil trabar conversación, y cuando terminamos de limpiarnos y nos cercioramos de que el vestido de su compañera no estaba manchado, pidió una nueva ronda para los tres. El señor Heavistone

era un norteamericano de mediana edad. Gastaba un par de esas gafas gruesas que agrandan los ojos de quien las lleva. Era un hombre tranquilo, de hablar reposado y modales pausados y corteses. Los ingleses tienen la condenada manía de pensar que todos los norteamericanos de estas características son sureños. Lo cierto es que el señor Heavistone era de Detroit, y creo que había hecho su fortuna, que parecía bastante considerable, en alguna rama de la industria del automóvil.

Saltaba a la vista que su compañera, a la que presentó como la señorita Tracey, era inglesa. En realidad, tanto por su aspecto como por su porte, podía haber posado para un retrato sumamente halagüeño de la muchacha inglesa por antonomasia. Le calculé unos veinticinco años. Tenía el pelo castaño claro, ojos azules preciosos, un cutis finísimo y unos modales muy agradables.

He de reconocer que para tratarse de dos personas conocidas casualmente en un bar de Niza, ambos eran excepcionalmente agradables. Nunca supe cómo se habían conocido, pero era evidente que no se conocían muy bien. Tal vez alguien había derramado sobre ellos una bandeja de bebidas algún tiempo antes. Pasamos juntos una media hora muy agradable y después nos separamos.

El señor Heavistone, lo mismo que yo, se alojaba en aquel hotel, y en los días que siguieron le vi varias veces e intercambiamos unas palabras. La señorita Tracey le acompañaba algunas veces, y tuve ocasión de enterarme de que vivía en una villa de las afueras con su padre, que era militar retirado. Deduje que no nadaban en la abundancia, y que si vivían en el sur de Francia era simplemente a causa de la salud de su padre. Parecía muy preocupada por el hecho de que este estuviera solo y aburrido, y una noche me pidió que fuera a la villa con ella y el señor Heavistone para conocerle. El señor Heavistone, según pude inferir, ya había estado allí un par de veces antes. No tenía nada que hacer, la señorita Tracey era una muchacha muy atractiva, y tanto ella como Heavistone me agradaban, de modo que acepté encantado.

La villa se encontraba unos kilómetros al este de la ciudad, y era tal como me la imaginaba: agradable y cómoda, pero sin pretensiones. El coronel Tracey completaba el cuadro: un hombre alto, bien parecido, de unos sesenta años, pelo muy corto de color

gris acerado y porte tranquilo y digno. Cuando llegamos estaba haciendo solitarios, y su hija me dijo que dedicaba mucho tiempo a tal actividad. No soy experto en solitarios y no pude reconocer cuál era el que hacía; pero Heavistone sí era un entendido, e insistió en que lo terminara. En cualquier caso, el pasatiempo acabó en pocos minutos. Entonces el coronel se unió a nuestro grupo, y nos sentamos y charlamos agradablemente. Era evidente que el coronel y su hija se querían mucho, y no podía uno evitar la sensación de hallarse ante una familia algo patética en la que el padre y la hija vivían preocupados el uno por el otro sin medios para poder ayudarse gran cosa.

El coronel Tracey y Heavistone hablaron durante un buen rato acerca de los solitarios, a los que eran muy aficionados, y en el curso de la conversación me preguntaron si yo los hacía. Cuando contesté que no, pero que era aficionado a otros juegos de cartas, vi que el semblante del coronel se iluminaba. Pareció vacilar un instante, y vi cómo dirigía a su hija una mirada casi culpable. Luego preguntó:

«¿Juega usted al póquer?»

«Sí.»

«¿Y usted, señor Heavistone?»

«Sí, he jugado alguna vez.»

«En ese caso tenemos que organizar una pequeña timba una de estas noches.» Miró retadoramente a su hija. «Actualmente apenas tengo ocasiones de jugar al póquer, y me gusta mucho. Será estupendo, ¿verdad, Leo?»

La señorita Tracey sonrió y, sin demasiado entusiasmo a mi parecer, dijo:

«Claro que sí.»

Pero el coronel continuó insistiendo sobre el tema y fijó la partida para dos días después. Era evidente que la perspectiva le encantaba, y cuando nos marchábamos nos recordó la cita a ambos por separado.

Por entonces el señor Heavistone y yo éramos ya grandes amigos, y por la noche solíamos reunirnos en el bar antes de la cena. El día siguiente a nuestra visita a la villa del coronel estábamos sentados allí cuando llegó la señorita Tracey. Como es natural, nos levantamos para saludarla y le ofrecimos una copa. Ella aceptó y se sentó con nosotros, pero no era difícil darse cuenta de que estaba nerviosa y violenta. Tras algunos minutos de conversación un tanto forzada,

Heavistone comentó que la veríamos la noche siguiente. La señorita Tracey vaciló un momento y después dijo sin rodeos:

«Sí. Yo... yo quería hablarles precisamente sobre eso. En realidad, si he de ser sincera, ese es el motivo de que haya venido aquí esta noche. Esperaba encontrarles aquí y... ¿Les molestaría que les hiciera una pregunta?»

«Claro que no. Diga, diga», repuso Heavistone.

La joven contempló su copa y jugueteó con ella unos instantes.

«Es sobre papá y... y la partida de póquer.»

«No le gusta que juegue, ¿verdad?», le dije yo amablemente.

«¿Cómo lo sabe?», preguntó con brusquedad.

«Vi la cara que puso usted cuando él lo propuso.»

«No es que no me guste que juegue», dijo lentamente. «De hecho me gusta que lo haga, porque le encanta; está muy solo y no tiene muchas distracciones. Sólo que...», levantó la mirada, y los ojos azules reflejaban una profunda preocupación. «Bueno, francamente, me da miedo que pierda más de lo que tiene.»

«¿Suele perder con frecuencia?», preguntó Heavistone.

«Oh, no precisamente. El afirma que es un jugador muy bueno, y me atrevería a decir que tiene razón. Pero alguna vez que ha jugado me ha hablado después de las cantidades que se ventilaban en el tapete, y me pregunto qué habría ocurrido si hubiera perdido él. El pobre no tiene un céntimo aparte de su pensión y... Una vez ganó doscientas libras en una tarde. Estaba encantado, y como es tan bueno, salió inmediatamente a gastárselo en cosas para mí. Fue todo un detalle, desde luego, pero no pude evitar preguntarme qué habría ocurrido si en lugar de ganar hubiese perdido esas doscientas libras. Nunca me hace caso. Unicamente se ríe y dice que un jugador tan bueno como él no puede perder demasiado. Pero hasta los mejores jugadores tienen rachas de mala suerte, ¿no es así?»

«Así es», asentí de todo corazón.

«Desde luego», corroboró el señor Heavistone.

«Por eso lo que quería pedirles», dijo Leonora, «es que, si no les importa, mañana no jueguen muy fuerte. Comprendo que no tengo derecho a pedírselo, y que para ustedes puede ser aburridísimo, pero han sido los dos tan amables que pensé que tal vez no les importaría...» Había lágrimas en sus ojos.

El señor Heavistone le dio una cariñosa palmada en el brazo.

«No se preocupe», le dijo con su voz lenta y reposada. «Tendremos cuidado, ¿verdad, Charles?»

«Por supuesto.»

«Sólo que él intentará hacerles jugar muy fuerte. Siempre hace lo mismo.»

«Yo nunca juego más de lo que tengo, es decir prácticamente nada», expliqué.

«Yo, sinceramente, no puedo decir lo mismo.» El señor Heavistone sonrió. «Pero lo cierto es que nunca me ha gustado jugar cantidades cuya pérdida pudiera afectar a alguno de los jugadores. Si jugamos con cerillas, por mí de acuerdo.»

«¡Oh, no! Si no juegan algo él se sentirá herido. Pero no deben excederse.»

«¿Está bien si pierde diez libras?»

«Sí, pero no mucho más.»

«De acuerdo», dijo el señor Heavistone. «Entonces ya sabemos a qué atenernos.»

Nos dirigió a ambos una sonrisa tímida y un tanto lastimera.

«Por favor, él no debe enterarse de que yo se lo pedí. Se pondría... no sé lo que haría.»

«Está bien, está bien», dijo el señor Heavistone. «Lo entendemos perfectamente, Leo. Vamos, tómese otra copa.»

«No, gracias. Tengo que volver para ocuparme de la cena de papá. Adiós y muchísimas gracias. Hasta mañana.»

Cuando se fue, el señor Heavistone dijo:

«Es una muchacha realmente encantadora.»

«Sí. La verdad es que si al viejo le gusta tirar la casa por la ventana, me alegro de que nos haya avisado; de otro modo podría haber resultado algo violento.»

«Dudo que tal y como yo juego al póquer pudiera haber perjudicado mucho al coronel. Debe de ser bastante buen jugador. Lo que sí sé es que es un maestro haciendo solitarios.»

«¿Es verdad que se puede ser un buen jugador de solitarios? Yo creía que era simplemente cuestión de suerte.»

«Bueno, lo es y no lo es. En cualquier caso, yo diría que el coronel no habría tenido problemas aunque, claro, nunca se sabe. Algo

podía haber ido mal, no me gustaría que la pequeña se disgustase. Como usted ha dicho, podría haber resultado violento.»

«No pensaba tanto en él como en mí.»

El señor Heavistone me miró:

«¿Por qué?»

«Bueno, casi nunca juego mucho dinero a las cartas, y mucho menos con un desconocido, aunque sea una persona como el coronel.»

El señor Heavistone me dirigió una de sus amables sonrisas.

«Yo tampoco», dijo. «Así es que podemos establecer como apuesta máxima un chelín, aunque sólo sea por jugarnos algo.»

—EN REALIDAD la noche siguiente no jugamos con una puesta máxima de un chelín, pero aun así fue un juego muy inocente. Leonora no jugaba, pero había un cuarto individuo del que no recuerdo absolutamente nada, excepto que hablaba inglés con acento italiano. Como ya había previsto su hija, el coronel intentó un par de veces subir los envites a un nivel más interesante, pero dejó de insistir al ver que ni Heavistone ni yo le apoyábamos. Imagino que Leonora le había sermoneado previamente. Me pareció un jugador bueno, pero no excepcional. Era una de esas personas que cuando se marcan un farol hacen gala de una tranquilidad y una inexpresividad ligeramente exageradas, lo que constituye un defecto muy elemental del que los propios interesados rara vez se dan cuenta. No obstante, en aquella velada ganó un par de libras, lo mismo que yo. El señor Heavistone perdió unas tres libras. Era un jugador mediocre, y era evidente que no tenía mucha práctica. No fue una velada muy interesante pero sí agradable, y se veía que el coronel la estaba disfrutando de veras. Camino de regreso a casa, el señor Heavistone me dijo:

«Bueno, espero que con sus ganancias el viejo le compre mañana una caja de dulces a Leo.»

—LA MISMA situación se repitió durante las veladas siguientes. Por lo general el oscuro italiano completaba el cuarteto, y en una ocasión llegamos a ser cinco. El coronel intentaba siempre subir las puestas, pero nosotros nos oponíamos y él dejaba de insistir.

Como era un jugador bastante aceptable solía ganar; pero dudo que nadie ganara o perdiera más de diez libras en las tres o cuatro ocasiones en que estuvimos en su casa. Aunque nunca lo confesara, creo que al señor Heavistone empezaba a aburrirle todo aquello. No le gustaba mucho el póquer y, lo mismo que yo, habría preferido sentarse tranquilamente a charlar con Leonora. Pero al coronel le encantaba el póquer, y cuando en una ocasión propusimos jugar al bridge, manifestó que le parecía una pérdida de tiempo. Todo se desarrollaba de una forma pacífica y agradable, aunque un poco aburrida, y así continuó hasta la noche fatal en que se presentó el señor de Grouchy.

Estábamos jugando los cuatro de costumbre: el coronel, el señor Heavistone, el italiano y yo. Lo único desacostumbrado en aquella ocasión era que el señor Heavistone, cuyo juego había mejorado considerablemente con la práctica, iba ganando, unos treinta chelines quizá. Leonora había abandonado la habitación unos minutos antes. Acabábamos de terminar una mano cuando volvió y dijo:

«Papá, está aquí el señor de Grouchy.»

Dijo esto como si hubiera ocurrido una cosa muy agradable, pero algo en su cara me indicó que no lo era en absoluto. El coronel, sin embargo, parecía sinceramente encantado. Se levantó de un brinco y dijo:

«Bien, bien... precisamente el hombre que necesitábamos.» A continuación nos presentó.

A juzgar por su aspecto y su nombre, el señor de Grouchy debía de ser francés. Era un joven delgado y bastante apuesto, de pelo negro y liso y tez cetrina. Su inglés era perfecto, si acaso con un ligero acento norteamericano.

No puedo decir que el señor de Grouchy me resultase simpático a primera vista. Me di cuenta de que al saludar al coronel se había mostrado mucho menos afable que este; y aunque se expresaba en términos corteses, en su sonrisa y en su comportamiento había algo de insolencia. Mientras el coronel le presentaba a Heavistone, mi mirada se cruzó con la de Leonora, quien hizo un movimiento de cabeza rápido y angustiado. No comprendí de momento lo que trataba de decirme, pero no tardaría en descubrirlo.

De Grouchy estaba diciendo:

«...Pasaba por Niza y pensé dejarme caer por aquí para ver si se me concedía la revancha.»

«No podía usted haber venido en mejor momento», repuso el coronel. Luego se volvió hacia nosotros y añadió: «La última vez que de Grouchy estuvo aquí le dejé limpio. Fueron doscientas libras, ¿verdad?»

«Más o menos», dijo de Grouchy sonriendo. «Pero reconocerá usted, coronel, que las cartas estaban de su parte.»

«Sí, claro. Al menos hasta cierto punto.» El coronel le sonrió a su vez. «Pero las cartas siempre están de parte del buen jugador.»

«Eso es precisamente lo que quiero comprobar», dijo de Grouchy. Se dirigió hacia la mesa y jugueteó con unas cuantas cartas. «Bien, ¿puedo entrar en la partida?»

El italiano se apresuró a decir:

«Ocupe mi puesto, señor. Yo tengo que irme.»

El coronel quiso protestar, pero ya el italiano se estaba despidiendo de Leonora. Era un hombrecillo sumamente discreto, y se limitó a desaparecer de la habitación de un modo firme, elegante y rápido. Tuve la impresión de que ya había sido testigo de una situación semejante y no tenía la menor intención de volver a presenciarla. Mientras Leonora le acompañaba hasta la puerta, el coronel dijo:

«No importa; somos cuatro, buen número para una partida.»

Intercambié una mirada con Heavistone. A los dos se nos había ocurrido lo mismo: si el coronel había ganado a de Grouchy doscientas libras la última vez que jugaron, no podía ofrecerle participar en una partida en la que, con suerte, ganaría treinta chelines. Habíamos prometido a Leonora jugar bajo, y por mi parte no me apetecía lo más mínimo entablar una partida importante con un tipo como de Grouchy, con Heavistone que no era buen jugador y teniendo que preocuparme por el coronel. Por otra parte, difícilmente podíamos negarnos a jugar, sobre todo ahora que el italiano había escurrido el bulto.

«Vamos allá», dijo el coronel con viveza. «Aquí tenemos a de Grouchy deseando regalarnos dinero. Empecemos.» Se dirigió hacia la mesa.

El señor Heavistone intervino con su tranquilidad habitual:

«Miren, señores, no quisiera estropear la fiesta, pero mi compañero y yo no estamos acostumbrados a jugar fuerte.»

«¡Oh, vamos!», dijo el coronel. «No nos perjudicará salirnos de la rutina por una vez.» Sus ojos brillaban de placer y excitación. «Nos hemos portado como buenos chicos durante mucho tiempo. Ahora tenemos la oportunidad de ganar algún dinerillo.»

«Puede que a usted no le perjudique, pero a mí sí. Ya sabe usted que el juego no es mi fuerte.»

«Está usted en plena racha de buena suerte. Vamos, Heavistone, no puede usted dejarme en la estacada.»

Leonora había vuelto y estaba sentada junto a la chimenea, muy erguida y envarada, con el rostro pálido.

Comencé a decir: «Estoy de acuerdo con Heavistone en que...» cuando de Grouchy me interrumpió:

«Pero si no hay ningún problema», dijo con una sonrisa que le hacía a uno sentir el deseo de propinarle un puntapié. «Usted y yo queremos jugar al póquer, coronel. Si estos caballeros no desean enfrentar su habilidad o su suerte con la nuestra, podemos hacer una de dos cosas: establecer un sistema de puntos mediante el cual, cuando echemos cuentas, los tantos entre usted y yo tengan un valor superior a los de ellos, o bien jugar normalmente. Después de todo, si alguien cree que los riesgos son excesivos siempre puede rehusar el envite.»

No había réplica posible a estas palabras, sobre todo teniendo en cuenta el modo en que las había dicho. Miré a Leonora y vi cómo se encogía de hombros en un gesto de impotencia y se hundía en su sillón. Heavistone se había sonrojado ligeramente ante el tono de de Grouchy. Vaciló un momento y luego dijo fríamente:

«Muy bien, coronel, si ese es su deseo... Sólo espero no echar a perder su partida.»

Tomó asiento y yo le imité. La partida no había tenido un principio muy feliz, y tampoco lo fue su desarrollo. De Grouchy no trató de ocultar que iba por el coronel, y de un modo nada amistoso, por cierto. El coronel lo sabía y le gustaba. Heavistone se mantuvo en sus trece y jugó muy bajo, de manera que casi nunca entraba en el juego, lo cual era una lástima, puesto que su racha de buena suerte persistía. Yo adopté una postura más transigente. Durante

algún tiempo tanteé el terreno cuidadosamente y llegué a dos conclusiones: que de Grouchy era un jugador de primera y que al coronel se le daban mucho mejor nuestras partidas amistosas, en las que no había dinero por medio, que jugar fuerte. Debo confesar que aquello no me gustó nada.

La primera media hora de juego fue algo absurda, ya que a Heavistone y a mí, que no seguíamos la partida seriamente, nos salieron muy buenas cartas, mientras que de Grouchy y el coronel, deseosos de tirarse a degüello, apenas ligaban nada. Ni siquiera ellos se atrevían a arriesgar demasiado con una pareja de dieces, que era lo que solía llevarse el pot, generalmente después de que Heavistone se hubiera echado atrás con un trío de ases. Finalmente me cansé y le saqué diez libras a de Grouchy, con un full frente a su trío de reyes. Cuando vio mis cartas sonrió irónicamente y dijo:

«¿Sólo un full? Pensé que para haberse arriesgado tanto debía de tener por lo menos un póquer.»

Después las cosas empezaron a animarse un poco, ya que él y el coronel empezaron a ligar mejor juego. Pero de Grouchy le llevó ventaja desde el principio. No es que fuera especialmente afortunado, aunque tampoco podía decirse que tuviera peor suerte que los demás. Era, sencillamente, el mejor jugador, y se daba cuenta de todos los faroles, demasiado expresivos, del coronel. Yo le gané unas cuantas manos, y el saldo estaba ligeramente a mi favor. Pero conmigo nunca subió demasiado, y en una ocasión en que el coronel estuvo fuera de juego apenas mostró interés. Después de la primera hora yo diría que le iba ganando unas cincuenta libras al coronel, mientras que a mí me debía unas pocas. Después tuvo una racha y se llevó un par de pots de los buenos, de manera que a eso de las once no sólo se había recuperado de las doscientas libras, sino que iba ganando algo más.

Yo me sentía cada vez más a disgusto, lo mismo que Heavistone. Ambos recordábamos lo que había dicho Leonora: «No sé qué habría ocurrido si en lugar de ganar hubiese perdido esas doscientas libras.» El propio coronel parecía mucho menos preocupado que nosotros. Tal vez se había esfumado parte de su viveza, pero desde luego no actuaba como un hombre que ha perdido lo suficiente como para preocuparse.

A las once Heavistone consultó su reloj y dijo:

«Bien, caballeros, detesto deshacer una buena partida, pero...»

«Vamos, Heavistone», le interrumpió el coronel; «no podemos permitir que este caballero se salga con la suya. Sólo son las once.»

«También yo estoy algo cansado», intervine yo.

«¿Qué es lo que le preocupa, Charles? Va usted ganando.»

«Yo, naturalmente, acepto lo que ustedes decidan», dijo de Grouchy. «Pero la última vez, cuando yo iba perdiendo, deshicimos la partida a las cuatro.»

«Bueno, pues si piensa usted que yo voy a seguir hasta las cuatro de la mañana se equivoca, señor.»

Jamás oí una réplica tan acerba de labios de Heavistone.

El coronel suspiró y dijo:

«Esta gente no tiene aguante, ¿verdad, de Grouchy? Mire, Heavistone, le voy a pedir una cosa: concédanos otra hora y entonces lo dejaremos. A las doce en punto.»

«Es que no me apetece, coronel.»

«Tiene usted que darme la oportunidad de tomarme la revancha. Durante la última hora de Grouchy ha tenido una buena racha, pero ahora tiene que cambiar la suerte.»

El señor Heavistone dudó un momento y me miró. Pero yo no podía aportar ninguna solución. Si había algo de cierto en lo que Leonora había dicho, el coronel ya estaba atrapado. Si quería salir del atolladero aun a riesgo de hundirse todavía más, difícilmente podía nadie detenerlo. Heavistone, desolado, dijo: «De acuerdo. Hasta las doce en punto», y seguimos jugando.

Si la hora anterior había sido de zozobra la última fue una pesadilla, pues de Grouchy tuvo una racha de suerte verdaderamente increíble. No sólo le salían buenas cartas, sino que siempre ligaba la jugada justa para ganar, y en el póquer esto puede llegar a ser descorazonador. Todavía me acuerdo de una ocasión en la que tanto de Grouchy como el coronel tenían un full; el del primero era de reinas y sietes y el del segundo de jotas y cincos. Todas las jugadas eran como esta, y nosotros no podíamos hacer nada aparte de contemplarlas. El coronel no jugó mal. En realidad cuanto más perdía tanto mejor y con más calma parecía jugar. Pero no podía hacer nada. Nadie podía hacer nada. Tenía cartas bastante buenas, in-

cluso francamente buenas. Las aprovechó bien, mas a pesar de ello perdió casi todas las manos. Calculo que hacia medianoche debía a de Grouchy quinientas libras como mínimo.

Cuando acabamos una mano a las doce menos cinco, Heavistone consultó su reloj y dijo:

«Bueno, llegó la hora.»

El coronel sonrió y repuso:

«El veredicto de los árbitros es que aún tenemos tiempo para otra mano.»

Estaba tan tranquilo como de costumbre. Lo único que delataba la tensión a que estaba sometido era que su rostro parecía avejentado.

«En la cual espera pegarnos un buen palo», comentó de Grouchy.

Evidentemente estaba orgulloso de su conocimiento de los giros del idioma. Nadie dijo nada, y el coronel dio cartas.

Recuerdo que mis cartas no tenían interés alguno. Tenía una pareja de seises, y tras el descarte me salió un tercero. Heavistone me dijo después que él llevaba dobles parejas de reinas y de cuatros. Tal y como estaban las cosas, aquellas manos carecían de importancia.

Pero desde el principio de Grouchy y el coronel se enfrentaron encarnizadamente. De Grouchy pidió dos cartas y el coronel una, y entonces empezó la diversión. Desde el comienzo estaba prácticamente seguro de que el coronel tenía un póquer, y durante algún tiempo pensé que de Grouchy llevaba un full; pero siguió adelante con una seguridad absoluta, y finalmente empecé a dudar. Al haberse descartado el coronel de una carta, de Grouchy debía de sospechar que su contrincante tenía un póquer. El problema consistía en saber si de Grouchy había conseguido completar un póquer o si estaba marcándose un farol... o bien si lo hacían los dos.

Tío Charles hizo una pausa y sacudió la ceniza de su cigarro. Noté que le temblaba ligeramente la mano.

—He dicho ya que el coronel no era muy buen jugador —prosiguió—. Debo reconocer, para hacerle justicia, que en su lugar yo habría hecho exactamente lo mismo. Había perdido mucho dinero y, dadas las cartas que llevaba, tenía derecho a pensar que por fin había atrapado a de Grouchy. En realidad, sus nervios estaban más firmes que los de su oponente, y cuando por fin de Grouchy igualó su última puesta de trescientas libras, su expresión

denotaba que habría estado dispuesto a seguir subiendo indefinidamente. El coronel abatió cuatro reyes y de Grouchy, con una sonrisa, mostró sus cuatro ases.

Tras un momento de silencio el señor Heavistone exclamó:

«¡Dios mío!»

El coronel sonrió y dijo:

«No es justo. Moraleja: nunca intentes ir contra las rachas de suerte.»

«Llegó usted a preocuparme», intervino de Grouchy. «Pensé que le había salido el comodín.» Fue el único comentario agradable que hizo en toda la noche.

Yo no dije nada, pues no tenía nada especial que decir.

Momentos después el coronel recogió las cartas con el aire de quien no sabe muy bien lo que está haciendo y dijo:

«Bueno, bueno. Una partida agradable, aunque un tanto desastrosa. Eche usted la cuenta, ¿quiere?» Se volvió hacia Leonora, que permanecía sentada contemplando el fuego. «Por favor, querida, ¿te importa traerme mi talonario?»

Así lo hizo la muchacha, y el coronel firmó un cheque por ochocientas treinta libras y se lo entregó a de Grouchy mientras ella observaba la escena. Era un hombre de edad avanzada, pero comprobé que firmaba el cheque sin la menor vacilación. Luego se volvió hacia su hija y le sonrió de un modo un poco esquinado. Durante toda aquella noche sentí lástima por el coronel, pero fue entonces cuando me encontré francamente a disgusto.

En el coche, camino de regreso a Niza, Heavistone y yo apenas si hablamos, pero recuerdo que dije:

«¿Qué hará ahora el viejo? Dudo que disponga de ochocientas libras.»

El señor Heavistone guardó silencio durante un momento y luego, con repentina y sorprendente amargura, repuso:

«No, señor. Pero tiene una hija.»

—Sería una exageración decir que aquella noche permanecí despierto preocupado por las pérdidas del coronel Tracey. Soy incapaz por naturaleza de permanecer despierto preocupándome por los problemas de nadie, incluidos los míos. Pero debo confesar

que todo aquel asunto me hizo sentirme muy desgraciado. Cierto es que nadie podía considerarnos responsables a Heavistone ni a mí, pero el hecho era que Leonora había confiado al coronel a nuestro cuidado y nosotros nos habíamos limitado a presenciarlo todo como mudos testigos, dejándole hacer precisamente lo que su hija temía por encima de todo que hiciera. Esto me trajo a la memoria una ocasión en que, siendo estudiante, una madre viuda me confió el cuidado de su único hijo la noche de la Fiesta de las Regatas; la cosa acabó en que a las cuatro de la mañana tuve que dejar el cuerpo en el umbral, tocar el timbre y salir corriendo. Así pues, me sentí algo violento, aunque en absoluto sorprendido, cuando a la mañana siguiente, mientras desayunaba, Leonora entró en el salón del hotel. El señor Heavistone, por desgracia, aún no había aparecido.

Dije todas las cosas acostumbradas en estos casos; que lo sentía mucho, que había habido muy mala suerte, que no pudimos evitarlo... A continuación me preparé para la avalancha de reproches.

En este aspecto, sin embargo, había subestimado a Leonora. Se disculpó por habernos proporcionado lo que ella creía debió ser una velada sumamente desagradable, reconoció con amargura que si el coronel hizo lo que hizo no fue por culpa nuestra y nos dio las gracias por haber tratado de impedírselo. Después, con una sonrisa forzada, añadió:

«Lo que quiero es que usted me aconseje. ¿Qué debo hacer?»

«Su padre no puede permitirse perder ese dinero, ¿verdad?»

«No sólo no puede permitírselo, sino que no lo tiene.»

«Le extendió un cheque a de Grouchy.»

«Cualquiera puede firmar un cheque. No tiene las ochocientas libras.»

«¿Está usted segura?»

«Completamente. En su cuenta corriente tiene ciento siete libras, tres chelines y ocho peniques, y dentro de una semana llegarán las facturas del mes. Cuando ese canalla de de Grouchy trate de cobrar el cheque el banco se lo rechazará, y entonces papá empezará a mascullar estupideces acerca de su honor y se pegará un tiro. O al menos dirá que lo hará.» Cogió un par de terrones de azúcar y empezó a arrojarlos como si fueran dados. «No entiendo el código masculino del honor», dijo con amargura. «Por lo visto se puede

jugar un dinero que no se tiene o que se necesita para pagar al tendero; con tal de que se gane se seguirá siendo un caballero, pero si se pierde se es un sinvergüenza y hay que suicidarse. ¿En qué consiste ser un caballero? ¿En tener suerte o en que no le descubran a uno?»

«En lo uno o lo otro, o en ambas cosas juntas.»

«Bueno, en cualquier caso, ¿cómo puedo conseguir setecientas cincuenta libras en unas pocas horas? ¿Usted tiene setecientas cincuenta libras?»

«No, lo siento.»

«Ya lo suponía. Nadie las tiene.»

«¿Es suya la villa?»

«No, es alquilada.»

«¿Puede usted vender algo? ¿Joyas o algo así?»

«Tengo mi reloj y un collar que fue de mi madre. Tienen algún valor, pero no tanto.» Echó a un lado uno de los terrones con impaciencia. «Lo que más rabia me da es que dentro de unos seis meses tendré mil libras.»

«¿Cómo?»

«Según el testamento de mi tía. Cuando cumpla veinticinco años, pero no los cumplo hasta diciembre.»

«Puede usted pedir un préstamo sobre esa cantidad.»

«Sí, pero no antes del mediodía de hoy, que es el plazo límite.» De pronto soltó una risita histérica. «¿Dónde está tío Heavistone? El debe de tener setecientas cincuenta libras que no echaría mucho de menos.»

«Yo no diría tanto; sólo está aquí de vacaciones. Pero puede usted preguntarle.»

«No me atrevería.»

«¿Por qué no?»

«¿Cómo hacerlo?»

«¿No me lo preguntó a mí?»

«A usted sólo se lo pregunté en broma.» Sonrió irónicamente. «No puedo ir por ahí pidiendo a todos los conocidos que paguen las deudas de juego de papá sin poder ofrecer ninguna garantía ni...»

«¿Qué me dice del testamento de su tía?»

«Pero ¿por qué habría él de prestarme dinero?»

«Nunca he logrado entender por qué la gente presta dinero. Sólo sé, según mi experiencia, que a menudo lo hace.»

«¿Cree usted de verdad que lo haría?», preguntó Leonora tras una pausa.

«Suponiendo que tenga esa cantidad. Estaba muy afectado por todo este asunto.»

Leonora guardó silencio durante un momento. Después consultó su reloj y se levantó.

«De acuerdo», dijo con tranquilidad. «Son ahora las diez y media. Voy a pedirle prestadas setecientas cincuenta libras al señor Heavistone... si le encuentro.» Hizo una pausa. «¿No le importaría venir conmigo, Charles? No tengo mucha experiencia en estas cosas.»

Tío Charles interrumpió su relato por unos instantes.

—Había lágrimas en sus ojos —prosiguió pensativo—. Ya he dicho que eran unos ojos muy azules. Encontramos al señor Heavistone en la terraza.

—COMO PERSONA que durante su vida ha pedido mucho dinero prestado, siempre me ha interesado la sicología de la víctima. El sablista experimentado, como es natural, conoce a su hombre. Sabe si el pobre diablo, en el colmo de la turbación, mascullará: «Claro que sí, hombre, claro que sí» y le meterá el dinero en la mano; o si sólo le dará la mitad del dinero que le ha pedido; o si, aparentando energía, dirá que nunca presta dinero, pero que por tratarse de ti está dispuesto a regalártelo; o si prestará el dinero y aprovechará la ocasión para dar unos cuantos consejos. Todas estas cosas y muchas otras son el pan nuestro cotidiano del sableador, y según mi experiencia todas estas lastimosas técnicas defensivas no se ven afectadas por la cuantía de la suma pedida. Pero he de reconocer que nunca he visto a nadie conseguir un préstamo de cinco libras —y mucho menos de setecientas cincuenta— con la facilidad con que Leonora lo consiguió del señor Heavistone. En realidad, aquello no me pareció del todo decoroso. El señor Heavistone estaba sentado en una tumbona en la terraza. Me acerqué a él y le dije en un tono artificiosamente festivo:

«¡Buenos días, Heavistone! Aquí tiene a Leonora, que quiere pedirle prestado algún dinero.»

El señor Heavistone se levantó y dijo:

«¿Dinero? ¿Cuánto, Leonora?»

La joven le miró y sonrió, pero no pudo pronunciar palabra, así que yo contesté por ella:

«Bueno... unas setecientas cincuenta.»

«¿Libras?»

«Sí, libras.»

El señor Heavistone hizo un cálculo mental, chasqueó la lengua y dijo:

«En ese caso tengo que subir a mi habitación. No llevo tanto dinero encima.»

Estuvo ausente unos cinco minutos. Cuando volvió, entregó a Leonora un abultado fajo de billetes y explicó:

«Está en dólares, pero supongo que no importará. Es dinero al fin y al cabo.»

Leonora miró los billetes un momento, dio un paso adelante, besó al señor Heavistone en la mejilla, se volvió y echó a correr. No despegó los labios.

El señor Heavistone la vio alejarse y al cabo de un rato dijo:

«¡Vaya, vaya! ¿Tengo alguna posibilidad de recuperar ese dinero?»

«Leonora no tardará mucho en recibir cierta suma.»

«¿Y bien?»

«Yo creo que se lo devolverá.»

«¿Por qué setecientas cincuenta?», preguntó el señor Heavistone. «El coronel perdió más de ochocientas.»

«Dice que tiene unas cien en el banco.»

El señor Heavistone seguía mirando en la dirección en que había desaparecido Leonora. Suspiró suavemente y dijo:

«Hay gente buena por el mundo. ¿Sabe usted?, no me importaría demasiado no recuperar ese dinero.»

Tío Charles hizo una pausa. De pronto se volvió rápidamente hacia mí y preguntó:

—¿Nunca te había contado esta historia?

—No —contesté.

Sacudió la cabeza.

—No sé por qué no lo he hecho. Al hacerse uno viejo lo que más le asusta es la convicción repentina, casi siempre justificada, de que ya ha contado las cosas antes. En cualquier caso, durante los dos días siguientes no supe nada de Heavistone ni de Leonora, ya que hice una pequeña excursión por la costa. No sé exactamente qué fue lo que me indujo a desviarme un poco de mi camino, cuando regresaba a Niza después de tres días de ausencia, para hacer una visita a la villa del coronel. Tampoco sé por qué en cuanto la vi desde el coche me di cuenta de que estaba vacía. Quién sabe, a lo mejor había conservado parte del seso con que nací durante toda aquella historia. Prefiero pensar eso, y debo señalar que yo por lo menos saqué unas catorce libras de aquella operación. Pero me estoy apartando del tema. Como te iba diciendo, el coronel y Leonora habían desaparecido. Hacía un par de días que se habían marchado y nadie parecía conocer su nueva dirección. Lo más probable era que el dinero de Heavistone también hubiera desaparecido. Mientras el chófer me llevaba de regreso a Niza, no pude apartar de la mente la imagen de la cara de Heavistone mientras veía alejarse a Leonora, y he de confesar que me sentí ligeramente indispuesto. Recuerda que entonces era mucho más joven que ahora. Antes de ir a ver al señor Heavistone entré en el bar y me tomé un coñac doble, simplemente porque no me seducía nada la idea de contarle lo ocurrido.

El señor Heavistone estaba en su habitación haciendo solitarios. Supongo que el juego debía de hallarse en un momento decisivo, pues antes de que volviera la cabeza para fijar en mí aquellos ojos agrandados por las gafas colocó otra carta y estuvo dudando durante unos momentos.

«Hola», dijo al fin. «¿Todavía por aquí? Creí que ya se había marchado usted.»

«No, he estado recorriendo la costa. Mire, Heavistone, lo siento pero me temo que tengo que darle una mala noticia. Hemos sido víctimas de una estafa.»

«¿Hemos?»

«Bueno, por lo menos usted.»

«¿Y quién me ha estafado?»

«El coronel y su hija. Han desaparecido.»

El señor Heavistone cogió otra carta de la baraja, la examinó y la colocó al tiempo que emitía un pequeño gruñido.

«No es su hija», dijo lentamente, «sino su mujer. Además, tampoco es coronel.»

«¿Cómo lo sabe?»

«Esas cosas siempre se descubren... después.»

«¿Sabía usted que se habían ido?»

«Pensé que lo harían.» Me miró y soltó una risita. «Para serle franco, como ayer no le vi por aquí, pensé que también usted se había ido.»

«¿Yo? ¿Por qué?»

«Piénselo un poco. La pobre chica estaba tan violenta que no podía pedir el dinero, así que tuvo que venir usted a...»

«¡Dios mío!», exclamé.

«Ahora bien», dijo el señor Heavistone, «estaba tan poco seguro de usted como del italiano. Puede que él esté implicado o puede que no. Pero dudo que lo esté, pues en ese caso serían cuatro a repartir en lugar de tres.»

«¿Quiere usted decir que de Grouchy también estaba implicado?»

«Por supuesto. Tenía el papel estelar, ¿no es cierto?»

Me dejé caer desmayadamente en un sillón y pregunté:

«¿Cuándo cayó usted en la cuenta de todo esto?»

«La primera vez que estuvimos allí.»

«Entonces, ¿por qué diablos le dio el dinero?»

El señor Heavistone meneó la cabeza.

«Espero que no intenten gastar ese dinero. El billete de arriba eran veinte pavos de verdad. Pensé que merecía la pena, y tal vez con ese dinero el coronel le compre una caja de dulces a Leo. Pero los demás billetes puede uno comprarlos en una tienda de Madison Avenue por cinco dólares. Tenía muchos más, pero se los di a otro timador en París. Los hacen para los prestidigitadores, para ese truco en que sacan miles de dólares de un sombrero.» Volvió a sacudir la cabeza. «Es sorprendente lo poco que en Europa conoce la gente el dinero americano. Deberían saberlo a estas alturas; ya han recibido bastante.»

«O yo he sido tan torpe que debería estar en una clínica para enfermos mentales o usted ha sido condenadamente listo. ¿Cómo diablos lo descubrió?»

«Bueno, usted no hace solitarios. Debería usted hacerlos. Es un gran juego. Bien, el coronel era un jugador de solitarios muy hábil.»

«Eso dijo usted.»

«Sí. Las dos primeras veces que fui allí con la muchacha, el coronel estaba haciendo solitarios, concretamente una variedad llamada Mrs. Kitchner's Ramp que muy poca gente conoce. Y lo que es más, lo sacó las dos veces. Como habrá comprobado usted, yo no entiendo mucho de póquer, pero sí de solitarios, y sé que si se consigue sacar el Mrs. Kitchner's Ramp una vez cada seis meses se puede uno dar por satisfecho. Así es que cuando usted y yo fuimos allí y el coronel lo sacó de nuevo, justo en el momento oportuno para poder venir a hablar con nosotros, comprendí que era un hombre muy fino con las cartas: le venían cuando él las llamaba.»

«Entonces, ¿por qué...?»

«¿Por qué no nos timó del modo habitual? Bueno, piense usted un poco. Por muy bien que le cayera, dudo que usted se hubiera arriesgado a jugarse con él tres mil dólares. Usted me dijo que no lo haría. Tampoco lo haría yo, ni nadie. Así pues, la única salida era inventar un cuento por mediación de la chica y perder una cantidad importante con un sinvergüenza como de Grouchy. Lo demás era fácil.»

«Debería ir a que me miraran la cabeza. Pero todavía hay algo que no comprendo. ¿Por qué diablos hacía trampas en los solitarios?»

El señor Heavistone sonrió.

«Si usted hiciera solitarios no haría esa pregunta. La mayoría de la gente hace más trampas en los solitarios que en cualquier otro juego.» Señaló la mesa. «Fíjese usted; si la última carta que he cogido hubiese sido un nueve, el solitario habría salido. La carta siguiente es un nueve, y hace quince días que no he sacado un solo solitario. ¿Comprende lo que quiero decir?» El señor Heavistone suspiró y recogió las cartas. «Tal vez el coronel hiciese solitarios precisamente para adquirir práctica en sus trucos con las cartas. Se requiere mucho entrenamiento para llegar a ser tan bueno como él. O quizás era simplemente como todos los demás y le gustaba ganar. Después de todo, estaba condenado a perder siempre en las partidas importantes, y eso, como comprenderá, puede llegar a ser muy aburrido.»

SEGUIR DE POBRES

IGNACIO ALDECOA/ESPAÑA

I. Aldecoa

LAS CIUDADES de provincias se llenan en la primavera de carteles. Carteles en los que un segador sonriente, fuerte, bien nutrido, abraza un haz de espigas solares; a su vera, un niño de amuñecada cara nos mira con ojos serenos; a sus pies, una hucha de barro recibe por la recta abertura del ahorro —boca sin dientes, como de vieja, como de batracio— una espuerta de monedas doradas. Son los anuncios de las Cajas de Ahorros. Son anuncios para los labradores que tienen parejas de bueyes, vacas, maquinaria agrícola y un hijo estudiando en la Universidad o en el Seminario. Estos carteles tan alegres, tan de primavera, tan de felicidad conquistada, nada dicen a las cuadrillas de segadores que, como una tormenta de melancolía, cruzan las ciudades buscando el pan del trabajo por los caminos del país.

A principios de mayo, el grillo sierra en lo verde el tallo de las mañanas; la lombriz enloquece buscando sus penúltimos agujeros de las noches; la cigüeña pasea los mediodías por las orillas fangosas del río, haciendo melindres como una señorita. En los chopos altos se enredan vellones de nubes y en el chaparral del monte bajo el agua estancada se encoge miedosa cuando las urracas van a beberla. La vida vuelve.

La cuadrilla de la siega pasa las puertas a hora temprana, anda por la carretera de los grandes camiones y los automóviles de lujo, en fila, en silencio, en oración —terrible oración— de esperanza. Al llegar al puente del río la abandonan por el camino de los pueblos

del campo lontano. Se agrupan. Alguien canta. Alguien pasa la bota al compañero. Alguien reniega de una alpargata o de cualquier cosa pequeña e importante.

En la cuadrilla van hombres solos. Cinco hombres solos. Dos del noroeste, donde un celemín de trigo es un tesoro. Otros dos, de la parte húmeda de las Castillas. El quinto, de donde los hombres se muerden los dedos, lloran y es inútil.

Con pan y vino se anda camino cuando se está hecho a andarlo. Con pan, vino y un cinturón ancho de cueros de becerra ahogada o una faja de estambre viejo, bien apretados, no hay hambre que rasque en el estómago. Con mala manta hay buen cobijo, hasta que la coz de un aire, entre medias cálido, tuerce el cuello y balda los riñones. Cuando a un segador le da el aire pardo que mata el cereal y quema la hierba —aire que viene de lejos, lento y a rastras, mefítico como el de las alcantarillas—, el segador se embadurna de miel donde le golpeó. Pero es pobre el remedio. Ha de estar tumbado en el pajar viendo a las arañas recorrer sus telas. Telas que, de puro sutiles, son impactos sobre el cristal de la nada.

Cinco hombres solos. Cinco, que forman un puño de trabajo. Dos del noroeste: Zito Moraña y Amadeo, el buen Amadeo, al que le salen barbas en el dorso de las manos, que se afeita con una hoz. Dos de la Castilla verde: San Juan y Conejo. El quinto, sin pueblo, del *estaribel* de Murcia por algo de cuando la guerra. El quinto, callado; cuando más, sí y no. El quinto, al que llaman desde que se les unió, sencillamente, «El Quinto», por un buen sentido nominador.

«El Quinto» les dijo en la cantina de la estación donde se lo tropezaron:

—Si van para el campo y no molesto, voy con ustedes.

Zito Moraña le contestó:

—Pues venga.

«El Quinto» movió la cabeza, clavó los ojos en Moraña, pasó la vista sobre Amadeo, que se rascaba las manos; consultó con la mirada a San Juan, que liaba un cigarrillo, parsimonioso, sin que se le cayera una brizna de tabaco, y por fin miró a Conejo, que algo se buscaba en los bolsillos.

—Acabo de salir de la cárcel. ¿Qué dicen?

—¿Y usted? —respondió Zito.

—La guerra, y luego, mala conducta.

—¿Mala?

—De hombre, digo yo.

—Pues está dicho.

«El Quinto» pidió un cuartillo de vino tinto. La cita fue para las cinco y media de la mañana en el depuertas de la carretera. Se separaron.

Ahora los cinco van agrupados por el camino largo de los segadores. Zito conoce el terreno. Todos los años deja su tierra para segar a jornal.

—Amadeo, de la revuelta esa nos salió el pasado una liebre como un burro.

—Sí, hombre; pero no el pasado, sino otro año atrás.

—Fue lástima...

Y Zito y Amadeo hablan del antaño, perdiéndose en detalles, mientras San Juan se suena una y otra vez la nariz distraídamente, mientras Conejo se queja en un murmullo de su alpargata rota, mientras «El Quinto» va mirando los bordes del camino buscando no sabe qué.

Al mediodía les para un sombrajo. De la bota del pobre se bebe poco y con mucha precaución. Al pan del pobre no se le dan mordiscos; hay que partirlo en trozos con la navaja. El queso del pobre no se descorteza, se raspa.

En el sombrajo descansan y fuman los cigarrillos de las mil muertes del fuego, de sus mil nacimientos en el encendedor tosco y seguro. Han dejado de hablar de las cosas de siempre, esas cosas que acaban como empiezan:

—La mujer habrá terminado de trabajar en el pañuelo de tierra que hemos arrendado tras de la casa. Los chavales estarán dándole vueltas al pucherillo.

Una larga pausa y la vuelta.

—Los chavales estarán sacando brillo al puchero. La mujer saldrá a trabajar el pañuelo de tierra que hemos arrendado tras de la casa.

Dicen la mujer, los chavales, el que se fue de las calenturas, el que vino por San Juan de hará tres años. No poseen con la brutal

terquedad de los afortunados y hasta parece que han olvidado en los rincones de la memoria los posesivos débiles de la vida. Están libres.

Callan hasta que otro repita la historia con escasas variantes. Callan hasta que se dan cuenta de que hay un ser de silencio y de sombras con ellos, uno que ha dicho sí y no y poca cosa más. Aquí está Zito Moraña para preguntar, porque a un compañero hay que darle ocasión, sin molestarle, de un suspiro, de una lágrima, de una risa. Un compañero puede estar necesitado de descanso y es necesario saber, cuando cuente, el momento en que hay que balancear la cabeza o agacharla hacia el suelo o levantarla hacia el sol.

—¿Usted qué hará cuando acabe esto?

«El Quinto» encoge una pierna y duda.

—¿Yo?

—Nosotros volveremos para la tierra.

—Ya veré.

Y entre ellos, entre los cuatro y «El Quinto», el corazón de la comunidad naufraga. Zito tiene su orden. Se pone en pie, consulta su sombra, levanta su hato y se lo carga a la espalda.

—Bueno, andando. Para las cinco podemos estar en la hocina. Para las seis, en el teso del pueblo.

Por la ladera, hacia el río, vuela el ave que huele mal. Conejo, de los bolsillos, saca una madera que talla con la navaja.

—¿Qué haces? —le pregunta San Juan.

—La torre de los condes, para que juegue el chico a la vuelta. La hago con silbo de pájaro.

Zito y Amadeo recuerdan el antaño. Y «El Quinto» mira el camino.

A las seis platea el río por medio del llano. En el pueblo, entre casa y casa, crece la tiniebla. Por los últimos alcores el cielo está morado. Los perros ladran al paso lento de los de la siega. Zito conoce a los que se asoman a las puertas a verlos llegar.

—Señor Ricardo, ¿se curó de los cólicos?

El campesino responde, cachazudo:

—Parece, parece.

La cuadrilla sigue adelante.

—Señora Rosario, ¿volvióle el santo a Patricio?

—Por ahí anda.

Zito hace un aparte a San Juan.

—Es que tiene un hijo que dio en manías el año pasado de una soleada en las fincas.

Hacen un alto en la plaza. El cuadrado de la plaza está quebrado por la irregularidad de las construcciones. En la mitad está el pilón; en él juegan los niños. Al verlos a los cinco parados y ensimismados, los niños se les acercan a una distancia de respeto y prudencia. Los segadores, como los gitanos, pueden robar criaturitas para venderlas en otros pueblos.

Zito vocea a un campesino sentado en el umbral de su casa:

—¿Qué, Martín, hay pajar para cinco hombres?

—Hay, pero no paja.

—Da igual. ¿A cuántos nos necesita usted?

—Con dos de vosotros me arreglo, porque tengo otros que llegaron ayer. Mañana temprano a darle. El jornal, el de siempre.

—Ya aumentará usted una pesetilla.

—Están los tiempos malos, pero se ha de ver.

Precisamente están los tiempos malos. No se marcha la gente de su tierra porque estén buenos, ni porque la vida sea una delicia, ni porque los hijos tengan todo el pan que quieran. Zito arruga la frente y medita.

—Tú, San Juan, y tú, Conejo, podéis quedaros con él. Mañana arreglaremos nosotros.

Dando la vuelta a la iglesia, a la que está pegada a la casa, se abre un amplio portegado. El portegado está entre una era y un estercolero, que en las madrugadas tiene flotando un vaho de pantano y que está en perpetuo otoño de colores. Del portegado se sube al pajar. Las maderas brillan pulimentadas. Sólo hay un poco de paja en un rincón. Los trillos, apoyados sobre la pared, con los pedernales amenazantes, parecen fauces de perros guardianes.

—Dejad ahí los hatos. Vamos a ver si nos dan algo en la cocina.

En la cocina les dan un trozo de tocino a cada uno, pan y vino. La mujer de Martín les contempla desde una silla.

—Tú, Zito, alegra el ánimo con la comida. Canta algo, hombre, de por tu tierra.

—No estoy de buen año, señora.

—Canta, Zito —dice Martín, que está apoyado en la puerta.

—Tengo la garganta con nudos.

—Cuanto más viejo, más tuno, Zito.

—Pues cantaré, pero no de la tierra, y a ver si les va gustando.

—Tú, canta, canta.

Zito, con el porrón apoyado sobre una pierna, entona una copla. Sus compañeros bajan la cabeza.

Al marchar a la siega
entran rencores;
trabajar para ricos,
seguir de pobres.

Sobre los campos salta la noche. Un ratón corre por el pajar. Los segadores están tumbados.

—Oye, San Juan, son unos veinte días aquí. A doce pesetas, ¿cuánto viene a ser?

—Cuarenta y ocho duros.

—No está mal.

Abajo, en la cocina, habla Martín en términos comerciales y escogidos con un amigo.

—Me han ofrecido material humano a siete pesetas para hacer toda la campaña, pero son andaluces...

—Gente floja.

—Floja.

Martín hace con los labios un gesto de menosprecio.

TRABAJABAN San Juan y Conejo con Martín. Zito Moraña, Amadeo y «El Quinto», con otros segadores que llegaron un día después, segaban en las fincas del alcalde. No se veían los dos grupos más que cuando marchaban al trabajo o volvían de él por los caminos. Zito, Amadeo y «El Quinto» dormían en el pajar del alcalde, sobre paja medio pulverizada. Se pasaban el día en el campo.

A la cuarta jornada apretó el calor. En el fondo del llano una boca invisible alentaba un aire en llamas. Parecía que él iba a traer las nubes negras de la tormenta que cubriría el cielo, y sin embargo, el azul se hacía más profundo, más pesado, más metálico. Los segadores sudaban. Buscaban las culebras de humedad debajo de las

piedras. Los hombres se refrescaban la garganta con vinagre y agua. En el saucal, la dama del sapo, que tiene ojos de víbora y boca de pez, lo miraba todo maldiciendo. Los segadores, al dejar el trabajo un momento, tiraban, por costumbre, una piedra a bajo pierna en los arbustos para espantarla. Podía llegar la desgracia. El viento pardo vino por el camino levantando una polvareda. Su primer golpe fue tremendo. Todos lo recibieron de perfil para que no les dañase, excepto «El Quinto», que lo soportó de espaldas, lejano en la finca, con la camisa empapada en sudor, segando. Le gritaron, y fue inútil. No se apercibió. Cuando levantó la cabeza era ya tarde.

«El Quinto» llegó al pajar tiritando. Y no quiso cenar. Le dieron miel en las espaldas. El alcalde llamó al médico. El médico lo mandó lavar, porque opinó que aquello eran tonterías. Y dictaminó:

—No es nada. Tal vez haya bebido agua demasiado fría.

Zito le explicó:

—Mire, doctor, fue el viento pardo...

El médico se enfadó.

—Cuanto más ignorantes, más queréis saber. ¿Qué me vas a decir tú?

—Mire, doctor, fue el viento que mata el cereal y quema la hierba. Hay que darle de miel. Las mantecas de los riñones las tiene blandas.

—¡Bah! ¡Bah!, el viento pardo... —comentó.

Los compañeros volvieron a darle miel en las espaldas en cuanto se marchó el médico, y Zito le echó su manta.

—¿Y tú, Zito? —dijo «El Quinto».

—Yo, a medias con Amadeo.

«El Quinto» temblaba; le castañeteaban los dientes. El viento pardo en el saucal hacía un murmullo de risas.

Allí estaba «El Quinto», entretenido con las arañas. Las iba conociendo. Contó a Zito y a Amadeo cómo había visto pelear a una de ellas, la de la gran tela, de la viga del rincón, con una avispa que atrapó. Lo contaba infantilmente. Zito callaba. De vez en vez le interrumpía doblándole la manta.

—¿Qué tal ahora?

—Bien, no te preocupes.

—¿No me he de preocupar?. Has venido con nosotros y no te vas a poder marchar. Nosotros dentro de cuatro días tiramos para el Norte. Esto está ya dando las boqueadas.

—Bueno, qué más da. No me echarán a la calle de repente.

—No, no, desde luego... —dudaba Zito.

—Y si me echan, pues me voy.

—¿Y adónde?

—Para la ciudad, al hospital, hasta que sane.

—Hum...

—Aquí tienes lo tuyo, Zito. Os doy doce perras más por día a cada uno.

—Gracias.

—Pues hasta el año que viene. Que haya suerte. Y dile al «Quinto» que para él, aunque no ha trabajado más que tres días y le he estado dando de comer todo este tiempo, hay diez duros. No se quejará.

—No, claro.

—Pues díselo y también que levante con vosotros.

—Pero si es imposible, si está tronzado.

—Y yo qué quieres que le haga.

Llegaron al puente. «El Quinto» andaba apoyado en un palo, medio a rastras. Zito Moraña y Amadeo le ayudaban por turno.

—¿Qué tal? Ahora coges la carretera y te presentas en seguida en la ciudad.

—Si llego.

—No has de llegar. Mira, los compañeros y yo hemos hecho... un ahorro. Es poco, pero no te vendrá mal. Tómalo.

Le dio un fajito de billetes pequeños.

—Os lo acepto porque... Yo no sé... Muchas gracias. Muchas gracias, Zito y todos.

«El Quinto» estaba a punto de llorar, pero no sabía o lo había olvidado.

—No digas nada, hombre.

Les dio la mano largamente a cada uno.

—Adiós, Zito; adiós, Amadeo; adiós, San Juan; adiós, Conejo.

—Adiós, Pablo, adiós.

Hacía quince días que habían aprendido el nombre del «Quinto».

Por la orilla de la carretera caminaba, vacilante, Pablo. Los segadores volvieron las espaldas y echaron a andar. Se alejaron del puente. Zito, para distraer a los compañeros, se puso a cantar a media voz algo de su tierra.

EL CABALLO DE MADERA

D. H. LAWRENCE/GRAN BRETAÑA

D. H. Lawrence

ERA UNA mujer bellísima que empezó con todas las ventajas, pero no tuvo suerte. Se casó enamorada, y el amor se convirtió en polvo. Tenía unos hijos preciosos, y sin embargo pensaba que se los habían impuesto y no era capaz de quererlos. Ellos la miraban fríamente, como si la censurasen. Y ella sentía apremiantemente que debía encubrir alguna culpa en el fondo de su ser, pero no sabía qué era lo que debía ocultar. Cuando los niños estaban presentes siempre sentía endurecérsele el corazón. Esto la atribulaba, y a su manera se mostraba de lo más cariñosa y solícita con sus hijos, como si los quisiera de veras. Sólo ella sabía que en lo más íntimo de su corazón había un empedernido rinconcillo totalmente incapaz de sentir amor por nadie. Todo el mundo decía: «Es tan buena madre. Adora a sus hijos». Unicamente ella y sus propios retoños sabían que no era así. Lo leían mutuamente en sus ojos.

Eran un chico y dos niñitas. Vivían en una cómoda casa, con jardín, tenían criados discretos y se sentían superiores a todos en la vecindad. Aunque vivían con lujo, percibíase una ansiedad constante en aquella casa. Nunca había bastante dinero. La madre disfrutaba de una pequeña renta, y también el padre, pero estos ingresos no eran ni con mucho suficientes para mantener el tren de vida que llevaban. El padre trabajaba en una oficina de la ciudad. Pero aunque tenía buenas perspectivas, estas nunca cuajaban en realidades. Constantemente imperaba la agobiante sensación de la falta de dinero, aunque seguían viviendo a lo grande.

Al fin la madre se dijo: «Veré si yo puedo hacer algo». Sin embargo, no sabía por dónde empezar. Se devanaba los sesos intentando esto y lo otro, pero no encontraba nada satisfactorio. El fracaso trazó profundos surcos en su cara. Los niños crecían y tendrían que ir al colegio. Hacía falta más dinero, hacía falta más dinero. El padre, cuyos gustos eran muy refinados y dispendiosos, parecía incapaz de llegar a hacer algo que valiera la pena. Y la madre, que tenía gran confianza en sí misma, no lograba mayores éxitos, si bien sus gustos eran igualmente costosos.

Y de este modo, como un fantasma, llegó a rondar la casa la nefanda frase: «*¡Hace falta más dinero! ¡Hace falta más dinero!*» Los niños la oían constantemente, aunque nadie la pronunciaba en voz alta. La oían en Navidades, cuando su cuarto se llenaba de magníficos y caros juguetes. Detrás del reluciente y moderno caballo de madera, detrás de la bonita casa de muñecas, una voz empezaba a susurrar: «¡Hace falta más dinero! ¡Hace falta más dinero!» Y los niños interrumpían por un momento sus juegos para escuchar. Y se miraban a los ojos para saber si lo habían oído todos. Y cada uno veía en los ojos de los otros dos que también ellos lo habían oído. «¡Hace falta más dinero! ¡Hace falta más dinero!»

Brotaba murmurando de los muelles del caballo que aún se balanceaba, y hasta el caballo, inclinada su cabeza de madera, lo oía. La muñeca grande, sentada con sus coloradas mejillas y su bobalicona sonrisa en su nuevo cochecillo, lo oía con toda claridad, y parecía sonreír aún más afectadamente a causa de ello. El cachorrillo que sustituía al oso de peluche parecía tonto de remate precisamente porque también había oído el secreto cuchicheo por toda la casa: «¡Hace falta más dinero!»

Y sin embargo nadie lo decía nunca en voz alta. El susurro estaba en todas partes, y por eso nadie lo pronunciaba. Del mismo modo que nadie dice: «¡Estamos respirando!» a pesar de que se respira todo el tiempo.

—Madre —preguntó un día Paul—, ¿por qué no tenemos nosotros coche? ¿Por qué utilizamos siempre el del tío, o un taxi?

—Porque somos los miembros pobres de la familia —dijo la madre.

—Pero ¿por qué, madre?

—Bueno... me figuro —contestó ella lentamente y con amargura— que es porque tu padre no tiene suerte.

El niño permaneció callado un rato.

—¿La suerte es dinero, madre? —preguntó al fin con bastante timidez.

—No, Paul. No exactamente. Es lo que hace que tengas dinero. Si tienes suerte tienes dinero. Por eso es mejor nacer con suerte que rico. Si eres rico, puedes perder tu dinero. Pero si tienes suerte, siempre conseguirás más dinero.

—¡Oh! ¿De veras? ¿Y padre no tiene suerte?

—Yo diría que tiene muy mala suerte —repuso ella con amargura.

El chico la contempló con mirada insegura.

—¿Por qué? —preguntó.

—No lo sé. Nadie sabe por qué una persona tiene buena suerte y otra la tiene mala.

—¿No? ¿Nadie en absoluto? ¿Nadie lo sabe?

—Tal vez Dios. Pero nunca lo dice.

—Pues debería decirlo. ¿Y tú tampoco tienes suerte, madre?

—No puedo tenerla estando casada con un marido que tiene mala suerte.

—Pero ¿no la tienes por ti misma?

—Antes de casarme pensaba que sí. Ahora creo que soy realmente muy desafortunada.

—¿Por qué?

—Bueno... ¡no importa! Quizá no lo sea en realidad.

El niño la miró para ver si decía la verdad. Pero comprendió por los rasgos de su boca que estaba tratando de ocultarle algo.

—Bueno, de todos modos —dijo resueltamente—, yo soy una persona de suerte.

—¿Por qué? —preguntó su madre, y se echó a reír.

El la miró fijamente. Ni siquiera sabía por qué había dicho aquello.

—Me lo dijo Dios —afirmó con desfachatez.

—Confío en que te lo haya dicho, cielito —dijo ella con una risa amarga.

—¡Te aseguro que me lo dijo, madre!

—¡Estupendo!

El niño comprendió que no le creía; o, más bien, que no hacía caso de su aserto. Esto le enojó un poco y le hizo sentir la necesidad de obligarla a prestar atención.

Lanzóse al azar, de un modo pueril, en busca de la clave de la suerte. Abstraído, sin reparar en nadie, daba vueltas en su magín. buscando a hurtadillas la suerte. Necesitaba suerte, la necesitaba, la necesitaba. Cuando las dos niñas jugaban a las muñecas en el cuarto de juegos, él se montaba en su gran caballo de madera y cargaba furiosamente al espacio, con tal frenesí que sus hermanitas le miraban con desasosiego. Al galope desatinado de su corcel, el oscuro cabello del chico ondeaba y sus ojos tenían un extraño fulgor. Las niñas no se atrevían a hablarle.

Cuando había cabalgado hasta el final de su insensata correría, desmontaba y permanecía delante del caballo de madera mirando de hito en hito su cabeza gacha; tenía la colorada boca ligeramente abierta, y en sus grandes ojos dilatados había un brillo demencial.

«¡Vamos!», ordenaba tácitamente al corcel, que bufaba no menos tácitamente. «¡Ahora llévame adonde está la suerte! ¡Vamos, llévame!»

Y azotaba el cuello del caballo con la pequeña fusta que había pedido al tío Oscar. Estaba convencido de que el caballo podía llevarle adonde estaba la suerte; sólo tenía que obligarlo. Así es que volvía a montarlo y proseguía su furiosa galopada, con la esperanza de llegar al fin a su destino. Sabía que podía llegar.

—¡Acabarás por romper tu caballo, Paul! —le advertía la niñera.

—¡Se pasa el día montando así! ¡Quisiera que dejase de hacerlo! —decía Joan, la mayor de las hermanas.

Pero él se limitaba a mirarlas ferozmente, sin decir nada. La niñera se dio por vencida. No le entendía. A todas luces, había crecido demasiado y ya no podía dominarlo.

Cierto día su madre y el tío Oscar entraron en la habitación y le sorprendieron en una de sus furiosas galopadas. Ni siquiera les habló.

—¡Hola, joven jockey! ¿Estás montando un ganador? —dijo su tío.

—¿No estás ya demasiado crecido para un caballo de madera? —preguntó su madre—. Ya no eres un niñito, ¿sabes?

Pero Paul se limitó a mirarla furiosamente con sus grandes ojos azules, demasiado juntos quizá. No hablaba con nadie cuando estaba en plena carrera. Su madre le observaba con una expresión preocupada.

De repente dejó de forzar el galope mecánico de su caballo y se apeó.

—Bueno, ¡por fin llegué! —anunció vehementemente, con los ojos aún relampagueantes y sus largas y robustas piernas muy abiertas.

—¿Adónde llegaste? —preguntó su madre.

—Adonde quería ir —contestó radiante.

—¡Eso está bien, muchacho! —dijo el tío Oscar—. No pares hasta llegar allí. ¿Cómo se llama el caballo?

—No tiene nombre —repuso el chico.

—Ah, no le hace falta, ¿verdad?

—Bueno, tiene distintos nombres. La semana pasada se llamaba Sansovino.

—Sansovino, ¿eh? Ganó el Ascot. ¿Cómo sabías su nombre?

—Siempre está hablando de las carreras de caballos con Bassett —intervino Joan.

El tío se alegró muchísimo al descubrir que su sobrinillo estaba al corriente de todas las noticias relativas a las carreras. Bassett, el joven jardinero, que había resultado herido en el pie izquierdo durante la guerra y había conseguido su actual colocación gracias a Oscar Cresswell, de quien fuera asistente, era un fanático del hipódromo. Vivía intensamente todas las carreras importantes, y el niño las vivía con él.

Oscar Cresswell se enteró de todo por Bassett.

—El señorito Paul viene a preguntarme, así es que yo no tengo más remedio que decírselo, señor —dijo el jardinero con expresión terriblemente seria, como si estuviese hablando de temas religiosos.

—¿Y ha apostado alguna vez a un caballo que le guste?

—Bueno... yo no quiero traicionarle... El es un joven caballero, todo un caballero, señor. Si no le importa, pregúnteselo usted mismo. A él le gusta eso, y quizá creería que yo le había delatado, señor. Usted me perdonará.

Bassett estaba más serio que en un entierro.

El tío fue a buscar a su sobrino y se lo llevó a dar un paseo en coche.

—Dime, Paul, muchacho, ¿has apostado alguna vez a un caballo? —le preguntó.

El chico observó detenidamente a su apuesto tío.

—¿Es que crees que no debo hacerlo? —dijo a la defensiva.

—¡Nada de eso! Pensé que tal vez pudieras darme un soplo para el Lincoln.

El coche corría velozmente por la carretera en dirección a la casa del tío Oscar en Hampshire.

—¿Palabra de honor? —preguntó el sobrino.

—¡Palabra de honor, muchacho! —repuso el tío.

—Bueno, pues entonces Daffodil.

—¡Daffodil! Lo dudo, hijo. ¿Qué me dices de Mirza?

—Yo sólo conozco el ganador —dijo el niño—. Es Daffodil.

—Daffodil, ¿eh?

Hubo un momento de silencio. Daffodil era un caballo relativamente desconocido.

—¡Tío!

—Dime, hijo.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad? Se lo prometí a Bassett.

—¡Al diablo con Bassett! ¿Qué pinta él en todo esto?

—Somos socios. Hemos sido socios desde el principio. Tío, fue él quien me prestó los primeros cinco chelines, y los perdí. Le di mi palabra de honor de que esto quedaría entre él y yo; fue entonces cuando tú me diste aquel billete de diez chelines. Empecé a ganar con ese dinero, así que pensé que tú eras hombre de suerte. No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

El chico miró fijamente a su tío con sus grandes ojos azules y fogosos, demasiado juntos quizá. El tío se agitó y rió con cierto desasosiego.

—¡Tienes razón, muchacho! ¡Guardaré el secreto! Conque Daffodil, ¿eh? ¿Cuánto vas a apostar tú?

—Todo excepto las veinte libras que guardo como reserva.

El tío lo tomó a broma.

—Conque guardas veinte libras como reserva, ¿eh, joven cuentista? ¿Cuánto vas a apostar entonces?

—Trescientas libras —dijo el chico gravemente—. ¡Pero que quede entre tú y yo, tío Oscar! ¿Palabra de honor?

El tío lanzó una estruendosa carcajada.

—Quedará entre tú y yo, no te preocupes, joven mago de las apuestas —dijo sin dejar de reír—. Pero ¿dónde están esas trescientas libras?

—Las tiene guardadas Bassett. Somos socios.

—¡Ya! ¿Y cuánto va a apostar Bassett por Daffodil?

—Supongo que no apostará tan fuerte como yo. Tal vez llegue a ciento cincuenta.

—¿Peniques? —se burló el tío.

—Libras —dijo el niño, mirando sorprendido a su tío—. Bassett guarda una reserva mayor que la mía.

El tío Oscar, entre pasmado y divertido, guardó silencio. No insistió sobre el tema, pero resolvió llevar a su sobrino a presenciar el Lincoln.

—Ahora, muchacho —dijo—, voy a apostar veinte libras a Mirza, y pondré cinco libras por ti al caballo que se te antoje. ¿Cuál eliges?

—Daffodil, tío.

—¡No, un billete de cinco a Daffodil no!

—Creí que el billete era mío —dijo el chico.

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Tienes razón! Uno de cinco por mí y otro por ti a Daffodil.

El niño no había estado nunca en un hipódromo, y sus azules ojos llameaban. Con los labios fruncidos observó a un francés que justamente delante de él había apostado por Lancelot y, enloquecido por la emoción, agitaba los brazos desaforadamente, gritando «¡Lancelot! ¡Lancelot!» con su acento francés.

Daffodil entró primero, Lancelot segundo y Mirza tercero. El niño, con el rostro arrebatado y los ojos brillantes, se mantenía curiosamente sereno. Su tío le trajo cuatro billetes de cinco libras, cuatro a uno.

—¿Qué quieres que haga con esto? —gritó, blandiéndolos ante los ojos del chico.

—Hablaremos con Bassett —dijo Paul—. Creo que ahora tengo mil quinientas libras. Y veinte en reserva; y estas veinte.

Su tío lo estudió durante unos momentos.

—¡Vamos a ver, hijo! Lo de Bassett y esas mil quinientas libras no lo dices en serio, ¿verdad?

—Claro que lo digo en serio. Pero esto que quede entre nosotros, tío. ¿Palabra de honor?

—Muy bien. ¡Palabra de honor, hijo! Pero tengo que hablar con Bassett.

—Si quieres formar sociedad con Bassett y conmigo, tío, podríamos ser socios los tres. Sólo que tendrías que dar tu palabra de honor de que no se lo dirías a nadie. Bassett y yo tenemos suerte, y tú también debes de tenerla, porque fue con tus diez chelines con los que empecé a ganar...

El tío Oscar llevó una tarde a Bassett y a Paul al parque de Richmond, y allí hablaron.

—Verá, señor, todo ocurrió así —dijo Bassett—. El señorito Paul se empeñaba en que le contase cosas de las carreras, cuentos increíbles, ya sabe, señor. Y se mostraba muy interesado por saber si yo ganaba o si perdía. Hará cosa de un año aposté por él cinco chelines a Blush of Dawn... y perdimos. Luego cambió la suerte con aquellos diez chelines que usted le dio y que apostamos a Singhalese. Y desde entonces, si bien se mira, vamos viento en popa. ¿Qué opina usted, señorito Paul?

—Nos va muy bien cuando estamos seguros —contestó Paul—. Cuando no estamos completamente seguros es cuando fallamos.

—Oh, pero entonces andamos con mucho cuidado —comentó Bassett.

—Pero ¿cuándo están seguros? —preguntó el tío Oscar sonriendo.

—Eso es el señorito Paul, señor —dijo Bassett con un tono de sigilo sacramental—. Es como si le lloviera del cielo. Como últimamente con Daffodil, en el Lincoln. Era tan seguro como que me llamo Bassett.

Oscar Cresswell preguntó:

—¿Apostó usted algo a Daffodil?

—Sí, señor. Me llevé un buen pellizco.

—¿Y mi sobrino?

Bassett miró a Paul y guardó un silencio obstinado.

—Gané mil doscientas, ¿verdad, Bassett? Ya le dije al tío que iba a apostar trescientas a Daffodil.

—Exacto —dijo Bassett, asintiendo con la cabeza.

—Pero ¿dónde está el dinero? —preguntó el tío.

—Lo tengo guardado en lugar seguro, señor. El señorito Paul no tiene más que pedírmelo cuando lo quiera.

—¡Cómo! ¿Mil quinientas libras?

—¡Y veinte más! Cuarenta, mejor dicho, con las últimas veinte que ganó.

—¡Es asombroso! —exclamó el tío.

—Si el señorito Paul le propone que sean socios, yo que usted, señor, aceptaría, y perdone el atrevimiento.

—Quiero ver el dinero —dijo Oscar Cresswell tras meditar un rato.

Regresaron a casa y, efectivamente, Bassett se presentó a poco con mil quinientas libras en billetes de banco. Las veinte libras de reserva habían quedado en poder de Joe Glee, depositadas en la Federación Hípica.

—¡Como ves, tío, todo va bien cuando estoy seguro! Entonces apostamos fuerte, todo lo que tenemos. ¿No es así, Bassett?

—Así es, señorito Paul.

—¿Y cuándo estáis seguros? —preguntó el tío Oscar riendo.

—Bueno... algunas veces estoy absolutamente seguro, como con Daffodil —dijo el chico—; otras veces tengo un barrunto, y a veces ni siquiera eso, ¿verdad, Bassett? Entonces tenemos mucho cuidado, porque casi siempre fallamos.

—¡No me digas! Y cuando estás seguro, como en el caso de Daffodil, ¿qué es lo que te da esa seguridad, hijo?

—Bueno... no lo sé —contestó el chico desasosegadamente—. Estoy seguro, tío; eso es todo.

—Es como si le lloviera del cielo, señor —repitió Bassett.

—¡Eso parece! —dijo el tío.

Pero se convirtió en el tercer socio. Y próxima ya la fecha del Leger, Paul estuvo «seguro» de Lively Spark, un caballo insignificante. El chico insistió en apostar mil libras a aquel caballo. Bassett apostó quinientas y Oscar Cresswell doscientas. Lively Spark entró en primer lugar, y las apuestas se pagaron a razón de diez a uno. Paul ganó diez mil libras.

—¿Lo ves? —dijo—. Estaba completamente seguro.

Oscar Cresswell se había embolsado dos mil libras.

—Mira, muchacho —dijo—, estas cosas me ponen nervioso.

—¡No hay por qué, tío! Quizá no vuelva a estar seguro en mucho tiempo.

—Pero ¿qué vas a hacer con todo ese dinero?

—Empecé a hacer esto por madre, naturalmente. Dijo que no tenía suerte porque padre es desafortunado, así que pensé que si yo tenía suerte podrían cesar los susurros.

—¿Qué susurros?

—Los de nuestra casa. Odio nuestra casa por culpa de los susurros.

—¿Qué dicen esos susurros?

—Pues... pues... —balbució el niño— pues no lo sé. Pero nunca hay bastante dinero, ya sabes, tío.

—Lo sé, hijo, lo sé.

—Tú sabes que envían a madre citaciones judiciales, ¿verdad, tío?

—Me temo que sí.

—Y entonces la casa cuchichea, como cuando la gente se ríe a espaldas de uno. ¡Es horrible! Pensé que si yo tenía suerte...

—Podrías ponerle fin —añadió el tío.

El chico le miró con sus grandes ojos azules, que tenían un brillo frío y casi sobrenatural, pero no dijo nada.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer entonces? —preguntó el tío.

—No quisiera que madre se enterase de que tengo suerte.

—¿Por qué no, hijo?

—Porque no me dejaría continuar.

—No creo que te lo prohibiera.

—¡Oh! —El chico se retorció de un modo extraño—. No quiero que ella lo sepa, tío.

—¡Muy bien, hijo! Nos las arreglaremos sin que se entere.

Se las arreglaron muy fácilmente. Paul, a propuesta de su tío, le entregó cinco mil libras. Este las depositó en manos del abogado de la familia, quien debía informar a la madre de Paul que un pariente le había entregado dicha suma para que le fuera pagada a razón de mil libras anuales el día de su cumpleaños.

—De modo que recibirá un regalo de cumpleaños de mil libras durante cinco años seguidos —explicó el tío Oscar—. Espero que no se le haga más arduo después.

La madre de Paul cumplía años en noviembre. Ultimamente

los «cuchicheos» de la casa habían sido peores que nunca, y pese a su suerte Paul no podía soportarlo. Estaba impaciente por ver el efecto que producía la carta en que se comunicaba a su madre el regalo de las mil libras.

Cuando no había invitados, Paul comía con sus padres, pues ya se había emancipado del dominio de la niñera y del cuarto de juegos. Su madre iba a la ciudad casi todos los días. Había descubierto que tenía una destreza singular para diseñar pieles y telas de vestidos, de modo que trabajaba secretamente en el estudio de una amiga que era la diseñadora principal de los más destacados pañeros. Dibujaba los figurines de modelos vestidas con sedas, pieles o adornos relucientes para anuncios en la prensa. Esta joven diseñadora ganaba varios miles de libras al año; la madre de Paul, sin embargo, no pasaba de unos centenares, lo cual una vez más la hacía sentirse insatisfecha. Quería ser la primera en algo, pero no lo lograba, ni siquiera haciendo bocetos para anuncios de pañería.

La mañana del día de su cumpleaños, cuando estaban desayunando, Paul observó la cara de su madre mientras esta examinaba el correo. El niño conocía la carta del abogado, y vio que a medida que ella la leía su semblante se endurecía hasta volverse inexpresivo. Un gesto frío y resuelto apareció luego en su boca. Escondió la carta bajo el montón que formaban las otras y no hizo el menor comentario.

—¿Has recibido alguna noticia agradable por tu cumpleaños, madre? —preguntó Paul.

—Moderadamente agradable —respondió ella con voz fría y distraída.

Y sin decir más se fue a la ciudad.

Pero por la tarde se presentó el tío Oscar y dijo que la madre de Paul había tenido una larga entrevista con el abogado; quería saber si no podría adelantarle en el acto las cinco mil libras, ya que estaba endeudada.

—¿Qué opinas tú, tío? —inquirió el chico.

—Lo dejo a tu arbitrio, hijo.

—¡Oh, entonces que se las dé! Ya ganaremos más con lo que nos queda —fue la respuesta de Paul.

—¡Más vale pájaro en mano que ciento volando, muchacho! —dijo tío Oscar.

—Pero estoy seguro del Grand National; o del Lincolnshire; o si no del Derby. Estoy seguro de acertar el ganador de una de esas carreras —dijo Paul.

Así pues, el tío Oscar firmó el consentimiento y la madre de Paul percibió las cinco mil libras. Y entonces sucedió algo muy curioso. Las voces en la casa enloquecieron de pronto, como un coro de ranas en un atardecer de primavera. Se renovó parte del mobiliario, y a Paul le pusieron un preceptor. El próximo otoño iría realmente a Eton, el colegio donde estudiara su padre. Hubo flores en la casa durante el invierno, y un renacer del lujo al que estaba acostumbrada la madre de Paul. Y sin embargo las voces en la casa, tras los ramos de mimosas y las flores de almendro, y bajo las pilas de tornasolados almohadones, trinaban y chillaban, literalmente, en una especie de éxtasis: «¡Hace falta más dinero! Oh, oh, hace falta más dinero. Oh, ahora, ahooora mismo... ¡Hace falta más dinero!... ¡Más que nunca! ¡Más que nunca!»

Esto asustaba terriblemente a Paul. Estudiaba con aplicación latín y griego. Pero sus horas más intensas las pasaba con Bassett. El Grand National se había corrido ya; no había acertado, y perdió cien libras. El verano estaba próximo. Pasó verdadera angustia con el Lincoln; tampoco esta vez acertó; y perdió cincuenta libras. Sus ojos se desorbitaron, y tenía una mirada extraña, como si algo fuera a estallar en él.

—¡Olvídalo, hijo! ¡No te preocupes! —le apremiaba el tío Oscar.

Pero era como si el chico no pudiese oír realmente lo que su tío le decía.

—¡Tengo que acertar el Derby! ¡Tengo que acertar el Derby! —repetía el niño, cuyos grandes ojos azules relampagueaban de modo demencial.

La madre notó lo sobreexcitado que estaba.

—Mejor sería que fueses a pasar una temporada en la costa... ¿No te gustaría ir a la playa ahora, en lugar de esperar? Creo que sería mejor —le dijo, mirándole preocupada, con el corazón extrañamente oprimido por su causa.

Pero el niño alzó sus misteriosos ojos azules.

—¡No puedo ir antes del Derby, madre! —dijo—. ¡No puedo!

—¿Por qué no? —preguntó ella con el tono duro que adquiría

su voz cuando alguien la contradecía—. ¿Por qué no? Puedes muy bien ir al Derby desde la playa con el tío Oscar, si es eso lo que quieres. No es preciso que esperes aquí. Además, tu interés por las carreras me parece excesivo. Es mal síntoma. Mi familia ha sido una familia de jugadores, y hasta que seas mayor no sabrás cuánto daño nos ha hecho eso. Nos ha dañado mucho, créeme. Voy a tener que despedir a Bassett y pedir al tío Oscar que no hable contigo de carreras, a menos que me prometas ser razonable; vete a la playa y olvídalo. ¡Estás hecho un manojo de nervios!

—Haré lo que quieras, madre, con tal de que no me mandes fuera hasta después del Derby —dijo el chico.

—¿Mandarte fuera de dónde? ¿De esta casa?

—Sí —contestó él mirándola de hito en hito.

—¡Qué niño tan raro! ¿Qué es lo que de repente te hace interesarte tanto por esta casa? Nunca me pareció que la quisieras.

El la miró sin despegar los labios. Guardaba un secreto dentro de otro, algo que no había revelado a nadie, ni siquiera a Bassett o a su tío Oscar.

Pero su madre, después de permanecer indecisa y un poco adusta durante unos momentos, dijo:

—¡Perfectamente! Si no quieres, no vayas a la playa hasta después del Derby. Pero prométeme que no permitirás que se hagan trizas tus nervios. Prométeme que no pensarás tanto en las carreras de caballos y las pruebas, como tú las llamas.

—Oh, no —dijo el chico despreocupadamente—. No pensaré mucho en ellas, madre. No tienes por qué inquietarte. Si yo fuera tú, madre, no me inquietaría.

—¡Si tú fueras yo y yo fuera tú, me pregunto qué es lo que haríamos!

—Pero tú sabes, madre, que no tienes por qué inquietarte, ¿verdad? —repitió el chico.

—Estaría encantada si lo supiera —dijo ella con hastío.

—Oh, bueno, es que puedes saberlo. Quiero decir que deberías saber que no tienes por qué inquietarte —insistió el niño.

—¿De veras? Entonces procuraré hacerlo.

El secreto más recóndito de Paul era su caballo de madera, ese caballo que no tenía nombre. Desde que dejara de estar bajo

la férula de una niñera y de una institutriz, había hecho que lo trasladaran a su propio dormitorio en el piso alto de la casa.

—¡La verdad es que ya eres demasiado grande para un caballo de madera! —le había reprochado su madre.

—Bueno, madre, hasta que pueda tener un caballo de verdad, me gusta tener conmigo algún animal, aunque sea de madera —fue su original respuesta.

—¿Te parece que te hace compañía? —preguntó ella riendo.

—¡Oh, sí! Es muy bueno, siempre me hace compañía cuando estoy allí —contestó Paul.

Y así el caballo, bastante zarrapastroso, se quedó, con su perenne cabriola, en el dormitorio del muchacho.

Se aproximaba la fecha del Derby, y la tensión del chico aumentaba día a día. Apenas oía lo que le decían, estaba muy débil y en sus ojos había un brillo extraño, casi sobrenatural. Su madre sufría súbitos accesos de ansiedad a causa de él. En ocasiones le acometía un repentino desasosiego que se parecía mucho a la angustia. Sentía la necesidad de correr a su lado para cerciorarse de que estaba bien.

Hallábase en una gran fiesta en la ciudad, dos noches antes del Derby, cuando le oprimió el corazón uno de esos accesos de ansiedad respecto a su primogénito, hasta el punto de que casi no podía hablar. Luchó contra esta sensación con todas sus fuerzas, pues era mujer que rendía culto al sentido común. Pero fue en vano. Dejó de bailar y bajó al piso inferior para telefonear a su casa. La institutriz de las niñas, sorprendida y alarmada por aquella llamada en plena noche, acudió al teléfono.

—¿Están bien los niños, señorita Wilmot?

—Oh, sí, están perfectamente.

—¿Y el señorito Paul? ¿Está bien?

—Cuando se fue a acostar estaba como un reloj. ¿Quiere que suba a echar un vistazo?

—No —dijo la madre con renuencia—. ¡No! No se moleste. Déjelo. Y puede acostarse. Volveremos pronto. —No quería que se entremetieran en la intimidad de su hijo.

—Muy bien —dijo la institutriz.

Sería aproximadamente la una cuando los padres de Paul llegaron a casa. Todo estaba tranquilo. La madre entró en su cuarto

y se quitó la capa de pieles blanca. Había dicho a la doncella que no la esperase. Oyó cómo su marido se preparaba un whisky con soda en el piso bajo.

Y entonces, impulsada por la extraña angustia que le oprimía el corazón, subió furtivamente las escaleras y se deslizó sin ruido por el pasillo hacia el cuarto de su hijo. Parecióle oír un tenue ruido. ¿Qué era?

Se quedó quieta, muy tensa, escuchando pegada a la puerta. Era un ruido extraño, como de una cosa pesada, y sin embargo no era estrepitoso. Le dio un vuelco el corazón. Era un ruido sordo, aunque impetuoso y potente. Algo enorme se movía violenta y calladamente. ¿Qué era? En nombre de Dios, ¿qué podía ser? Ella debería saberlo. Le pareció que ya conocía aquel ruido. Sí, sabía lo que era.

Y sin embargo no podía identificarlo. No podía decir de qué se trataba. Y el ruido continuaba incesantemente, con verdadero frenesí.

Suavemente, helada de miedo y ansiedad, hizo girar el pomo de la puerta.

La habitación estaba a oscuras, pero en el espacio cercano a la ventana oyó y vislumbró algo que oscilaba de un lado a otro. Miró temerosa y asombrada.

Luego, de repente, encendió la luz y vio a su hijo, en pijama verde, montando como un poseso el caballo de madera. El resplandor le iluminó de pronto mientras fustigaba a su caballo, y la iluminó también a ella, que permanecía parada en el umbral, muy rubia, con un vestido de color verde pálido con abalorios.

—¡Paul! —gritó—. ¿Qué es lo que estás haciendo?

—¡Es Malabar! —chilló él con una voz extraña y potente—. ¡Es Malabar!

Paul dejó de fustigar al caballo de madera y durante un segundo absurdo y disparatado fijó en ella sus ojos centelleantes. Luego cayó al suelo con estrépito, y ella, desbordante de afligido amor maternal, se apresuró a levantarle.

Pero el niño estaba inconsciente, y así siguió. Deliraba, presa de una fiebre cerebral, agitado por violentas sacudidas, y su madre permanecía a su lado, petrificada.

—¡Malabar! ¡Es Malabar! ¡Bassett, Bassett, estoy seguro! ¡Es Malabar!

Así gritaba el niño, tratando de levantarse para impulsar al caballo de madera de quien provenía su inspiración.

—¿Qué quiere decir con eso de Malabar? —preguntó la madre con el corazón helado.

—No lo sé —repuso el padre fríamente.

—¿Qué quiere decir con eso de Malabar? —preguntó a su hermano Oscar.

—Es uno de los caballos que correrán en el Derby —fue la respuesta.

Y, a despecho de sí mismo, Oscar Cresswell habló a Bassett, y también él apostó mil libras por Malabar: su cotización era de catorce a uno.

El tercer día la enfermedad llegó a su punto crítico: todos esperaban un cambio. El niño, con su largo cabello crespo, se agitaba sin cesar sobre la almohada. No dormía ni recobraba el conocimiento, y sus ojos semejaban piedras azules. Su madre, sentada a la cabecera, sentía que había perdido el corazón, que se le había convertido realmente en una piedra.

Oscar Cresswell no vino al anochecer, pero Bassett envió un recado preguntando si podía subir un momento, sólo un momento. A la madre de Paul le enojó mucho aquella oficiosidad, pero después de recapacitar consintió en ello. El chico seguía igual; tal vez Bassett lograra que recobrase el conocimiento.

El jardinero, un tipo bajito con un bigotito castaño y unos ojillos penetrantes del mismo color, entró de puntillas en la habitación, saludó a la madre de Paul llevándose la mano a una gorra imaginaria y se acercó al lecho, clavando sus pequeños y brillantes ojos en el niño, que se debatía moribundo.

—¡Señorito Paul! —susurró—. ¡Señorito Paul! Malabar llegó el primero; un triunfo rotundo. Hice lo que usted me dijo. Ha ganado más de setenta mil libras, de veras; tiene usted más de ochenta mil. Malabar triunfó en toda la línea, señorito Paul.

—¡Malabar! ¡Malabar! ¿Dije Malabar, madre? ¿Dije Malabar? ¿Crees que tengo suerte, madre? Sabía que ganaría Malabar. ¡Más de ochenta mil libras! A eso le llamo tener suerte, ¿tú no, madre?

¡Más de ochenta mil libras! ¡Lo sabía, estaba seguro! Malabar llegó el primero. Si monto mi caballo hasta tener la seguridad, entonces puedes apostar todo lo que quieras, Bassett, te lo digo yo. ¿Apostaste todo lo que tenías, Bassett?

—Aposté mil libras, señorito Paul.

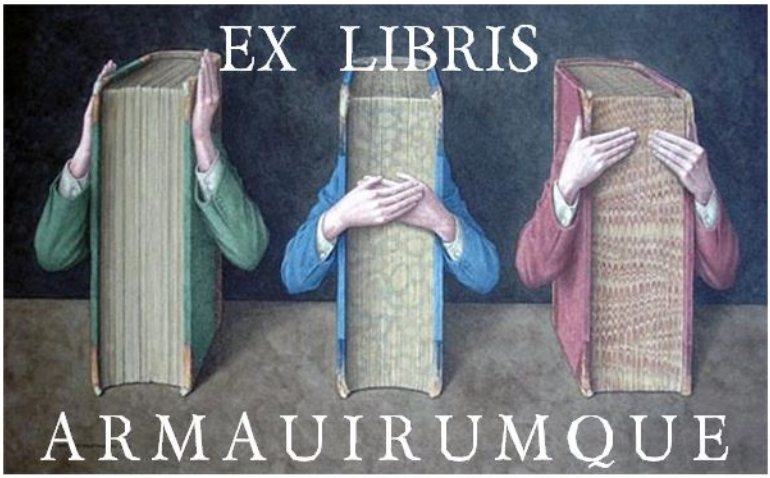
—Nunca te dije, madre, que si monto mi caballo y consigo llegar, entonces estoy absolutamente seguro..., ¡sí, absolutamente! ¿No te lo dije nunca, madre? ¡Tengo suerte!

—No, nunca me lo dijiste —contestó la madre.

Pero el niño murió aquella noche.

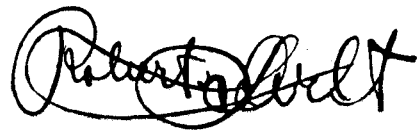
Y cuando yacía muerto, la madre oyó la voz de su hermano que le decía:

—Dios mío, Hester, has ganado ochenta y pico mil libras y has perdido a tu desdichado hijo. Pero, pobrecillo, pobrecillo, mejor es que haya dejado un mundo en el que tenía que montar su caballo de madera para encontrar un ganador.



PEQUEÑOS PROPIETARIOS

ROBERTO ARLT/ARGENTINA



Cierta noche, Eufrasia, poco después de cenar, le dijo a Joaquín, su esposo:

—¿Sabés?, tengo el presentimiento de que el de al lado le roba materiales al infeliz a quien le está construyendo la casa.

Joaquín la soslayó hosco con su ojo de vidrio.

—¿De dónde sacás eso?

—Porque hoy al oscurecer vino con el carrito cargado de polvo de ladrillo y tapado con bolsas, para disimular.

—No puede ser.

—Sí, porque ayer traía unos mosaicos debajo del brazo, también envueltos en una bolsa rota. Y se les veía el canto.

—Entonces..., ¡quién sabe!...

—Sí..., también me fijé cuando tenía la otra obra. Al principio llegaba temprano con el carrito; después, cuando estaba por terminar, mucho más anochecido, y siempre el carrito tapado. Con ese material deben haber construido la marquesina.

Taciturno, replicó Joaquín:

—Claro, así es fácil construir obras y hacerse marquesinas para darle envidia a los otros.

Luego no hablaron más. Cenaron en silencio, y el ojo de Joaquín, el corredor y pequeño propietario, estaba tan inmóvil como su otro de vidrio.

Sólo al acostarse, cuando Eufrasia iba a apagar la lámpara, dijo

sin mirar a su esposo, con la voz ligeramente desnaturalizada por el deseo de que fuera natural:

—Si el dueño de la casa lo supiera...

—Lo hace meter preso —fue el único comentario del tuerto. Luego se acostaron y ya no hablaron más.

Los dos propietarios se odiaban con rencor tramposo.

Tal sentimiento había madurado al calor de oscuras ingnominias, y lo teñía de colores distintos la desemejanza de desgracia que se deseaban.

Cosme, el albañil, invocaba sobre la propiedad de Joaquín una catástrofe súbita. No podría especificar, si se lo preguntaran, qué clase de catástrofe era la que le deseaba a su vecino, ya que esta no llegaba sino en excepcionales casos a la muerte. Y esta falta de imaginación le atormentaba con iras fugaces, pero tormentosas, pues estaba seguro de que si se concretara su deseo, sería feliz.

En cambio, Joaquín había objetivado este anhelo.

Deseaba que el albañil se arruinara.

Se imaginaba que su vecino no podía pagar las mensualidades del terreno que con poca diferencia de tiempo habían comprado a plazos, y el sencillo acto de representarse la roja bandera de remate flameando en el jardín de Cosme le regocijaba siniestramente. Crujíanle los dientes y su ojo de vidrio traslucía un fulgor más intenso que el otro, al acecho, bajo un fino párpado siempre arrugado.

Dos hechos fueron el origen de este odio.

Cuando Joaquín compró el terreno, pidióle presupuesto, para la casa que pensaba construir, a Cosme, y luego lógicamente le dio la obra a otro albañil.

Pero como necesitó utilizar la medianera de su vecino, este, furioso, le exigió un precio superior al valor natural, y Joaquín, rechinando los dientes, se negó a pagar. Una mañana en que el albañil estaba ausente hizo colocar las vigas del techo, sostenidas provisoriamente por unos parantes, de modo que cuando Cosme llegó era demasiado tarde para detener la obra.

Mas como el importe de esta era inferior al de la cantidad requerida para sustanciar un litigio ante los tribunales (imposibilidad que lo puso furioso al albañil, pues deseaba arruinar a Joaquín), el asunto fue a parar a un Juzgado de Paz, y en el plazo de un año

y medio Cosme cruzó, sombrío y tempestuoso, sucios salones atestados de oficiales de justicia y palurdos aburridos. Conoció todas las triquiñuelas de los que no quieren pagar y durante numerosos meses buscó en su caletre arduos sistemas para asesinar a su vecino; mas como era un bruto, no se le ocurría nada, y al fin, cuando ya desesperaba de la justicia terrestre, cobró.

Pasó el tiempo, y este odio creció, ya no con la energía brutal del primer año; porque ahora que ellos estaban en reposo, el rencor maduraba a la sombra, destilando en el alma de los propietarios un jugo que les engordaba los tuétanos, rezumándoles en el alma feroces proyectos y cierto goce oscuro y vigilante: el presentimiento de que algún día el otro se «las pagaría».

La primera puñalada trapera partió del albañil.

Joaquín construyó una piecita sin presentar el plano a la municipalidad, y lo más grave es que no le hizo colocar el contrapiso, de acuerdo a lo reglamentado en el Digesto.

Cosme lo supo, charlando con el peón de Joaquín en el despacho de bebidas del almacén de la esquina, y puso esta gravísima infracción en conocimiento del inspector municipal de la zona.

Vino este, y el corredor tuvo que abonar una fuerte multa, pero no sin haber visto antes cómo el inspector destrozaba su hermoso piso de pinotea, a fin de comprobar la infracción.

Aquel día una lágrima cayó de su ojo de vidrio, mientras Eufrasia maldecía en la cocina el poco carácter de su esposo en no irle a buscar querella al albañil. Y este esa noche se sumergió en su camastro mascullando dulces palabras torvas.

Siete meses después el albañil compró un carro y un caballo para transportar sus materiales a la obra, pero por negligencia no construyó la caballeriza de acuerdo a las disposiciones del Digesto Municipal. Joaquín, so pretexto de examinar su techo, subió al de Cosme, estudió aquel establo provisorio, luego se hizo recomendar a un inspector, y un buen día el albañil fue sorprendido por una multa, amén de la orden de construir la caballeriza, que le costó más que el carro y el caballo.

El éxito de estas cuchilladas, lubricadas con jurisprudencia, no marchitaba aquel odio.

Joaquín no podía ver a Cosme sin estremecerse de rabia, y la

grosera figura del otro le espantaba hasta la repulsión física, pues el albañil era pequeño, morrudo, cargado de espaldas, y en su cara biliosa había, siempre sonriendo, impúdicos, dos ojuelos verdes. Su voz surgía sesgada, recargada del sonido «guee», y cuando Joaquín le escuchaba se escalofriaba hasta el malestar físico. Y, sin embargo, charlaban.

Porque a veces conversaban. El tema era el desmesurado costo de los ladrillos o cualquier otra cosa.

Joaquín, que necesitaba mil ladrillos para el invierno próximo, comentaba:

—Dicen que van a subir a cuarenta el mil.

—A cuarenta y cinco.

—Pero eso es un escándalo. ¿Se da cuenta usted? Diez pesos de aumento el mil.

Y por esos cinco pesos de exceso que tendría que pagar dentro de cuatro meses se estaba una hora protestando con el otro contra el país y sus leyes, solidarizados por la común desgracia del costo del material.

Sentían el placer de ser avaros, y, a la inversa de la gente de otra condición, en vez de ocultar el defecto lo exhibían como una virtud, regodeándose en su tacañería.

Y Joaquín, que era más sensible y romántico que Cosme, cuando conversaba de estas miserias, le parecía ser igual al dueño de un conventillo de la calle Loyola, y entonces insistía en su argumento, esperanzado de llegar a ser algún día un propietario gordo, que a la puerta de su casa remienda la tapia con un balde lleno de tierra romana.

Y lo único que se reprochaba era no ser demasiado mezquino.

A pesar de esta aparente cordialidad, cuando conversaba con el albañil, le parecía entrever en las verdes pupilas del otro un alma inmóvil, pesada como un monstruo de carne cruda, que entorpecía sus sensaciones, suspendiéndole en una sonrisa tímida, de la áspera cháchara de Cosme.

Y no discutía con él sino que, por lo general, asentía a lo que el albañil decía, mientras que todos los nervios se le sublevaban en una contracción silenciosa, que al transcurrir los siguientes días se traducía en sus pensamientos en una crispadura roja, como la de

una epidermis cicatrizada después de una quemadura. Y sus pensamientos, semejantes a sanguijuelas, se movían en un mundo homicida y fangoso.

En cambio, el albañil se veía caer sobre Joaquín con un puñal en la izquierda.

Era en la esquina lúgubre de su casa, con los desperdicios de basura en la vereda de tierra y el farol de nafta iluminando con su luz amarilla un círculo del que Cosme brotaba cuando pasaba el tuerto.

En tanto sus deseos no se consumaban, desacreditaba la casa, y cuando Joaquín quiso venderla y recibió la visita de un comprador, Cosme, que escuchó la conversación por la baja tapia del fondo, siguió al desconocido y, una vez que este se hubo separado de Joaquín, lo interpeló convenciéndole de que la casa estaba construida con pésimos materiales, lo cual era cierto.

Además, este odio era cuidado, abonado, puesto en tensión como las cuerdas de un violín, por sus respectivas esposas.

Se deseaban padecimientos atroces, lo que no les impedía hablarse sonriendo, adulándose respecto a insignificancias, dedicándose en los saludos sonrisas melosas, cambiando entre sí melifluos «sí, señora» y «no, doña», porque la mujer del corredor, que usaba sombrero y medias de seda, era «señora» para la otra, que sólo gastaba batón para salir y no se cortaba la melena. Y como las propiedades estaban divididas por un cerco de alambre, conversaban a la hora de la siesta, buscándose a su pesar, yendo al jardín a recortar las rosas mondadas por las hormigas o a preguntarse la hora, motivos estos que eslabonaban conversaciones inagotables, donde se sacaba a relucir la vida de la carbonera y la posibilidad de un tranvía en la calle próxima, dándose con solicitud conmovedora consejos sobre compotas y modos de podar las plantas.

En estos diálogos ocurría a la inversa que en los de los hombres, y era que la mujer de Cosme daba siempre la razón a la de Joaquín, imitando el modo de conversar de la «señora Eufrasia», sonriendo con sonrisas que le doblaban el vértice del labio hacia el ojo izquierdo, mientras que, a su vez, la «señora» movía en gesto de comprensión la cabeza hacia la pechera de su batón, gesto que era característico en la analfabeta, que se había hecho de este tic para no

demostrar ignorancia. Pues tal movimiento era un compuesto de comprensión e indulgencia, o sea las condiciones de inteligencia elevadas a su máximo, descubrimiento inconsciente, pero que utilizaba con acierto la mujer del albañil.

Y el odio que no podían enrostrarse, la casi repulsión que las separaba, ponía en estos diálogos una atracción, y, sin repararlo, cuando ambas conversaban, estaban como esas criaturas que, temiendo el vacío, se asoman a los altos ventanales.

Ahora Joaquín no podía dormir.

Súbitamente se había introducido una incomodidad en su conciencia. Era aquello algo extraño, cierto apresuramiento del tiempo a través de sus nervios, de modo que la sangre, empujada por el frenesí de los minutos, corriendo más rápidamente, tornaba anhelosa su respiración.

Bruscamente se le había transformado la vida, mas ¿por qué su esposa no lo miró antes de acostarse?

Recordándolo, le parecía raro el tono de su voz, que ahora se le presentaba un poco desnaturalizada por el deseo de que el pensamiento expresado pareciera la consecuencia de una actitud natural.

Y, aunque desasosegado, no se movía.

El tiempo no pasaba nunca en las tinieblas; pero, descentrado por una ansiedad de espera, sentía que la mitad longitudinal de su cuerpo pesaba más que la otra, debido a un repentino descentramiento de la conciencia.

Y no quería asomarse a sus pensamientos, porque le parecía que de levantar la cabeza, chocaría la frente con ellos.

Luego, entornando los ojos, miró por el intersticio de los postigos el cilindro amarillo que en el fanal del farol oscilaba tristemente y se dio cuenta que en la calle soplaba el viento.

Pero no se movía; tan inmóvil estaba, que lo sobresaltó la voz de su esposa preguntando:

—¿Qué te pasa que no dormís?

Y a las doce de la noche estaba aún despierto.

Tal silencio pesaba en el cubo negro de la estancia, que el silencio parecía el susurro tibio de los fantasmas desprendiéndose de los muros. Había algo de horrible en esa situación.

Tenía la impresión de que su esposa estaba incorporada junto

a la almohada, pero él no la reconocía, porque de aquel semblante amable durante el día sólo restaba un perfil de hueso de nariz rampante y terrible mirada lechosa, que, atravesando su carne, estampaba en su conciencia un dictado terrible.

Tan fuerte era el llamado implacable, que se revolvió espantado en su cama, al tiempo que con voz suave le preguntaba su esposa.

—¿Qué te pasa que no dormís?

No podía dormir.

Les atenaceaba el mismo deseo pesado, la igual perspectiva de desastre que podían desencadenar sobre el albañil; y la figura de Cosme surgía ante sus ojos, desmesurada en la soledad de la callejuela, encorvada en el pescante de su carrito, con el pelo enredado sobre la frente y soslayando con sus ojuelos verdosos la carga roja de polvo de ladrillo.

O veían esto otro; y era el sargento de policía llegando en el crepúsculo a la casa de Cosme, golpeaba las manos, y de pronto, ellos, escondidos detrás de la ventana que daba al jardín, escuchaban:

—¡Señora..., su marido está preso por ladrón!...

Un grito desgarrador cruzaba la perspectiva, y la mujer caía desvanecida en el patio de mosaico, mientras que ellos solícitos acudían corriendo y preguntando:

—¿Qué le pasa, señora..., qué le pasa?

Y ya Joaquín, no pudiendo soportar más su pensamiento, dijo en voz alta:

—No, por eso no lo van a condenar.

—¿Por qué?

Dejó caer el brazo en la almohada de su esposa y dijo:

—Le darán dos años de cárcel..., pero condicional... Lo único es el dolor de cabeza.

—Te entiendo.

—De lo que me alegro, porque uno es sensible, aunque no quiera. Eso, sí..., lo más que le va a pasar es que le rematarán la casa...

—¿Quién?...

—El dueño de la otra obra..., por daños y perjuicios.

En silencio se refocilaron los cónyuges, asomados a la siniestra perspectiva judicial de una tarde de domingo, con la callejuela re-

corrida de honestos propietarios, excitados por un remate ordenado por el juez. ¡Qué plato para la ferocidad del barrio!

Veían la bandera roja flameando con la caña tacuara, mientras que ellos, seguros, calafateados en su «casa propia», comentaban en rueda con el carbonero y la panadera las ventajas de ser honrados y esas desgracias que ocurren por «ensuciarse por una miseria».

Paladeando sus frases, Joaquín agregó:

—A nadie le gusta pagar..., y el dueño de la obra va a encontrar admirable el pretexto de que Cosme lo robaba para hacerlo meter preso y no aflojar la plata que le debe...

—Pero ¿por una miseria así?...

Joaquín replicó, indignado:

—¿Una miseria? ¡Estás loca tú! El otro día lo pusieron preso a un carpintero por llevarse unas alfarjías y un paquete de clavos de la obra. ¿Dónde iríamos a parar si cada uno hiciera lo que quisiera? ¡No, m'hija, hay que ser honrados!

—Sí, la frente limpia...; pero ¿cómo vas a hacer?...

—Mañana me averiguo dónde está la obra..., la dirección del dueño...

—No le vas a escribir, ¡eh!...

—Sí..., pero le hago un anónimo a máquina.

—¡Cómo se va a poner la hipocritona de su mujer! Fíjate que ayer, con el pretexto de enseñarme un figurín, me dice: «Ah, ¿no sabe?, cuando mi marido termine la obra, le vamos a poner persianas a todas las puertas.» Y todo, ¿sabes para qué?, para hacerme «estrilar».

—¡Qué gentuza!

—Y pensar que uno tiene que tratarse con ellos...

—Dejá..., mañana los arreglaremos..

Bostezó Joaquín un instante y, ya cansado, dijo:

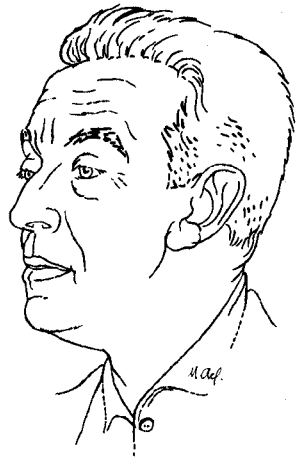
—Me voy a dormir. Hasta mañana, querida.

—¿Y no me das un beso?

—Tomá... y que duermas bien.

EL HOMBRE QUE ATRAVESABA LOS MUROS

MARCEL AYMÉ/FRANCIA



En Montmartre, en el tercer piso del 75 bis de la calle d'Orchampt, vivía un hombre excelente llamado Dutilleul que poseía el don singular de pasar a través de las paredes sin esfuerzo alguno. Gastaba quevedos, tenía perilla negra y era empleado de tercera clase del Catastro. En invierno, iba a la oficina en autobús, y cuando llegaba el buen tiempo, hacía el trayecto a pie, con su sombrero hongo en la cabeza.

Dutilleul acababa de cumplir los cuarenta y dos años cuando tuvo la revelación de su poder. Una noche en que una corta avería de electricidad le sorprendió en el vestíbulo de su pequeño apartamento de soltero, tanteó un momento en las tinieblas, y cuando volvió la corriente se encontró en el rellano de las escaleras del tercer piso. Como la puerta de su casa estaba cerrada por dentro con llave, el incidente le dio que pensar y, a pesar de las exhortaciones de la razón, decidió volver a entrar en su casa como había salido, esto es, pasando a través de la pared. Esta extraña facultad, que no parecía responder a ninguna de sus aspiraciones, no dejó de contrariarle un poco, y al día siguiente, como era sábado, aprovechando la semana inglesa, fue a ver a un médico del barrio para exponerle el caso. El doctor pudo convencerse de que decía la verdad y, después de examinarlo, descubrió la causa del mal en un endurecimiento helicoidal del tabique estrangular del cuerpo tiroides. Le prescribió un régimen de trabajo intensivo y, a razón de dos pastillas al año,

la absorción de polvo de pireta tetravalente, mezcla de harina de arroz y de hormonas de centauro.

Después de tragarse la primera pastilla, Dutilleul guardó la medicina en un cajón y no volvió a pensar más en ello. En cuanto al trabajo intensivo, su actividad de funcionario estaba regulada por unas costumbres que no daban lugar a ningún exceso y sus horas de ocio, dedicadas a la lectura del periódico y a su colección de sellos, tampoco le obligaban a un gasto irrazonable de energía. Así pues, al cabo de un año conservaba intacta la facultad de pasar a través de las paredes, aunque no la utilizaba nunca sino por inadvertencia, pues era poco amigo de aventuras y reacio a los arrebatos de la imaginación. Ni siquiera se le ocurría la idea de entrar en su casa de otra forma que no fuera por la puerta y después de haberla abierto debidamente, haciendo funcionar la cerradura. Tal vez habría llegado a viejo en la paz de sus costumbres sin tener la tentación de probar sus dones si un acontecimiento extraordinario no hubiera venido a trastornar de repente su existencia. El señor Mouron, el subjefe de la oficina, llamado a otras funciones, fue sustituido por el señor Lécuyer, hombre de pocas palabras y de bigote hirsuto. Desde el primer día, el nuevo subjefe vio con malos ojos que Dutilleul usara quevedos de cadenilla y una perilla negra, y empezó a tratarlo como si fuera una antigualla molesta y algo sucia. Pero lo más grave era que pretendió introducir en el servicio reformas de un alcance considerable y muy a propósito para turbar el sosiego de su subordinado. Desde hacía veinte años, Dutilleul empezaba las cartas con la fórmula siguiente: «Refiriéndome a su atenta del tantos de los corrientes y recordándole nuestro intercambio de cartas anterior, tengo el gusto de comunicarle...» Fórmula que el señor Lécuyer pretendió sustituir por otra de un estilo más americano: «En contestación a su carta del tantos, le comunico...» Dutilleul no pudo acostumbrarse a estas nuevas formas epistolares. A pesar suyo, volvía siempre a la manera tradicional con una obstinación mecánica que le valió la enemistad creciente del subjefe. La atmósfera del Catastro se le hacía casi inaguantable. Por las mañanas, se dirigía al trabajo con recelo, y por la noche, en la cama, meditaba con frecuencia un cuarto de hora entero antes de poder conciliar el sueño.

Furioso por esta voluntad retrógrada que comprometía el éxito

de sus reformas, el señor Lécuyer había relegado a Dutilleul a un oscuro tabuco contiguo a su despacho. A este tabuco se entraba por una puerta baja y estrecha que daba al pasillo y que tenía todavía un letrero con letras mayúsculas que decía: Trastero. Dutilleul había aceptado con paciencia esta humillación sin precedente, pero en su casa, cuando leía en el periódico el relato de algún suceso sangriento, se sorprendía soñando con que la víctima era el señor Lécuyer.

Un día, el subjefe irrumpió en el cuartucho blandiendo una carta y empezó a vociferar:

—¡Vuelva a empezar esta porquería! ¡Vuelva a empezar esta porquería sin nombre que deshonra mi servicio!

Dutilleul intentó protestar, pero el señor Lécuyer, con voz tonante, lo trató de cucaracha rutinaria, y antes de marcharse, estrujando la carta que tenía en la mano, se la tiró a la cara. Dutilleul era modesto, pero orgulloso. Una vez solo en su cuartucho, empezó a subirle la temperatura y, de pronto, se sintió presa de la inspiración. Levantándose del asiento, entró por la pared que separaba su despacho del de Lécuyer, pero con prudencia, de tal forma que solamente asomaba la cabeza por el otro lado. El señor Lécuyer, sentado a su mesa de trabajo, con una pluma todavía nerviosa, cambiaba una coma en el texto de un empleado sometido a su aprobación cuando oyó toser en su despacho. Levantando la vista, descubrió con un espanto indecible la cabeza de Dutilleul, pegada a la pared como si fuera un trofeo de caza. Con la diferencia de que esta cabeza estaba viva y, a través de los quevedos de cadenilla, clavaba sobre él una mirada de odio. Y lo que es más, la cabeza se puso a hablar.

—¡Golfo, cernícalo, galopín!

Con la boca abierta de horror, el señor Lécuyer no podía apartar la mirada de aquella aparición. Por fin, levantándose del sillón, se precipitó hacia el pasillo y llegó rápidamente al cuartucho. Dutilleul, con la pluma en la mano, estaba instalado en su sitio habitual, en una actitud apacible y laboriosa. El subjefe lo miró durante algún tiempo y, después de murmurar unas palabras, volvió a su despacho. Apenas se había vuelto a sentar, la cabeza volvía a reaparecer en la pared.

—¡Golfo, cernícalo, galopín!

Sólo durante aquel día la temible cabeza apareció veintitrés veces en la pared, y los días siguientes con parecida frecuencia. Dutilleul, que había adquirido cierta soltura en este juego, no se contentaba ya con insultar al subjefe. Profería amenazas oscuras, gritando por ejemplo con una voz sepulcral, subrayada por risas verdaderamente demoníacas:

—¡Coco, coco! ¡Que viene el coco! *(risas)*. La carne se estremece y el aire se impregna de horror *(risas)*.

Al oír esto, el pobre subjefe palidecía cada vez más, se quedaba sin aliento, se le erizaba el cabello y por la espalda le corrían horribles sudores de muerte. El primer día adelgazó medio kilo. La semana siguiente, además de enflaquecer a ojos vistas, empezó a comer la sopa con el tenedor y a saludar militarmente a los guardias municipales. Al principio de la segunda semana, una ámbulancia tuvo que ir a recogerlo a su domicilio para llevárselo a un sanatorio.

Dutilleul, liberado de la tiranía del señor Lécuyer, pudo volver a escribir sus fórmulas preferidas: «Refiriéndome a su atenta del tantos de los corrientes...» Sin embargo, estaba insatisfecho. Un anhelo surgía en su interior, una necesidad nueva, imperiosa, que era nada menos que la necesidad de pasar a través de las paredes. Por supuesto, podía hacerlo con toda facilidad, por ejemplo en su casa, y por lo demás no dejaba de hacerlo. Pero el hombre que posee unos dones extraordinarios no puede satisfacerse durante mucho tiempo ejercitándolos sobre un objeto mediocre. Pasar a través de las paredes no podía constituir por otra parte un fin en sí. Es el principio de una aventura que exige una continuación, un desarrollo y, en suma, una retribución. Dutilleul lo comprendió muy bien. Sentía en él una necesidad de expansión, un deseo creciente de realizarse y de superarse, y cierta nostalgia que era algo como la llamada del otro lado de la pared. Desgraciadamente, le faltaba una finalidad. Buscó inspiración en la lectura de los periódicos, especialmente en las secciones de política y deportes, que le parecían ser actividades honorables, pero dándose cuenta al final de que no ofrecían ninguna oportunidad a las personas que pasan a través de las paredes, se replegó hacia los sucesos, que se revelaron de lo más sugestivos.

El primer robo llevado a cabo por Dutilleul lo realizó en un gran

establecimiento de crédito de la orilla derecha del Sena. Después de atravesar unas doce paredes y tabiques, penetró en diversas cajas fuertes, se llenó los bolsillos de billetes de banco y, antes de retirarse, firmó su latrocinio con tiza roja, usando el seudónimo de El Coco y una rúbrica muy bonita que al día siguiente reprodujeron todos los periódicos. Al cabo de una semana, el nombre del Coco adquirió una extraordinaria celebridad. La simpatía del público iba sin reservas a este prestigioso ladrón que se burlaba tan donosamente de la policía. Todas las noches hacía hablar de él con una nueva hazaña llevada a cabo en detrimento de un banco o de una joyería o de un particular rico. Tanto en París como en provincias, no había mujer algo soñadora que no experimentase el ferviente deseo de pertenecer en cuerpo y alma al terrible Coco. Después del robo del famoso diamante de Burdigala y de desvalijar al Crédito Municipal, fechorías perpetradas ambas en la misma semana, el entusiasmo de la muchedumbre llegó al delirio. El ministro del Interior tuvo que dimitir, arrastrando en su caída al director del Catastro. Entretanto, Dutilleul, convertido en uno de los hombres más ricos de París, seguía llegando puntualmente a la oficina, y su nombre sonaba como posible candidato a la condecoración de las palmas académicas. Por las mañanas, en la oficina, lo que más le divertía era oír los comentarios que hacían sus compañeros sobre las hazañas de la víspera. «Ese Coco», decían, «es un hombre formidable, un superhombre, un genio.» Al oír tales elogios, Dutilleul se ruborizaba turbado y, detrás de sus quevedos de cadenilla, su mirada resplandecía de amistad y gratitud. Un día, esta atmósfera de simpatía le dio tal confianza que no pudo guardar el secreto más tiempo. Con cierta timidez, miró fijamente a sus compañeros agrupados alrededor de un periódico que relataba el asalto al Banco de Francia, y declaró con una voz modesta: «Sabéis una cosa, el Coco soy yo». Una carcajada enorme e interminable acogió la confidencia de Dutilleul, a quien desde entonces, por burla, le colgaron el mote del Coco. Por las tardes, a la hora de salir de la oficina, era objeto de bromas sin fin por parte de sus camaradas y la vida le parecía menos bella.

Unos días más tarde, el Coco se dejó atrapar por una ronda de noche en una joyería de la calle de la Paix. Después de estampar su firma en el mostrador, se había puesto a cantar una canción

tabernaria mientras rompía con estrépito diferentes escaparates con un gran vaso de oro macizo. Le hubiera sido fácil desaparecer por una pared y escaparse de esta forma de la ronda de noche, pero todo nos hace creer que quería ser detenido, probablemente con el único objeto de confundir a sus compañeros, cuya incredulidad le había mortificado tanto. Estos, en efecto, se quedaron muy sorprendidos cuando los periódicos del día siguiente publicaron en primera página la fotografía de Dutilleul. Entonces lamentaron amargamente haber menospreciado a su genial compañero, y todos le rindieron homenaje dejándose crecer la perilla. Algunos de ellos, impulsados por el remordimiento y la admiración, incluso intentaron echar mano de la cartera o del reloj de familia de algún amigo o conocido.

Habrá quien probablemente juzgará que el hecho de dejarse echar el guante por la policía para asombrar a unos cuantos compañeros demuestra una gran ligereza, indigna de un hombre excepcional, pero el resorte aparente de la voluntad cuenta muy poco en una determinación semejante. Al renunciar a la libertad, Dutilleul creía ceder a un orgulloso deseo de desquite, cuando en realidad lo que hacía era deslizarse sencillamente por la pendiente de su destino. Un hombre que pasa a través de las paredes no puede considerar lograda su carrera si no ha probado al menos una vez la cárcel. Cuando Dutilleul penetró en los locales de la Santé (1), tuvo la impresión de ser mimado por la suerte. El espesor de los muros era para él un verdadero regalo. Al día siguiente de su encarcelamiento, los carceleros descubrieron con estupefacción que el prisionero había clavado un clavo en el muro de su celda y que había colgado de él un reloj de oro que pertenecía al director de la cárcel. Dutilleul no pudo o no quiso revelar cómo ese objeto había llegado a su poder. El reloj fue devuelto a su dueño, pero al día siguiente volvieron a encontrarlo a la cabecera del Coco con el tomo primero de *Los tres mosqueteros,* procedente de la biblioteca del director. El personal de la Santé estaba en ascuas. Los carceleros se quejaban además de recibir patadas en el trasero sin poder explicar la procedencia. Parecía que las paredes tuvieran no ya oídos, sino pies. El Coco llevaba detenido una semana cuando el director de la Santé, al entrar una mañana en su despacho, encontró en su mesa la carta siguiente:

(1) Cárcel de París. (N. del T.)

Señor director:

Refiriéndome a nuestra conversación del 17 de los corrientes y recordándole sus instrucciones generales del 15 de mayo del año pasado, tengo el gusto de comunicarle que acabo de terminar la lectura del tomo segundo de *Los tres mosqueteros* y que pienso fugarme esta noche entre las once y veinticinco y las once y treinta y cinco.

Aprovecha la ocasión para despedirse de usted respetuosamente,

EL COCO.

A pesar de la estrecha vigilancia a que fue sometido aquella noche, Dutilleul se evadió a las once treinta. La noticia, conocida por el público al día siguiente por la mañana, produjo en todas partes un entusiasmo extraordinario. Sin embargo, después de efectuar un nuevo robo que le llevó a la cima de la popularidad, Dutilleul parecía poco preocupado por esconderse y circulaba por Montmartre sin ninguna precaución. Tres días después de la evasión, fue detenido en el Café du Rêve de la calle Caulaincourt, un poco antes del mediodía, cuando bebía una copa de vino blanco con unos amigos.

Llevado de nuevo a la Santé y encerrado con triple cerrojo en un calabozo oscuro, el Coco se escapó aquella misma noche y fue a acostarse al apartamento del director, en el cuarto de huéspedes. A la mañana siguiente, hacia las nueve, llamó a la muchacha para que le llevara el desayuno y se dejó coger en la cama, sin resistencia, por los carceleros, que fueron avisados inmediatamente. Indignado, el director montó una guardia a la puerta de su calabozo y le castigó a pan y agua. Hacia mediodía, el prisionero se fue a comer a un restorán próximo a la cárcel, y cuando terminó de beberse el café, llamó por teléfono al director.

—¡Oiga! ¿Señor director? Estoy en un apuro; hace un rato, en el momento de salir, se me olvidó cogerle la cartera y ahora me encuentro sin dinero en el restorán. ¿Tendría la amabilidad de mandar a alguien para que pague la cuenta?

El director acudió en persona al restorán y se enfureció tanto que empezó a proferir amenazas e insultos. Herido en su dignidad, Dutilleul se escapó la noche siguiente para no volver más. Esta vez, tuvo la precaución de afeitarse la perilla negra y cambiar los quevedos de cadenilla por unas gafas de concha. Una gorra deportiva y un traje de grandes cuadros con pantalones de golf terminaron de

transformarlo. Y se instaló en un pequeño apartamento de la avenida Junot, donde, desde antes de su primer arresto, había transportado parte de sus muebles y los objetos a los que tenía más apego. El ruido de su fama comenzaba a cansarlo, y desde su estancia en la Santé estaba un poco hastiado del placer de pasar a través de las paredes. Las más espesas, las más orgullosas, ahora le parecían simples biombos, y soñaba con introducirse en el corazón de alguna maciza pirámide. Al mismo tiempo que maduraba un viaje a Egipto, llevaba una vida de lo más apacible, repartida entre su colección de sellos, el cine y largos callejeos por Montmartre. Su metamorfosis era tan completa que pasaba, lampiño y con gafas de concha, al lado de sus mejores amigos sin que le reconocieran. Sólo el pintor Gen Paul, a quien ningún cambio ocurrido en la fisonomía de un viejo habitante del barrio hubiera podido escapar, había terminado por descubrir su verdadera identidad. Una mañana que se dio de narices con Dutilleul en la esquina de la calle de l'Abreuvoir, no pudo contenerse y le dijo en su ruda jerga:

—Eh, tú, ya veo que te has encaratulado de fifiriche para trufar a los de la bofia. —Lo que en lenguaje vulgar significa más o menos: ya veo que te has disfrazado de señorito para engañar a los inspectores de policía.

Dutilleul susurró:

—¡Ah, me has reconocido!

Esto le turbó, y decidió adelantar el viaje a Egipto. Pero aquella misma tarde se enamoró de una belleza rubia que encontró dos veces en la calle Lepic, a un cuarto de hora de intervalo. Inmediatamente se olvidó de la colección de sellos y de Egipto y de las pirámides. Por su parte, la rubia lo había mirado con mucho interés. No hay nada que hable tanto a la imaginación de las mujeres jóvenes de hoy como unos pantalones de golf y un par de gafas de concha. Eso les huele a cineasta y les hace soñar con cocteles y noches de California. Desgraciadamente, Dutilleul se enteró por Gen Paul, la bella estaba casada con un hombre brutal y celoso. Este marido suspicaz, que por otra parte llevaba una vida disoluta, abandonaba regularmente a su mujer entre las diez de la noche y las cuatro de la mañana, pero antes de salir tomaba la precaución de encerrarla en su cuarto, con dos vueltas de llave y con las persianas cerradas con candado.

Durante el día la vigilaba estrechamente, llegando a seguirla en ocasiones por las calles de Montmartre.

—Siempre al aguaitamiento, vamos. Es un gran truhán que no admite que nadie tenga deseos de tentalear a su gachí.

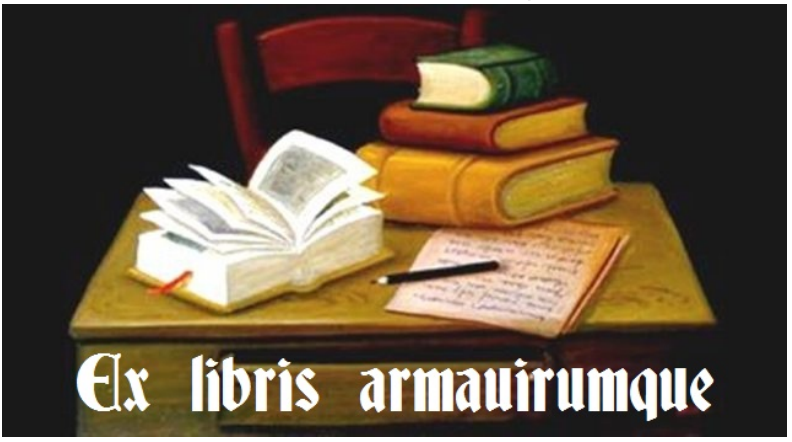
Pero esta advertencia de Gen Paul sólo consiguió inflamar más a Dutilleul. Al día siguiente, al ver a la mujer en la calle Tholozé, se atrevió a seguirla hasta una lechería, donde, mientras ella esperaba el turno para que la atendieran, le dijo que la amaba respetuosamente y que lo sabía todo: el marido mala persona, la puerta cerrada con llave, las persianas, pero que aquella misma noche él estaría en su cuarto. La rubia se ruborizó, la cacharra de la leche le temblaba en la mano y, con los ojos húmedos de ternura, suspiró débilmente: «¡Ay, señor, es imposible!»

Hacia las diez de la noche de aquel día radiante, Dutilleul estaba apostado en la calle Norvins y vigilaba una robusta tapia, detrás de la cual había una casita de la que sólo se veía la veleta y la chimenea. Una puerta se abrió en la tapia y un hombre, después de cerrarla con llave cuidadosamente detrás de él, echó a andar cuesta abajo hacia la avenida Junot. Dutilleul esperó a verle desaparecer, muy lejos, en el recodo de la cuesta, y contó hasta diez. Entonces se lanzó, entró por la tapia a paso gimnástico y, sin dejar de correr a través de los obstáculos, penetró en la habitación de la bella reclusa. Esta lo recibió loca de alegría y se amaron hasta una hora avanzada.

Al día siguiente, Dutilleul tuvo la contrariedad de sufrir un violento dolor de cabeza. La cosa no tenía importancia, y por tan poco no iba a faltar a la cita. Pero al descubrir por casualidad unas pastillas esparcidas por el fondo de un cajón, se tomó una por la mañana y otra después de comer. Por la noche, el dolor de cabeza era soportable y la exaltación se lo hizo olvidar. La mujer lo esperaba con toda la impaciencia que habían hecho nacer en ella los recuerdos de la víspera, y aquella noche se amaron hasta las tres de la madrugada. Cuando se marchó de allí, al pasar por los tabiques y las paredes de la casa, Dutilleul tuvo la impresión de un rozamiento desacostumbrado en las caderas y en los hombros. Pero pensó que no debía darle importancia. Sin embargo, al penetrar en la tapia fue cuando experimentó claramente la sensación de una resistencia. Le parecía que se movía en una materia todavía fluida, pero que se

volvía pastosa y que, a cada uno de sus esfuerzos, adquiría más consistencia. Después de lograr encajarse completamente en el espesor del muro, se dio cuenta de que no podía avanzar más, y se acordó entonces con terror de las dos pastillas que se había tomado durante el día. Esas pastillas, que había creído eran aspirinas, contenían en realidad el polvo de pireta tetravalente recetado por el médico el año anterior. El efecto de esta medicación, junto al de un trabajo intensivo, se manifestaba de una manera repentina.

Dutilleul estaba como congelado dentro de la tapia. Todavía sigue allí, incorporado a la piedra. Los noctámbulos que bajan por la calle Norvins a la hora en que el rumor de París se va apagando oyen una voz ahogada que parece venir de ultratumba y que toman por la queja del viento que sopla en las encrucijadas de la Butte. Es el Coco Dutilleul, que lamenta el final de su gloriosa carrera y siente la nostalgia de unos amores demasiado breves. Algunas noches de invierno, el pintor Gen Paul descuelga su guitarra y se aventura en la soledad sonora de la calle Norvins para ir a consolar con una canción al pobre prisionero. Las notas, que salen volando de sus dedos entumecidos, penetran en el corazón de la piedra como gotas de un claro de luna.



NOTAS BIOGRAFICAS

IGNACIO ALDECOA *1925-1960*
Nació en Vitoria y murió prematuramente en Madrid de una angina de pecho. Se ejercitó primero en la poesía. Pasó después a la novela. Fino y sencillo narrador, amaba el mar y sus gentes, y las plasmaba en novelas como *El Gran Sol* en un limpio y alegre castellano. Con el título genérico de *La España inmóvil* publicó una triología, de la que forma parte *Con el viento solano* (Premio de la Crítica en 1956). Complemento de la obra novelística son sus cuentos y narraciones cortas.

CORRADO ALVARO *1895-1956*
Pasó la mayor parte de su vida en Roma, aunque algunas de sus novelas cortas más conmovedoras se refieren a los sencillos campesinos de Calabria, región de Italia meridional donde nació. Novelista destacado, gozaba asimismo de gran estima como periodista.

ROBERTO ARLT *1900-1942*
Escritor argentino. Desde muy joven alterna sus pinitos literarios con los más diversos oficios. De su vida tumultuosa y atormentada extrajo la materia y el tono amargo de sus obras, en las que se nota la influencia de Dostoievski y Chejov, de quienes era gran admirador. Su primera novela, *El juguete rabioso*, se publica en 1926. *Los siete locos*, en 1929, le consagra definitivamente como novelista.

MAX AUB *1903-1972*
Nació en París y residió largo tiempo en México. Cultivó la poesía, la novela, el teatro, el ensayo y la crítica literaria. Fue uno de los escritores más representativos de su generación. Entre sus novelas figuran: *Campo cerrado* (1943), *Campo de sangre* (1945), *Campo abierto* (1951), *La calle de Valverde* (1961), etc. De sus obras de teatro merecen destacarse: *Espejo de avaricia* (1931), *Morir por cerrar los ojos* (1945), *El rapto de Europa* (1945) y *Obras en uń acto* (1960)

MARCEL AYMÉ *1902-1967*
Nacido en el seno de una humilde familia provinciana, Aymé no tardaría en convertirse en un parisino de adopción. Detestaba la escuela, por lo que puede considerársele como un autodidacta. Su sentido de lo ridículo, combinado con un realismo escéptico, hizo que adquiriera gran popularidad. Muchas de sus novelas cortas y obras de teatro se han traducido a diversos idiomas.

NIGEL BALCHIN *1908-1970*
Nigel Balchin, popular autor británico de novelas de suspense, fue también un científico de gran renombre durante la segunda guerra mundial, experiencia que se refleja en muchas de sus mejores obras.

PÍO BAROJA *1872-1956*
Nació en San Sebastián y ejerció dos años la profesión de médico en Cestona. Es una de las figuras más importantes de la «Generación del 98». En 1935 ingresó en la Academia de la Lengua. Escritor fecundísimo, de gran riqueza temática, da vida intensa a personajes y paisajes, con un estilo espontáneo y sencillo. Escribió más de cien novelas, agrupadas generalmente en trilogías. Quizá su obra más importante sea *Las memorias de un hombre de acción*, serie de treinta y nueve novelas de fondo histórico.

VICENTE BLASCO IBAÑEZ *1867-1928*
Novelista famoso, periodista y político combativo, hombre de vida agitada y

aventurera, nació en Valencia, fue varias veces diputado, sufrió prisiones y exilios, tuvo veinte duelos, intentó colonizar tierras en la Patagonia, dio la vuelta al mundo, y falleció en su suntuosa villa de Menton, a los sesenta y un años de edad. Sus novelas del ciclo costumbrista regional son sin duda las mejores, pero entre las que le han dado fama mundial figuran *Sangre y arena* y, sobre todo, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*.

PEARL S. BUCK *1892-1973*
Nació en China, país que llegó a amar profundamente, como se demuestra en su novela *La buena tierra*, que le valió el Premio Pulitzer, y en muchas otras obras. Su gran idealismo la llevó a trabajar denodadamente en favor de los niños subnormales e inadaptados. Fue la única mujer norteamericana ganadora del Premio Nobel de Literatura.

ALBERT CAMUS *1913-1960*
Antes de su muerte en un accidente automovilístico, Camus ocupaba ya un puesto destacado dentro de la élite de la intelectualidad. Nacido en Argelia y criado en la pobreza, siempre sintió un odio profundo hacia la injusticia o la opresión de cualquier género. Participó activamente en la Resistencia durante la ocupación nazi de Francia, y publicó el periódico clandestino *Combat*. Después de la guerra escribió novelas y ensayos en los que reflejó la lucha del hombre contra lo trágico y lo absurdo de la vida. Fue galardonado con el Premio Nobel en el año 1957.

CAMILO JOSE CELA *1916*
Nació en Iria Flavia (La Coruña). Se dio a conocer en 1942 con *La familia de Pascual Duarte*, novela «tremendista» que constituyó un acontecimiento en la vida literaria española de aquellos años. Su obra posterior le ha colocado a la cabeza de los prosistas castellanos actuales. Viajó por España y Estados Unidos dando conferencias o tomando apuntes para sus numerosos libros de viajes, entre los que destaca *Viaje a la Alcarria*. En 1956 fundó en Mallorca la revista *Papeles de Son Armadans*, y en 1957 ingresó en la Academia de la Lengua.

JOSEPH CONRAD *1857-1924*
Hijo de padres polacos, Teodor Józef Konrad Korzeniowski nació en Ucrania. Se embarcó en un buque mercante a la edad de dieciséis años y pasó gran parte de su vida en alta mar. A los treinta y siete años se estableció en Inglaterra y empezó a escribir. Aunque su lengua materna era el polaco, empleó para su producción literaria el inglés, idioma en el que creó obras maestras de la categoría de *Lord Jim*, por ejemplo.

ANTON CHEJOV *1860-1904*
Nieto de un siervo ruso, Chejov estudió medicina y la practicó durante toda su vida. Aunque él mismo consideraba que muchas de sus obras eran de escasa importancia, goza actualmente de celebridad como uno de los más destacados dramaturgos y cuentistas de la literatura universal.

JOSE DONOSO *1924*
Nació en Santiago de Chile. Interrumpió sus estudios secundarios para trabajar un año de pastor en Magallanes, y luego regresó para terminarlos en la universidad de Chile y en Princeton. Ha sido profesor de literatura inglesa en la universidad católica de Chile, redactor de la revista *Ercilla* y profesor en el Writers Workshop de la universidad de Iowa. Ha publicado dos libros de cuentos y cuatro novelas, una de las cuales, *El obsceno pájaro de la noche*, le ha situado a la cabeza de la actual novelística de habla castellana.

WILLIAM FAULKNER *1897-1962*
Casi toda su vida transcurrió en Oxford (Mississippi), que es el imaginario condado de Yoknapatawpha, y su capital Jefferson, donde se desarrollan sus más importantes novelas. Durante la primera guerra mundial sirvió en las Fuerzas Aéreas Británicas y fue herido en un accidente. Original innovador del lenguaje narrativo, es el novelista del «profundo Sur» de los Estados Unidos. Premio Nobel de Literatura (1949) y Pulitzer (1954).

NADINE GORDIMER *1923*
Nadine Gordimer se crió en la región aurífera de Africa del Sur. Estudió en la universidad del Witwatersrand, en Johannesburgo, donde vive en la actualidad con su marido y sus hijos. Es autora de varias novelas, pero debe su fama internacional a los cuentos en que trata el tema de las turbulentas relaciones entre blancos y negros en su país natal.

ERNEST HEMINGWAY *1899-1961*
Las corridas de toros, las grandes cacerías africanas, los humildes pueblos de pescadores de Cuba y México... estos son los temas y escenarios de las novelas y de los innumerables cuentos de Hemingway. Hijo de un médico rural de Illinois, aprendió el oficio como reportero y más tarde como corresponsal en París. En 1953 se le otorgó el Premio Pulitzer por su novela *El viejo y el mar*, y en 1954 el Nobel de Literatura.

LEO KENNEDY *1907*
Nacido en la ciudad inglesa de Liverpool, su familia emigró al Canadá siendo él todavía niño. Estudió en la universidad McGill, donde empezó a cultivar distintos géneros literarios, entre ellos la crítica. Sus escritos se han reunido en diversas antologías. Leo Kennedy vive actualmente en los Estados Unidos.

BERNARDO KORDON *1915*
Novelista y cuentista argentino. El vertiginoso proceso de cambio experimentado por Buenos Aires, que ha triturado viejas formas de convivencia, creando una fauna de tipos frustrados e inadaptados, es una de las dos vertientes principales de la obra narrativa de Kordon. La otra está constituida por un agresivo y vital continente iberoamericano, que el autor ha recorrido casi palmo a palmo, lleno de sensualidad y colorido.

D. H. LAWRENCE *1885-1930*
David Herbert Lawrence era hijo de un minero y de una maestra de escuela a quien adoraba. Junto con sus cuatro hermanos, se crió en un ambiente de pobreza, brutalidad y desenfreno en la bebida. Debilitado por la enfermedad y perseguido por la mala fortuna, pasó gran parte de su vida vagando por Europa, Australia y América, siempre en busca de la salud y de un lugar ideal donde vivir. Hoy en día su posición como escritor de primera magnitud está asegurada.

GREGORIO LOPEZ Y FUENTES *1892-1966*
Nacido y criado entre los indios, dedicó a estos gran parte de su obra. Poeta en sus años de estudiante, cultivó después el periodismo y la novela. Fue director de *El Universal*. Su novela *El indio* le valió en 1935 el Premio Nacional de Literatura de México. Otras obras: *Arrieros*, *Tierra*, *Cuentos campesinos de México*, etc.

ANA MARIA MATUTE *1926*
Nació en Barcelona, donde la sorprende la guerra civil, que marcaría con una huella indeleble su infancia y su obra literaria; el problema Caín-Abel es casi constante en su temática. El pequeño mundo de su infancia burguesa cambió de la noche a la mañana, y ella empezó a

escribir cuentos, artículos, novelas con una precocidad y fecundidad sorprendentes. Ha obtenido infinidad de premios literarios: Café Gijón, de la Crítica, Nacional de Literatura «Miguel de Cervantes», Nadal, Fastenrath y Lazarillo. Sus obras han sido traducidas a un gran número de idiomas.

W. SOMERSET MAUGHAM
1874-1965

William Somerset Maugham estudió medicina, pero abandonó la profesión cuando sus novelas y cuentos le hicieron mundialmente famoso como autor. Muchas de sus obras se han llevado a la pantalla.

JUAN RULFO *1918*

Nació en Sayula (Jalisco) en el seno de una familia acomodada que perdió sus bienes en la Revolución; presenció en su pueblo la revuelta cristera que tuvo gran violencia en aquella zona. En la revista *Pan*, de Guadalajara, aparecieron sus primeros cuentos. Sólo ha publicado dos libros: *El llano en llamas*, una colección de quince cuentos del ambiente rural de la región jalisciense, que tan bien conoce Juan Rulfo, y *Pedro Páramo*, una de las más notables novelas mexicanas de nuestros días.

DAMON RUNYON *1884-1946*

Alfred Damon Runyon consiguió alistarse a los catorce años y participó en la guerra de Cuba. Más tarde se hizo cronista deportivo, y durante la primera guerra mundial fue enviado como corresponsal a Francia. Es conocido sobre todo por el fino humor de algunas de sus novelas cortas.

JOHN STEINBECK *1902-1968*

Nacido en el valle californiano de Salinas, Steinbeck es una de las figuras más representativas de la novelística moderna norteamericana. En sus obras ha reflejado el complejo dramatismo de los problemas sociales. En 1940 le fue concedido el Premio Pulitzer por *Las uvas de la ira*, y en 1962 fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura.

RABINDRANATH TAGORE
1861-1941

Poeta, dramaturgo y novelista, es la más alta figura de la literatura moderna de su país. Lírico de honda espiritualidad, su obra representa la máxima aportación de la cultura moderna hindú a Occidente. Escribió obras en bengalí que él mismo tradujo al inglés. A los sesenta y ocho años se consagró a la pintura. Varios de sus libros fueron traducidos al español por Juan Ramón Jiménez y su esposa, Zenobia. Premio Nobel de Literatura en 1913.

HERNANDO TELLEZ *1908-1966*

Nacido en Bogotá, destacado ensayista, fue senador y director de la revista *Semana*. Autor de numerosas novelas cortas. Entre sus obras merecen destacarse: *Inquietud del mundo*, *Bagatelas*, *Luces en el bosque* y *Cenizas para el viento y otras historias*.

RECONOCIMIENTOS

EL BONITO CRIMEN DEL CARABINERO, © 1947 Camilo José Cela. Publicado con autorización del autor. LAS NIEVES DEL KILIMANJARO, copyright 1936 Ernest Hemingway, ©renovado 1964 Mary Hemingway. Publicado con autorización de Luis de Caralt, Editor. EL HUÉSPED, publicado por cortesía de Editorial Losada, S. A. Incluido en *El exilio y el reino*, por Albert Camus. LA SIMA, © Julio y Pío Caro Baroja. UNA ROSA PARA EMILY, copyright 1930, renovado en 1958, William Faulkner. Incluido en *Collected Stories of William Faulkner*. Publicado con autorización de Random House, Inc. EL RUBÍ, © 1955 Aldo Garzanti Editore, Milano. VIDA NUEVA, © Ana María Matute. Publicado con autorización de Ediciones Destino, S. L. EL JEFE, copyright 1938, © renovado 1966 John Steinbeck. Incluido en *The Long Valley*, por John Steinbeck. Publicado con autorización de The Lawrence Smith Literary Agency, Buenos Aires, Argentina. UN CURA EN LA FAMILIA, publicado por primera vez en *The Canadian Forum*. Publicado con autorización del autor. ¡DILES QUE NO ME MATEN!, copyright 1953 Fondo de Cultura Económica. Incluido en *El llano en llamas*, por Juan Rulfo. Publicado con autorización del Fondo de Cultura Económica. MI SEÑOR EL BEBÉ. Este relato está sujeto a copyright en todas los países signatarios de la Convención de Berna. Publicado con autorización de Macmillan London Limited y los representantes del Legado de Rabindranath Tagore. ESPUMA Y NADA MÁS, copyright 1950 Hernando Téllez. Incluido en *Cenizas para el viento y otras historias*. Publicado con autorización de Beatriz de Téllez. EL VIEJO DEMONIO, copyright © 1939 Pearl S. Buck, renovado. Publicado con autorización de Harold Ober Associates Incorporated. LA DESCONOCIDA, © 1960, 1967 y 1969 Bernardo Kordon. DOS METROS DE TIERRA, copyright © 1953 Nadine Gordimer. Incluido en *Six Feet of the Country*, publicado por Simon and Schuster, Inc. Publicado con autorización de Shirley Collier Agency. NOCHE DE BODAS, © 1928 Libertad Blasco-Ibáñez, Gloria Llorca Blasco-Ibáñez y Sigfrido Blasco-Ibáñez. Publicado con autorización de Aguilar, S. A. de Ediciones. BUTCH CUIDA DEL NIÑO, © renovado 1957 Mary Runyon McCann y Damon Runyon, Jr. Publicado con autorización de Raoul Lionel Felder, ejecutor del Legado de Damon Runyon, Jr. UNA CARTA A DIOS, © 1940 Gregorio López y Fuentes. Publicado con su autorización. LA BESTIA, publicado con autorización de Montaner y Simón, S. A., concesionaria de los derechos en idioma español de las obras de Joseph Conrad. LA LANCHA, © 1955 Max Aub. Publicado con autorización del autor. EL PUESTO REMOTO, © Ejecutores del Legado de W. Somerset Maugham. PASEO, copyright 1965 Empresa Editora Zig Zag. Copyright 1971 Editorial Seix Barral, S.ª A. SOLITARIO, copyright © Nigel Balchin. Publicado con autorización de Intercontinental Literary Agency, London. SEGUIR DE POBRES. © Herederos de Ignacio Aldecoa. EL CABALLO DE MADERA, incluido en *The Complete Short Stories: D. H. Lawrence*. Publicado con autorización de Laurence Pollinger Limited y los ejecutores del Legado de Frieda Lawrence Ravagli. PEQUEÑOS PROPIETARIOS, © Sucesores de Roberto Arlt. Publicado con autorización de los mismos. EL HOMBRE QUE ATRAVESABA LOS MUROS, © 1943 Éditions Gallimard. Publicado con autorización de los editores.